MAN-KIND

TAIYO FUJII



マン・カインド

藤井太洋

minotauro

Índice

Portada
Portadilla
Prólogo
Cherry Ignacio
1
2
3
4
5
Las huellas de la guerra civil
6
7
8
9
10
11
12
lMAN-KIND,a nueva especie
13
14
15
16
17
La segunda guerra de defensa en Amazonas
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

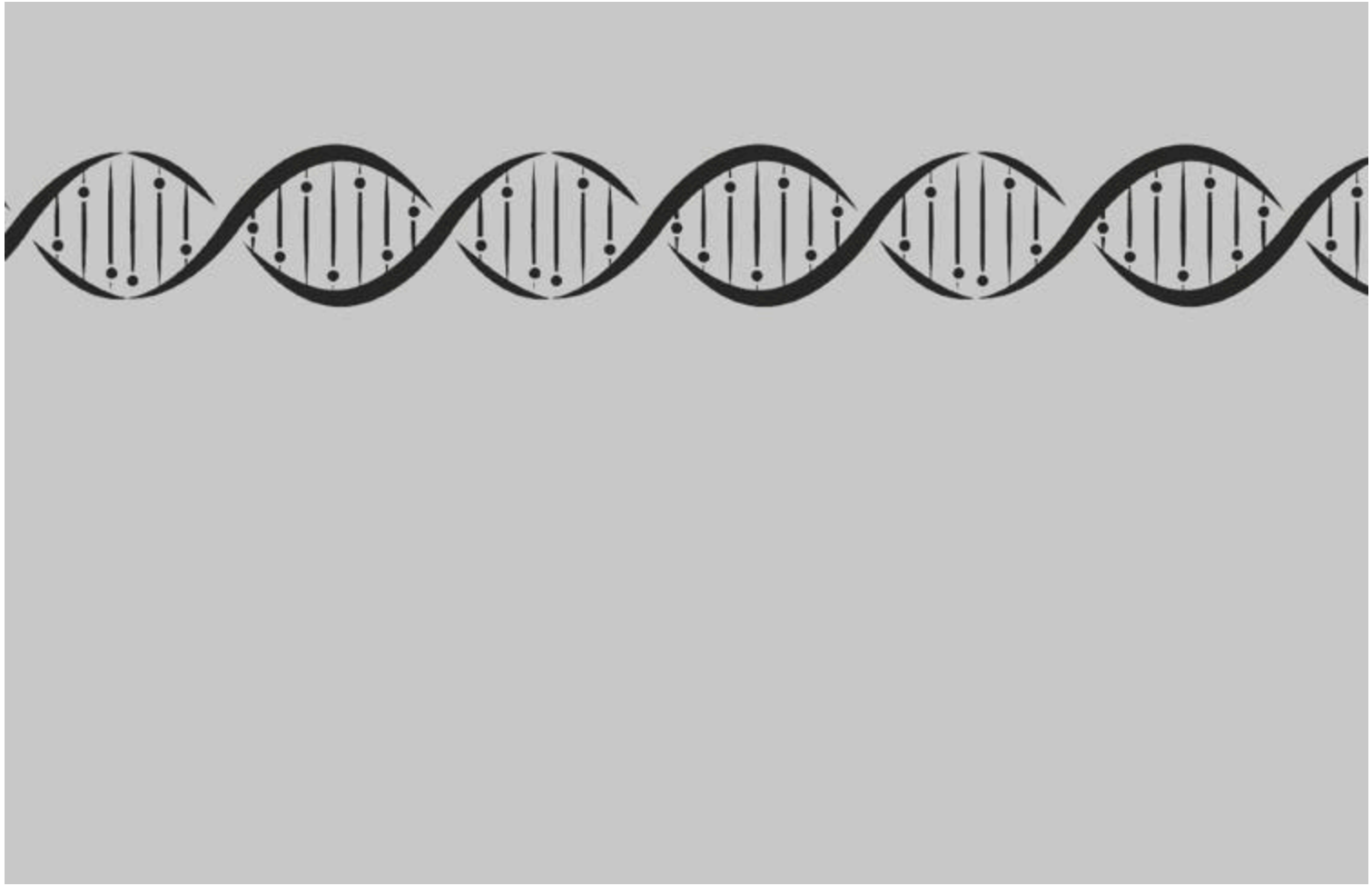
29
30
31
32
33
Epílogo
Notas
Créditos

MAN-KIND

TAIYO FUJII

minotauro

PRÓLOGO



En el sendero de la jungla, que conservaba todavía algo de la neblina matinal, entre las hojas muertas que caían cada dos por tres, nació un hoyo del tamaño de un puño. El fondo de ese agujero quedó impregnado de la lluvia de la noche anterior. El número de hoyos aumentó. Como a un metro más adelante del primero, apareció otro y, a unos dos metros a la izquierda, un tercero. Finalmente, detrás de este hueco de la izquierda, apareció uno nuevo.

Aquellos hoyos que ya alcanzaban el número de cuatro parecían las huellas de algún animal.

Johei Sakoda, que asistía al fenómeno, enfocó hacia allí la cámara situada en el extremo del brazo mecánico acoplado a su exoesqueleto e hizo los preparativos para filmar.

—La cámara ya está lista. Puedes salir.

Una risa ligera reverberó y el espacio de jungla frente a los ojos de Sakoda pareció difuminarse poco a poco. Incapaz de ajustar el foco a una imagen tan borrosa, Sakoda parpadeó y entonces aparecieron las cuatro patas flexionadas de un robot en cuclillas, con las pezuñas encajadas en los hoyos que acababan de formarse unos momentos antes.

Era un transportador tetrápodo Maschief, el símbolo por excelencia de los destacamentos ORGAN (Operator Relocalized Gun and Firearms Activation Node), que cambiaron a nivel mundial el panorama de los campos de batalla.

En el centro del cuerpo, de noventa centímetros de ancho por tres metros de largo, se sentaba un operador cuyo rostro quedaba completamente oculto por una visera.

El hecho de que hasta hace unos momentos permaneciera invisible se debía a que su coraza, de una celulosa obtenida a partir

de caña de azúcar reforzada, contenía un material orgánico electroluminiscente que creaba un camuflaje óptico. El atuendo corporal que vestían los soldados de los destacamentos ORGAN que protegían estos Maschief era capaz de replicar el paisaje que había a su espalda cuando se hallaba frente a un combatiente enemigo. Su precisión llegaba hasta el punto de que, como había experimentado ahora Sakoda, no se veían aunque uno los tuviera ante sus propios ojos.

Filmando a placer su figura, Sakoda dio una vuelta en torno al Maschief que acababa de aparecer ante él y llamó por su nombre de pila a la joven encañonadora sentada a horcajadas en el ingenio como si fuera a caballo.

—Sargento Rachel, eso de mostrarme cómo aparece el Maschief, ¿ha sido de propina?

—Efectivamente, Jake —contestó ella llamándolo también por su nombre propio—. ¿Has podido tomar unas buenas imágenes?

—Voy a comprobarlo —dijo Sakoda dando unas palmaditas en la cámara sujeta al extremo del brazo mecánico.

Por lo visto, el nombre de Johei resultaba difícil de pronunciar para los norteamericanos. Jake era el apelativo que le habían dado en este trabajo el grupo paramilitar privado al que pertenecía Rachel. Lo único que coincidía era la inicial J; algo que le pasaba siempre.

Sakoda puso un dedo en la muesca que sobresalía del lado posterior de la cámara correspondiente al *queuechouvue*, un visualizador por capas de realidad mixta, y desplegó en el exterior del aparato un espacio donde ver las grabaciones. La imagen tridimensional que sus lentes de contacto reproducían en la retina era tan nítida como si delante de los ojos hubiera aparecido la pantalla de un ordenador.

Acercando y alejando el encuadre, Sakoda comprobó que había conseguido filmar de un modo impactante el momento en que el invisible Maschief surgía de pronto en medio de la jungla.

—Es impresionante. Hasta ahora nunca había conseguido retratar un Maschief en el momento en que se hace por completo invisible.

—El camuflaje óptico de los Maschief está pensado para ocultarlo de los enemigos que tiene de frente, así que los periodistas como tú siempre tenéis que conformaros con retratar unos contornos borrosos moviéndose entre el paisaje. No llegáis a ver cómo desaparece del todo.

—Ah, ya. Cierto. Cuando se miran desde un costado, se nota una forma borrosa.

Rachel se alzó la visera que le cubría el rostro y dedicó una sonrisa a Sakoda. El Maschief movió las patas para cambiar su postura de manera que inmovilizase la cabeza de Rachel, instalada en un asiento a baja altura sobre su lomo. Se suponía que para dicha máquina se habían utilizado perros o caballos como modelo, pero aquel movimiento no recordaba a ningún animal, revelaba un sistema nervioso por completo diferente.

Sakoda chasqueó la lengua para sus adentros al ver cómo se había movido el Maschief.

Se trataba de una de las herramientas de aprendizaje de las máquinas que había evolucionado de un modo explosivo en los comienzos del siglo XXI, un don de los algoritmos genéticos. Una serie de movimientos aleatorios se ponían en competición mediante simulaciones y se escogían aquellos que más se ajustaban al objetivo deseado, de manera que luego se creaban unos nuevos movimientos «hijos» de los anteriores, a los que se llevaba a competir de nuevo. Según la documentación que había leído Sakoda, para obtener los movimientos ideales de una máquina que caminase o corriese por terreno llano eran necesarias tres generaciones y para obtener los de una que pudiera moverse entre edificios reducidos a escombros, siete generaciones. Dando el suficiente tiempo (que, aun así, entraba en el mundo de los cero coma segundos) para que compitieran entre sí varias generaciones, se podía crear un ejemplar capaz de subir al Matterhorn. O, al menos, eso decía la propaganda

de la compañía que lo creó y comercializó, y al parecer no era mera palabrería.

Rachel sonrió al ver la manera en que Sakoda observaba los movimientos del Maschief.

—Estás fijándote en cómo funciona el estabilizador del Maschief, ¿no? Es una gran ayuda para que no se desvíe el tiro.

Mientras hablaba, aparecieron frente al cuerpo de Rachel una serie de retículos que fueron subiendo hacia la parte superior del pecho. Su trabajo era el de encañonadora, es decir, ella apuntaba el arma de las máquinas.

Las guerras mediante drones llegaron hasta donde pudieron llegar, y en la década de 2030, donde proliferaban las matanzas mutuas mediante máquinas automáticas, nació el sistema ORGAN con objeto de devolver el gatillo al mundo del armamento de alta tecnología con inteligencia artificial. Consistía en destacamentos formados por un señalizador que escaneaba el campo de batalla con drones en busca de enemigos que abatir y soldados que disparaban proyectiles dirigidos guiándose por los retículos creados por los anteriores, que enfocaban a dichos enemigos.

Aprendiendo de los errores de las guerras con drones, las personas que gestionaban el uso de los ORGAN se pusieron a sí mismas grandes restricciones: no debían dar la imagen de que bastaba con arrasar mediante un armamento costoso, como había sucedido con las guerras asimétricas que fueron uno de los motivos que alumbraron las guerras mediante drones. En estas nuevas guerras debía participar un único destacamento o, como mucho, dos; el procedimiento incluiría hacer público el objetivo, y tampoco sería confidencial la posición del destacamento. Y no solo eso, sino que no escaseaban los casos en que los señaladores, que eran como el corazón de los ORGAN, hacían relucir los Maschief durante el combate, ofreciéndose como «blancos».

Los conflictos armados o guerras en los que una de las partes o las dos se comprometían a respetar dichas condiciones recibían el nombre de «guerras legítimas». La firma Goodfellows, a la que

pertenecía Rachel, era la mayor compañía de los Estados Unidos en el ramo de los encargos de guerras legítimas.

Para Sakoda, que vivía de publicar artículos impactantes acompañados de imágenes en esa misma línea, las guerras legítimas suponían un buen comedero. Si avisaba de su presencia al contendiente que iba a recurrir a los ORGAN, se eliminaba el riesgo de que lo apuntaran a él y, aunque se adentrase por error en la línea de fuego, los proyectiles inteligentes lo esquivaban. Dado que también el otro contendiente, un grupo que iba a combatir con medios tradicionales, conocía los peligros de enemistarse con los periodistas, que se encontraban permanentemente conectados a una red alojada en la estratosfera, nadie albergaría la intención de matarlo a propósito.

Con todo, el campo de batalla siempre es un lugar donde puede suceder cualquier cosa, pero, aun así, en comparación con los tiempos de hace veinte años, en que Rusia era todavía un país poderoso que acometía guerras de invasión, ahora la situación en el frente era mucho más segura.

Rachel, que seguía moviendo un retículo sobre su pecho, hizo un guiño a Sakoda.

—¿Quieres filmar cómo me bajo la visera?

Sakoda esperaba que Rachel, que dentro de poco se iba a convertir en objetivo del enemigo, acusara en su rostro alguna emoción especial, pero como mucho podía detectarse en sus mejillas, un poco más morenas que las de Sakoda, la ligera tensión propia de todo profesional que se dispone a desempeñar un trabajo.

—Eso lo filmo mejor cuando empiece el verdadero combate. ¿Dónde están el resto de los miembros?

—¿Pero no te has dado cuenta? —preguntó Rachel estallando en una carcajada—. Si hace un momento acaban de pasar a tu lado…

Rachel señaló hacia delante y Sakoda vio los vagos contornos del destacamento que cruzaba por el sendero de la jungla. Sakoda se fijó en el camino marcado por las huellas que dejaban al

adentrarse en la foresta y tragó saliva. Tal y como decía Rachel, hacía apenas unos segundos seis miembros de ORGAN habían pasado a su lado.

—No me he dado cuenta en absoluto.

—Eso también entra de propina en el servicio.

Según terminó de hablar Rachel, los seis soldados ORGAN dejaron ver su figura, dispuestos en forma de diamante. Aquellos combatientes, con todo el cuerpo recubierto de un traje blindado y camuflaje óptico asociado, repartían proyectiles dirigidos entre los objetivos marcados por los encañonadores, y en el campo de batalla se encargaban también de proteger de las balas a dichos operarios. A diferencia de los encañonadores, no existía obligación de dar a conocer su presencia.

—¡Jake, mucho ánimo con esas filmaciones! Hoy vas a poder tomar unas buenas imágenes.

Era el capitán Jasper Jones, jefe del destacamento, que portaba un fusil AR-15 con una gran mira telescópica. En muchos sentidos, se trataba de un arma representativa de los Estados Unidos, pero el modelo que llevaba Jones era uno especial para uso en guerras legítimas, con código identificativo y que solo disparaba balas guiadas. A menudo se le llamaba FAR-15, anteponiendo la F de *fair* (justo).

—Entendido.

Al apagarse la contestación de Sakoda, el destacamento cambió el patrón de su camuflaje óptico para adaptarse al hipotético enemigo que tenía enfrente y desapareció entre el fondo de la jungla. Sakoda, viendo cómo se movían, notó cierto aire anormal, algo que difería de lo que ya había visto en sus entrenamientos.

—Me parece que el capitán está un poco nervioso —comentó—. ¿Quizá porque el enemigo es el comandante?

—Sí, puede ser —convino Rachel asintiendo.

Cuando las personas relacionadas con ORGAN oían la palabra *comandante* a secas, lo primero que les venía a la mente era la

figura de Cherry Ignacio, un asesor de guerras legítimas que no había sido derrotado ni una sola vez por los destacamentos ORGAN.

Según el historial público que circulaba sobre él, había nacido el 14 de julio de 2015 en Rosario, la segunda ciudad más importante de Argentina y, tras una vida de vagabundeo a lomos de su bicicleta por América del Sur, se había hecho médico y, después, asesor de guerras legítimas. Actualmente, año 2045, debía de tener veintinueve años, pero nadie lo creía así.

El Ignacio que se veía en las fotos siempre vestía un uniforme color caqui de algodón, se cubría con una boina y agarraba con la mano izquierda una carabina automática San Cristóbal con culata de madera, un tipo de subfusil de fabricación dominicana que hacía descansar sobre el hombro. Lucía entre los labios un anticuado puro habano y el hecho de que sus camaradas lo apodaran «Che» revelaba la adoración que profesaba hacia el guerrillero que consumó la revolución cubana. Tanto el día de su nacimiento como las historias acerca de su afición al fútbol durante el bachillerato o las referencias en su historial académico a la universidad de Buenos Aires donde estudió Medicina eran un calco de la biografía de Che Guevara.

Ignacio casi nunca aparecía en las retransmisiones en directo, pero, examinando las imágenes de las escasas veces que lo había hecho, se notaba que su piel estaba surcada por una serie de arrugas que sugerían que no tendría nada de extraño que ya superara los cincuenta años de edad.

—Quizá haya paisuchos que se limiten a contratar los servicios de ORGAN y se achanten ante el sujeto ese disfrazado de Guevara, pero esas cosas no funcionan con nosotros —añadió Rachel.

Sakoda asintió con una sonrisa forzada. Se decía que la eficacia de los ORGAN que ofrecía Goodfellows superaba a la de los Marines estadounidenses. Sin embargo, no cabía duda de que en la voz de Rachel se mezclaba una evidente ansiedad.

—No tienes por qué estar tan en tensión —contestó Sakoda—. El historial bélico del comandante parece demasiado exagerado. Yo

no me creo eso de ciento cincuenta y dos victorias y cero derrotas. Tiene que haber ahí datos poco fiables de sus resultados.

—Ciertamente hay algunos registros un tanto raros. Pero son pocos, pocos, pocos.

Sakoda se rio. Los miembros de Goodfellows tenían el vicio de repetir las palabras alusivas a las cantidades, tales como «mucho» o «poco». En la entrevista que hizo a Jones antes de partir, también dijo en una de las contestaciones: «Si la proporción de las pérdidas que sufrimos es baja, baja, se puede considerar que hemos ganado».

No estaba claro cómo interpretó Rachel la sonrisa de Sakoda, pero, haciendo un sonido nasal, insistió.

—En cualquier caso, la proporción de pérdidas sufridas en esos ciento cincuenta y dos combates fue baja, baja, baja.

—Vale, entendido. Preguntaré acerca de ello también en la entrevista.

Rachel, que todavía parecía tener ganas de añadir algo, terminó por encogerse de hombros como quien dice «Es inútil, no lo entiende» y se bajó la visera.

—Bueno, allá vamos. Asegúrate de retratar los mejores momentos.

Rachel hizo avanzar el Maschief y, ocultando la cara frontal del ingenio con el camuflaje óptico, se movió en la misma dirección que habían tomado Jones y los suyos.

Sakoda hizo que el dron Meganeura para filmaciones que hacía avanzar en cabeza cobrase altura y marcó con él la posición del destacamento de Jones, comprobando después el punto previsto de encuentro con el enemigo, acorde con lo escuchado en la reunión explicativa previa. Tras caminar cerca de un kilómetro por una senda de la jungla, llegaron a un lugar donde se veía trazada una línea de puntos color naranja. Era la «frontera nacional» establecida por Terra Amazonas. Por supuesto que no habían trazado físicamente una línea en la tierra, pero, al llegar allí, las lentes de contacto de

visualización por niveles de Sakoda hacían que apareciese sobre el terreno dicha frontera, como si realmente estuviera pintada.

Al otro lado de esa línea naranja, comenzaba el campo de batalla que había notificado el comandante.

El año anterior, la ciudad colombiana de Leticia, cerca del nacimiento de la corriente principal del río Amazonas, había proclamado su independencia, con un territorio que incluía también una serie de plantaciones que se extendían por partes de Brasil y Perú.

Dicha independencia había sido liderada por Terra Amazonas, una empresa emergente dedicada a la agricultura que se especializaba en la producción de vegetales genéticamente manipulados. Cuando la DEA (Administración de Control de Drogas) estadounidense acabó con las mafias que cultivaban cannabis en el lugar, la entidad compró las plantaciones. Terra Amazonas poseía la tecnología para regular mediante manipulación genética la cantidad de THC (tetrahidrocannabinol) en la planta, que es lo que produce la embriaguez eufórica, y se dedicó a cultivar en las plantaciones dejadas por la mafia una variedad de cannabis que no era peligrosa, con lo que amasó un gran capital en el mercado de derivados del cáñamo mediante productos que iban siendo legalizados. En todo el mundo creció la demanda de esa clase de cannabis carente del perjudicial THC, avanzando la liberalización del mercado y, además, Terra Amazonas consiguió regular también la cantidad de CBD (cannabidiol) en las plantas, un componente que, en lugares como Japón, país originario de Sakoda, estaba restringido por considerarse una droga.

Las plantaciones iban viento en popa y los trabajadores aumentaban. Según Terra Amazonas iba acometiendo el acondicionamiento de infraestructuras como cañerías, aguas residuales e instalaciones de energías renovables, la población de Leticia fue creciendo.

Tres años atrás, la situación había sufrido un brusco cambio.

El Gobierno de Perú, en cuyo territorio se encontraba la mayor parte de las plantaciones, abandonó el Tratado de Libre Comercio de Norte y Suramérica e impuso a la exportación de productos de cannabis un arancel aduanero de un 400 %. Terra Amazonas paralizó la fábrica de manufacturas que tenía en territorio peruano e intentó trasladar la producción a Colombia y Brasil, pero el Gobierno de Perú maniobró para llegar a un acuerdo con estos Gobiernos, de manera que decidieron aplicar la misma tasa aduanera a Terra Amazonas, clasificando su ubicación como Zona con Sistema Especial de Impuestos.

Terra Amazonas, que se había convertido ya en un territorio industrial con tres millones de habitantes, llevó a cabo un referéndum entre la población de sus diferentes plantaciones y aldeas y, como resultado, proclamó unilateralmente la independencia y comenzó a vigilar sus fronteras.

Huelga decir que los tres países afectados reaccionaron al instante. El Gobierno de Brasil, que era el más sensible a los problemas fronterizos, enseguida se coordinó con los Gobiernos de Colombia y Perú y encargó la eliminación del gobierno rebelde a la empresa paramilitar privada Goodfellows, especialista en guerras legítimas. Se trataba de no causar daño alguno a los civiles o a los edificios de las poblaciones y eliminar solo las milicias armadas encargadas de la protección del enclave.

Esa decisión se había tomado hacía un mes.

Al principio Sakoda, cuando tuvo conocimiento de la próxima intervención de Goodfellows, no pensó en hacer un reportaje de la batalla. Creía que, si planteaba el tema al agente de distribución de noticias en las plataformas, se reiría de él diciéndole que «eso no tiene ningún valor periodístico». El motivo era que casi todo el mundo daba por sentado que los efectivos de Goodfellows contratados por el Gobierno de Brasil terminarían con los «vigilantes» de Terra Amazonas antes de que transcurriera medio día del comienzo del combate. Una vez que los hubieran desarmado, la policía brasileña de la región del Amazonas entraría en Leticia,

iniciaría una investigación forzosa y detendría a los responsables por el delito de insurrección. A grandes rasgos, así eran las previsiones.

En los tiempos actuales, año 2045, no resultaba ya un fenómeno tan raro el hecho de que una empresa poderosa arrancase a un país el territorio de su enclave ni el surgimiento de «ciudades internacionales independientes». Si después intervenían los destacamentos ORGAN, se producía la «liberación» de dicha ciudad independizada. Se trataba de un proceso que se repetía en uno y otro rincón del mundo.

Si Sakoda decidió mover el culo esta vez, fue a causa de la carta abierta con que Terra Amazonas respondió a la solicitud de guerra por parte del Gobierno de Brasil. Terra Amazonas había traído en su ayuda a Cherry Ignacio, el asesor de guerras legítimas que en tierras del interior de Afganistán luchó contra los destacamentos ORGAN rusos.

El asesor era una figura imprescindible en las guerras legítimas mediante destacamentos ORGAN. Puesto que se encargaba de la elección de la base de operaciones o las armas, de la introducción de instrumental táctico de orientación y de la práctica de su manejo y, además, por su conocimiento como especialista en la dirección de un combate auténtico, resultaba necesario a la hora de detectar las posibles fallas legales de esos batallones ORGAN que alardeaban de jugar limpio con normas claras. Desde que nació el concepto de los combates limpios en las tierras del interior de China, entró en acción el primero de estos consultores, Zhao Gongzheng, un exmilitar del Ejército de Liberación Popular chino, y un gran número de exmilitares capaces de dirigir batallas comenzaron a trabajar a lo largo y ancho del mundo como asesores en los enfrentamientos con los ORGAN. Eran, en general, muy bien pagados.

Dentro de estos, Ignacio suponía una presencia especial.

Aparte de su historial, que cualquiera podía ver que era falso y un mero calco del correspondiente al Che Guevara, no se sabía nada de su verdadera condición. Otros asesores de guerras legítimas se promocionaban hablando de su pasado en los destacamentos

ORGAN o de su trabajo en las fuerzas de pacificación de las Naciones Unidas, pero Ignacio no hacía nada similar, por lo que se desconocía su experiencia pasada.

Lo que le había dado fama eran sus resultados en la batalla. En los últimos diez años, había conseguido que se batieran en retirada más de un centenar de veces los destacamentos ORGAN a cargo de cuerpos como los Marines de los Estados Unidos, la Infantería rusa, el Ejército de Liberación Popular chino, la Fuerza de Policía Armada Popular china, el Ejército aliado de la OTAN centrado en Francia y Alemania, o las Fuerzas de Autodefensa japonesas. El sobrenombre de *comandante* no se lo habían puesto en vano.

La participación de Ignacio se anunció a altas horas de la noche, pero Sakoda tuvo conocimiento de ella gracias a que, aprovechando la diferencia horaria, se hallaba con un amigo de Tokio en el espacio virtual. En cuanto vio la comunicación, envió un mensaje a la agencia de distribución de noticias, se inscribió en el registro de periodistas que había abierto Goodfellows en su portal y, a la mañana siguiente, viajó en avión hasta Manaos. Después, remontando el río Amazonas, había llegado a esta región donde colindaban tres países y un territorio independizado.

En la competencia periodística existían otras dos entidades, pero al parecer no les había dado tiempo a enviar reporteros, y su intención aparente era hacer una crónica a distancia mediante drones.

Sin embargo, unas imágenes tomadas directamente en el lugar de los hechos daban mucho más dinero. Tanto ese Ignacio, apodado *el comandante*, como Goodfellows eran presencias representativas del mundo de las guerras legítimas. Ganase quien ganase, el valor periodístico de la noticia no era despreciable.

Mientras caminaba por la senda pensando en ello, al dar una curva vio en el suelo la línea de puntos naranjas. Era la frontera que trazaba el visualizador. Sakoda llamó de vuelta al Meganeura que estaba suspendido en el aire delante de la línea fronteriza y lo programó para que volase a su espalda, siguiéndolo.

En el instante en que pisó al otro lado de la línea, ante los ojos de Sakoda se abrió una consola de solicitud de entrada al país donde hizo leer su pasaporte. Cuando finalizó la lectura de todos los datos, apareció flotando detrás de la consola el avatar de un hombre como de treinta y tantos años. La figura del avatar solo se había creado en la parte superior, la que sobresalía por encima de la consola.

—Así que es usted Johei Sakoda, ¿verdad? Bienvenido a Terra Amazonas. ¿Con qué objeto se ha tomado la molestia de venir por tierra?

No sabía si se trataba de personal de Inmigración que hablaba desde una oficina de la capital, Leticia, mediante la tecnología del visualizador *queuechouvue* o si se trataba de alguna agencia que hubiera subcontratado dicho servicio de control. Si hubiese aparecido alguna clase de agente de Inmigración que fuese claramente inhumano, también sería un buen material para un artículo, pero solo con lo que veía no era suficiente como para saberlo.

—Vengo a hacer un reportaje —contestó Sakoda tocando con la mano un bolsillo del pecho de su mono de trabajo.

Con dicho movimiento, pegó a los dedos la herramienta digital de los visados expedidos por Terra Amazonas y después los puso sobre la consola. Apareció el siguiente texto: «A partir de hoy y durante catorce días, voy a trabajar como periodista en Terra Amazonas. El correspondiente permiso para el reportaje me ha sido otorgado por el alcalde, Goh Martínez».

—Conforme. Verificación realizada. Se alojará en el Hotel Grande, ¿verdad?

Sakoda asintió. Era el mismo hotel donde se hospedaba Ignacio, que había establecido allí su cuartel general de mando. El alcalde también había preparado para Sakoda una sala de reuniones donde poder entrevistar a civiles o personal de defensa. Cuando se trataba de guerras legítimas, lo importante no era ocultar información, sino saber cómo mostrarla. El encargado movió una mano y los renglones para uso de la autoridad de Inmigración se rellenaron al instante.

Sakoda registró ante la autoridad fiscal el código de identificación de su «monedero» de bitcoins y, cuando la policía de la ciudad comprobó el código de identificación de acceso con el sistema alojado en la estratosfera, en la herramienta correspondiente a «pasaporte» apareció el sello de permiso de entrada con la indicación de que la duración máxima de estancia autorizada era de noventa días.

De pronto, una duda asaltó a Sakoda e hizo una pregunta.

—El equipo de Goodfellows ¿también realiza aquí su trámite de entrada?

—Sería increíble… —contestó el encargado con una sonrisa forzada.

Sakoda se convenció con esta reacción de que su interlocutor era humano. Cuando se mantiene una comunicación mediante el visualizador, no se aprecia ninguna diferencia entre las personas y los agentes creados por inteligencia artificial, pero cuando los segundos atendían una ventanilla pública, nunca se apartaban del papel asignado. El encargado movió el mentón para señalar la dirección en que había desaparecido el destacamento.

—Hay que tener en cuenta que esa gente son mercenarios de un país que no reconoce nuestra frontera. Pero sí han efectuado una notificación del armamento que han traído. El contenido ya debe de haber sido publicado en el portal del ayuntamiento.

Sakoda dio un golpecito con el dedo en la herramienta con forma de etiqueta que le entregó el encargado, donde constaba la dirección de un portal de la red, y apareció una página en la que constaba todo el armamento y equipo que el destacamento de Goodfellows había introducido en el lugar. Un transportador tetrápodo, seis trajes de combate con exoesqueleto adjunto, cuarenta mil dólares en efectivo, seis fusiles de asalto automáticos, dos mil quinientos proyectiles de munición con identificación de usuario, dieciocho lanzagranadas, ciento veinte miligramos de droga para tratamiento médico, doce miligramos de estimulantes y quinientos drones Eyesbee. Puede parecer absurdo pedir un permiso

de uso de armamento al contrincante de la batalla, pero se trataba de un trámite necesario para certificar después que el conflicto se había dirimido con el mínimo armamento imprescindible y que no se habían producido bajas civiles ni daños a sus propiedades. Si Goodfellows utilizaba alguna clase de material bélico que no se hallara incluido aquí o si lo utilizaba para un fin diferente del declarado, la ira que se desataría en la opinión pública sería tal que impediría avanzar en la liberación del enclave en cuestión.

Mientras Sakoda estaba todavía mirando la lista, el empleado le dirigió de nuevo la palabra.

—Bien, que tenga una tranquila estancia.

Cuando Sakoda le dio las gracias, el empleado movió una mano y desaparecieron avatar y consola.

Sakoda, que había quedado a solas en el sendero de la jungla, consultó el mapa. Más allá de esta senda que formaba una suave curva, había un terreno bajo que era donde Ignacio anunció que iba a desplegar sus efectivos. Sakoda hizo que el Meganeura que flotaba a su espalda pasara ahora a la vanguardia y envió a mayor altura otro dron conectado al mismo sistema que llevaba en la mochila.

En el mismo lugar ya revoloteaban otros drones listos para observar la batalla de Terra Amazonas, incluyendo algunos Eyesbee de Goodfellows. Sakoda hizo que el Meganeura se mantuviera fijo sobrevolando el centro de aquella hondonada y procedió a una comprobación del estado actual.

Por los alrededores de la parte del sendero que desembocaba en la hondonada aguardaban desplegados en forma de diamante los seis miembros del destacamento de Jones, con el Maschief a cargo de Rachel ocupando el centro. En cuanto a los efectivos de Terra Amazonas, había desplegados unos doscientos soldados a pie rodeando en semicírculo el punto del terreno bajo por el que se disponía a entrar el destacamento ORGAN. Delante del equipo de Jones se veían alineadas tres camionetas de caja abierta con sendas ametralladoras instaladas apuntando hacia el destacamento. Probablemente su estrategia consistía en mermar la capacidad de

respuesta del destacamento ORGAN disparando las ametralladoras de frente y después utilizar los soldados a pie para rodear a la encañonadora del Maschief y disparar todos a una contra ella. Era una formación que se veía con frecuencia en las guerras legítimas, pero no estaba muy claro que resultase efectiva, puesto que casi todas las guerras legítimas terminaban con la victoria del lado de ORGAN.

Lo cierto es que el destacamento al mando de Jones, que se estaba comunicando mediante gestos de las manos, parecía bastante relajado. El aspecto del capitán Jones mientras impartía órdenes, señalando a la barrera de defensa que circundaba el terreno bajo, apenas difería del que presentaba esa misma mañana en el campo que hacía de base, y los subordinados que escuchaban sus órdenes también parecían bastante tranquilos. Era un equipo de profesionales.

Así las cosas, no tenía nada de extraño que el cuerpo de defensa que les hacía frente ofreciera el aspecto de un grupo de aficionados. Los soldados que estaban en primera línea vestían trajes de camuflaje adaptados a la vegetación de esta zona y se protegían el cuerpo con una especie de coraza y cascos unificados, pero cerca de la mitad de los soldados que se apiñaban detrás de ellos ni siquiera vestían uniforme. Aun cuando muchos llevaban una coraza corporal, el atuendo general se componía de unos pantalones de trabajo con muchos bolsillos y una camiseta de color a juego. También había algunos soldados con protectores en los codos y en las rodillas, pero eran de los que se usan cuando se va en monopatín.

Las milicias de cualquier mafia debían de presentar un aire mucho más marcial. Pero, aun así, tenía mucho mérito su actitud de prestar atención a lo que les dijera el líder mientras empuñaban sus fusiles (¡unos *kalashnikov* con culata de madera!) sin perder de vista los movimientos del destacamento de Jones.

Sakoda probó a buscar con sus dos drones Meganeura, uno más alto y otro más bajo del centro del terreno de operaciones, pero no

consiguió localizar a Ignacio por ninguna parte. Volvió a desplegar el mapa frente a su pecho y comprobó la posición de los drones de Terra Amazonas, de Goodfellows y de las dos empresas de noticias rivales que sobrevolaban en torno a la hondonada donde iba a desarrollarse la contienda. Contando con tal cantidad de fuentes de información como apoyo, el artículo generado automáticamente a partir de las imágenes sin duda obtendría una puntuación de veracidad de los hechos por encima de 0,9.

Uno de los soldados del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas que se encontraba en primera línea miró un instante hacia abajo para echar un vistazo a su reloj de pulsera y entonces el destacamento de Jones se puso en guardia, todos a una. Sakoda comprobó también la hora en su visualizador por capas *queuechouvue*.

Sakoda se puso en pie con precaución para no alterar los nervios de ninguna de las partes y avanzó un poco más hacia donde se hallaban los contendientes de Terra Amazonas. No existía la preocupación de que le dispararan los soldados de Goodfellows, pero el Cuerpo de Defensa utilizaba armamento antiguo y, sin duda, carecían de identificador amigo-enemigo y de proyectiles guiados asociados a dicho sistema.

Entonces sacó de la mochila el brazo extensible de la cámara que llevaba plegado y lo sujetó a su exoesqueleto. Con la cámara colocada en el extremo de dicho brazo, comenzó a filmar el terreno bajo como si lo estuviera lamiendo.

En unos pocos segundos serían las seis y treinta minutos de la mañana según el huso horario del Amazonas.

La hora que acordaron ambas partes para el comienzo de la batalla.

Sakoda maniobró el Meganeura para que filmase la retaguardia del cuerpo de defensa. En las guerras legítimas siempre dispara primero el bando defensor. De esa manera, el destacamento ORGAN puede alegar legítima defensa.

Jones bajó la mano que tenía a la altura de las cejas, dando la señal para avanzar. Sakoda levantó el pulgar y el meñique en un gesto que imitaba un teléfono y, junto al meñique, que figuraba ser el micrófono, murmuró: «Redacción de artículo». Al instante le llegó la contestación, gracias al implante de transmisión ósea: «¿Cuál debe ser el contenido del artículo?».

—Estilo, informe de última hora; contendientes, Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas y destacamento de Goodfellows al mando de Jones; tras la señal de Jones, da comienzo la batalla de defensa del territorio.

Al terminar de hablar Sakoda, el sistema sintonizado con su idioma preparó un artículo a modo de informe de última hora que apareció en su visualizador.

> *A las 06:32 de la mañana del 25 de julio de 2045, hora local de Amazonas, ha comenzado la operación de desarme de Terra Amazonas, autoproclamada ciudad internacional independiente. La empresa paramilitar Goodfellows, contratada por el Gobierno de Brasil, ha desplegado en el lugar de combate previsto el destacamento ORGAN n.º 1 al mando del capitán Jasper Jones y ha informado al Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas sobre su voluntad de entablar batalla. Ante ello, el Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas muestra intención de rodear al destacamento de Jones con una fuerza de 214 efectivos a pie*.
>
> *El Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas se halla bajo el mando del comandante Cherry Ignacio y la encañonadora del destacamento de Jones es la sargento Rachel Chen. En el momento en que alguno de los dos acabe incapacitado para actuar, la batalla se dará por terminada*.

Cuando Sakoda leyó el artículo una segunda vez, se dio cuenta de que el nombre de Rachel venía subrayado. Si se tratara de un artículo detallado, todavía podría admitirse, pero en uno cuyo fin era el de informe de última hora, no parecía necesario citar los nombres de los componentes del destacamento y el subrayado era una advertencia al respecto. Sakoda sacó el nombre de la pantalla y el operador lingüístico enseguida corrigió esa parte del artículo.

El Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas se halla bajo el mando del comandante Cherry Ignacio. En el momento en que él o el encañonador del destacamento de Jones acabe incapacitado para actuar, la batalla se dará por terminada.

Sakoda volvió a imitar un teléfono con los dedos y comunicó al meñique: «Publicar». Entonces, en el ángulo superior izquierdo del artículo apareció un icono con la forma de una balanza que marcaba la cifra 0,9234. Era la puntuación de comprobación de veracidad de los hechos que daba COVFE, una plataforma de verificación de artículos periodísticos alojada en San Francisco. Cuanto más alta fuera la puntuación, más se aceptaría el artículo como verídico por todas las plataformas de información.

No había necesidad de esforzarse por conseguir el 0,0766 restante para la puntuación completa y, además, si se modificaba el artículo *a posteriori* para subir la puntuación, se recibía una penalización que impedía seguir trabajando como periodista durante unos años.

Ya había conseguido enviar la primera información. La siguiente sería la de la batalla en sí.

Sakoda volvió la cabeza hacia la hondonada y descubrió la figura de cierto hombre ataviado con uniforme militar color caqui, de pie en la caja de una de las camionetas. El individuo portaba una carabina y tenía un puro entre los dientes, pero no llevaba ni coraza ni casco. Corrigió la posición de su boina, que llevaba ladeada, y apuntó su ostentosa arma hacia el destacamento de Jones.

—¿El comandante? ¿Qué le habrá pasado por la cabeza?

Sakoda no pudo evitar hacer el comentario en voz alta. El retículo creado por el visualizador de Rachel debía de estar ya encuadrando al jefe del grupo, Ignacio.

Una vez esquivado el primer tiro del cuerpo de defensa, lo único que tendría que hacer el destacamento de Jones era apretar el gatillo. Las balas guiadas que disparaban sus fusiles de asalto FAR-15 atravesarían el tronco encefálico de Ignacio con precisión milimétrica.

Viendo cómo Ignacio apuntaba su arma hacia el destacamento de Jones, Sakoda sintió una especie de calor ascendiendo desde el fondo de su vientre. Cuando se dio cuenta de que lo que llevaba él en la mano no era un cuchillo ni un arma de fuego, sino el agarre de la cámara de fotos, se desilusionó. Pensó que, si hubiera sido un arma de fuego, podría haber matado de un tiro a ese fantoche disfrazado. Acto seguido, recuperó la consciencia de sí mismo.

—Pero ¿qué estoy pensando? —murmuró con un suspiro.

Por lo visto, se había dejado llevar por la indignación que le producía el acto tan desorbitado de Ignacio. Nada más entrar aquel hombre en su campo de visión, había sentido un irrefrenable impulso de atacarlo.

Cuando se disponía a respirar hondo y exhalar un nuevo suspiro para recuperarse, se oyó un disparo.

Sakoda se apresuró a mirar el monitor del Meganeura para ver quién era el primer soldado que había disparado. Sin embargo, los miembros del cuerpo de defensa permanecían inmóviles, con la vista fija en el destacamento de Jones. En este otro lado se encontraban los soldados ORGAN con expresión atónita mientras sus fusiles FAR-15 humeaban tras el disparo. Al parecer, los cinco subordinados de Jones habían disparado a la vez. Con Ignacio como blanco.

Sakoda se apresuró a girarse hacia la camioneta donde estaba Ignacio y estuvo a punto de lanzar un grito. Aquel Ignacio que debería haber sido atravesado por las balas, continuaba en pie sobre la caja. Con un movimiento de aire teatral, alzó el brazo con el que llevaba el arma y, agitándolo, gritó:

—¡Hasta la victoria siempre! ¡Patria o muerte!

Ese grito fue la señal de ataque.

Los soldados del Cuerpo de Defensa que ocupaban la hondonada dispararon todos a una.

Los soldados del destacamento de Jones endurecieron sus escudos acorazados y adoptaron una actitud defensiva, formando un arco de protección semicircular que rodease a Rachel. El camuflaje óptico de los armazones reproducía el paisaje de la jungla.

Posiblemente tenían intención de batirse en retirada, pero la ingente cantidad de balas no se lo permitía.

La lluvia de proyectiles que impactaba sin descanso fue haciendo añicos uno tras otro los paneles acorazados de camuflaje óptico a base de material compuesto, cayendo los trozos a tierra.

Cuando el protector del capitán Jones, que ocupaba la posición delantera, hizo un ruido de resquebrajarse y saltó en pedazos, las balas cesaron. El Maschief cayó de rodillas y Rachel salió despedida hacia el suelo.

El Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas había derrotado al destacamento ORGAN.

Sakoda hizo descender el Meganeura que sobrevolaba la zona y, tras hacer que filmase a los miembros del Cuerpo de Defensa abrazándose con alegría, se acercó a donde estaban Jones y los suyos.

Jones, al ver que se acercaba Sakoda con la cámara, apartó el rostro y bajó la vista hacia la alférez Said, caída a sus pies. Detrás de la visera partida se veía el rostro de Said, muerta, con los párpados abiertos y los ojos azules clavados en el cielo. El soldado de primera Lee Haoran se agachó junto a Rachel, caída en el suelo bocarriba y, asintiendo, le dijo a Jones: «Está a salvo». Al parecer, su vida no corría peligro.

Justo a la izquierda de Jones se encontraba Paul Manima, un soldado nuevo que participaba en su primera intervención militar, de cabello rubio claro y con un rostro que parecía todavía más blanco por la repentina palidez. Detrás de Manima estaban George Jacobson y Yulia Allouch, recogiendo algunos trozos desperdigados del cuerpo de Said. La tez amarronada de Jacobson parecía casi morada, como si hubiera perdido toda la sangre, mientras que, por el contrario, las mejillas de Allouch estaban tan coloradas como una manzana, quizá por la rabia, quizá por la tensión.

A excepción de la difunta Said, parecía que nadie había sufrido heridas de consideración.

Debido a que el duelo se había dirimido en apenas unos instantes, los soldados se encontraban sentados manteniendo la misma formación básica de los destacamentos ORGAN.

Sakoda volvió a hacer la imitación del teléfono con los dedos y susurró a su meñique:

—Redacción de nuevo artículo a modo de informe de última hora. El destacamento de Jones abrió fuego, pero fracasó. Ante la ráfaga de saturación sufrida por las fuerzas de Jones, su encañonadora terminó incapacitada para actuar y se han rendido. Para imágenes, la escena del ametrallamiento masivo. De las fotos, centrarse en las del capitán Jones rindiéndose.

Apenas terminó de hablar, apareció el artículo.

> *A las 06:43 minutos, hora local de Amazonas, el Destacamento ORGAN n.º 1 de Goodfellows, al mando del capitán Jasper Jones, disparó primero contra el comandante Cherry Ignacio, jefe del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas, pero fracasó. El cuerpo de defensa, que los rodeaba, les disparó y en el tiroteo perdieron a la alférez Rosalind Said, segunda en el mando, tras lo cual se rindieron*.

Acto seguido, apretó el botón de publicación y enseguida apareció adjunta la puntuación de veracidad de COVFE, un 0,9483.

En un extremo de su campo de visión parpadeó un punto que indicaba la recepción de un mensaje. Lo enviaba el agente de publicación de noticias de Sakoda, Terry Marukawa.

> *He estado comprobando. El aviso de última hora distribuido por* Sun Online *fue visto por cien mil personas y este segundo ya ha superado los cinco millones de visualizaciones. Gracias por incluir también el nombre de la subjefa. Me encargaré de concertar una cita con sus deudos. No te preocupes por los gastos del reportaje. Sigue intentando sacar todo lo que puedas*.

Al releer el artículo, Sakoda se dio cuenta del olvido cometido. El texto donde se informaba de la muerte de Said no era suyo, sino una información que añadió el servicio de inteligencia artificial. Tras

murmurar un RIP por la subjefa de cabellos rubios, Sakoda comunicó a Marukawa que había leído el mensaje y se puso a pensar en ese «saca todo lo que puedas» al que se refería el otro.

Lo que resultaba absolutamente necesario era una entrevista en exclusiva con Ignacio.

Tenía que preguntarle por qué justo antes de iniciar el combate se había puesto él mismo en primera línea de tiro, cómo había conseguido sobrevivir a la primera andanada de balas de ORGAN y también si la lluvia de proyectiles con que respondieron fue el fruto de un plan que ya preveía el fracaso del primer ataque del enemigo o si les favoreció la suerte por pura casualidad. Y si lo habían hecho ateniéndose a un plan previo, en qué se basaban para saber que el destacamento de Jones dispararía antes. Además, como cuánta munición habían utilizado para destrozar las protecciones acorazadas del destacamento.

Todas las facetas de aquella batalla que se había decidido en menos de un minuto encerraban un alto valor periodístico. Porque si la misma estrategia funcionaba frente a otros destacamentos ORGAN, iba a cambiar por completo el desarrollo de las guerras legítimas.

También le gustaría hacer entrevistas con el bando de Jones, a punto de convertirse en prisioneros de guerra. Jones, jefe del destacamento, y también Rachel, la encañonadora, que sin duda aportarían cosas diferentes cada uno. Si Jones aceptaba, estaría bien celebrar un debate entre Ignacio y él. Si conseguía hacer todo eso, posiblemente sería nominado para algún premio periodístico, y en adelante no le faltaría trabajo.

Pero si quería arrastrar a Jones a una entrevista, necesitaba actuar deprisa.

Antes del mediodía, Terra Amazonas y el Gobierno de Brasil se sentarían a la mesa de negociaciones. El tema principal sería la negociación relativa al reconocimiento de la independencia, pero por fuerza tendrían que hablar también de la devolución de Jones y sus compañeros cautivos. Quizá en el contrato entre Goodfellows y el

Gobierno no existiera ningún apartado relativo a compensaciones por pérdidas o cláusulas de protección del personal, pero ante una oferta de devolución de prisioneros ninguna nación podía permitirse contestar «No nos hacen falta».

Ignacio, conocido como el maestro de las guerras legítimas, aprovecharía esta oportunidad al máximo para ganar la independencia de Terra Amazonas. Sakoda era consciente de que seguramente a él no le dejarían entrar en el lugar mismo de las conversaciones, pero en la entrevista sí podría averiguar algo acerca de su táctica de negociación.

Mientras Sakoda andaba pensando esta serie de cosas, la camioneta con Ignacio a bordo se detuvo delante de Jones. El cuerpo de defensa que antes rodeaba la hondonada fue estrechando su círculo hasta rodear a Jones y los suyos.

Abriéndose paso entre los componentes del cuerpo de defensa, Sakoda avanzó hasta la primera fila y, usando tanto la cámara que llevaba consigo como la del Meganeura sobre ellos, encuadró el cabizbajo destacamento de Jones junto a Ignacio. Este último, como si hubiera estado esperando ese momento, bajó a tierra abrazado en volandas por un soldado de gran corpulencia que esperaba junto al vehículo.

Los miembros del destacamento de Jones se alinearon detrás de su jefe y entonces Ignacio se acercó a ellos mientras corregía la posición de su boina, que se había movido al bajar del vehículo. Ignacio extendió ambas manos hacia los derrotados y exclamó:

—¡Che!

Pero, tras alzar la voz, de pronto comenzó a toser violentamente, encorvando la espalda.

Mientras tosía, Ignacio agitó una vacilante mano en el aire y el corpulento soldado de antes le entregó un inhalador. Ignacio, jadeante, agarró el inhalador y, tras aspirar fuertemente el medicamento dos veces, contuvo el aliento. Sakoda se fijó en el envase y vio que la etiqueta indicaba que se trataba de un inhalador

a base de esteroides. Por lo visto, Ignacio padecía asma, la misma enfermedad que Guevara,

Ignacio exhaló aire por la nariz y paseó la mirada por el destacamento de Jones.

—No se preocupen, no es contagioso.

Jones asintió y pareció a punto de decir algo, pero, abriendo mucho los ojos, retrocedió un poco. Tenía la vista clavada en el fusil que empuñaba el soldado que había entregado el inhalador a Ignacio.

Aquel soldado, que antes llevaba su fusil automático con culata de madera colgado del hombro, ahora lo tenía en horizontal a la altura de la cintura. El soldado, que tenía una mano en el agarre, había levantado un ligero sonido metálico al rozar la culata. Sakoda se dio cuenta de por qué le había parecido raro dicho sonido.

—Eso no es un *kalashnikov*, ¿verdad?

—Cierto —admitió Ignacio—. Camilo, le puedes descubrir el truco.

El soldado asintió a las palabras de Ignacio y tocó con el pulgar una pequeña consola táctil situada encima del agarre. Aquella culata de madera que tan acostumbrado estaba a ver y su correspondiente cuerpo metálico se transformaron en el fusil de asalto del Ejército de Liberación Popular chino que usaban los ORGAN. A causa del camuflaje óptico, no se habían dado cuenta, pero también poseía una mira telescópica sobre el cuerpo central para uso de balas guiadas.

—Un QBZ-100…

Ignacio se había procurado un armamento similar al que usaban los ORGAN. Había camuflado las habilidades de sus fusiles.

Jones y los suyos miraron a los miembros del cuerpo de defensa que los rodeaban. Sakoda también comprobó visualmente el armamento que portaban. Si se diera el caso de que la mayoría de ellos llevasen armas de las más modernas o si contasen con un encañonador como los de ORGAN, los requisitos básicos para entablar una batalla limpia se habrían quebrantado.

La forma de luchar por la que era conocido Ignacio era lo que se llamaba «trampa para bobos», consistente en usar redes o alambres que aprovechaban las particularidades del terreno. Utilizaba drones de reconocimiento, pero también medios de combate tradicionales y combinaba ambos para derrotar a los destacamentos ORGAN, pero siempre respetando las normas de las guerras legítimas, y precisamente por eso se había ganado el sobrenombre de *comandante* y era respetado.

Si acaso alguien como él estuviera utilizando material ORGAN sin declararlo, Terra Amazonas sería considerada como una organización armada con alta tecnología que no respetaba las leyes internacionales. Los tres países a los que arrancaban una parte de su territorio adquirirían el derecho a ejercer una acción bélica tradicional, en la que, como resultado, podría admitirse la existencia de muertos y heridos entre los civiles. Se desencadenarían combates en la ciudad a cargo de la infantería o bombardeos y disparos a larga distancia por parte de drones controlados por inteligencia artificial.

Sin embargo, aparentemente, los únicos que iban armados con QBZ-100 eran los cuatro hombres que estaban pegados a Ignacio. Y no había nadie con aspecto de ser un encañonador.

—No parece que seáis un destacamento ORGAN… —dijo Jones a modo de confirmación.

Ignacio volvió a sufrir un violento acceso de tos.

Al mismo tiempo, Jones hizo una mueca como si él mismo fuese a empezar a toser también y se tapó la boca con una mano. Sus subordinados también perdieron la serenidad. Ignacio lo observó y después se volvió hacia el corpulento soldado al que había llamado Camilo.

—No hay duda. Todos lo son.

Camilo asintió y llevó la mano al agarre.

—¿A quién dejamos?

Ignacio clavó la vista en el cielo un par de segundos y luego señaló a Rachel.

—A la encañonadora.

Camilo asintió brevemente y, poniendo el pulgar en la consola del QBZ-100 destinada a los dedos, descargó una ráfaga en modo automático sobre el destacamento de Jones, moviendo el arma en horizontal, como si segara con una guadaña.

Jones tenía los ojos abiertos de par en par cuando la cabeza le saltó en pedazos. A continuación fue Manima, con un impacto en aquel cuello cuya barba nunca había afeitado, y, acto seguido, cayó Allouch, que despidió un chorro de sangre al ser alcanzada en un parietal cuando, advirtiendo el giro anormal que tomaba la situación, intentaba agacharse.

Los chorros de sangre expulsados casi a un tiempo formaron una roja cortina bañada por la luz del sol.

Sakoda intentó abalanzarse sobre Ignacio con un grito, pero antes de que tocase tierra con el primer paso, la masacre había finalizado. Los componentes del destacamento de Jones, alcanzados por la ráfaga de balas de alta velocidad disparada a quemarropa, habían recibido heridas mortales también por debajo de la garganta y fueron desplomándose uno tras otro según les fallaban las rodillas.

El silencio se cernió en torno a Sakoda.

Había sido una matanza.

Cinco soldados que se habían rendido fueron masacrados sin dejarles tiempo ni para implorar por su vida. El cerebro de Sakoda revivió la imagen de los ojos azules de Jones cuando, en el último instante, se giró hacia él. Su garganta hizo un sonido espumoso y la boca, todavía abierta, se le fue secando. Pero la traumática impresión sufrida no fue más allá. El fármaco antiexcitante que había tomado antes de dirigirse al campo de batalla reprimió sus ganas de vomitar y mantuvo en los límites de la cordura su mente, que a punto estuvo de rodar por la cuesta del pánico.

Las balas expulsadas mediante el modo automático habían atravesado certeramente el bulbo raquídeo de los cinco soldados. Unos hilos de sangre continuaban manando de las heridas abiertas bajo la garganta. Solo habían excluido a Rachel.

Un débil gemido llegó a oídos de Sakoda. Pero el gemido enseguida se transformó en un chirriante alarido y luego en algo similar al aullido de una fiera.

—¡Maldito!

Rachel, con los dedos curvados como garras, se abalanzó hacia Ignacio. Sakoda fue incapaz de reaccionar ante el brusco cambio de ánimo y, a pesar de que Rachel estaba solo a unos metros de distancia, la perdió de vista. Pero, al parecer, Camilo sí podía verla.

Cuando resonó la voz de Ignacio diciendo «No nos obligues a hacerte daño», Camilo ya tenía sujeta a esa Rachel que se había lanzado como una tromba. Rachel abrió la boca para gritar, pero Camilo se la tapó con su mano enguantada.

Sakoda se encontraba mirando boquiabierto la escena cuando Ignacio se apoyó tambaleante en su hombro. Sakoda se apresuró a sujetar ese cuerpo extrañamente caliente.

—Con que eres periodista, ¿no? —dijo Ignacio.

—Sí…

—Ya haremos después las presentaciones —susurró mientras hacía que Sakoda se girase hacia los cadáveres—. Informa de esto.

Sakoda miró fijamente el rostro de Ignacio.

—¿Lo dice en serio?

El acto de Ignacio, matar a unos soldados que se habían rendido, era algo que no podía disculparse desde ningún punto de vista. Aunque resultaba muy raro, hubo casos en que los efectivos ORGAN derrotados sufrieron maltratos. Pero fusilarlos sin haber pasado ni siquiera por un juicio resultaba de todo punto imperdonable.

Esto era una masacre.

—Hablamos de una masacre.

—Efectivamente.

Ignacio acercó su rostro al de Sakoda. El periodista sintió un intenso olor a cigarro habano.

Sakoda miró los cinco cuerpos caídos. El Meganeura también había visto todo, de principio a fin.

—Redacción de informe de última hora. Cherry Ignacio ha masacrado a los prisioneros. Infracción del Tratado de la Guerra Terrestre, crimen de guerra, crimen contra la humanidad.

Enseguida apareció el artículo frente a su pecho.

> *¡Última hora!*
> *06:51 minutos, hora local de Amazonas. El comandante Cherry Ignacio, que dirigía el Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas en calidad de asesor militar para una batalla limpia, ha matado a cinco de los seis soldados de Goodfellows que se habían rendido. La masacre cometida por el comandante Ignacio, ignorando los derechos de los prisioneros, viola el Tratado de La Haya sobre la Guerra Terrestre y es previsible que sea denunciada como crimen de guerra*.

Sakoda, que había apretado el botón de publicación en un acto reflejo, abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa del mensaje que apareció.

—¿Publicación rechazada?

La puntuación de verificación de hechos por parte de COVFE era de 0,445. Es decir, que no se ajustaba a los hechos, que mentía.

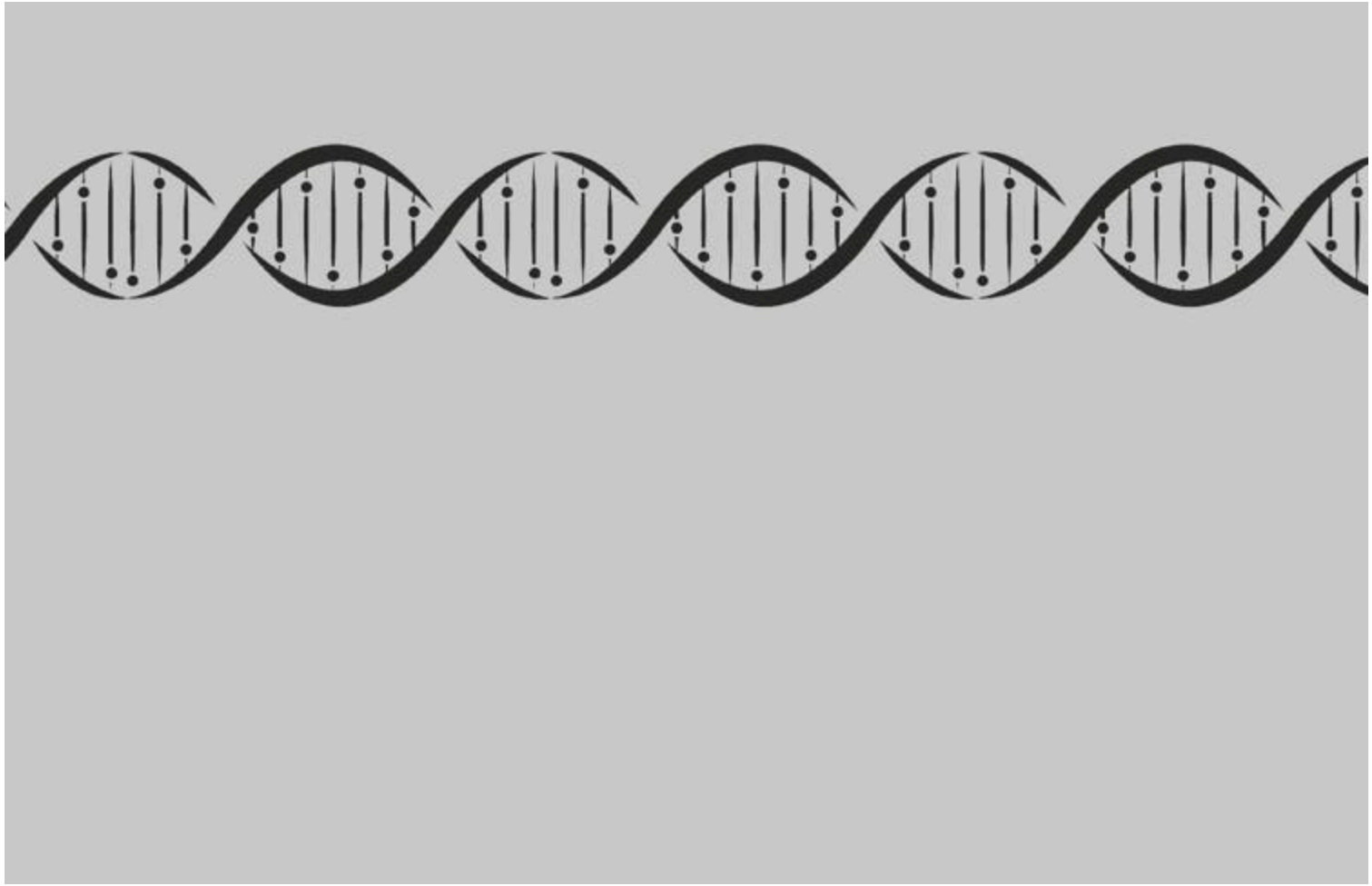
—¿Cómo que publicación rechazada? —dijo Ignacio mirando el mensaje—. Eh, tú, ¿qué clase de artículo has escrito?

Sakoda compartió el artículo mediante la consola del visualizador *queuechouvue* e Ignacio, que por lo visto no usaba lentes de contacto, sacó del amplio bolsillo de su pecho una pantalla con forma de gafas que se puso sobre los ojos para leer el texto.

—Mierda.

Ignacio dio un empujón a Sakoda, dejando de apoyarse en él, y echó a andar hacia la camioneta con aspecto de hallarse profundamente contrariado ante el hecho de que el artículo no se publicara.

CHERRY IGNACIO



1

Cargando con su bicicleta de carretera, Toma Knut terminaba de bajar por la estrecha escalera de su residencia, otrora un albergue para uso de la Marina, cuando su pie resbaló en el empedrado, humedecido por la brisa matinal de la bahía de San Francisco, y dejó caer el vehículo.

Al momento cruzó por su cabeza el importe de la bicicleta caída, cinco mil dólares. Si se hubiera producido aunque fuera una grieta en el cuadro de fibra de carbono, la reparación debía de suponer unos dos mil dólares.

Ante la mirada de Toma, que rezaba por que el vehículo no se hubiera dañado en el golpe, la bicicleta, que había caído sobre las ruedas, hizo sonar su pequeño motor demostrando que podía reaccionar por sí misma. Había que dar las gracias a los incontables anillos que giraban sobre su eje alojados en las ruedas, convirtiéndolas en omnidireccionales, capaces de adoptar no solo la posición de avance y de frenado, sino también izquierda y derecha, cualquier dirección.

Como parte de sus medidas para paliar el calentamiento de la ciudad, en las calles de San Francisco se estaba sustituyendo el asfalto por un empedrado. Pero aunque se hable de empedrado, no se trataba de adoquines de verdadera piedra, sino que estaban formados a base de una variedad de coral terrestre creada por manipulación genética. No obstante, en días como este en que estaba el suelo mojado, las delgadas ruedas de la bicicleta de

carretera resbalaban en las junturas de los adoquines y el cambio de dirección deseado podía encontrarse con dificultades.

Atraído por esa imagen de poder circular por tan malos caminos igual que en los tiempos del asfaltado, Toma había hecho algunas adaptaciones para mejorar su bicicleta. Sin embargo, no esperaba que aquellas ruedas omnidireccionales tuvieran la capacidad de actuar por sí mismas.

—Tremendo… —murmuró Toma poniendo una mano en el sillín para inclinar un poco el vehículo.

Entonces, la bicicleta reaccionó al empuje deslizando las ruedas omnidireccionales en perpendicular para evitar la caída. Toma repitió la prueba una segunda y una tercera vez, aplicando un poco más de fuerza, pero la bicicleta de carretera no dio muestras de ir a volcarse.

Toma se puso el casco, corrigió la posición de la mochila que llevaba a la espalda y, tras dar media vuelta por el camino arbolado en torno a la residencia, pedaleó hacia la avenida Mason.

Mientras saludaba con la mano a los turistas que se dirigían a pie hacia el puente Golden Gate, Toma comprobó el tráfico en la avenida Richardson.

Eran las siete y veinticuatro minutos de la mañana; la hora en la que se dirigían al trabajo los empresarios de San Francisco, que unos cifraban en diez mil y otros en cincuenta mil, saliendo de la llamada West Needle, una zona residencial de rascacielos de hasta doscientas plantas para los más adinerados sita en Mill Valley.

Miles de vehículos de conducción automática que habían cargado sus baterías durante la noche entraban a la ciudad atravesando el Golden Gate. Los coches de piloto automático de Tesla, BMW, Lexus o Mercedes se comunicaban entre ellos de manera que podían acortar la distancia entre vehículos a los cinco centímetros, formando una larga fila que circulaba por la ciudad a la máxima velocidad permitida por la ley, mientras calculaban cómo ajustarse a los tiempos de los semáforos en verde.

En el visualizador de Toma aparecían varias líneas de color rojo representando las filas de coches que transitaban por el Golden Gate. La cabeza de las filas ya estaba casi encima. Toma nunca había oído hablar de un vehículo de conducción automática que hubiera causado un accidente, pero el ruido que levantaban una treintena de automóviles corriendo a la vez no resultaba agradable de escuchar.

Cuando Toma se encontraba dudando si ir al trabajo por una ruta diferente, aparecieron una veintena de coches de conducción automática encabezados por un BMW que pasaron cerca de él a la máxima velocidad permitida en esa zona, 65 kilómetros por hora, salpicando los alrededores con el agua de la lluvia. Según la información de tráfico que ofrecía su visualizador, dicha escena se iba a repetir una decena de veces.

Asqueado, Toma decidió escoger la ruta que pasaba junto a los muelles, yendo desde el bulevar Marina hasta llegar a la calle Bay para luego adentrarse en la calle Hyde, donde ya solo tenía que subir la cuesta para llegar a la oficina. Tratándose de esta ruta, el límite de velocidad para los vehículos era de 30 kilómetros. Además, si daba un pequeño rodeo para llegar a Marina, podría comprar para el desayuno un burrito al estilo africano o tortas con otras especialidades africanas en los camiones de venta de comida de los refugiados de Níger.

Al recordar el olor de aquellas especias secas, la saliva empezó a correr por su boca.

Acababa de decirse «Muy bien, decidido» cuando llegó un aviso de comunicación a su visualizador.

«Toma, ¿tienes un momento?».

El mensaje venía de la persona para quien trabajaba, Marsha Yoshino, directora general y fundadora de COVFE, una plataforma de verificación de hechos. Bajo el bocadillo donde figuraba el mensaje a modo de diálogo aparecía el sonriente avatar tridimensional de su jefa, con una piel de color chocolate nada habitual en alguien de ascendencia japonesa. Según decía, su abultada melena rizada,

también muy rara en las personas de Extremo Oriente, era su pelo natural. Marsha llevaba aquella densa cabellera que le daba la forma de una cáscara de huevo. Tras el desordenado flequillo, destacaban unas gafas de montura negra. Y al otro lado de las lentes, unos grandes ojos que miraban fijamente a Toma.

—Sí, no hay problema. ¿Qué sucede?

Toma contestó activando la señal de sonido y el avatar comenzó a moverse. Marsha señaló con el pulgar en dirección a la espalda de ella.

—Justo ahora acabo de adelantarte. Ya que hoy has salido pronto, ¿te importaría venir cuanto antes a la oficina?

Toma miró hacia la fila de coches que acababan de adelantarle. Aquella serpiente de metal formada por una veintena de vehículos de conducción automática comenzaba a tomar una curva para adentrarse en el centro de San Francisco, que relucía bajo la luz matinal.

—¿Es el coche que acaba de torcer ahora para la calle Lombard? El Honda de costumbre, ¿no?

—Sí, eso es. El quinto por delante. Date prisa, ¿eh?

Nada más decir eso, Marsha cortó la comunicación. No quedaba sino renunciar a las tortas africanas y la relajada ruta hacia el trabajo. Cuando terminó de pasar la segunda fila de coches que llegó después, Toma emprendió la marcha con su bicicleta por la calzada.

El camino era la pura sencillez. Avanzó en línea recta por la calle Lombard tras las filas de coches y, al llegar al banco Chase que había al principio de la cuesta, dobló a la derecha para subir la pendiente de la avenida Van Ness. Su objetivo era Tenderloin, el barrio de oficinas que se extendía por la zona previa al ayuntamiento de la ciudad.

Antiguamente, Tenderloin era la zona más insegura de San Francisco, pero en la segunda mitad de la década de 2030 esa mala fama fue ya un recuerdo del pasado. El motivo era que en el subsuelo del barrio de Tenderloin se creó un centro de datos para

computación cuántica y varios cientos de empresas emergentes ocuparon todas las oficinas vacías de la zona.

Una de ellas era COVFE, donde trabajaba Toma. Es más, fue la empresaria Marsha Yoshino quien transformó aquel Tenderloin donde pululaban los drogadictos y los indigentes en un lugar que pasó a recibir el apodo de Quantum Hill.

En el 2031, a los trece años de edad, Marsha consiguió descifrar con un computador cuántico el sistema criptográfico RSA que garantizaba la seguridad de internet. Utilizando su método, que bautizó como *Yoshino surf*, con un ordenador cuántico de mesa de 128 bits cuánticos se podía descifrar en dos minutos una encriptación RSA de 4096 bits. Marsha, cuyo descubrimiento o invención destrozaba la seguridad de las comunicaciones por completo, se aseguró de preparar una estrategia antes de anunciar su éxito.

Consistía en una criptografía basada en retículos que era retrocompatible con la encriptación RSA.

Marsha registró en el NIST (Instituto Nacional de Estándares y Tecnología) estadounidense aquella criptografía de retículos capaz de actuar en tiempo real con un computador cuántico de iones atrapados de apenas 16 bits cuánticos, y consiguió venderla a varios fabricantes de aparatos de comunicaciones, obteniendo con ello un capital de cientos de millones de dólares.

Marsha, que de la noche a la mañana había amasado un capital inmenso, compró una central eléctrica del tranvía de San Francisco que se conservaba en los subterráneos del barrio de Tenderloin y levantó el proyecto para reconvertirla en un centro para su servidor cuántico.

Después de aquella inversión de cientos de millones de dólares en Tenderloin, el precio de los terrenos allí se encareció de golpe. En los pisos de los edificios conservados para mantener el paisaje original, entraron una tras otra empresas emergentes que utilizaban los servicios cuánticos que extraían de las instalaciones subterráneas. En apenas unos cinco años, el lugar evolucionó hasta

transformarse en el centro neurálgico más importante de la tecnología de San Francisco.

Marsha, que había construido Quantum Hill gracias a cambiar el barniz de las comunicaciones de internet, creó un servicio de verificación de hechos que combinaba un LLM (modelo extenso de lenguaje) con la computación cuántica, gracias al cual consiguió mantener la credibilidad de internet, que se ahogaba en un torrente de noticias falsas.

Además, Marsha consiguió poner fin a la II Guerra Civil estadounidense, que parecía inacabable.

La población de dieciocho estados que buscaban independizarse de los Estados Unidos se dio cuenta de que aquella «voz» que les había hecho decidirse por la independencia era una ilusión creada por una serie de noticias falsas difundidas por países y organizaciones que deseaban el desmembramiento de la nación. Entonces, una vez perdidos sus fundamentos teóricos, los dieciochos estados fueron reincorporándose uno tras otro a la Unión.

Marsha, que había dado un vuelco a la seguridad de internet y había conseguido reunificar los Estados Unidos, era una ingeniera informática que continuaba en activo. COVFE, sin dejar de ser una compañía dedicada al desarrollo tecnológico puro, conservaba en su oficina el mismo aspecto que cuando comenzó su andadura. Ni siquiera había cambiado el letrero anterior de la tienda de donuts, pintarrajeado por pandilleros.

Toma, que tras salir de la avenida Van Ness había entrado en la calle Ellis, se bajó de la bicicleta de carretera debajo del grafiti color negro con el que los pandilleros habían dejado su firma usando las palabras *crow blood*. Aparcó el vehículo en el soporte para bicicletas que antes utilizaban los repartidores que venían a recoger los donuts con destino a la distribución y echó la llave. A su lado pendía también la bicicleta de montaña de doble suspensión encargada de soportar el corpachón de uno de sus compañeros, An Ho.

—Buenos días —saludó Toma abriendo la pesada puerta de madera.

Su visión quedó cubierta por una franja como un arco iris. Cuando se dio cuenta de que lo que representaba su visualizador era una bandera, ya era tarde. Intentando esquivar la bandera que ondeaba frente a sí, Toma se golpeó fuertemente con el marco de la puerta.

—¡Aaah!

Aguantándose el dolor, Toma introdujo los dedos en su rizada cabellera para tocarse el punto donde se había golpeado. Entonces oyó la voz de una preocupada Marsha.

—¿Estás bien?

—Parece que herido no estoy —contestó Toma comprobando que sus dedos no salían manchados de sangre—. Oye, Marsha, haz el favor de no dejar colgando una sábana tan cerca de la puerta. Gracias a que yo tengo pelo, no me he herido. Si llega a ser An Ho, se hubiera abierto una brecha.

—¿Me estás llamando calvo? —saltó al instante una penetrante voz—. Lo que pasa es que me afeito la cabeza.

—Perdón. Pero no he dicho la palabra *calvo*.

Toma se agachó y, tras pasar por debajo de la bandera, se acercó a An Ho, el voluminoso compañero rapado al cero que trabajaba junto al mostrador del fondo.

—Buenos días —le saludó.

—Ya lo sé —contestó An Ho sin volverse hacia él.

Después, juntando el índice y el dedo corazón, agitó una mano hacia Toma. Si Toma saludase de la misma manera, ofrecería un aspecto penoso, pero en el caso de An Ho, vestido con camisa blanca, pantalones negros bien planchados y zapatos igualmente negros, el gesto quedaba muy bien.

An Ho había creado en la pared con el visualizador una serie de esferas y se había asegurado delante un espacio de trabajo, de manera que frente a él tuviera varias pantallas.

—¿A ti también te ha llamado Marsha? —preguntó Toma.

—Pues sí.

An Ho dirigió sus pálidos ojos azules, fríos como el hielo, hacia Marsha, que había convertido la habitación entera en su espacio de trabajo, desparramando documentos desordenadamente por todas partes.

—Perdonad que os haya llamado tan temprano por la mañana.

Su tono delataba que, en realidad, no lo sentía en absoluto. Toma y An Ho cruzaron una mirada, pero Marsha no dio muestras de preocuparse por lo que pensaran sus subordinados y, colocando una banqueta frente a lo que un día había sido el mostrador de la tienda de donuts, que seguía usando como estaba en su día, se sentó.

—¿Os importa que, por si acaso, lo hagamos así? —preguntó Marsha haciendo un gesto como si se cerrara los labios con una cremallera.

Al ver que les anunciaba una reunión en modalidad privada, An Ho exhaló un suspiro de disgusto. Si iban a tener reunión privada mediante el visualizador en vez de hablar con su propia voz, no hacía falta haberse desplazado hasta la oficina.

—Perdonad, ¿eh? —dijo Marsha despreocupadamente.

Acto seguido, apagó también el espacio de trabajo que An Ho había creado en la pared con el visualizador y en su lugar quedó una superficie blanca sin textura. Era un espacio de trabajo destinado a una reunión en privado. Cuando Toma y An Ho tocaron con su mano aquella blanca superficie, el fonotransmisor óseo anunció «entrada en la sala» y los sonidos de la ciudad que se filtraban en la oficina se extinguieron. Al mismo tiempo, el paisaje del interior de la oficina se transformó. Los tres participantes, sentados en sendas banquetas, estaban ahora en un vasto huerto que se extendía bajo el cielo azul. En aquella granja de terreno ondulado crecía por doquier una planta cuyas hojas dentadas se dividían en siete foliolos. En el centro del sembrado se alzaba una bandera con el arco iris igual que la que colgaba antes junto a la puerta y en el centro de dicha bandera se destacaba un dibujo que reproducía una de aquellas hojas.

Nada más echar un vistazo, An Ho se encogió de hombros.

—¿Plantas de cannabis?

Toma señaló la bandera con los ojos.

—Ese es el sello de calidad de heroína segura, ¿no?

—Sí, eso es —contestó Marsha acercando la bandera—. Esta imagen recoge unas plantaciones de Terra Amazonas donde se cultiva cannabis modificado genéticamente. Dicen que se han declarado ciudad internacional independiente.

Marsha hizo un gesto apuntando al suelo con el índice y el pulgar, como si atrapase algo entre ellos, y entonces la imagen de los sembrados se contrajo y apareció un mapa del río Amazonas y sus alrededores. La imagen se centró en el punto donde limitaban tres países: Brasil, Perú y Colombia. Cerca de donde confluían tres ramales del río, estaba la ciudad de Leticia.

—Este es el territorio de Terra Amazonas. Según las noticias…

—Ah, te refieres a esto, ¿verdad? —interrumpió An Ho desplegando varias ventanas con artículos de periódico—. La empresa que compró unas plantaciones de cannabis a la mafia local y comenzó a producir heroína segura. Y, como empezaron a entorpecer sus exportaciones, proclamaron su independencia.

—A menudo se oye hablar de casos similares —añadió Toma.

Desde que dieciocho estados de la unión se independizaran de Estados Unidos, las declaraciones de independencia de las ciudades habían dejado de ser un fenómeno raro. El abanico era muy amplio, de manera que había desde independencias «suaves», que tenían por único fin el reconocimiento de gobiernos autónomos o la formación de regiones con regulación especial, hasta otras que pretendían tener su propia constitución, su propia acción exterior y su propia política de defensa, en suma, ser iguales que un Estado.

El de Terra Amazonas era uno de estos últimos casos de independencia hasta el fondo, con su propia política exterior y vigilancia de sus fronteras, que rodeaban todas las plantaciones de cannabis otrora repartidas entre tres países.

Una vez que asimiló la situación general del asunto, An Ho deslizó delante de los presentes unos artículos con noticias al estilo de «última hora».

A las 06:32 de la mañana del 25 de julio de 2045, hora local de Amazonas, ha comenzado la operación de desarme de Terra Amazonas…

A las 06:43 minutos, hora local de Amazonas, el Destacamento ORGAN n.º 1 de Goodfellows, al mando del capitán Jasper Jones, disparó primero contra el comandante Cherry Ignacio, jefe del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas, pero fracasó. El cuerpo de defensa que los rodeaba les disparó y en el tiroteo perdieron a la alférez Rosalind Said, segunda en el mando, tras lo cual se rindieron.

—Vaya… El destacamento ORGAN ha sido derrotado —comentó An Ho abriendo mucho los ojos por la sorpresa—. Eso es muy raro.

Toma hizo una búsqueda sobre el nombre del comandante que figuraba.

—Parece que ese tal Ignacio es un famoso asesor de guerras legítimas. Pero Goodfellows también es una compañía que hasta ahora había tenido muy buenos resultados.

Tras releer el artículo, An Ho frunció sus finas cejas y preguntó a Marsha:

—¿Te refieres a este caso?

Marsha asintió e hizo deslizar la ventana hasta el siguiente artículo.

¡Última hora!
06:51 minutos, hora local de Amazonas. El comandante Cherry Ignacio, que dirigía el Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas en calidad de asesor militar para una batalla limpia, ha matado a cinco de los seis soldados de Goodfellows que se habían rendido. La masacre cometida por el comandante Ignacio, ignorando los derechos de los prisioneros, viola el Tratado de La Haya sobre la Guerra Terrestre y es previsible que sea denunciado como crimen de guerra.

—¿Masacre? —preguntó Toma alzando mucho la voz inconscientemente—. ¿Ha matado a soldados que se habían rendido?

—Es un asunto execrable, pero parece que el problema no está ahí —contestó An Ho cogiendo el artículo entre los dedos—. Este artículo no ha sido distribuido, ¿verdad?

Marsha asintió.

—El criterio base de *Sun* para distribuir las noticias es un mínimo de 0,8. Pero esta nota de última hora solo ha obtenido un 0,445. Y, debido a eso, el agente del periodista en cuestión se está quejando.

—Hace falta cara dura. ¿Así que escribe una noticia falsa y encima se queja?

An Ho arrojó el artículo a una mesa dibujada en el espacio de trabajo. Pero, al contrario de su actitud, su rostro expresaba una gran seriedad. El departamento de apoyo de COVFE comprobaba la veracidad de unos doscientos millones de artículos al día, y a diario llegaban millones de quejas en el sentido de «¿por qué me dan tan baja puntuación?». La mayoría de ellas se debían a textos de redes sociales escritos para conseguir beneficios por número de visitas, con anuncios engañosos o comentarios demagógicos acerca de vacunas o tratamientos genéticos, teorías conspiratorias, leyendas urbanas, etcétera, y por tanto Marsha, en su calidad de directora general, no les prestaba atención.

Sin embargo, esta vez se trataba de una situación anormal.

Ante la atenta mirada de Toma y An Ho, Marsha colocó en el espacio de trabajo un archivo de imágenes enmascarado mediante pixelado.

—El agente del periodista que ha presentado la queja se llama Terry Marukawa. Dice que es una puntuación absurda para un artículo que ha sido generado automáticamente a partir de las imágenes tomadas.

—Voy a hacer una comprobación —dijo Toma atrayendo hacia sí el archivo de imágenes y desbloqueando el aviso que decía «Imágenes de contenido atroz».

Cuando los usuarios piden verificar alguna documentación, en el caso de que se trate de noticias relativas a asesinatos o masacres,

no es infrecuente que incluyan cosas susceptibles de dejar secuelas psicológicas. Para tratar con esa clase de información cruel, es necesario crear un equipo que tome fármacos antiexcitantes. Claro que la mayoría de las empresas dejaban esa labor de comprobación a la mano de obra barata que residía en el extranjero. Sin embargo, en el caso de COVFE, eran Toma y sus compañeros quienes lo hacían directamente. El motivo radicaba en que, aunque Marsha no exigía que fuera así, curiosamente COVFE contaba con muchos empleados de fuerte capacidad de aguante. Toma era uno de ellos. En el instante en que los ojos captaban una imagen que podía resultar difícil de soportar, era como si el corazón se recubriese de una película protectora que reducía los altibajos emocionales.

Toma comprobó las imágenes y la metainformación adjunta y después las comparó con el archivo.

—Parece que la hora y el lugar, así como los nombres de los implicados y los grupos a los que pertenecen o sus rangos, son correctos.

—¿Y en cuanto al contenido?

Toma generó el texto de transcripción de imágenes y, quitando el sonido, las reprodujo. Por mucho que no le fuese a suponer un trauma, no quería sentirse mal viendo con el correspondiente sonido unas escenas con personas muriendo. En las imágenes que desfilaron ante él a doble velocidad, se veía que, bajo las órdenes de un jefe tocado con una boina, los soldados que se habían rendido eran masacrados a balazos.

—Es tal y como dice ese artículo de última hora. El mando con boina dio orden de que matasen a los soldados que se habían rendido. ¿Quién es el periodista?

—Johei Sakoda —aclaró An Ho mientras fruncía el ceño—. El artículo ese está generado por R2T (texto a partir de documentación).

—¿Y un artículo generado de forma automática solo obtiene un 0,445? —preguntó incrédulo Toma.

Los textos que quedaban por debajo del 0,5 eran aquellos obtenidos a partir de la publicidad que incluían una buena parte de exageración o los comunicados de prensa escritos con objeto de apartar la vista de cuestiones inconvenientes, así como otros que prácticamente podían considerarse mera propaganda, por lo que algo como un artículo generado automáticamente a partir de imágenes concretas nunca obtenía una puntuación tan baja. Si se escribía un artículo que no se ajustaba a la fuente que constituían las imágenes, podía entenderse, pero hasta donde había visto Toma, aparentemente el contenido de la filmación y el del reportaje de última hora coincidían.

An Ho intervino malhumorado.

—¿Será que en el sistema de puntuación hay un defecto informático?

Marsha asintió. La gravedad iba cerniéndose sobre el ambiente. Se trataba de un problema que afectaba al tronco mismo de la actividad empresarial de COVFE, la verificación de hechos. COVFE era una empresa puntera dentro de su ramo, que en un solo día efectuaba más de ciento cincuenta millones de verificaciones de hechos, pero el beneficio ordinario que generaba era prácticamente cero. Llevaba catorce años cotizando en bolsa, pero hasta la fecha no había arrojado dividendos que repartir, por lo que, si mantenía a sus accionistas, era únicamente por dos motivos: el carácter genial de Marsha y el ser el número uno en el ramo de la verificación de hechos. Si acaso existiera un error informático en el proceso de verificación de hechos, el valor de las acciones se desplomaría y se enfrentaría al peligro de ser comprada por otra compañía.

Atoll, una empresa de la competencia que recibía el apoyo de los grandes capitales, ya superaba a COVFE en número de artículos juzgados. Había que frenar como fuese el que se extendiera la historia de que el artículo de un reportero de guerra de *Sun*, que tenía contrato con ellos, se había visto bloqueado.

Toma no tendría dificultades para buscarse otro empleo, pero las opciones sobre acciones que había ido acumulando como parte

de su salario se convertirían en papel mojado. Con todo, más que eso, le dolería perder un lugar de trabajo tan distendido y unos compañeros tan capaces.

An Ho cruzó una mirada con Toma y, tras suspirar, colocó en el espacio de trabajo una nueva ventana con el artículo.

—El algoritmo usado es el v5.2.2 del método de polimerización de Pearson.

—¿Un modelo de rutas?

Toma abrió en el espacio de trabajo la documentación sobre el v5. La serie v5 del método de polimerización de Pearson había sido creada por Marsha para el modelo cuántico de siete capas y era un método de verificación de hechos que usaban desde que se fundó la compañía. A partir de este modelo cuántico, los empleados habían elaborado como mínimo doscientas cincuenta y tres clases de variaciones. Toma comunicó el tiempo que requeriría repetir la operación con el método de polimerización de Pearson con los diferentes modelos.

—Para la capacidad de aprendizaje del v5, con un valor de tres cifras significativas, tardaría 2,84E10 días QUEP[1] (veintiocho mil millones) por cada uno.

En COVFE, acostumbrados a trabajar con cifras inmensas que superaban los cien millones o con probabilidades de microporcentajes, usaban con toda naturalidad las cifras exponenciales o los logaritmos.

Toma prosiguió.

—Puesto que tenemos doscientos cincuenta y tres modelos, eso hace 7,19E12 días QUEP (siete billones). Con el procesador que tenemos ahora…

Toma se dispuso a leer el recurso del centro de datos, pero An Ho se le adelantó.

—2,59E9 unidades (mil quinientos millones). Esto significa que tardaría 4,79E3 días.

Marsha asintió.

—Entendido. Podéis usar un máximo de 2E15 (doscientos billones) unidades hasta que terminéis. ¿Qué porcentaje hay de quejas del v5?

Toma recogió unas cifras de la hoja de gestión del v5.

—En catorce años, tres casos. Se trataba de casos evidentes de errores. La probabilidad es de 6,33 entre cien billones.

—Entendido —contestó Marsha mirando alternativamente a Toma y An Ho como si los comparara—. ¿Puedo dejar la investigación del caso en manos de vosotros dos?

Toma asintió y, levantando la vista hacia An Ho, dijo:

—Yo voy a trabajar desde el campus de la Universidad de San Francisco. ¿Tú te quedas en la oficina?

An Ho bajó la vista hacia los pies.

—Ya que me he puesto los zapatos… No me apetece moverme. Si llega documentación que afecte a la valoración del periodista, te la reenviaré. Al parecer, había drones de otros periodistas sobrevolando también la ciudad independiente de Terra Amazonas.

—De acuerdo. Y si descubres algo sobre el proceso desarrollado para valorar el artículo, cuéntamelo también enseguida.

An Ho contestó «prometido» y acto seguido ambos hombres entrechocaron suavemente sus puños. Después, Toma comunicó a Marsha que se marchaba y salió de la oficina. Justo en ese momento pasaba una hilera de coches por delante, que miró alejarse.

La niebla matinal ya se había despejado y el suelo estaba seco. Era un día perfecto para pedalear. Toma bajó la bicicleta del soporte situado bajo el letrero de los donuts y se dispuso a ir cuesta abajo.

—¡Eh, Toma! —le gritó An Ho desde la oficina—. ¿Eso no es la dirección contraria? Vas a la universidad, ¿no?

—Claro, después de que desayune.

Toma se dirigió hacia los muelles. Lo primero era tomar alguna de esas tortas africanas que había dejado pendientes.

2

La fachada del edificio del Ayuntamiento de Terra Amazonas daba a la avenida que cruzaba de norte a sur la ciudad de Leticia. Originalmente funcionaba como Cámara de Comercio y era un palacete blanco de estilo colonial con un jardín de césped en su parte frontal, en el que ahora se alineaban una serie de camiones de comida contratados por el alcalde, Goh Martínez, que repartían cerveza a la población alborozada por la victoria.

De alguna parte habían traído triángulos y zambombas, además de un acordeón, improvisando una banda de música, que comenzó a interpretar un popular *forró* de los que abundan en el nordeste de Brasil. Sakoda contemplaba todo aquel barullo desde el balcón del segundo piso del edificio, con las manos en la barandilla. Dirigiéndose a Rachel, sentada en un mullido sofá tapizado con un tejido repelente al agua, preguntó:

—¿Pedimos que nos cambien el lugar de la entrevista?

Sakoda solicitó un lugar sin riesgo de escuchas, por lo que le habían ofrecido la terraza del ayuntamiento, pero no podía ni imaginar que precisamente en el jardín que quedaba justo delante se fuera a desarrollar una fiesta por la victoria. Si no recordaba mal, el *forró* siempre iba acompañado de baile. Con aquella alegre música y el consiguiente griterío, el lugar no resultaba nada adecuado para escuchar nada de labios de una joven soldado prisionera, menos aun cuando aquellos compañeros con los que comía y dormía acababan de ser masacrados.

Sin embargo, Rachel echó un vistazo al jolgorio de abajo y, sonriendo, se encogió de hombros.

—No hace falta cambiar de lugar.

—Pero es que…

—Yo no siento rencor hacia esta gente —dijo Rachel para, acto seguido, reanudar la presentación que había empezado—. Puedes hacer pública mi edad. Este año he cumplido veinticuatro. Nací en una zona céntrica de la ciudad de Houston. Hasta el bachillerato, viví siempre en la misma ciudad. Carezco de estudios universitarios.

Aparentemente, Rachel se había recuperado por completo de la masacre del día anterior. Sakoda intentaba intuir si le habría quedado alguna secuela cuando ella se le adelantó con una pregunta.

—¿No hace falta que diga cómo se escribe mi nombre?

—¿Que cómo se escribe?

Sakoda, cogido por sorpresa, hizo aparecer con su visualizador una pantallita para escribir con el dedo. Rachel, utilizando el dedo corazón, escribió tres ideogramas chinos acompañados de su pronunciación: La-jie Chen. Después, leyó el nombre en voz alta con los altibajos de tono característicos de la fonética china. O, al menos, eso le pareció a Sakoda.

—¿Así que eres de ascendencia china?

—¿Te parece raro?

Sakoda se fijó con atención en el rostro de Rachel, que le devolvía la mirada con sus ojos azul claro. Su frente era lisa y el puente de la nariz, alto, hasta el punto de que proyectaba una pequeña sombra sobre las mejillas. El pelo que le caía ondulado sobre los hombros era de color castaño hasta la raíz. La tonalidad del cabello se podía cambiar fácilmente, pero resultaba difícil de creer que un mercenario que va de campo de batalla en campo de batalla pudiera mantener una diferente coloración hasta la raíz.

Intentó no mirar con demasiado detenimiento, pero tanto los redondos y firmes senos cubiertos solo por una camiseta de tirantes como el grosor de su tórax o la redondeada musculatura que lucía

en hombros y antebrazos en ningún detalle podían hacer pensar que se hallase ante una mujer oriental.

La chica debió de advertir la confusión que invadía a Sakoda, porque forzó una sonrisa y, tras hacer un guiño, se tiró de un labio y luego lo soltó levantando un pequeño chasquido.

—El rostro es un tanto agobiante, pero, aunque no lo parezca, mis raíces son chinas. Mis antepasados llegaron a los Estados Unidos cuando la I Guerra Civil. Por lo visto, yo pertenezco ya a la séptima generación, pero, hasta donde he oído, parece que mis padres son de pura ascendencia china.

—Ya veo… —asintió Sakoda.

Después señaló el nombre de ella escrito en la pantalla con ideogramas. Si quería dotar al personaje de algo más de empaque, bien estaría añadir esa clase de trasfondo cultural. Incluir el nombre en chino contribuiría también a aportar una mayor diversidad.

—Es decir, que tu verdadero nombre es Ra-jie. ¿No es eso?

—No, La-jie —contestó ella corrigiendo la pronunciación de Sakoda—. Es la manera en que los chinos pronuncian Rachel. El nombre de la esposa de Jacob que aparece en la Biblia.

Mientras escuchaba, Sakoda hizo unas instantáneas de la grabación. Era algo un tanto primitivo, pero si se registraba una imagen fija de un momento determinado con su indicación de fecha y hora, así como la información del lugar, en el caso de las entrevistas largas, luego resultaba más práctico a la hora de consultarlas.

Puesto que ella hablaba de un Jacob casado, solo podía ser el mismo Jacob que aparecía en el Antiguo Testamento. Sakoda probó a hacer una búsqueda en el espacio de trabajo de su visualizador, donde escribió: «Raquel, Antiguo Testamento».

—Ajá, ya veo. La segunda esposa de Jacob, ¿verdad? Se dice que no pudo concebir durante muchos años, pero que finalmente dio a luz a José.

—¿Que no podía concebir hijos? Uy, eso suena de mal agüero. Seguro que mi padre no sabía nada de eso cuando me puso el

nombre. Lógico, puesto que los dueños de lavanderías no van a la universidad…

A continuación, Rachel comenzó a hablar acerca de su familia. Vivían en el centro de Chinatown. Los padres llevaban una lavandería que había comenzado su actividad en 1952, y ese fue el hogar en que ella nació. Su padre se llamaba Lo-Mei Wang y su madre, Yu Chen. Según dijo, sus padres tardaron mucho en conocer descendencia y, tras repetir numerosos tratamientos para la infertilidad, cuando ya pasaban de los cuarenta, por fin nació ella.

Al llegar a ese punto de su narración, Rachel forzó una sonrisa.

—Así que después de haber gastado todo un dineral para poder dar a luz, a la hija que nació le pusieron el mismo nombre que la diosa de la infertilidad… Mejor que no les diga nada de esto, ¿verdad?

Sakoda asintió sonriendo y la animó a proseguir con la entrevista.

—Por tanto, cuando finalizaste el bachillerato, te hiciste militar, ¿no? ¿Entraste en los Marines?

Rachel ladeó la cabeza en gesto inquisitivo.

—¿Cómo? Yo nunca he estado en un ejército regular. Mi intención era dedicarme a conductora de camiones o algo así, pero como me llegó una carta de Goodfellows, probé a postularme para el trabajo que anunciaban. Allí fue donde aprendí todo «esto».

Rachel movió los dedos en el aire como cuando estaba manejando la maquinaria de los destacamentos ORGAN. Cada uno de los movimientos de sus dedos reproducía aquellos con los que segaba la vida de los guerrilleros que se enfrentaban a los ORGAN en las guerras legítimas y apartaba las balas que pudieran alcanzar a los civiles.

—Los entrenamientos fueron muy duros, pero supongo que poseía aptitudes para el trabajo. Y mi constitución también era ideal para los destacamentos ORGAN…

—Un momento, por favor —se apresuró a cortar Sakoda.

Lo que convertía en algo especial a un destacamento ORGAN, formado por seis o siete personas, capaz de dominar un campo de batalla, era la presencia de un encañonador como Rachel.

El encañonador, sentado a horcajadas sobre el transportador tetrápodo Maschief que se llevaba a los campos de batalla, identificaba las señales de los cientos de contendientes, amigos y enemigos, que aparecían en el visualizador y, tras discriminarlas, clasificaba el total en dos grupos, «objetivo» y «no combatiente», decidiendo cuáles eran las vidas que había que arrebatar. Por cierto, se dice que debido a que los movimientos del encañonador, que agita brazos y piernas como si bailara en el vacío, recuerdan a los de un intérprete de órgano de tubos, es por lo que se decidió dar al sistema el nombre de *ORGAN*.

Para el encañonador, que constituía el corazón de los ORGAN, resultaba necesario contar con una agudeza visual dinámica, capacidad de juicio y un alto nivel de coordinación corporal. El manejo del ORGAN requería una conciencia ética, ya que la vida o la muerte de un tercero podía depender del movimiento de un dedo. Y también lo contrario, hacía falta una cierta insensibilidad. Pero eso pertenecía al terreno del talento y la cualidad.

—No es solo cuestión de la constitución corporal, ¿verdad? —dijo Sakoda.

Rachel sonrió y se señaló una muñeca con el dedo índice.

—Algo más sí que hay.

Junto al extremo de su muy recortada uña se vio un bultito moviéndose bajo la piel. El implante de una terminal de BAN (red de área corporal). Como transmisor, no tenía ni comparación con el cobre o la fibra óptica, pero dado que usaba como elemento conductor el agua o los minerales que contiene el cuerpo humano, podía establecer una comunicación con los aparatos que estuvieran en contacto con cualquier parte del cuerpo. También el hecho de que las lentes de contacto podían proyectar en la retina las imágenes del visualizador por capas se debía a que debajo de una axila había un implante para comunicaciones que se encargaba de

enviar las imágenes y a que en la ingle había un conversor de energía térmica que aportaba la electricidad necesaria.

—Un implante para los gestos, ¿no? Eso también lo llevo yo.

—¿Cuántos llevas? Incluyendo el de los gestos.

—En total, tres. En la muñeca derecha, el sensor de gestos y, debajo de la axila, la cápsula para comunicaciones. Aparte, en la cadera, un dispositivo de red de energía eléctrica.

—Sí, bueno, más o menos lo normal.

Rachel deslizó a lo largo del brazo el dedo que apoyaba en la muñeca hasta llegar al hombro. Cuando apretó con el dedo cerca del codo y cerca de la axila, se vio cómo los respectivos implantes subcutáneos se movían. A continuación, el dedo se desplazó hasta el pecho y movió un implante más grande situado en uno de aquellos senos cubiertos por la camiseta de tirantes.

—En mi caso, solo en la mitad superior del cuerpo ya tengo ocho. Si contamos los del cuerpo entero, hacen dieciséis.

—¿Qué? —exclamó Sakoda ladeando dubitativo la cabeza—. ¿Tienes banda suficiente para tanto?

La banda del cuerpo humano solo dispone de cuatrocientos megabits por segundo. Ese era el motivo por el que Sakoda solo se había hecho tres implantes. Si se hacía un cuarto, se supone que sobrepasaría el límite de capacidad de la banda. Pero Rachel movió la cabeza en gesto negativo.

—Por eso te he dicho lo de mi constitución. La red de mi cuerpo es más rápida. Y no necesito tomar fármacos.

—Con eso de los fármacos te refieres a Soldam, ¿no? Yo lo tomo sin falta antes de emprender algún trabajo.

Rachel asintió. El Soldam regulaba los minerales y con ello daba estabilidad a la banda de la BAN, por lo que suponía un suplemento imprescindible para aquellos que querían manejar en tiempo real el visualizador por capas.

—¿No lo has tomado nunca? —continuó preguntando Sakoda.

—Nunca. Ya te he dicho antes que los minerales de *nuestra* sangre, por lo visto, son los más indicados para la BAN.

—¿Nuestra?

—Eso es. Los compañeros que pertenecemos a Goodfellows.

—¿Ninguno toma el Soldam?

—Nadie lo toma. No necesitamos fármacos. Tampoco eso que llaman… ¿Cómo era? Ah, tranquilizantes.

Sakoda abrió un poco más los ojos por la sorpresa y volvió a tomar una instantánea de la grabación.

El Soldam era un suplemento necesario no solo para los encañonadores del ORGAN, sino también para aquellos que disparaban las balas teledirigidas participando directamente en los combates.

La incorporación de la trayectoria en los proyectiles que se dirigían al objetivo marcado por el encañonador usando el brevísimo tiempo que transcurría desde que se apretaba el gatillo hasta que el percutor golpeaba el detonador, el envío de los datos que permitían controlar cada fragmento de una granada inteligente o el código de regulación de postura que activaba el exoesqueleto para formar un escudo al detectar las balas que volaban hacia uno eran todos procesos que pasaban por la BAN. Para mantener la estabilidad de estas transmisiones, el suplemento Soldam, que regulaba la concentración de los minerales en el cuerpo, resultaba indispensable.

En cuanto a los tranquilizantes, debía de referirse a los antiexcitantes. Cuando se presencia la muerte o la tortura de alguien, el equilibrio psicológico de las personas se derrumba y pueden sufrir después secuelas muy graves. El consumo previo de dichos fármacos evitaba el impacto de semejantes situaciones. Sakoda también tomaba uno llamado Stonaicina antes de ir a lugares peligrosos, y eran muchos los usuarios. Los antiexcitantes también los utilizaban personas como los encargados de asuntos legales de las empresas informáticas que tenían que censurar pornografía infantil, activistas de derechos humanos, abogados o militares, con objeto de evitar posibles traumas psicológicos.

Y Rachel decía que no le hacía falta algo tan necesario. Y no solo a ella, también al resto.

—¿Tan extraño te parece?

—Pues sí. En los destacamentos ORGAN con los que había tratado hasta ahora se consumía Soldam hasta un punto que preocupaba al médico militar. Y también Stonaicina.

—¿No será que esa gente no valía para el trabajo de ORGAN?

Rachel hablaba medio en broma, pero los militares de los que hablaba Sakoda eran marines estadounidenses. No era creíble que un cuerpo que tenía fama de ser el más fuerte del mundo no pudiera juzgar correctamente la adecuación de su personal a los ORGAN.

Debido a que habían matado al capitán Jones, que era el jefe del destacamento, no podía preguntar por qué motivo un equipo tan bien pertrechado como acostumbraba Goodfellows había sido derrotado en unos instantes, pero había podido obtener un resultado de su entrevista con Rachel. Una empresa militar gestionada por civiles conseguía unos frutos que no desmerecían de los marines reclutando a una chica de dieciocho años sin experiencia bélica, asignándole el puesto de encañonadora y haciendo que usara el sistema ORGAN sin necesidad de tomar ni Soldam ni Stonaicina. Con independencia del caso que estaba tratando ahora, esto en sí mismo encerraba un valor periodístico.

Sakoda decidió preguntar cuál era el secreto de la fortaleza de Goodfellows.

—Sobre eso de la constitución física, ya te preguntaré después con detalle. Entonces, terminaste el bachillerato y enseguida ingresaste en un destacamento ORGAN, ¿no? ¿Y los otros miembros? ¿Tenían experiencia militar?

—En nuestro equipo, solo uno, Rose…

Al llegar ahí, Rachel se atascó y no pudo seguir hablando. La frase que dejó sin terminar se refería a la alférez Rosalind Said, apodada Rose. Rose tenía veintiocho años, la misma edad que el capitán Jones, pero como los demás del destacamento eran todos más jóvenes, psicológicamente suponía un gran apoyo. Quizá la serenidad que transmitía al ambiente fuera una herencia de su pasado en un ejército regular.

—Ya entiendo.

Sakoda se levantó simulando que quería ir a por un vaso de agua. A pesar de su apariencia de calma tras lo sucedido, al fin y al cabo no tenía más que veinticuatro años recién cumplidos.

Ahora que lo pensaba, Sakoda advirtió que en los destacamentos ORGAN de Goodfellows no había gente mayor. Después de Jones y Rose, los siguientes eran la sargento Rachel y la cabo Yulia Allouch, ambas de veinticuatro. Los dos más jóvenes, ante los que Rachel se las daba de veterana, Lee Haoran y el soldado de primera Paul Manima, para el que esta había sido su primera y última misión, tenían diecinueve. En cuerpos como los Marines estadounidenses o las Fuerzas de Autodefensa japonesas, a la hora de seleccionar a los militares para sus destacamentos ORGAN, elegían a sus soldados más capacitados, por lo que eran infrecuentes aquellos con menos de treinta años y, en los destacamentos ORGAN de otras empresas del ramo, era habitual servirse de militares que ya hubiesen desempeñado dicha labor en algún ejército, lo cual elevaba todavía más el promedio de edad.

La juventud de los miembros de Goodfellows destacaba en extremo.

Mientras Sakoda armaba en su cerebro una pregunta acerca de esta juventud, el olor de un puro alcanzó sus fosas nasales. Al levantar la mirada, vio que Cherry Ignacio acababa de salir a la terraza. Ignacio sonreía alzando uno de los labios, así que Sakoda le habló con tono indignado:

—Me prometió que me dejaría hacer la entrevista sin que me vigilaran. ¿Desde cuándo ha estado mirando?

—Desde que la hiciste llorar.

Sakoda contuvo la furia que brotaba de su interior y señaló las lentes de contacto de sus ojos.

—Esta conversación de ahora se está grabando también.

—Ah, vaya. Lo siento. Era una broma.

—Me sabe mal hablarle así a alguien de quien voy a hacer un reportaje, pero esto no es algo que pueda finalizarse con un «era

una broma».

Ignacio miró fijamente a Sakoda, dejó en el banco el puro que estaba fumando y, tras ponerse en pie, hizo una reverencia.

—Lo siento mucho.

Sakoda, que pensaba que iba a ser ignorado o que se reirían de él, quedó desconcertado y sin saber cómo reaccionar. Entonces Ignacio, volviendo a alzar el rostro, le sonrió.

—Sakoda, eres un hombre muy amable…

—¿Qué?

—Y a ese Sakoda tan amable me gustaría pedirle una cosa.

Ignacio sacó un tubito con un puro del bolsillo de su camisa verde oliva. Ambos extremos estaban sellados con cera roja y en el envoltorio constaba la bandera nacional del arco iris con el nombre de Terra Amazonas impreso. El cannabis libre de THC no era el único cultivo de estos lugares.

Ignacio alargó el tubito hacia Sakoda.

—No me gusta el tabaco.

—Es igual, acéptalo —le insistió poniéndoselo en la mano.

Acto seguido, sacó del bolsillo de la camisa un papel doblado en cuatro y lo desplegó. En el papel había impreso un código de barras bidimensional.

—Dentro de ese tubo hay un papel con un código de barras impreso igual que este.

Sakoda miró el papel fijamente y cuando la cámara de sus lentes de contacto leyó el código de barras, el visualizador por capas superpuso las letras.

Remitente del pago: Cherry Ignacio. Importe: 40 BTC.

—BTC… no querrá decir bitcoins, ¿verdad?

Una de las primeras criptomonedas extraídas, basada en la predicción de un valor *hash*. Dado que usando un computador cuántico se puede descifrar el problema criptográfico, la competencia por la predicción de este valor carece de sentido y,

debido a ello, a partir del año 2031 ya no se habían extraído nuevas monedas.

—Veo que estás al tanto. Todavía hay lugares que practican el cambio de esta moneda y, si no me equivoco, la cantidad de ahí equivale a unos doce millones de dólares para cada uno.

Sakoda sintió que de pronto el tubo del puro se le hacía muy pesado y lo alargó hacia Ignacio en ademán de devolvérselo.

—No tengo intención de contribuir a un lavado de dinero.

—¡Che, hermano! —exclamó Ignacio con voz que fingía un gran dolor mientras se estrechaba las manos y miraba hacia el cielo.

—¿No me estarás tomando por un criminal o algo parecido? Si te encontraran con algo así, no te iba a salir gratis.

Sakoda estuvo a punto de decir «Pues masacrar prisioneros es un crimen de guerra», pero se contuvo. Por culpa de que la puntuación que le dieron de veracidad de los hechos fue baja, había terminado por perder la confianza. Pero como también le parecía ridículo hacer el juego a la comedia del otro, siguió preguntando con el mismo tono.

—Bueno, y si no es lavado de dinero, entonces ¿de qué se trata?

—Del pago de una compensación.

—¿Una compensación?

—Eso es. Porque, aunque a mi pesar, hice que mataran al capitán Jasper Jones y sus subordinados. Quiero entregar ese dinero a los deudos de los seis fallecidos. ¿No me harías el favor de ir a los Estados Unidos con la superviviente, la sargento Rachel, que podría tomarse unas vacaciones, y llevar eso?

—Señor Ignacio…

—Puedes llamarme Cherry.

—¿Sabe usted lo que está diciendo?

—Pues lo normal, ¿no? Como soy responsable de una mala acción, quiero hacer una reparación.

—¿Podría decirme el motivo?

Ignacio se acarició la barba de las mejillas con un gesto teatral.

—Che, ¿no tienes una actitud un poco perezosa? Eres periodista, ¿no? ¿Qué tal si primero investigas por tu cuenta? Vete a ver a los deudos uno por uno, escarba cosas sobre la vida de los fallecidos y de paso haz también averiguaciones sobre la empresa paramilitar que los contrató. Y también sobre por qué no te publicaron el artículo.

—No hace falta que me lo diga, ya pensaba hacerlo. Pero el motivo por el que masacró al destacamento de Jones quiero escucharlo de sus propios labios.

Ignacio permaneció unos segundos mirando fijamente el rostro de Sakoda y después contestó.

—Para proteger la dignidad de la especie humana.

—Se lo estoy preguntando en serio.

—Pues entonces vete y averígualo. Que cuando termines de repartir las indemnizaciones, ya te lo explicaré con más detalle.

Tras decir esto, Ignacio sacó del bolsillo de la camisa del lado contrario al del puro unas gafas de visualización por capas y pidió el servicio de utilización de voz.

—Eh, Jarvis[2]. Quiero compartir un archivo de operaciones militares. El contenido del «Archivo Sakoda». Sin comprimir. Utiliza la BAN como vía de transmisión.

Ignacio, manteniéndose con la vista fija en las gafas, empujó hacia Sakoda el archivo que apareció en el visualizador.

—Te entrego este archivo. ¿Pasa algo raro?

—Veo que no usa usted lentes de contacto…

—Hace falta un implante para usarlas y no va bien con mi constitución. En cualquier caso, aquí tienes el archivo de las operaciones militares de este asunto. Incluye también un archivo original que aporté para la verificación de hechos.

Sakoda miró el listado de archivos que formaban la carpeta.

Incluía correos electrónicos, mensajes, filmaciones y registros de órdenes de combate. Casi todos los archivos contaban con una firma cuántica que certificaba que no habían sido alterados. Era una

valiosa información de primera mano. Mientras Sakoda se encontraba mirando la documentación, sonó la voz de Ignacio.

—Averigua por qué ha sucedido esta masacre y publícalo en un periódico de primera clase, hermano.

Ignacio alargó una mano hacia Sakoda ofreciendo un apretón. Si Sakoda agarraba esa mano, los archivos le serían transferidos.

Allí se encontraba la verdad de aquel combate.

—Acepto.

—Claro, como debe ser.

Conteniendo el aliento, Sakoda estrechó la mano que le tendía Ignacio. La huesuda extremidad resbaló sin fuerza dentro de la suya. La piel carecía de tirantez. Los dedos de Sakoda no pudieron sentir ni la grasa ni los músculos que deberían existir debajo. No encontraron más que unos huesos que parecían a punto de quebrarse. La camisa verde oliva, con unas hombreras añadidas, le quedaba muy suelta y por la abertura del cuello se veía un tórax donde asomaban las costillas.

Estaba enfermo, y además seriamente…

—Señor Ignacio…

Sakoda se interrumpió al sentir que el aire se movía detrás de él.

Al girarse, cruzó a su lado una masa de carne caliente. Cuando se dio cuenta de que era Rachel y alargó los brazos en un acto reflejo para detenerla, sus manos solo encontraron el vacío. Rachel se abalanzó sobre el cuerpo de Ignacio, lo tumbó en el suelo y se sentó a horcajadas sobre él.

Sakoda agarró las botas de combate de Rachel, que apuntaban hacia él.

—¡Suéltalo!

La mano de Sakoda, que aferraba con todas sus fuerzas una de las botas, se vio apartada con facilidad por un movimiento de Rachel, que hizo un giro con el tobillo en una dirección inesperada. Mientras Sakoda intentaba volver a agarrarle las piernas con las dos manos, ante sus ojos Rachel sacudía a Ignacio por la pechera.

—¿Por qué los mataste?

Una de las lágrimas que corría por las mejillas de Rachel fue a caer sobre el rostro de Ignacio.

Sakoda abrazó a Rachel por la espalda y tiró de ella intentando apartarla del hombre. No podía terminar bien que un prisionero de guerra descargara su violencia sobre el jefe enemigo. De entrada, nada garantizaba que Ignacio fuese a respetar la Convención de Ginebra.

Un extraño gemido brotó de la garganta de Ignacio, medio aplastado por el peso de los dos que tenía encima.

—Lo siento…

—Cierra la boca —bramó Rachel.

Sakoda advirtió que su mano derecha empuñaba una pistola automática que le resultaba conocida. Al parecer, acababa de quitársela a Ignacio en un instante de la funda donde la guardaba. Sakoda apartó los brazos de Rachel. Si por el forcejeo apretaba el gatillo en un descuido, la cosa no iba a terminar así como así.

—Rachel —llamó Sakoda trazando lentamente un semicírculo para colocarse frente a ella—. Ahora eres una prisionera de guerra. Si causas algún daño a Cherry, será un delito.

—Ya lo sé, hombre. Quiero que hable. Ya sabrás por la conversación de antes que por las buenas este tipo no está dispuesto a contestar como es debido, ¿no?

La voz de Rachel mostraba serenidad, a pesar de que antes se le habían saltado las lágrimas al pronunciar el nombre de una de sus compañeras y de que ahora mismo había llorado una vez más al lanzarse hecha una furia sobre Ignacio. De todas formas, tenía que conseguir que bajara la pistola. Sakoda fue desplazando su posición poco a poco, de manera que pudiera colocarse entre Rachel e Ignacio.

—Deja la pistola y vamos a hacer que Cherry se siente. Así podremos hablar.

—No quiero.

Palpando con la mano, Rachel encontró el seguro de la pistola automática y lo desbloqueó. Después, tiró de la corredera y metió una bala en la recámara. Sonó un fuerte tintineo metálico y por la ventana de expulsión saltó el casquillo de la bala que había entrado en la recámara, cayó al suelo y rodó hasta los pies de Sakoda. No era uno de los casquillos negros de plástico biodegradable que usaban los destacamentos ORGAN, ni tampoco uno de esos relucientes de latón o paladio que expulsan las 9 mm Parabellum. En aquel cartucho de brillo apagado se veían también unas leves manchas rojas de óxido. Era de hierro, un producto de anticuario.

Rachel echó un vistazo a aquel cartucho y después, con la mano izquierda, comprobó el mecanismo del arma. En el visualizador de Sakoda, que miraba el movimiento de esa mano, apareció una explicación acerca de dicha pistola.

> *Pistola automática APS Stechkin: arma automática escogida oficialmente en 1951 por diversos organismos de la Unión Soviética. Fabricada por la planta de armas del arsenal de Tula. Puede disparar en modo por completo automático mediante un selector relacionado con la palanca del seguro…*

Sakoda cerró la explicación. Seguramente era la misma clase de arma que tanto le gustaba al Che Guevara. Rachel, que parecía haber llegado a la misma conclusión, encañonó a Ignacio.

—Ah, ya entiendo. Es parte del disfraz de Guevara, ¿no? Te lo pregunto otra vez. ¿Por qué los mataste?

Cuando Ignacio suspiró, Rachel cambió la forma en que empuñaba la pistola.

—El destacamento se había rendido, ¿no? De una forma clara, sin dejar lugar a dudas y tirando las armas. No he visto las grabaciones, pero estoy segura de que el capitán Jasper Jones envió a tu terminal la voluntad de rendirse, que aceptaba convertirse en prisionero de guerra. Y tú mataste a esos soldados que se rindieron siguiendo el procedimiento establecido. No creo que desconozcas lo que significa eso, ¿verdad, *comandante*?

Ignacio sonrió alzando la comisura de uno de los labios y después hizo una seña con los ojos hacia Sakoda.

—Con el material que le he entregado a él, podéis investigarlo juntos. Mientras que vais visitando a las familias…

Se oyó un golpe sordo procedente de la parte trasera de la cabeza de Ignacio y saltaron unas gotas de roja sangre.

A una velocidad casi imposible de seguir con la vista, Rachel lo había golpeado. Cuando Sakoda se dio cuenta de eso fue porque vio que Rachel empuñaba ahora el arma con la mano izquierda. Y sin dejar en ningún momento de encañonarlo.

—No te las des de profesor.

Rachel hizo una mueca con sus gruesos labios y mostró la blanca dentadura. Si no fuera por el profundo surco que cruzaba su entrecejo y el rastro de las lágrimas anteriores, podría pensarse que sonreía.

—¡Contesta! ¿Por qué los mataste?

El dedo que tenía sobre el guardamontes se levantó.

—¡Rachel! ¡No lo hagas!

No podía quedarse a la espera. Sakoda intentó interponer su cuerpo entre Ignacio y el cañón. La coraza corporal para periodistas que llevaba, capaz de resistir el impacto de una 9 mm Parabellum, debería aguantar también el disparo de esta pieza de anticuario. Pero si el tiro se desviaba… Sakoda dudó un momento, mirando la reluciente arma.

En el instante en que reverberó un estampido y pensó que Rachel había disparado, algo le golpeó el rostro. Sakoda rodó por el suelo mientras sonaba un prolongado tintineo en sus oídos.

Una neblina blanca flotaba en la terraza.

Sakoda sintió un calor que se extendía por su frente y un reguero de tibia y pegajosa sangre que caía por su mejilla. Debía de haberle alcanzado una esquirla de algo. Se puso una mano en el pecho y, una vez comprobado que no le habían disparado, recorrió con la mirada aquella habitación a donde, de pronto, había vuelto la claridad.

Cuando se apagó el zumbido de los oídos y captó los jadeos de Ignacio, su atención se vio atraída por Rachel, que agitaba la cabeza en sentido horizontal con energía.

Al fijarse en ella, descubrió que tenía el índice de la mano derecha doblado hacia dentro, apuntando a la palma. Ahora, con un gemido, devolvía con la mano derecha el dedo a su posición natural. Después, la mujer le hizo una seña con los ojos hacia un amasijo de metal tirado en el suelo.

—Me ha disparado un francotirador.

Sakoda se agazapó a toda prisa e hizo ademán de atisbar por el borde de la terraza, pero enseguida sonó la voz de Rachel.

—No es por ahí.

Al volverse, vio que ella le indicaba con un gesto de la mandíbula un punto por detrás de ellos.

En uno de los cristales blindados de color blanco grumoso había una pequeña protuberancia. Era la huella dejada por una bala de alta velocidad. El aspecto brumoso que la circundaba seguramente se debía a que, con la vibración producida en la ventana, había variado bruscamente la presión. Sakoda se fijó en que los bordes de aquel orificio estaban recubiertos de una especie de resina naranja.

—¿Una bala guiada?

Rachel asintió y acto seguido su mirada corrió hacia la cámara de vigilancia de forma semiesférica instalada en el techo. Al parecer, el francotirador había usado un encañonador externo para acertar en el arma de Rachel y arrancársela de la mano de un disparo. Y además, desde una posición que no quedaba justo detrás de ella, sino en uno de los laterales traseros.

Sakoda sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Una bala que podría desviar su trayectoria por una hoja de árbol había atravesado en diagonal un cristal blindado y arrancado una pistola de las manos. A la vista del ángulo de la protuberancia formada en el cristal, el objetivo de la bala no había sido determinado mediante observación visual directa. Era la misma forma de disparar que usaban los encañonadores de los destacamentos ORGAN.

La puerta ventana del fondo de la terraza se abrió lentamente y por ella salió un soldado. Rachel, apretándose el dedo descoyuntado, gimió en voz baja. Era el soldado que acribilló al capitán Jones, el soldado al que llamaron con el nombre de Camilo, y llevaba el mismo QBZ-100 del día anterior.

—Tú… —comenzó Rachel abriendo mucho los ojos—. ¿Cómo es que tienes la serie 100?

Camilo, sin contestar a la pregunta, señaló el suelo con el cañón del arma.

—Túmbate boca abajo. El periodista puede quedarse como está.

Rachel, sin dejar de agarrarse la mano derecha, se alejó de Ignacio andando de rodillas y se tumbó en el lugar que le habían indicado. Camilo, apuntando a Rachel en todo momento, se arrodilló junto a Ignacio.

—¿Se encuentra bien, comandante?

—Sí, estoy bien. Puedes volver.

—Pero…

La frase de Camilo se vio interrumpida por un sonido sibilante de la garganta de Ignacio. Camilo, usando la mano izquierda, innecesaria para sostener el arma, rebuscó a toda prisa en un bolsillo de Ignacio y, sacando el inhalador de esteroides, lo colocó entre los labios del hombre. Por lo visto, los jadeos no eran fingidos.

—Aspire.

Ignacio hinchó el pecho tal y como le decía Camilo. Este dejó que aspirase una vez más y después, pasándole el brazo izquierdo por detrás del cuello, incorporó despacio a Ignacio para llevarlo agarrado hasta el sofá, donde lo sentó.

También durante ese tiempo estuvo apuntando a Rachel con el QBZ-100 en la mano derecha.

A primera vista, no parecía tener más de veinticinco años, pero no cabía duda de que era un soldado que había recibido un entrenamiento de alto nivel. Probablemente no era uno de los voluntarios organizados por Terra Amazonas ni un miliciano, sino un soldado profesional contratado por Ignacio.

Ignacio, ya recuperada su respiración normal, agitó una mano hacia Camilo.

—Che, tú espera fuera.

—Pero, comandante, si le da un nuevo acceso…

—Haz caso de lo que te diga un médico.

Camilo asintió y luego miró a Rachel.

—¿Qué hacemos con ella?

Ignacio contestó que no había por qué preocuparse y repitió a Camilo que se marchara. Mientras escuchaba su conversación, Sakoda colocó una llamada de atención en la grabación. Ignacio se había calificado como médico, y la manera en que se acababa de comportar indicaba que efectivamente así era. De ser cierto, significaba un punto más en común con el Che Guevara. Sin embargo, esos dos aspectos podían quedarse para más adelante. Antes de que Camilo se marchara, tenía que preguntar una cosa acerca de aquel disparo a través de la ventana.

—Oiga, Camilo, ha disparado usted a través de la ventana, ¿no?

Bajo la mirada de Sakoda, Camilo esperó a que Ignacio asintiera para contestar.

—Sí, así es. Utilicé una bala guiada.

—¿Dónde está el encañonador con el sistema ORGAN?

Sakoda lanzó la pregunta que tenía preparada.

—No hay ningún encañonador.

—Y una mierda —masculló Rachel tumbada en el suelo—. Cuando se dispara una bala guiada con el QBZ-100, alguien tiene que determinar previamente el blanco. ¿Y el material acrílico antibalas? ¿Y la desviación de la trayectoria? ¿Y la corrección de la altura? Si con una distancia de unos veinte metros la bala disparada no se apartó ni unos centímetros del objetivo, es porque todos esos factores habían sido introducidos previamente. Si no, de ninguna manera hubiera podido arrancarme la pistola de las manos.

—Pues lo hice.

—¿Sosteniendo el QBZ-100 con una mano? ¿Y con la otra mano apuntabas? Imposible.

Rachel insistía, pero Ignacio alzó la comisura derecha de los labios y pergeñó una sonrisa como la de los retratos de Guevara.

—Claro que se puede. Porque es un hombre joven.

—Déjate de bromas.

Ignacio, haciendo caso omiso de su despectivo tono, paseó la mirada por el cuerpo de Rachel, tumbada en el suelo. Los cabellos, los ojos, los labios, el cuerpo… Una vez que terminó su detenido examen, Ignacio se dirigió a ella.

—Quizá tú también puedas. ¿Cuántos años tienes?

Rachel hizo un sonido despectivo con la nariz y apartó la vista. Ignacio guiñó un ojo a Sakoda. Este, mientras se decía «No me guardes rencor, ¿eh?», hizo aparecer en su visualizador unas notas que había tomado para sus artículos.

—Esta es la información pública de Goodfellows. Sargento Rachel Chen. Encuadrada en el segundo destacamento del departamento de guerras legítimas. Nacida en…

—Basta —dijo Ignacio cortando a Sakoda—. Los miembros de los destacamentos ORGAN de Goodfellows son todos nacidos en Estados Unidos. Lo que yo quiero saber es la edad.

—Nacida en mayo de 2021. Veinticuatro años.

—Ya veo —asintió Ignacio antes de volver a dirigirse a Rachel, que le daba la espalda—. Che, tú podrías hacer lo mismo que Camilo.

Rachel volvió a emitir un sonido despectivo con la nariz, pero Ignacio lo ignoró y continuó hablando.

—¿No lo crees? Sin embargo, piénsalo bien. ¿Por qué piensas que, a pesar de que han disparado al arma que agarrabas, lo único que ha pasado es que te has descoyuntado un dedo? En el instante del impacto, con unos reflejos maravillosos, soltaste el arma. En el caso de una persona normal, probablemente se le hubieran ido un par de dedos junto con la pistola. Para empezar, ese dedo afectado ya no te duele.

Rachel bajó la mirada hacia su mano derecha y dijo:

— Adrenalina.

—Dedícale un tiempo a admitir cómo eres —concluyó Ignacio mientras se ponía en pie.

Tras dar por terminada la conversación, Ignacio dirigió una mirada a los restos del arma caídos en el suelo y murmuró «Oh…».

El bloque de la culata yacía arrancado y retorcido, y el cañón había quedado igualmente torcido y desnudo. También el bastidor presentaba grietas. Era por completo inservible. Ciertamente, solo se podía calificar de gran suerte el que Rachel, que empuñaba el arma en cuestión, apenas se hubiera visto afectada en un dedo.

Ignacio recogió los restos del arma y se los mostró a Sakoda.

—Mira esto. Una Stechkin que me costó cinco mil dólares en eBay hecha pedazos. Camilo, te voy a poner una multa.

El aludido pareció comprender que se trataba de una broma y forzó una sonrisa.

—No me haga eso, que ya cobro bastante poco…

Ignacio alargó los trozos de metal hacia Sakoda.

—¿Quiere llevárselos?

Sakoda negó con la cabeza y entonces Ignacio arrojó los restos hacia Camilo. Después, dirigiéndose a Sakoda y Rachel, anunció:

—Dentro de cinco días tendrá lugar el intercambio de prisioneros. Un equipo diferente de Goodfellows tiene presos a algunos compañeros nuestros. Nosotros les devolveremos a la sargento. ¿Es la primera vez que entras en un canje de prisioneros?

Rachel hizo un leve asentimiento.

—Ese día entregaré también los cuerpos de tus compañeros muertos —dijo Ignacio antes de girarse hacia Sakoda—. Los cadáveres están siendo embalsamados en el hospital de ahí enfrente. Hazme el favor de informar de que tratamos los cuerpos de forma adecuada. Y te pido que te encargues del pago de las compensaciones.

Ignacio señaló el bolsillo donde Sakoda se había guardado el puro. Allí estaba el código QR de unos bitcoins que equivalían en ese momento a algo más de setenta millones de dólares.

—Cuando termine de repartir las indemnizaciones, me dirá por qué mató a esas cinco personas, ¿verdad?

Ignacio asintió, pero, enseguida, exagerando a propósito, abrió mucho los ojos y alzó el dedo índice.

—Ah, sí, todavía queda un favor más que quiero pedir.

Sakoda respondió con la misma teatralidad, exhalando un fuerte suspiro.

—Añadiendo poquito a poquito, ¿eh? A ver, dígame.

Ignacio sacó un sobre del bolsillo de la camisa.

—¿Te importaría entregar una carta? Viene escrita la dirección.

—¿Y por qué no la envía por correo?

Ignacio señaló la dirección con un dedo.

—Porque estamos en una ciudad independiente. Los servicios administrativos de Estados Unidos no trabajan con nosotros.

—¿Porque el lugar de destino es rico o porque es pobre? —terció Rachel sentada en el suelo.

Los Estados Unidos no se habían curado todavía de las heridas de la guerra civil que los dividió. Los servicios administrativos habían vuelto a reunificarse, pero quedaban muchos Gobiernos locales que no habían reconstruido apartados que se escindieron durante el periodo de guerra, como el correo, la educación o la atención médica. Si una carta por correo no llegaba a su destinatario, era porque o bien aquel territorio no tenía dinero, o bien porque no le faltaba de nada y no necesitaba de dicho servicio.

Ignacio sonrió a Raquel.

—Superrico. Es la Aguja.

El nombre pronunciado por Ignacio era el apodo de inmenso rascacielos de más de mil metros de altura. Una urbanización cerrada, con puntos de acceso controlados por guardias de seguridad y refugio de la clase más adinerada del centro y sur del país.

Sakoda recogió la carta. Era un sobre blanquiazul y al parecer solo contenía una hojita de papel. Ni siquiera estaba cerrado.

—¿Puedo ver el contenido?

—Claro, no importa.

—¿Puedo hablar de ello en el artículo?

—Por supuesto.

—¿Esto también es una condición para que me explique los motivos de la masacre?

—Digamos que sí.

Sakoda escrutó el rostro de Ignacio, que parecía tener pegada la sonrisa de Guevara. No cabía duda de que deseaba que él investigase algo, pero Sakoda tuvo la impresión de que no tenía especial interés por conocer los resultados.

Probablemente lo que deseaba era que él hiciese público aquello que descubriera. Seguro que ese era también el motivo por el que había intentado que publicase una noticia de última hora informando de la masacre del destacamento de Jones que se había rendido.

—De acuerdo.

Sakoda se guardó la carta en el bolsillo. Por más que le preguntase directamente, Ignacio no iba a contestar. Así que tenía que investigar por sí mismo, obtener pruebas de lo averiguado y hacer un artículo con ello.

—En primer lugar, entregaré la carta. Después iré visitando a los deudos para darles la indemnización. Puedo facturarle mis gastos, ¿verdad?

—Dedúcelos con toda libertad de esos bitcoins. Y disfruta cruzando de parte a parte los Estados Unidos con tu viaje.

Ignacio dio una palmada en el hombro de Sakoda y después abandonó el lugar. Al otro lado de la puerta ventana de la terraza donde la bala había abierto el orificio, se oyó cómo se iban alejando los pasos de Ignacio y Camilo. Cuando se extinguió el sonido, Sakoda se dirigió a Rachel.

—Ese hombre ha dicho algo raro, ¿no? ¿Es verdad que todos los miembros son estadounidenses?

Entre los miembros de las organizaciones civiles de servicios militares había muchos jóvenes de países económicamente débiles

con servicio militar obligatorio, que ya venían con experiencia como soldados. Por mucho que la fuerza del país ya no fuera la de antaño, en Estados Unidos había muchos trabajos bien pagados y tampoco la población entera contaba con experiencia militar. Además, debido también a que desde mediados de la década de 2020 se había endurecido la regulación sobre las armas, los estadounidenses habían perdido la ventaja que suponía saber manejar armamento. Ignacio había dicho que todos los miembros de Goodfellows eran estadounidenses, pero resultaba bastante raro que la compañía siguiera tal política de contratación.

Por lo visto, Rachel pensaba de la misma manera.

—Pues no estoy segura, pero yo diría que no. ¿Te importaría encargarte tú solo en caso de viajar al extranjero?

Sakoda asintió. Había muchos países, como Rusia, Irán o Pakistán, en los que no se podía entrar con pasaporte de Estados Unidos.

—De acuerdo. Voy a hacer una comprobación.

Sakoda extrajo de la documentación que le proporcionó Ignacio aquella que correspondía a la entrada en el país y comenzó a examinar los pasaportes de los miembros del destacamento. Y no daba crédito a lo que veía.

—Todos son nacidos en los Estados Unidos…

—Eso es absurdo. Haoran era mongol y Yulia pakistaní. Yo vi que venían aquí con pasaportes diferentes.

—Parece que tenían doble nacionalidad. Haoran nació en Albuquerque y Yulia en Jackson, estado de Mississippi. Seguramente alguno de sus padres emigró desde Mongolia en un caso y de Pakistán en el otro.

Sakoda hizo un cuadro con los lugares de nacimiento de los miembros del destacamento. Jones era de Trenton, estado de Tennessee; Said de Tampa, estado de Florida; Jones Jacobson, de Dallas; y, por último, Paul Manima, del asentamiento Tohono O’odham, en Arizona.

—Perdona que te pida esto en mitad de la entrevista, pero, por si acaso, ¿podrías contactar la oficina de Goodfellows y preguntar la dirección de los familiares? Yo me encargaré de organizar el transporte.

—De acuerdo.

Mientras asentía, Sakoda se dio cuenta de otra cosa. Los lugares donde habían nacido los miembros del destacamento pertenecían todos a los Territorios Libres.

3

Cuando salió de las oficinas de COVFE, Toma fue por la empedrada calle Jones, en dirección sur. Comparadas con la avenida Ness, por la que había venido, aquellas cuestas eran mucho más empinadas, pero resultaban más indicadas para comprobar el funcionamiento de las ruedas omnidireccionales, lo que no había podido hacer bien por la mañana. Si continuaba bajando así hasta el bulevar Marina, podría comprar una de esas tortas africanas que se había perdido antes y, con unos pepinillos de acompañamiento, sería un estupendo desayuno de media mañana.

Después de comer, desplegaría a placer en la Universidad de San Francisco su espacio de trabajo y comenzaría las averiguaciones acerca del artículo del periodista Sakoda.

Mientras experimentaba una gran satisfacción al ver cómo, gracias al rendimiento de sus ruedas omnidireccionales, las irregularidades del pavimento no causaban mayor problema que la separación entre dos azulejos, Toma pedaleó con más brío. La bicicleta de carretera incrementó su velocidad tal y como pretendía Toma, sin que las ruedas fueran frenadas por el pavimento. Al parecer, el hecho de poder controlar la posición o la velocidad solo con las ruedas era el fruto de un aprendizaje automático que se valía de la computación cuántica.

El vehículo estaba en buenas condiciones.

Toma aceleró todavía más. Como era la ciudad donde había nacido y crecido, tenía todos sus desniveles grabados en la cabeza. Al finalizar la suave pendiente, cruzó la calle Washington e inició la

bajada por una de esas empinadas cuestas tan típicas de San Francisco. Era una pendiente de dirección única y sin semáforos, pero Toma estaba acostumbrado desde sus tiempos de la escuela primaria a hacérsela toda de un tirón.

En el último bloque, cuando ya la pendiente se hacía más suave para volver a remontar, Toma tuvo que reducir de golpe la velocidad que le había dado el impulso porque oyó la campanilla del tranvía. Al mirar hacia abajo por el declive de la calle Washington, que cruzaba en perpendicular con la suya, vio cómo se acercaba uno de aquellos ejemplares de carrocería naranja que habían resucitado haría unos tres años.

En aquel tranvía que reproducía los vagones de la década de 1930, con asientos orientados hacia fuera, había una familia de turistas con aspecto de venir del centro del país. Al lado de un anciano con sombrero de ala ancha, se sentaba una señora también mayor, con vestido de flores y muy pegada a él. A espaldas de aquellos dos se veía a un hombre joven que parecía correr con el papel de guía, que hablaba sin parar mientras miraba en torno suyo con un visualizador de capas formato gafas. Lo que hizo pensar a Toma que venían del centro del país era ese hombre de unos cuarenta años, que debía de ser el hijo del matrimonio, ya que hoy en día apenas se veían ese tipo de visualizadores en forma de gafas.

Habían transcurrido doce años desde que los Territorios Libres de América se habían disuelto, poniendo punto final a la guerra civil, pero todavía resultaban raros los casos de turistas que acudían a San Francisco desde los antiguos Territorios Libres. Cuando pasaron frente a él, Toma saludó a la familia agitando la mano mientras sentía que las heridas de la guerra todavía no habían sanado.

Existen varias teorías acerca de en qué año empezó todo aquello, pero, en cualquier caso, el periodo de la segunda mitad de la década de 2020, en que los Estados Unidos se dividieron, a grandes rasgos, en tres, era conocido como la II Guerra Civil.

Por un lado, el norte de la costa este, que era donde se concentraban las administraciones y la economía, junto con los

estados del oeste, caracterizados por la industria de Hollywood y las corporaciones del mundo de la informática; por el otro lado, los llamados «estados rojos», que ocupaban el centro del país. La rivalidad entre ambas partes se fue agravando al llegar la década de 2020, pero hacia su final se produjo la restricción de los fusiles de asalto, y eso fue el detonante de la escisión.

Dieciocho estados del centro, que defendían el derecho a poseer AR-15, proclamaron una nueva América dirigida por el hombre que perdió en la carrera por la presidencia, los Territorios Libres de América. Constituyeron el Congreso y el Senado en Pittsburgh y crearon un ejército nacional basado sobre todo en milicianos, consiguiendo que algunos ministerios y agencias se independizaran de los Estados Unidos. La mayoría de los estados establecieron controles en sus fronteras, vigilando las entradas y salidas, y dispusieron un régimen fiscal para aspirar a su pequeño Gobierno.

Los Estados Unidos, divididos geográficamente, encontraron dificultades también para conformar una opinión común acerca de regulaciones de la inteligencia artificial, políticas energéticas o investigación espacial y, en la práctica, San Francisco se convirtió en la capital occidental del país.

La resurrección del antiguo tranvía era un producto derivado de la II Guerra Civil.

A diferencia de los estados del este y el centro, que se beneficiaron de la llamada «revolución del gas de lutita», los estados del oeste, que vieron cómo se cortaban sus suministros de gas y petróleo por vía terrestre, tuvieron que recurrir a la electricidad.

El estado de California acometió una atrevida política energética. Proclamó que para el año 2035 tendría cero emisiones de dióxido de carbono.

Atrajo consorcios del ramo de la fusión nuclear y de la fabricación de vehículos eléctricos, además de emprender políticas menos vistosas, como monetizar en el mercado de emisiones el índice de desempeño ambiental. Todo ello dio resultados, pero lo que hizo que la población experimentara de primera mano la

transformación fue la instalación de una red de trolebuses con tendido de cables eléctricos, el regreso de los tranvías.

La resurrección de una red de tranvías que corría por todo San Francisco se convirtió en el símbolo de esta transformación. Las veintitrés líneas que habían desaparecido para ceder su puesto a los automóviles volvieron a dejarse ver en las calles de San Francisco con un gran incremento de vagones. Por supuesto que su funcionamiento no seguía el mismo sistema de otros tiempos. Si antiguamente se usaba una central eléctrica del tamaño de un edificio, ahora se utilizaba un motor superconductor que podía ser cargado por una sola persona, mientras que los cables bajo los raíles que tiraban de los vagones habían cambiado de los antiguos de hierro a unos nanotubos de carbono de apenas dos milímetros de diámetro.

Toma había escuchado la historia de labios de un profesor narizotas de la escuela primaria, que ejercía la tutoría de la clase. Era un hombre al que le valía cualquier excusa para convertir en motivo de chanza los Territorios Libres de América. Decía, por ejemplo, que «esa gente» tan amante de las armas, tras agotar su petróleo y carbón, habían talado todos sus árboles para hacer carbón vegetal, pero, como aun así no habían tenido suficiente, habían convertido la gran pradera en un desierto para hacer carbón también con la hierba. Y que en cambio nosotros, los ciudadanos de San Francisco, qué gran consideración mostrábamos hacia el planeta. Y así podía seguir el tiempo que hiciera falta. A Toma no podía gustarle un profesor semejante, que a la vez que decía cuánto deseaba la reunificación de los Estados Unidos, no dejaba de reírse del contrario, pero gracias a él aprendió muchas cosas acerca del mecanismo de los tranvías.

Mientras que el tranvía cruzaba por delante de su bicicleta, Toma advirtió que el hombre que usaba un visualizador con forma de gafas era más joven de lo que le había parecido en un principio. Quizá incluso tuviera una edad similar a la suya. Sin embargo, la educación recibida tenía que haber sido por completo diferente. En

la escuela primaria donde estudiara aquel hombre, seguro que había varios profesores que daban clase llevando una funda con una pistola.

La mayoría de las ciudades de los Territorios Libres eran pobres y habían decaído. Los antiguos días de bonanza que añoraban y por los que lucharon nunca volvieron. En las gafas que sostenía aquel individuo tenía que estar reflejándose también esa clase de información que ofrecían los alrededores. ¿De qué manera estaría transmitiendo a sus padres la resurrección de los antiguos días de bonanza de San Francisco gracias a una tecnología y unos grandes capitales que ellos habían alejado de su propia ciudad?

Tras marcharse el tranvía, Toma volvió al sillín y se dispuso a reanudar el pedaleo por la cuesta cuando en el ángulo inferior izquierdo de su campo de visión comenzó a parpadear un punto verde indicando que alguien deseaba comunicación. Era Marsha, que le llamaba desde la oficina.

Toma subió la bicicleta a la acera y, tocando el puntito, respondió la llamada. El hecho de poder tocar directamente aquel puntito se debía a los implantes para gestos que llevaba, uno en la muñeca y otro en la parte superior del brazo. El controlador que coordinaba ambos implantes era un programa DIY creado mediante aprendizaje automático en el servidor cuántico de COVFE. Si Toma llevaba dos implantes en un solo brazo era porque, en su caso, el ancho de banda de la BAN era bastante grande.

—¿Qué sucede?

El punto verde luminoso le dejó en la punta del dedo cierta sensación de una espuma que se deshace y, al extinguirse, la cara de Marsha apareció flotando ante él.

Marsha tenía el rostro de perfil y estaba dirigiendo la palabra a alguien. Parecía en medio de una reunión en modo privado y, aunque a Toma le sonaba a idioma inglés, era como un encadenado de sonidos sin sentido. La atención de Marsha cambiaba de un asunto a otro en cuestión de segundos. En el par de segundos que había tardado Toma en contestar la llamada, le habría pasado

alguna idea por la cabeza que la llevara a dirigir la palabra al empleado que tuviera más cerca.

Como no tenía sentido seguir esperando, Toma la llamó por su nombre.

—Marsha….

—¿Ya estás en Marina? —contestó su jefa como si llevara un tiempo hablando con él.

El empleado con quien hablaba un momento antes fue olvidado al instante. Cualquiera sabía cuándo reanudaría la conversación con él. Si ella olvidara el asunto por completo, se le podría soltar alguna ironía, pero Marsha, ya fuera el día siguiente, la semana siguiente o, a veces, incluso varios meses después, siempre retomaba la conversación interrumpida. Tampoco era algo por lo que tuviera que preocuparse Toma.

—He parado junto a la calle Washington porque pasaba un tranvía.

Toma hizo girar el espacio de trabajo donde flotaba el avatar de Marsha para que ella viera el tranvía que se alejaba.

—Pues, entonces, querría uno de los almuerzos que venden en el establecimiento de Roki. ¿Se podría hacer que me lo envíen?

Toma miró hacia el restaurante que estaba en la esquina opuesta cruzando la calle. En el cristal del fondo de la terraza había un dibujo del dueño, un hombre con bigote llamado Roki, ofreciendo un gran plato de alitas de pollo con patatas fritas.

Debajo del dibujo de Roki había una apretada fila de iconos indicando todas las modalidades de servicio que aceptaba el restaurante. Estaban los símbolos de entidades de crédito como AMEX o VISA, también los de criptomonedas cuánticas como Daims, Cubits Gold o Queen Edge y, en la fila por debajo de ellos, los iconos de veteranas plataformas de reparto como Uber Eats o Serves.

Entre aquellos servicios de reparto, Toma localizó el icono donde figuraba un ave rapaz. Era el de Kestrel, un servicio de reparto de comidas que utilizaba drones. El nombre había sido elegido por la forma en que planea esta ave falconiforme, el cernícalo.

—Parece que sí es posible. Ahora voy.

Toma cruzó la calle Washington tirando de la bicicleta y se fijó en que alguien había escrito con rotulador junto al icono: «No es un halcón». Puede que lo hubiera escrito el propio Roki. Las aves falconiformes no son de la familia de los halcones. Gracias a la filogenética, se sabe que están más próximas a los gorriones o a los búhos que a las aves rapaces al uso. El local de Roki ofrecía típicos platos norteamericanos, como hamburguesas con patatas fritas o alitas de pollo, pero, por lo visto, su dueño quería comunicar que le interesaban la ciencia y las teorías evolutivas.

Mientras miraba el menú colgado en el exterior de los platos para llevar, Toma preguntó a Marsha.

—¿Qué quieres comer?

—Fritura de sardinas a la cerveza con mantequilla, por favor. Este año es el turno de San Francisco para pescar sardinas salvajes.

Después de decir eso, Marsha soltó una risita.

—¿Pasa algo?

—Es que esta mañana he tenido una pequeña discusión con mi padre. Me ha dicho que deje de usar la palabra *salvaje*.

—¿Y cómo quiere que lo llames?

—*Tennen*[3], dice él —contestó Marsha usando una palabra que sonaba a japonés—. Parece que no le salía la palabra inglesa. Dice que si uso la palabra *salvaje*, da la impresión de que hacen algo malo.

Toma recordó la figura del padre de Marsha, que vino a la oficina con un vehículo eléctrico Nissan. La manera en que saludó a los empleados mostrando los dientes al sonreír y agitando la mano era igual que la de Toma y la habitual en la costa oeste. Pero cuando se sentó en la silla con la espalda recta y estirada, luciendo aquellos ojos de párpado sencillo y un pelo negro y liso, todos los empleados se dijeron que, efectivamente, haciendo honor a sus orígenes, tenía maneras de samurái. Al parecer, los antepasados de la familia Yoshino habían emigrado a los Estados Unidos antes de la gran guerra mundial, pero gracias a que el padre de Marsha mantenía

negocios de comercio exterior con Japón, hablaba el idioma como un nativo.

—Pues puede ser. Bueno, de momento voy a encargarlas.

Toma entró en el establecimiento y pidió que llevaran a la oficina con el servicio de drones las sardinas fritas que quería Marsha. Toma pagó los cuarenta y cinco dólares del importe mediante Daims y, tras transferir el recibo a Marsha, ella le envió cincuenta dólares también por Daims.

—Esto es más.

—Es como agradecimiento. He estado a punto de perderme las sardinas *tenant*.

—¿No eran *tennen*?

—¿Sí? Quizá.

«Qué desidia la suya», pensó Toma. Cierto que, considerando que se había criado hablando inglés en casa, tampoco tenía nada de raro que no supiera hablar japonés. Por el contrario, sí resultaba sorprendente que ella, que parecía ser india desde todo punto de vista, con su piel color chocolate y los párpados con forma de almendra, transmitiera aquel mismo porte de samurái que su padre.

Pero lo mismo podía decirse de Toma. Era de constitución menuda, con piel parduzca y con un puente de la nariz grueso, así que a menudo le tomaban por alguien de ascendencia árabe, pero su padre era un pelirrojo de dos metros de estatura y su madre algo similar, una rubia corpulenta de uno noventa metros. Ambos habían nacido en Noruega y, tras emigrar a los Estados Unidos, se sometieron a un tratamiento contra la infertilidad hasta que, finalmente, nació Toma, que no heredó ninguna de las particularidades raciales de sus progenitores. Y coincidía también con Marsha en el hecho de que en casa hablaran en inglés.

—Ah, sí, ya me olvidaba. An Ho dice que quiere hablar contigo.

Toma exhaló un suspiro y apareció a su lado en el visualizador un avatar de An Ho a gran tamaño. El avatar, muy bien enfocado, daba la impresión de ser más grande que el dueño original.

—Ya me perdonarás que te pille de camino a tu almuerzo…

—¿Va a ser cosa de mucho tiempo?

Viendo que An Ho asentía, Toma decidió que comería en ese mismo restaurante y, tras encargar el mismo menú que había enviado a Marsha, escogió un asiento. Echó hacia atrás la silla que tenía enfrente y el avatar de An Ho, que le había seguido los pasos, se sentó en ella. No existía ninguna necesidad de disponer la silla de manera que el avatar se sentara en ella, pero resultaría una visión más bien desagradable que la silla se superpusiera con la imagen del visualizador.

Una vez sentado, An Ho se acarició su pelada cabeza y colocó el artículo periodístico de marras en una esquina libre de la mesa.

Lo normal era dejar los documentos flotando en el aire, pero colocado encima de la mesa parecía tan real como las servilletas de papel que se veían al lado. An Ho «entró» en la imagen del espacio del restaurante que compartía Toma. De esa manera, como si ejercitara una pantomima, podría mover las cosas de la realidad virtual. El preciso control de sus gestos se debía a que llevaba hasta veinte implantes iguales que los de Toma para su red corporal BAN.

Toma, mirando aquel texto periodístico que ya tenía prácticamente grabado en la memoria, preguntó:

—¿Has hecho ya las pruebas?

—Sí. He empezado por publicarlo en el entorno para pruebas y, ciertamente, la puntuación que obtiene es baja. La misma puntuación que la real, 0,445. Cambiando la semilla aleatoria, he repetido la prueba medio millón de veces, pero todos los valores obtenidos estaban comprendidos entre 0,442 y 0,446. Se aparta de la desviación típica con un exponente negativo de 7.

—¿Has probado a generar un nuevo artículo por inteligencia artificial? Tenemos las imágenes del dron del periodista y las indicaciones que dio para su redacción, ¿no?

—Sí, he probado a hacerlo. Y también el juicio sobre él.

—¿Y cuál ha sido la puntuación?

—Apenas cambiaba. Comprendida entre 0,471 y 0,496. La leve mejoría se deberá a que lo hice usando el centro de la colina

cuántica.

Toma observó las tablas numéricas hechas por An Ho.

—En otras palabras, que no se debe a un error del periodista.

—Exactamente. O en el método de polimerización de Pearson hay una anomalía informática o las fuentes utilizadas para el análisis del artículo están equivocadas, una de dos.

—Antes de buscar si hay una anomalía o no, hay que examinar bien las fuentes. Ah, espera un momento. ¿No existe también la posibilidad de un error de manejo por parte del periodista? Que las imágenes que utilizó para generar el artículo fueran las mismas que usó como pruebas para la valoración o algo así…

Cuando las fuentes que se usan para generar algo son las mismas que se utilizan para juzgarlo, a veces se «canibalizan» y se produce lo que se llama «alucinación artificial». Pero An Ho negó dicha posibilidad al instante.

—No, el periodista lo programó de manera que no se usara la filmación de su propio dron.

—Vaya, parece un periodista como es debido.

An Ho colocó unos papeles sobre la mesa.

—Mira esto. *Sun* me ha enviado el historial del periodista Sakoda.

Toma creó sobre la mesa una pared virtual y clavó allí los documentos.

El nombre del periodista era Johei Sakoda. El alias con el que firmaba sus trabajos, Jacob Sakoda. Nacido en Tokio en el 2013, se mudó a California durante la guerra civil, donde estudió periodismo en un colegio comunitario. Después, comenzó a realizar crónicas periodísticas de la guerra civil para publicar en Japón.

Tras finalizar la guerra civil, sacó partido del pasaporte japonés, que le permitía viajar sin necesidad de visado a gran cantidad de países y, al parecer, se especializó en ir de un lado a otro del mundo para hacer reportajes sobre guerras legítimas. Era un «periodista que no escribía», ya que generaba los artículos por inteligencia artificial a partir de imágenes y datos, pero gracias a su capacidad

de acción y a su perspicacia para detectar el valor periodístico, desde que empezó el año había conseguido que *Sun* le publicase sus trabajos.

La documentación incluía también unas fotos. Llevaba bastante corto el pelo negro y los contornos de su rostro parecían un poco más finos que los de los americanos de origen japonés que conocía Toma. También era más delgado que estos. Sin embargo, parecía que estaba en forma, porque las mallas de combate que vestía dejaban intuir una buena musculatura debajo.

Tenía una cámara de acción sujeta a su coraza protectora. En torno a la cintura se ceñía un exoesqueleto que le facilitaba tanto el andar como el cargar con cosas y, además, de dicho apéndice salía un estabilizador que mantenía fija una cámara de vídeo. A sus pies se veía un dron para filmaciones que podía cambiar de ala fija a ala rotatoria. El equipamiento con que contaba era magnífico, y pensando también que la documentación que usaba para generar los artículos la excluía de la usada para la verificación de los hechos, Toma se llevó una buena impresión de él.

—No creo que cometiera un error en el manejo del sistema. ¿Y los recursos usados para juzgar los hechos?

—El modelo general de juicio sobre sucesos, el modelo de información de Sudamérica y otro basado en el modelo de información de conflictos de las Naciones Unidas. Y a esos se les añade, como sistemas para expertos, el modelo de información de armamento del *Anuario Jane´s* y el modelo de información de guerras legítimas. Más las imágenes de los dos drones utilizados para el reportaje. En total, siete.

—¿Había allí otros periodistas aparte de Sakoda?

—No, los demás solo enviaron drones para filmar. Eran de *Real Times* y de *Chicago Bear*.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece si vamos examinando una por una la documentación usada para la comprobación? El número de combinaciones posibles se obtiene con la fórmula (∫_(abs(z) = 1) (1+z) ^ 7/z ^7dz + ∫_(abs(z) = 1) (1+z) ^ 7/z …

Cuando Toma empezó a enunciar la fórmula de cálculo diferencial, An Ho juntó cada uno de sus pulgares con el resto de los dedos de la mano y comenzó a calcular. Calculaba con los pulgares, equiparando las doce falanges de los dedos que iban del meñique al índice y las puntas a cifras y fórmulas. Según decía, era el sistema que usaba su abuelo, que emigró a los Estados Unidos durante la guerra de Vietnam, para calcular los importes de sus órdenes límite en la bolsa. El método que el abuelo enseñó a An Ho era un sistema duodecimal, ya que solo incluía las doce falanges de esos cuatro dedos, pero como el nieto lo amplió incluyendo las puntas de los dedos, el suyo era hexadecimal. En suma, había creado un ábaco multiuso que le permitía calcular tanto cifras exponenciales como logaritmos, cálculos integrales o dimensiones de una función de curva elíptica.

Cuando entró en COVFE, An Ho aprendió a usar la plataforma de verificación de hechos y, juntando eso con el sistema de dieciséis bits de los dedos de ambas manos que había ideado, creó un sistema de cálculo basado en un entrelazamiento que alcanzaba hasta los dieciséis bits cuánticos. El sistema de An Ho, que abría y cerraba las manos mientras calculaba, enseguida se extendió entre los empleados de COVFE. Toma fue de los primeros en empezar a usarlo y aprendió a experimentar el cálculo cuántico como una sensación corporal.

Los que no pudieron hacerse a ello fueron los empleados de mayor edad. Por ejemplo, la directora general, Marsha, o Alessa Leder, que trabajaba allí desde el día en que se fundó la empresa, y Raspberry Wang, que entró después de Toma, pero era bastante más mayor. A lo máximo que llegaron ellos fue a expresar dieciséis bits.

Por su aspecto, An Ho, el grandullón de raza blanca con cabeza rapada, podría pasar por alguien de treinta y tantos años, pero todavía estaba matriculado en la universidad y, con diecinueve años recién cumplidos, era el empleado más joven.

Tras articular con los dedos la fórmula de cálculo diferencial de Toma, An Ho dio la respuesta.

—Las posibles combinaciones son ciento veintiséis patrones. Como mucho, se tardarán cuatro días.

—¿Por qué? Con el servidor que nos ha pedido prestado Marsha sería cosa de un instante, ¿no?

An Ho negó con la cabeza.

—Están disueltas dentro de cada modelo. Para examinarlas, hay que extraer del glaciar los datos originales, previos a la polimerización.

—Ay, ay, ay…

La cuestión no era exclusiva de COVFE, sino que todas las empresas de computación cuántica de Quantum Hill guardaban sus procesos de cálculo en un archivo de datos cuánticos llamado QG (*Qubit Glacier*). Era un servicio para conservar como datos magnéticos tradicionales, al estilo de las unidades de estado sólido, unos fotones en estado cuántico que en el circuito óptico solo pueden existir durante un par de minutos. Para utilizarlos cuánticamente, había que volver a convertir los datos tradicionales al estado cuántico y luego introducirlos en un acelerador.

—Bueno, ¿por dónde empezamos a meterle mano? Ah, perdón, vas a comer ahora, ¿no?

Toma alargó el cuello para mirar hacia la cocina del restaurante. Una empleada de uniforme estaba colocando lechuga en una caja de almuerzo que debía de ser la de Marsha.

—Creo que traerán lo mío enseguida. Podríamos probar a hacer hoy los del modelo de los datos sobre sucesos, ¿no?

—Esos ya los he hecho. Con el modelo de hoy y las imágenes, la puntuación ha sido de 0,752. Si le introducimos los datos de los sucesos de Sudamérica, puede que supere el 0,9.

—¿Ah, sí? Es probable, sí. Uy, aquí viene mi fritura.

—Pues nada, que lo disfrutes.

An Ho sonrió y, tras acariciarse su cabeza rapada, se puso en pie y salió del restaurante por la puerta, como es debido. El

empleado que apareció ante Toma en sustitución de An Ho dejó el plato de sardinas fritas sobre la mesa y dijo lo mismo que él.

—Que lo disfrute.

Después de dar las gracias al camarero, Toma plegó su espacio de trabajo y, tras sujetar con el tenedor una de las doradas frituras, hincó el cuchillo. El aceite caliente saltó un poco y un aroma a espuma de mar y orégano envolvió su rostro. Cuando ya tenía casi en la boca el trozo pinchado de fritura, la mano de Toma se detuvo. El aceite impregnado en el rebozo todavía estaba caliente. Quizá se quemara la lengua si se lo metía tan pronto.

Mientras esperaba que el trozo pinchado en el tenedor se enfriara, encargó a su agente lo que se le acababa de ocurrir.

—Oye, pídele a An Ho que te envíe las filmaciones de la documentación que no sean las del problema de los sucesos y mételas en mi archivo de la investigación de la masacre. Después, ¿te importaría reunir información sobre Terra Amazonas, la empresa Goodfellows y las empresas que estuvieron filmando con drones la batalla de defensa?

—De acuerdo, entendido.

En un rincón de su campo de visión nació un archivo en el que iba entrando la documentación. Una vez comprobado ese, Toma se llevó a la boca el trozo de fritura a la temperatura adecuada.

4

Gracias a que Sakoda seguía trabajando en sus reportajes, se le pasó enseguida el tiempo hasta el día del canje de prisioneros. La soldado del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas que vino a buscar a Sakoda hablaba un inglés fluido con acento norteamericano y era una joven de orígenes asiáticos. La mujer, que portaba un fusil QBZ-100 con una gran mira telescópica, dijo llamarse Jackie y, después de compartir a través del visualizador por capas el lugar que tenían por objetivo, indicó a Sakoda que la siguiera.

Tras comprobar el lugar escogido, Sakoda se dijo para sus adentros que resultaba de muy mal gusto. El canje de prisioneros tendría lugar en la hondonada donde una semana antes fueron masacrados Jones y los suyos.

Sakoda probó a sonsacar algo a Jackie, que caminaba delante de él, comenzando con un «Es el mismo lugar de la masacre, ¿no?», pero todo lo que obtuvo como respuesta fue un «Sí, cierto». Le pareció detectar un deje de lástima en el tono de la mujer, pero, por otro lado, no parecía avergonzarse de pertenecer a una organización que había matado a unos prisioneros de guerra.

En el camino entre el hotel y el ayuntamiento, Sakoda hizo una pequeña entrevista a Jackie. Tenía veintiún años y había nacido en Dallas. Sus padres trabajaban en un rancho y, según decía, cuando se graduó en Bachillerato, recibió un correo electrónico de Terra Amazonas ofreciéndole trabajo como guardia de seguridad.

No sabía si sería tan buena tiradora como Camilo, pero coincidía con Rachel en el hecho de que carecía de experiencia militar previa.

Sakoda, que iba pensando en esas cosas mientras caminaba, llegó enseguida a la plaza frente al ayuntamiento, donde se unió al destacamento que iba a emprender la marcha hacia la jungla. Jackie desapareció entre sus compañeros.

El cuerpo de defensa tenía preparados siete camiones de caja abierta de los que se venden ordinariamente, aunque les habían hecho varias modificaciones. Montaron todos en ellos y se adentraron por un sendero de la jungla. Sakoda filmaba la escena con sus dos Meganeura.

Las cajas donde estaban los cuerpos de Jones y sus subordinados iban en los dos primeros camiones, sin montar unas encima de otras. Los camiones evitaban los baches del camino, con objeto de que los cadáveres no se bambolearan.

Los tres camiones siguientes transportaban un destacamento conformado sobre todo a base de soldados jóvenes con fusiles QBZ-100. Ignacio, junto con Camilo, iba en el interior del cuarto camión, Rachel en el quinto y Sakoda en la parte trasera del séptimo. En la caja de los camiones cuarto al séptimo iban soldados con armamento convencional, como fusiles AK-47 o ametralladoras Browning.

A Sakoda le llamó la atención que los soldados jóvenes de los QBZ-100 charlasen en inglés alegremente entre ellos, mientras que los de los AK-47 lo hicieran en español o en quechua.

Mientras los Meganeura filmaban la columna militar, llegaron a la hondonada.

La lluvia había borrado cualquier rastro de la sangre y carne que se desperdigó durante la masacre, pero en el lugar donde Jones y los suyos sufrieron la ráfaga de saturación se extendía un espacio vacío con muchos troncos, ramas y hojas partidos.

Sakoda se bajó de la caja del camión y, de pie en el punto de la masacre, examinó aquel panorama, el último que vieron los miembros del destacamento. Aquella hondonada circundada por altos árboles era el único lugar en que penetraba la luz del sol, confiriéndole un aspecto anómalo. Sakoda miró en dirección al sol y,

tras darse cuenta de que las copas de los árboles que deberían dar sombra al lugar habían sido taladas, decidió verificar sus grabaciones.

Las imágenes del momento en que murieron aquellas personas. Respiró hondo y, tras insensibilizar su corazón, reprodujo la escena de la masacre. Comprobó que aquella horrible escena había quedado bien iluminada por la luz solar.

Sakoda dirigió una mirada de furia a Ignacio, ya descendido del camión.

Ignacio había elegido a propósito el lugar donde masacrar a los soldados rendidos. Su objetivo debía de ser la difusión de la noticia. Sin duda, su deseo era que aquellas impactantes imágenes, junto con la palabra «masacre», corrieran por todo el mundo.

Sin embargo, por culpa de que el artículo generado por Sakoda con inteligencia artificial no obtuvo una puntuación suficiente, su objetivo no se cumplió. Pero, aun así, él no se había dado por vencido. Ahora pretendía que Sakoda le entregase una carta a cierto hombre adinerado que vivía en la Aguja, de Nashville, y que fuera visitando uno tras otro a los deudos del destacamento de Jones, haciendo de paso averiguaciones acerca de lo que fuera surgiendo en el proceso.

Ignacio, que se percató de la particular mirada de Sakoda, le invitó con los ojos a comparar los dos grupos diferentes de los cuerpos de defensa. Sakoda asintió como diciendo «ya lo sé». En realidad, no sabía nada, pero sí se daba cuenta de que Ignacio le sugería investigar acerca de por qué un grupito de ellos eran jóvenes como Camilo o Jackie, capaces de hablar inglés como un norteamericano y manejar un sofisticado armamento de los más modernos.

Lo cierto es que había muchas cosas hacia las que sentía una enorme curiosidad.

Si hacía caso de lo que dijo Camilo, que había sido capaz de disparar en diagonal a través de un cristal blindado, él era un tirador que equivalía a un destacamento unitario de ORGAN. Solamente ese

secreto ya era algo que daría de comer a Sakoda, pero también resultaban interesantes los compañeros de Camilo, ese grupo de soldados que hablaban inglés norteamericano. Con todo, su trabajo de hoy debía centrarse en el canje de prisioneros.

Los soldados del cuerpo de defensa se dividieron en patrullas de tres para vigilar los alrededores de la hondonada. Rachel, que ya se había bajado del camión, se acercó a Sakoda.

—Jake, ¿todo bien con el reportaje?

—Más o menos. ¿Tú qué tal?

—He engordado un poco —contestó ella con una sonrisa amarga.

A continuación, dirigió una mirada hacia las cajas de los cadáveres, alineadas sobre una impoluta tela blanca y con una voz que sonaba más a un rugido, añadió:

—No pienso perdonar esto. Haré que se arrepienta de haber dejado con vida a uno de nosotros. ¿Vendrás a hacer un reportaje?

—Si vas a vencer al comandante, me gustaría filmarlo de todas todas.

Lo dijo con una sonrisa, pero parece que no surtió el efecto esperado. Rachel soltó una carcajada y luego dio un palmetazo en la espalda de Sakoda.

—Tampoco hagas imposibles. No será algo como propagarlo en las noticias.

—Ya lo creo que sería una noticia. Y todavía tengo que hacer que se publique lo de la masacre.

—¿Aún no se ha difundido la noticia?

Sakoda reunió en el espacio de trabajo compartido de su visualizador todos los artículos que había encontrado.

—*Real Times*, que tenía un dron sobrevolando mi cabeza, ha difundido la noticia. Aunque no usa en ningún momento expresiones como «masacre» o «crimen de guerra». Luego hay unos pocos artículos de gente que lo escribió al ver este.

Rachel echó un vistazo a los textos y luego dijo en voz baja:

—Pero si todos tienen menos información que el tuyo…, ¿por qué no sale el que escribiste?

Después de comprobar que los soldados del cuerpo de defensa que merodeaban por la hondonada no les estaban escuchando, Sakoda contestó también en voz baja:

—COVFE, la empresa que verifica la veracidad de las publicaciones, ha comenzado una investigación sobre ello. Porque, lo vea quien lo vea, el asunto extraña.

—El tipo —dijo Rachel señalando a su espalda, donde estaba Ignacio— está muy contrariado porque el artículo no saliera. Tuvo la caradura de decir que, si llega a saberlo, no los habría matado.

—¿Te lo dijo durante los interrogatorios?

Rachel asintió y acercó su rostro al de Sakoda.

—Jake, has aceptado la investigación que te pidió el tipo, ¿no? ¿Vas a dejar que te maneje?

—No, no —contestó Sakoda negando con la cabeza—. Quien decide si se escribe o no el artículo soy yo. Además, la cuestión de la compensación no es una mala idea, ¿verdad?

—Bueno, eso sí —asintió Rachel—. La pensión para familiar superviviente que paga Goodfellows no da para vivir ni medio año.

Dicho esto, Rachel se quedó con la vista fija en un punto de la jungla.

—Ya están aquí.

Sakoda siguió su mirada y vio que, frente a él, la vegetación aparecía medio borrosa. Al momento siguiente de pensar «camuflaje óptico», en un extremo de la plaza aparecieron varios transportadores Maschief alineados. Dos grupos de tres Maschief cada uno con sendos soldados en traje de combate estaban a izquierda y derecha de la hondonada, y al frente había un total de siete, cuatro con prisioneros vestidos con chándal y tres vacíos.

Mientras Sakoda comprobaba la disposición de los Maschief, uno de los transportadores con soldado a bordo se adelantó.

—Mi nombre es Bill McGrow, oficial de seguridad de Goodfellows. ¿Dónde está el comandante Ignacio?

Los soldados del cuerpo de defensa, que estaban patrullando por la hondonada, parecían inquietos por la repentina aparición de los Maschief, pero a los jóvenes con QBZ-100 se los veía tranquilos, como si ya previeran la aparición de las máquinas.

—¡A formar! —gritó Camilo.

Al oírlo, los nerviosos soldados del cuerpo de defensa se reunieron en torno a los camiones. Ignacio, al igual que una semana antes, volvía a estar de pie en la caja de uno de los camiones. Ahora, en vez de adoptar su habitual actitud burlona, hizo un saludo de exquisita formalidad hacia McGrow.

—*Mister* McGrow y todos ustedes, miembros de Goodfellows, les habla el comandante Ignacio, del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas. Les agradezco mucho que, como representantes generales del Gobierno de Brasil, hayan acudido a este canje de prisioneros.

Cuando Ignacio terminó de hablar, McGrow detuvo los pasos del Maschief.

—Antes del canje, hay algo que quiero decirte.

—Adelante.

Ignacio respondía con docilidad pese a la irrespetuosa manera en que el otro se dirigía a él.

—De ningún modo vamos a perdonar el crimen de guerra que has cometido. Hemos informado a Brasil, Perú, Colombia y Estados Unidos que asesinaste a cinco miembros del destacamento de Jones que se habían rendido. Acudiremos a los organismos internacionales que hagan falta para denunciar que vuestra guerra de independencia no ha tenido nada de limpio. Ve preparándote.

Una vez escuchado, Ignacio se puso una mano en el pecho.

—En primer lugar, quiero pedir disculpas. Realmente lo lamento mucho.

—¿Cómo?

—Que estuvo mal matarlos.

—¿Admites la masacre?

—Ya lo vieron, ¿no? Así fue, tal cual. Los cinco que se rindieron, murieron por orden mía. Comuníquenselo también a las Naciones Unidas.

McGrow frunció el entrecejo, dando muestras de que no entendía la verdadera intención de Ignacio. Dejó escapar un suspiro y señaló los Maschief que tenía a su espalda.

—Claro que informaremos, no hace falta que lo digas. Procedamos al canje.

McGrow agitó una mano como si espantase a un insecto y los Maschief que se mantenían en espera comenzaron a caminar.

Los Maschief avanzaron en silencio por la hondonada y se detuvieron junto a los receptáculos de los cadáveres. Los cuatro prisioneros se bajaron de los transportadores dando muestras de no estar acostumbrados a ellos y se juntaron con el cuerpo de defensa de Terra Amazonas. Unos soldados jóvenes con los QBZ-100 se acercaron a los Maschief que habían quedado vacíos. En cabeza iba Camilo, pero también se hallaba entre ellos Jackie, la mujer que antes había escoltado a Sakoda. Siguiendo las instrucciones de Camilo, los soldados movieron unas palancas de los transportadores para convertir los respectivos asientos en cajas abiertas para carga.

Por lo visto, Camilo conocía bien el equipo militar de los ORGAN.

—¿No será que, como parecía, ellos también tienen la tecnología ORGAN? —murmuró Rachel parándose un instante para volverse hacia Sakoda cuando ya se dirigía al Maschief que conservaba el asiento—. ¿Tú no ibas a venir con nosotros?

—Os seguiré a pie.

—Bueno, entonces hasta luego.

Tras sentarse a horcajadas en el asiento del Maschief, Rachel se hizo invisible. Sakoda descubrió que el resto de las máquinas también habían ocultado su figura.

El único rastro perceptible fue el sonido que levantaban los transportadores al pisar las hojas caídas mientras salían de la hondonada. Sakoda sintió un escalofrío y se le puso la carne de gallina al pensar en la posibilidad de que los de Goodfellows

decidieran aprovechar para sacar ahora los colmillos y tomarse la justicia por su mano. En ese momento, sintió un golpecito en el hombro.

—Ya te vas, ¿no?

Era Ignacio.

—Sí. No creo que los alcance, pero regresaré hasta su campamento. Aunque creo que llegaré a Estados Unidos antes que ellos.

—Ya. Supongo que además ella tendrá que hacer algún informe sobre el combate y demás. Bien, acuérdate de lo que te pedí.

—¿Qué debo decir a las familias?

—Que lo lamento mucho. Que Cherry Ignacio, que mató a su hijo o a su hija, lo siente de todo corazón. Y que estas compensaciones son todo el capital que tengo.

—¿Cree usted que con eso aceptarán el dinero?

—Eso lo dejo en tus manos. Y diles también esto: que ellos eran mis hermanos. Y que hubiera preferido no matarlos.

Al mirar de frente aquellos negros ojos, Sakoda sintió como si se le paralizara la respiración. Parecían transmitir que había hecho algo extremadamente malo. Sakoda meneó la cabeza apresurándose a apartar la vista. Hablar con ese hombre siempre le confundía.

—¿Cómo puede decir eso después de haberlos matado?

—Pues por eso te digo que lo dejo en tus manos.

De pronto Ignacio volvía a su habitual tono chistoso. Pasó un brazo por los hombros de Sakoda y, abrazándolo, dijo: «Che».

—¡Pero qué hace!

Tras librarse del abrazo, Sakoda apuntó un dedo hacia Ignacio.

—A la vuelta, le pediré una entrevista.

—La estaré esperando con mucho gusto —asintió Ignacio con rostro serio.

Sakoda le dio la espalda y comenzó a andar en dirección a la senda por la que habían desaparecido los Maschief. Después de caminar enérgicamente durante una hora, como ensimismado, por

primera vez se percató del trinar de los pájaros y de los sonidos de los insectos y por fin relajó la marcha.

Luego, Sakoda pensó acerca del último mensaje que le había pedido transmitir Ignacio y en la diferencia existente allí. Cuando dijo eso de «Eran mis hermanos, y hubiera preferido no matarlos», no añadió su habitual «che».

Quizá fuera cierto que habría deseado no matarlos.

Sin embargo, los mató de manera que constituyera un crimen de guerra. ¿Por qué decía que el motivo lo encontraría en Estados Unidos?

5

Cuando Marsha Yoshino miró por la ventana hacia el exterior, un BMW negro que circulaba silencioso estaba aparcando delante de la oficina. Era un vehículo clase e10. El coche particular de Wu Lin-wen, su asesora legal, que había dicho que iría hoy a la oficina a verla.

Wu Lin-wen levantó el asiento del copiloto, donde no viajaba nadie, agarró una gran bolsa de tela y, tras sacar fuera sus largas piernas, se incorporó con un enérgico impulso del bajo asiento que ocupaba. El ruido que hicieron sus gruesos tacones en el pavimento atravesó la delgada puerta de la oficina, reverberando en el interior.

Incluso Marsha, que no sentía interés por la ropa, se dio cuenta a primera vista de que el traje negro con ribetes de hilo dorado que Wu vestía ese día era de Chanel. La bolsa de tela también era de Chanel, azul oscuro con una cadena en oro entrelazada.

La chaqueta que mostraba las líneas de su cuerpo y la falda ceñida a la altura de la rodilla le daban un aspecto a la antigua, mientras su espalda recta y la agilidad de los movimientos de su rostro revelaban que rechazaba ser una mujer de actitud pasiva.

Marsha la llamó desde la ventana que tenía adjunta el pequeño mostrador para los pedidos de los tiempos en que el local era una tienda.

—Wu Lin-wen, qué pronto llegas.

—A la hora prevista —contestó Wu mientras se señalaba el reloj de pulsera.

Al cerrar la puerta del copiloto, el BMW contrajo la suspensión que había ofrecido comodidad al pasajero y comenzó a subir la cuesta empedrada en la modalidad sin pasajeros. Su punto de destino era el edificio donde se encontraba la dinamo del tranvía, en el cruce de la calle Bush con la calle Polk. En los subterráneos de este edificio de la central eléctrica de tres plantas había unos aparcamientos automatizados, sin una sola persona a su cargo. Esta instalación inteligente, que embutía los vehículos de conducción autónoma con una separación de apenas unos milímetros entre plaza y plaza, estaba saturada de ondas electromagnéticas que podían cargar en veinte minutos y sin contacto físico una batería de doscientos kilovatios por hora.

En ese aparcamiento en el que las personas no podían entrar, el BMW aguardaría hasta la hora en que Wu se marchara.

Wu hizo aparecer la consola del aparcamiento en su visualizador por capas y luego miró a Marsha.

—Parece que hoy el aparcamiento es gratis.

—De un tiempo a esta parte, todos los días es gratis —contestó ella—. Dicen que desde que, hacia abril de este año, cambió el algoritmo de reparto de electricidad, ha aumentado la cantidad de energía que regula el generador del aparcamiento.

—Ah, por eso… —contestó Wu mientras penetraba en la estancia.

Para la ciudad de San Francisco, que cubría su demanda de electricidad mediante las energías renovables, la batería de alta densidad de los vehículos suponía un importante nodo que actuaba como un generador eléctrico virtual, puesto que podía cambiar con una precisión milimétrica su capacidad de emisión. Si se comparaba con la energía que proporciona una central nuclear, la energía total generada en la ciudad, veinticuatro gigavatios, equivalía a la de doce reactores nucleares. La red de distribución eléctrica, que cambiaba continuamente, era administrada por un sistema de mediación a base de inteligencia artificial, nacido en plena guerra civil en la Bolsa de Valores de Dallas, y efectuaba un descuento en el importe de la

carga de baterías en función de la cantidad de electricidad que pudiera utilizarse.

Al entrar en la oficina, Wu hizo un saludo con la mano hacia Toma.

—Hola, An Ho, ¿qué tal estás?

Entonces, sonó una voz a sus espaldas.

—Yo estoy aquí.

—Oh…

Wu se quedó petrificada. Toma, objeto de la equivocación, se echó a reír, mientras que Marsha dejó caer los hombros decepcionada por su amiga.

—A ver si te esfuerzas por recordarlo, ¿no? Este es Toma. ¿Acaso no lo has visto un montón de veces?

—Lo siento, de verdad —se excusó Wo poniéndose una mano en el pecho y haciendo una reverencia hacia Toma—. En realidad, suelo ser bastante buena para recordar los nombres y las caras de las personas.

—No pasa nada, sucede a menudo —contestó Toma.

—Efectivamente —asintió An Ho.

Cuando se tiene en la cabeza un nombre tan típicamente escandinavo como Toma Knut, no tiene nada de extraño atribuírselo a un hombre blanco y corpulento como An Ho.

—Sí que pasa, no está bien equivocarse en los nombres —insistió Marsha mientras enderezaba la espalda al máximo y daba un abrazo a Wu.

Cuando Wu se separó de ella, se puso una mano en la cintura y con el dedo de la otra señaló a Marsha.

—Pero la culpa de que me equivoque con los nombres es tuya.

—¿Por qué?

—Porque eliges únicamente esta clase de empleados a propósito, ¿no? Un escandinavo de piel achocolatada, un blanco de origen vietnamita o alguien que, se mire como se mire, parece una mujer africana de alguna tribu.

Marsha se puso también una mano en el costado. Sabía que la otra hablaba medio en broma, pero no estaba dispuesta a dejarse vencer.

—Ya te he dicho mil veces que el aspecto físico no me importa.

—¿De verdad?

—Cuando busco contratar a alguien, solo me fijo en sus capacidades. Ni siquiera tengo decidido un número fijo de personas que contratar. Si alguien supera la puntuación de 0,92112, le contrato. Para empezar, el formulario de postulación para el empleo lo hice siguiendo tus indicaciones. No les pregunto ni la edad ni el sexo, ni les pido fotografía ni historial de trabajo ni enlace a sus redes sociales. Es, por completo, una prueba de capacidad. ¿Cómo iba a poder elegir a alguien en función de que sea rubio o no?

Wu infló las mejillas.

—Bueno, pues entonces esa prueba que les pides no es buena.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó Marsha ladeando la cabeza.

—Por supuesto que es una broma —contestó Wu dándole un nuevo abrazo.

Cada vez que Wu se equivocaba con el nombre de alguno de los empleados, siempre salía una conversación similar.

—Bueno, recuerda el nombre de mis empleados, ¿eh? —dijo Marsha no sin pensar que quizá resultara inevitable alguna confusión.

Toma, menudo y de tez morena, con pelo negro y rizado, podría pasar por un hombre de Asia central ante quien desconociera sus circunstancias, pero en realidad era de ascendencia noruega. El día que comenzó a trabajar, vinieron también sus padres para conocer la oficina y cuando Marsha vio sus imponentes figuras, grandes como vikingos, concluyó que Toma debía de ser hijo adoptivo.

Según lo que había escuchado una vez en una fiesta casera, los padres de Toma aprovecharon para mudarse a los Estados Unidos cuando, durante la guerra civil, San Francisco relajó sus leyes de inmigración, y fue entonces cuando nació Toma. Los padres se sorprendieron sobremanera de que su bebé fuera de tez morena,

pero como se había tratado de una fecundación *in vitro*, desde antes del parto ya venían haciéndose varias pruebas de ADN y no cabía duda de que era hijo de ambos. Al parecer, según se fue haciendo mayor, comenzaron a aparecer particularidades de sus padres, como la forma de las orejas o la boca, así como la mano de preferencia o el carácter.

La propia Marsha también presentaba un aspecto muy diferente al de sus padres. Su piel achocolatada, su pelo rizado y la forma de sus párpados con las comisuras almendradas eran características propias de la India. Sin embargo, su padre era un japonés tan típico que la gente de la oficina enseguida pensó en un samurái, y lo mismo podía decirse de su madre. Marsha, que fue una hija tardía, había nacido por fecundación *in vitro* al igual que Toma y, de la misma manera, sus padres se habían hecho cantidad de pruebas antes del parto.

Sin embargo, el caso de Toma o el de Marsha aun así eran relativamente aceptables. An Ho, un vietnamita que parecía extraído de la mitología nórdica, o Alessa Leder, hija de indios norteamericanos y con el pelo totalmente afro, resultaban más chocantes, pero, en cualquier caso, no había ni un solo empleado que tuviera las mismas características raciales que sus familiares cercanos.

En los tiempos actuales, año 2045, no era algo tan raro que las características físicas de los hijos no coincidieran con las de los padres. También porque las mezclas raciales se encontraban muy avanzadas, y debido a que durante la II Guerra Civil se acentuó la diferencia económica entre el centro de los Estados Unidos y las dos costas, habían aumentado los casos de personas que renunciaban a sus hijos y dejaban su educación y crianza en manos de padres adoptivos.

Por lo general, los padres adoptivos tendían a escoger niños con particularidades raciales cercanas a las suyas, pero, en el caso de los empleados de COVFE, todos tenían un aspecto diferente al de sus familiares. Marsha, puesto que los veía a diario, no se confundía,

pero alguien como Wu, que solo venía de vez en cuando, era lógico que se equivocara.

Wu se repitió una vez más los nombres de Toma y An Ho y, tras dar un abrazo a Alessa, volvió junto a Marsha.

—Oye, Marsha, no pasa nada si alguna vez contratas a un John Smith rubio y de ojos azules o a una preciosa Wu Lin-wen de negros cabellos. Que nadie te va a llamar racista a ti.

—Anda, ¿es que quieres trabajar en COVFE? —dijo Marsha con tono burlón.

La había animado varias veces a trabajar en la oficina, pero nunca quiso ni pensar en ello. Wu negó con la cabeza enérgicamente.

—¡Ni hablar! Si estuviera en esta empresa, me parecería que me había vuelto tonta perdida. Para empezar, me volvería loca con esa prueba de acceso.

—¿Tú crees? Si no me equivoco, tu puntuación en la primera vez fue de un 78,24455 % y en la segunda de un 81,23422 %, ¿no? No está nada mal.

—Eso —contratacó Wu volviendo a apuntar con el dedo— es la puntuación de las pruebas que realicé hace ya diez años y te digo que no es normal que recuerdes cifras con cinco decimales. De entrada, ¿por qué calificas los exámenes con cifras de tantos decimales?

—Porque quiero ver la velocidad con que se captan las cifras.

Wu tampoco quería insistir y, como además se había quedado sin argumentos, se limitó a soltar un mugido.

—Pero superar el setenta por cien ya es magnífico —terció Toma echándole una mano.

Wu le dio las gracias y acto seguido fue dirigiéndose uno por uno al personal de la oficina, unos en persona y otros accediendo mediante su avatar, hasta un total de diez, comprobando sus nombres.

Lo que se pedía en las pruebas de acceso de COVFE era demostrar la capacidad de comprensión para agrupar una serie de

cifras, unas inmensamente grandes y otras inmensamente pequeñas, y verterlas en computación cuántica. Si se contaba con estudios de informática o de matemáticas superiores o de información y comunicación cuántica, se gozaba de cierta ventaja, pero sin duda lo que más importaba era cierta capacidad especial que entraba en los terrenos de la intuición.

Toma aprobó con 95,34727 puntos y An Ho con nada menos que 97,23625. Marsha era quien ideaba los problemas que les planteaba, pero, según pasaban los años, la puntuación de los aprobados era cada vez más alta y se abría más la diferencia con los que no aprobaban.

Ni que decir tiene que el motivo por el que Marsha recurría a Wu no era su capacidad de manejar las cifras. Fue Wu, que entonces todavía era una estudiante, quien hizo los trámites para que Marsha registrara en el NIST aquel sistema que resonó en el mundo entero para descifrar la encriptación RSA, así como los necesarios para fundar una empresa con varias decenas de patentes y comprar la totalidad de los subterráneos del barrio de Tenderloin.

Aquel as en la manga de Marsha estaba ahora dirigiendo la palabra a un joven rubio de ojos azules, Raspberry Wang.

—Y tú eres Raspberry Wang, ¿no?

—Así es.

Tenía más o menos la misma edad que Marsha, pero era un empleado reciente, que acababa de entrar el año anterior. Era, además, el único empleado extranjero de COVFE.

—Oye, Wu Lin-wen, ¿te has olvidado de que fuiste tú quien consiguió un visado H-1B para Raspberry?

—Claro que me acuerdo —contestó Wu mirando de hito en hito el avatar de Raspberry—. Tu padre era tailandés y tu madre nigeriana, ¿no? Criado en Bangkok.

—Sí —contestó él soltando una risita al ver lo confundida que parecía Wu.

El padre era menudo y de tez morena, mientras que la piel de la madre era casi negra. ¿De qué manera se habrían combinado

aquellos genes para que él naciera con unos ojos azules y un cabello rubio que envidiaría hasta un europeo?

—Bueno, vamos a empezar de una vez con la reunión —intervino Marsha.

Wu se sentó en una silla junto a la ventana. An Ho apoyó el codo izquierdo en el mostrador del fondo que había pegado a la pared y Toma se sentó en una banqueta situada a la derecha de este. Todos los participantes de la reunión de ese día se encontraban físicamente en la oficina.

Nadie en particular presidía la reunión, pero fue Toma quien habló el primero.

—Gracias por haber venido hoy, Wu —saludó mientras desplegaba un espacio de trabajo frente a su pecho—. ¿Has leído nuestro informe?

—Por supuesto.

Wu extendió su dedo índice y mostró el informe en su pantallita virtual.

—Una semana. Habéis averiguado bastante en ese tiempo, ¿eh?

—Sí —contestó Toma comenzando a explicar la situación actual.

En el método de polimerización de Pearson v5 que estaba analizando Toma todavía no se había detectado ningún problema. Había probado a juzgar el artículo de Sakoda tanto con las versiones anteriores como con la más moderna, que todavía se estaba desarrollando, pero la puntuación siempre quedaba inamovible en torno al 0,46. El análisis de cifras que entremezclaba Toma en su informe en modo alguno resultaba fácil de entender, y Wu, que lo escuchaba con el ceño fruncido, intentó resumirlo en lenguaje corriente.

—En suma, que no se trata de un error en el algoritmo, ¿no?

—Efectivamente. Parece que el problema reside en la documentación usada para adjudicar la calificación. An Ho, ¿puedes seguir tú?

El aludido asintió y, usando la pared junto a la que se apoyaba un momento antes, desplegó el espacio de trabajo usado para su

análisis. Contenía un modelo de lenguaje con varios grupos grandes y pequeños representados como nubecillas y dos recuadros donde se proyectaban las filmaciones de los respectivos drones del periodista. Delante de todo ello, había varias terminales repletas de caracteres blancos sobre fondo negro. Una vez que An Ho terminó de verificar la disposición de aquel espacio de trabajo, se volvió hacia ellos y comenzó su explicación.

—Este es el material que utilizó el periodista Sakoda para la verificación de los hechos. Un modelo extenso de lenguaje que trabaja con cinco modelos de vectores y las dos filmaciones que realizó él mismo. El número total de nodos es de unos cuatrocientos treinta y dos billones.

Marsha levantó un pulgar en signo de aprobación ante el hecho de que An Ho no diera todos los dígitos de la cifra exacta. Si una se descuidaba, los empleados de COVFE tendían a leer en voz alta hasta el último de los dígitos válidos de una cifra. Wu también sonrió.

—Gracias por el redondeo. ¿Cuál es el porcentaje de apertura de la fuente del modelo?

—Es de un 85,452 %.

—O sea, que es una modalidad muy rigurosa. Parece que ese periodista, Sakoda, trabaja con gran seriedad.

Wu tenía toda la razón. Los medios de gran calidad, como era el caso del *Sun*, exigían unos parámetros muy estrictos, además de la puntuación de la verificación de hechos. El número total de nodos del modelo que efectuaba los juicios tenía que ser como mínimo de doscientos billones y un mínimo de tres cuartas partes de ese modelo tenían que proceder del aprendizaje de información abierta. Puesto que el que se consideraba modelo general dentro de los modelos que se usaban para la difusión de noticias era uno que solo utilizaba información abierta, bastaba con poseer la cualificación de entidad distribuidora de noticias para juzgarlas con la modalidad ordinaria que se servía de ese único modelo. Sin embargo, Sakoda, aun cuando significara sacrificar el porcentaje de información

abierta, empleaba una modalidad más rigurosa, donde intervenía la opinión de especialistas.

Wu, situada detrás de An Ho, seguía con mirada atenta cómo aquellos modelos con forma de nubecilla se hinchaban o comprimían.

—Entonces, el problema estaba en el modelo, ¿no? En concreto, ¿en qué consiste?

An Ho asintió y, tras trazar una línea que arrancaba de una de las terminales en cuya negra pantalla flotaban los caracteres blancos del artículo periodístico de última hora, la unió con el modelo más grande de todos.

—En primer lugar, probemos a valorar el modelo general que se usa en las noticias de sucesos. Si juzgamos el artículo en cuestión con este modelo, la puntuación que se obtiene es de 0,8633 puntos.

A continuación, An Ho unió nuevas líneas con los modelos segundo y tercero en tamaño.

—Estos son el modelo de información para sucesos de Sudamérica y el modelo de información para conflictos de las Naciones Unidas. Con estos, la puntuación es de 0,9324.

—Vaya, pues ya podían haber probado a publicar la noticia utilizando estos —murmuró Wu.

Enseguida le contestó Marsha.

—Pero nuestro periodista Sakoda usa un modelo riguroso. Vamos a ver qué pasa.

An Ho asintió y acto seguido unió un cable a uno de los modelos pequeños.

—Este es un modelo para juzgar información sobre guerras legítimas fabricado con las bases de datos que aportan la IFRC (Federación Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja) y la ICC (Corte Penal Internacional). La puntuación con este modelo es de 0,6264.

Wu inclinó el cuerpo hacia delante y entonces An Ho arrancó el cable de la nube y lo unió a otra que, más que una nube, parecía una esponja uniforme de datos.

—Vamos a unirlo también al modelo del *Anuario Jane´s* sobre industria de defensa. En este caso, la puntuación baja a 0,51243.

—Entonces, parece que cuanto más aumenta el carácter especializado, más baja la puntuación —comentó Wu.

A su lado, An Ho negó con la cabeza.

—Como pensé en esa posibilidad, probé usando como anuario militar el *Hongxing* que edita China. La puntuación subió a 0,9435.

—¿De verdad? Y entonces, ¿eso no significa que pasa algo raro con el *Jane´s*?

An Ho eliminó del espacio de trabajo las dos nubecillas de similar tamaño que flotaban en él.

—Eso es lo que estoy estudiando ahora. He probado a introducir cincuenta mil artículos tanto en el *Jane´s* como en el *Hongxing* y voy a comprobar hasta qué punto los resultados obtenidos son diferentes.

—Pero supondrá un trabajo terrible…

—No, no tanto. Es la misma clase de tarea que hago cuando aplicamos algún modelo que hemos comprado o fabricado.

—Ya veo. ¿Y la base de datos de guerras legítimas?

An Ho alargó una mano hacia Wu.

—Eso era lo que pensaba preguntar. Estoy pensando en crear un modelo similar, así que ¿no existirá por alguna parte una entidad que me proporcione los datos oficiales de las guerras legítimas?

Wu se dio una palmada en la frente.

—Uff… Eso va a ser difícil. ¿Una entidad equiparable a la Corte Penal Internacional o a la Federación Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja? Bueno, de momento voy a buscar.

Wu movió los dedos de la mano derecha como una ola. Debía de estar tomando notas. Wu asintió hacia An Ho y Toma para después girarse hacia Marsha.

—En otras palabras, que existe la posibilidad de que el modelo que usáis para juzgar los textos esté podrido, ¿no?

—No sé yo si será eso… Sigue quedando la posibilidad de un error en el algoritmo.

Wu se dio unos golpecitos con el índice en la punta de la nariz y luego alzó de pronto la mirada.

—El agente del periodista era un tal Marukawa, ¿no? ¿Le has pedido disculpas?

—Pues todavía no, ¿por qué?

La mirada de Marsha delataba que dudaba de la necesidad de pedir disculpas. Estaba en contacto con el periodista Sakoda. Pero parecía no querer dar su brazo a torcer ante Wu.

—Primero, vamos a pedir disculpas.

Marsha comprendió que insinuaba que la culpa era de ellos por ofrecer un modelo de baja fiabilidad. Lo único que había hecho Sakoda era escoger una modalidad rigurosa. Fue el sistema de COVFE el que le asignó el modelo en cuestión.

—Creo que tienes razón. De momento, pidamos disculpas. ¿Le explicamos el motivo?

Wu dirigió una mirada inquisitiva a Toma y An Ho.

—Podemos decírselo, ¿no? No hay duda en que es un problema del modelo, ¿verdad?

—De acuerdo. Y en cuanto a la indemnización…

Wu cortó a Marsha agitando una mano delante del rostro.

—Nada, nada. El periodista Sakoda no parece alguien que vaya a reclamar algo así, pero si el asunto sale a la luz, pueden surgir espabilados que decidan subirse al carro e intentar cobrarnos. Claro que nos los podemos quitar de encima, pero nuestro prestigio quedaría dañado. Yo me encargaré de escribir el texto de disculpas. Le pondré algo así como que probablemente no hay problemas con el algoritmo, que la puntuación baja al probar el artículo con dos sistemas especializados y que por el momento desconocemos el motivo concreto. ¿Alguna otra cosa más que hayáis averiguado?

Marsha se fijó en que Toma tenía la vista clavada en el espacio de trabajo de An Ho. Estaba mirando la conexión en la que había bajado la puntuación, que había sido apartada a un lado.

—¿Toma?

—¿Sí? ¡Ah, perdón! —contestó señalando el modelo en el que la puntuación había bajado—. Estaba pensando que es muy raro que baje la puntuación de esa manera con un documento específico.

An Ho asintió y acercó a la parte delantera del espacio los siete documentos alineados que había usado Sakoda.

—Es la primera vez que veo este patrón de comportamiento. Da la sensación de que se ha introducido deliberadamente un determinado filtro.

—Deliberadamente… —murmuró Marsha clavando la mirada en el artículo que flotaba en el terminal de An Ho—. ¿Me prestas un momento tu terminal?

—Adelante.

An Ho cogió una réplica de su terminal y se la acercó. Marsha la colocó entre sus manos y comenzó a reescribir el artículo.

—Está prohibido hacer esto, pero…

¡Última hora!
06:51 minutos, hora local de Amazonas. El ~~comandante Cherry Ignacio, que dirigía~~ el Cuerpo de Defensa de ***la ciudad de Leticia*** *~~Terra Amazonas en calidad de asesor militar~~ ~~para una batalla limpia~~, ha matado a cinco de los seis soldados de Goodfellows que se habían rendido. La masacre cometida ~~por el comandante Ignacio~~ ignorando los derechos de los prisioneros, viola el Tratado de La Haya ~~sobre la Guerra Terrestre~~ y es previsible que sea denunciada como crimen de guerra*.

—He probado a eliminar los nombres…

Toma adivinó las intenciones de Marsha. Pero Wu se encogió de hombros.

—Pero la puntuación no cambia. Sigue en torno a 0,4.

—Sí, 0,4235. Pensé que cambiaría… —murmuró Marsha.

An Ho eliminó las dos líneas que conectaban con los correspondientes archivos de filmaciones.

—Esto también está prohibido, pero vamos a probar lo mismo, quitar los nombres de las filmaciones.

An Ho acercó las filmaciones hacia sí y creó un archivo para visitantes. De no hacerlo así, los empleados de COVFE tendrían acceso, pero Wu no podría verlo.

An Ho escribió unas directrices en el editor y sustituyó las personas que aparecían en las filmaciones por otras anónimas generadas por inteligencia artificial. La situación era exactamente la misma, pero las órdenes las daba un personaje recién creado, el gatillo lo apretaban soldados nacidos al mismo tiempo y volaban la cabeza a cinco soldados generados también artificialmente. En el visualizador de Wu debería aparecer también esa misma escena, si bien con los contornos difuminados.

—Bueno, vamos a ver cómo queda ahora —dijo An volviendo a conectar la línea y haciendo una seña con la mano a Wu para que se acercase.

—¡0,98 puntos! —exclamó Marsha al instante—. Toma, An Ho, comprobad los nombres personales. Terra Amazonas, Ignacio, Goodfellows, destacamento Jones y Tratado de La Haya sobre la Guerra Terrestre. ¿Podréis determinar en cuál o cuáles está el problema?

Toma procedió al momento a aumentar el número de variantes del texto, mientras que An Ho hacía lo propio con las imágenes. Una variante sin escribir Terra Amazonas, una variante sin escribir el nombre de Ignacio, una variante donde no aparecía el nombre del masacrado destacamento Jones ni el de Goodfellows, etcétera, etcétera. Por su parte, An Ho iba manipulando las filmaciones para observar el cambio de los puntos de valoración. Probaron también a intercambiar la situación en que se encontraba cada bando o a crear una versión donde los masacrados pertenecían a un destacamento ORGAN diferente, solicitando después la puntuación de cada una.

—¿Cuántas variantes diferentes existen? —preguntó Wu.

—Treinta y dos —contestó Marsha al instante.

Cuando Wu, ladeando la cabeza, preguntó «¿Cómo?», procedió a explicarle el método de cómputo.

—Es un sumatorio de todas las combinaciones posibles donde tienes cinco elementos variables y en el que cada vez escoges cuatro.

—Ah… —masculló Wu abrumada.

Toma y An Ho preguntaron a la vez «¿Qué?». An Ho comenzó a realizar un cálculo con su particular ábaco de los dedos, inaprensible para Marsha.

—Es más rápido hacer un cálculo integral. Como es evidente que el resultado es un número completo, tendríamos que 1 / (2 π) ∫ (-π) ^e π ^(…

—Callaos ya —cortó Marsha—. Vosotros podéis hacerlo así si os gusta, pero para mí es más cómodo calcularlo por combinatoria.

Los dos empleados farfullaron algo así como un «puede ser» y volvieron a concentrarse en sus pruebas, mientras que suspiró al comprobar que la capacidad de sus empleados, más que la calificación de «excelente», merecía la de «diferente».

—Es como si perteneciéramos a especies humanas distintas…

—Lo mismo puede decirse de ti —arguyó Wu torciendo el gesto —. El cálculo de las combinaciones posibles no es algo que se resuelva en un instante, digo yo. Como eres tú quien tengo delante, lo diré, pero se supone que yo también soy muy buena para los cálculos. Lo que odio de estar aquí es que me siento como si me hubiera vuelto tonta. ¿Habéis terminado?

Habían terminado. Toma se encargó de verbalizar la conclusión.

—Comprendido. En las dieciséis variaciones donde se ha conservado el nombre de Goodfellows, la puntuación baja se haga lo que se haga. Aparte, en el caso de Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas, la puntuación tiende a bajar ligeramente, en torno a 0,00972.

—Entonces, creo que podemos ignorar la influencia del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas. Por tanto, la conclusión es que cuando interviene el nombre de Goodfellows, la puntuación baja, ¿no?

—Eso es.

—Probad también con los otros nombres propios —ordenó Marsha.

—Ya estoy con ello —replicó An Ho—. Voy a probar con los Target, los cuerpos ORGAN de los Marines estadounidenses, los Ranger + de las Fuerzas de Autodefensa japonesas y los BFFB del Ejército alemán. Será suficiente, ¿no?

Wu levantó la mano.

—Por si acaso, prueba a meter también el nombre de Zhao Gongzheng, el hombre que inició las guerras legítimas. Y también el de algún grupo terrorista, que no respetan los tratados, como, por ejemplo, La Media Luna Negra. Y el de alguna organización que vaya contra los derechos humanos, como el Ku Klux Klan.

—Entendido —contestó An Ho y comenzó a probar diversas combinaciones con nombres de personajes famosos u organizaciones terroristas.

Sin embargo, independientemente de quiénes fueran las víctimas, en ningún caso se producían los mismos resultados que cuando se trataba de Goodfellows.

Mientras contemplaba aquellos procesos de evaluación, Marsha fue comprobando uno por uno los hechos que ya sabían. Ante una masacre producida a plena luz del día, el juicio de un famoso anuario de armamento militar y de la base de datos de guerras legítimas era que aquello no constituía tal masacre. Y eso sucedía solo cuando la parte masacrada se trataba de Goodfellows.

Marsha se dirigió a Toma, que seguía explicando algo a Wu.

—¿Baja la puntuación al introducir el nombre de Goodfellows tanto en el modelo del anuario armamentístico como en el de los datos de la Corte Penal Internacional?

—Sí. Ambos modelos, solo cuando la parte asesinada es la de Goodfellows, se inclinan por el dictamen de que no se trató de una masacre.

—Comprendido —concluyó Marsha—. No se trata de un error informático. Alguien, con objeto de controlar la información sobre los soldados de Goodfellows, está contaminando las informaciones. Por

el momento, vamos a prescindir de esos dos modelos. Como anuario armamentístico, vamos a usar el *Hongxing* y como modelo de guerras legítimas… Vaya, no habíamos pensado en ninguno. ¿Cuál podríamos escoger?

Wu bajó la mirada hacia sus manos y echó una ojeada a su propio espacio de trabajo.

—Contacta con la señora Paleo… No, hay alguien mejor, ideal. ¡El periodista Sakoda!

—¿El propio interesado? —se extrañó Marsha frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué no? —contestó Wu agitando el índice delante de su rostro—. Después de todo, no vamos a recuperar su noticia de última hora que le estropeamos, ¿no? Y como periodista parece que merece confianza. ¿Puedes contactar con él?

Marsha asintió.

—Sí, su representante, Marukawa, me dio su contacto. Parece que va a venir a los Estados Unidos. Junto con la superviviente de Goodfellows.

—Una soldado de origen chino, si no me equivoco, ¿no? ¿Será que han hecho buenas migas por ser los dos asiáticos?

Wu hablaba con tono malicioso, pero Marsha negó con la cabeza.

—Por lo visto, no se trata de eso. Dicen que van a ir juntos visitando a los deudos y entregándoles una compensación que ha ofrecido Ignacio.

—¿Cómo? —preguntó Wu boquiabierta.

An Ho también miraba hacia Marsha como petrificado. Fue Toma quien quebró el silencio.

—A ver…, ¿quieres decir que Ignacio va a pagar una compensación a los familiares de aquellos soldados que ordenó matar?

—Eso es lo que he oído. Aunque parece que Marukawa tampoco terminaba de entenderlo.

Wu asintió un par de veces como si por fin hubiera terminado de asimilarlo y luego se dirigió a Toma.

—Ya puestos, ¿por qué no los acompañas tú?

—¿Yo?

—Efectivamente. Encuéntrate con Sakoda, haz que te pase su documentación y examínala delante de él. Y pregúntale acerca de otras bases de datos de guerras legítimas que no sean las de la Corte Penal Internacional.

Toma, sorprendido por la repentina sugerencia, se mostró reticente, pero en cambio Marsha se sumó a la idea de Wu.

—A mí me parece bien. Creo que los lugares que hay que recorrer para visitar a esos familiares están en los antiguos Territorios Libres, y la red va muy lenta en esa área. Si tú, Toma, te llevas un terminal vía satélite, será más fácil mantener los contactos.

—Bueno, pero ¿no me convertiré en una molestia para ellos?

—Probaré a preguntar a Marukawa. Supongo que bastará con que no compartáis vehículo ni alojamiento. ¿Qué permiso de conducir tienes?

—Limitado hasta nivel 3.

—Entonces valdrá —contestó Wu.

Marsha también asintió.

Era un permiso limitado a conducción por inteligencia artificial, lo que para un verdadero conductor sería un hazmerreír, pero, en definitiva, los únicos vehículos que no podía utilizar Toma eran los de conducción manual, los fabricados en una época en que no se incluían características de conducción autónoma, ni de prevención de choques ni de mantenimiento de carril.

Ya no se vendían coches sin servicio de asistencia de navegación y, si tenía la suerte de alquilar un automóvil de nivel 5 con asistencia de tren en el aeropuerto más cercano, podía subir en el mismo vehículo del periodista y hacer que siguieran al coche que él había alquilado.

Wu inclinó el cuerpo hacia Toma.

—¿Qué te parece? Nuestra relación con el periodista Sakoda se ha vuelto muy importante. Por supuesto que le pediremos perdón por haber echado a perder su artículo al usar un modelo que no sirve, pero es mejor quedar con él y ponerlo de nuestro lado. Y quizá tampoco esté de más verse las caras con esa superviviente de origen chino. A ella también se le han causado molestias…

—Creo que tienes razón —asintió Toma—. En cierto modo, ella es la principal víctima.

—Exactamente —contestó Wu señalando a Toma.

Justo en ese momento, An Ho se encontraba desplegando en su espacio de trabajo una imagen tridimensional de la joven soldado.

—¿Esta es la soldado superviviente de origen chino?

La imagen reflejaba una mujer de pelo castaño caído hasta los hombros bajo el cual había un rostro con una frente lisa que parecía tomada de una escultura griega, un puente de la nariz largo y recto y unos ojos de cuencas hundidas donde relucían sendos iris de color. La cabellera color castaño se traslucía hasta la raíz.

Wu se volvió hacia la imagen.

—¿Eh?

A Marsha también le resultó inesperado. El rostro de aquella mujer soldado de pelo castaño que parecía hispanoamericana suponía algo muy alejado de la imagen que sugería su nombre chino, La-jie Chen. Marsha volvió a mirar con atención aquella imagen tridimensional de la mujer y finalmente pensó: «Supongo que habrá muchas circunstancias especiales en su vida». Quizá alguno de sus padres, abuelos o bisabuelos fuera de origen italiano, o puede que incluso fuera hija adoptada. Y, por supuesto, quizá fuera un caso como el de la propia Marsha o el de Toma, que habían nacido así de repente.

—Estos casos ya no son tan raros —dijo An Ho mientras apagaba la imagen tridimensional y miraba de reojo a Wu—. Aunque hay mucha gente que no termina de acostumbrarse.

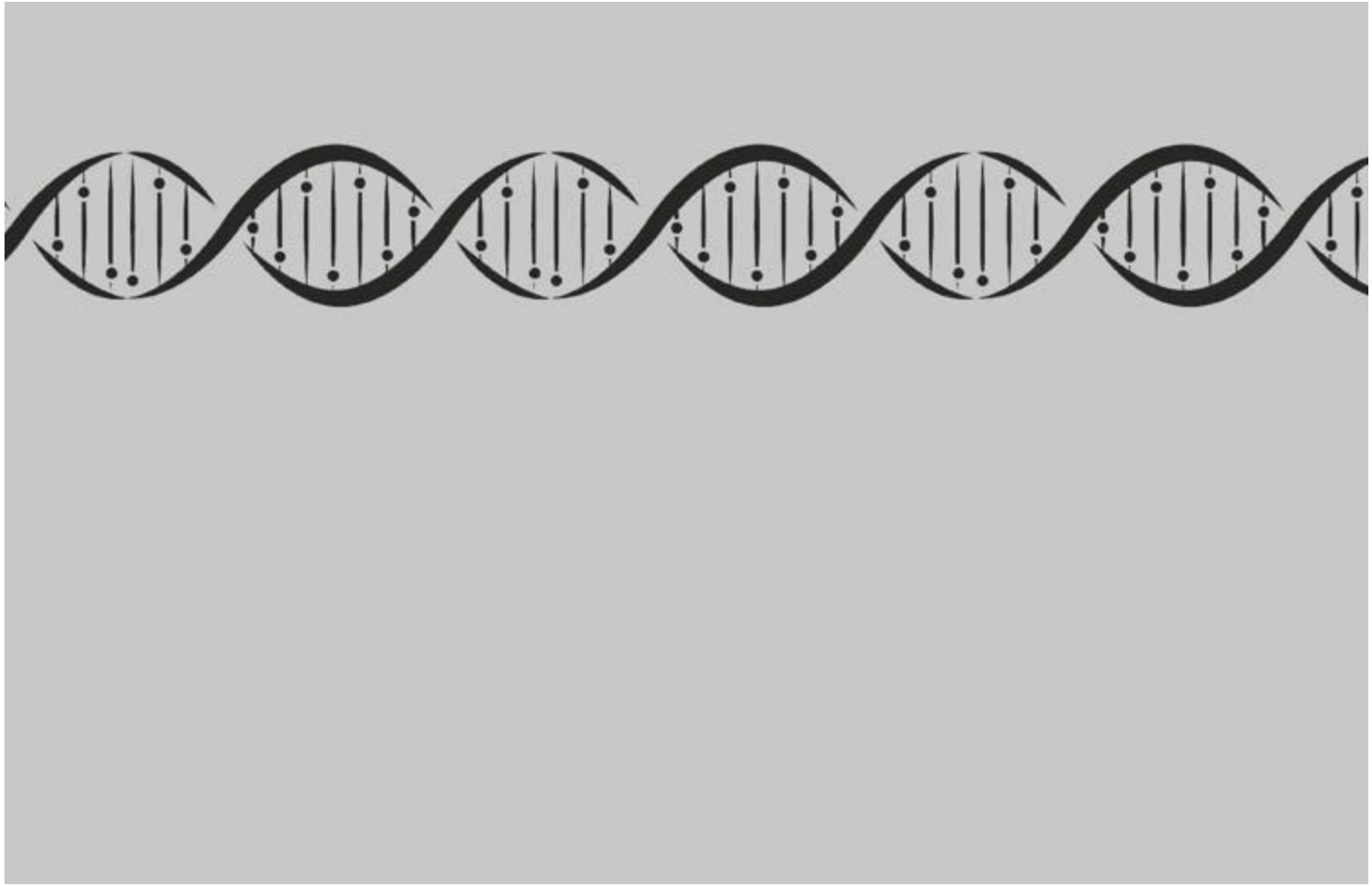
Por su parte, Wu protestó agitando ambas manos.

—¡Yo ya no voy a equivocarme más! El propio Toma también podría equivocarse, ¿no?

Marsha se echó a reír sin poder evitarlo.

—Por Toma no hay problema. Bueno, dejo a Sakoda en tus manos, ¿eh?

LAS HUELLAS
DE LA GUERRA CIVIL



6

En el parabrisas del Ford Explorer apareció la flecha que anunciaba cambio de carril y se oyó una voz que decía «Se aproxima al punto de destino, de frente y a la derecha».

Cuando Sakoda, sentado al volante, contestó «Entendido», el aviso se apagó y entonces el volante que descansaba bajo la mano derecha se movió por su cuenta, con lo que el vehículo híbrido diésel 4W se apartó del carril actual para adentrarse en el que llevaba al aeropuerto de Nashville y sus alrededores.

Puesto que no tenía nada especial que hacer, Sakoda continuó con la mano posada en el volante mientras contemplaba el aeropuerto, que se veía más allá de unos inmensos aparcamientos. Cuando llegó, la noche pasada, no se había fijado bien, pero ahora, bajo la luz del día que incidía sobre el techo plano de la terminal, apenas impresionaba. Tenía un aspecto tan mediocre que solo podía calificarse de «aeropuerto vulgar». En principio, era «internacional», pero los únicos vuelos al extranjero eran el regular que iba al Aeropuerto Internacional de Cancún, en México, y uno que había tres veces por semana al londinense de Heathrow, de ahí que los pasajeros que entraban y salían de aquella terminal tenían, ya a primera vista, un aspecto inequívocamente estadounidense.

Al otro lado del edificio de la terminal, en la pista, se veía el Bombardier de Delta Airlines que hacía un rato había cruzado sobre la cabeza de Sakoda y del que estaban bajando el equipaje de los pasajeros.

Tras ver el aparato, Sakoda conectó su visualizador y, al leer el número de vuelo que se reflejaba ahí, murmuró: «Mierda». La identificación que aparecía sobre el Bombardier, «DL823 BANCUN», era la del vuelo donde viajaba Rachel. Por lo visto, había llegado antes de la hora prevista.

Sakoda puso el pie en el acelerador con objeto de apresurarse, pero recordó que en apenas un minuto estaría en la fila destinada a recogidas y devolvió el pie al suelo del vehículo.

—Eh, Ford.

«¿Desea usted algo?».

Los asistentes actuales, aunque no se les llame por su nombre, responden. Mucha gente, sobre todo los técnicos de mayor edad, gustaba de dirigirse a ellos con los nombres de los primeros productos, como por ejemplo «Vale, Google» u «Oye, Siri», y también lo hizo así Ignacio cuando dijo eso de «Eh, Jarvis». En cualquier caso, no eran pocos quienes activaban esos dispositivos de inteligencia artificial como lo hacían en las películas, llamándolos con nombres así.

Sakoda los llamaba por el nombre del producto. De esa manera, había pocas posibilidades de error y al hacerlo experimentaba una vaga sensación de sinceridad. Ahora que lo pensaba, también los miembros de Goodfellows trataban de una manera similar a sus asistentes de voz.

—Estoy buscando a una persona. ¿Podrías circular lentamente por delante de la sala de llegadas?

«Voy a reducir la velocidad, pero en la línea de recogidas hay que circular con nivel 3. Por favor, no aparte las manos del volante y no olvide comprobar la seguridad por delante y a los lados del vehículo».

Sakoda estuvo a punto de replicar «¿Estando ya en el aeropuerto?», pero se contuvo al recordar la clase de lugar actual, estado de Tennessee, uno de los antiguos Territorios Libres. Había pocos vehículos con faros que asegurasen un nivel 5 o con una

cámara de profundidad espacial, pero, sobre todo, circulaban muchos vehículos de conducción manual.

—Bien, cambio entonces a conducción manual.

«Entendido. Dejo el volante a cargo del conductor. Coloque el pie en el pedal del acelerador, por favor».

—Ya está —contestó Sakoda poniendo el pie en el pedal.

Mediante el tacto del volante y el acelerador, percibió la rugosidad de la calzada que hollaban las ruedas, y en el interior del vehículo reverberó el suave zumbido del motor. Viajando por los Territorios Libres, no siempre bastaba con recurrir a la electricidad.

Mientras agarraba aquel volante, que ofrecía una estimulante resistencia, Sakoda hizo avanzar lentamente su Ford hasta el espacio de fumadores que quedaba al final de la fila de recogidas, donde distinguió la figura de Rachel con unas gafas de sol.

Vestida con camiseta de tirantes verde oliva, pantalones de faena con camuflaje de bloques y botas de combate, Rachel ofrecía un indudable aspecto de militar. También los dos bultos de equipaje colocados a un costado eran dos bolsas de deporte del mismo color verde oliva propio de las que entregaban en el ejército.

Sakoda detuvo el Ford frente a Rachel y abrió la ventanilla del copiloto.

—Perdón por la espera. ¿Tú fumabas?

—No —contestó Rachel negando con la cabeza y arrojando a continuación sus bolsas en los asientos traseros para luego introducirse en el del copiloto—. Solo quería esperar en el extremo, porque me parecía que así me encontrarías con mayor facilidad.

—¿Siempre vistes así?

—Ni de broma. Hoy he volado directamente desde la base de Brasil. Quisiera comprar en el camino algo para cambiarme. ¿Te importa?

—No hay problema. Tenemos que pasar delante de un Target.

—Qué alivio…

Rachel se ajustó el cinturón de seguridad y se subió las gafas de sol hasta el flequillo. En el dedo índice herido por aquel disparo

efectuado a través de la ventana, una gasa del mismo color que la piel.

—¿Estás mejor del dedo?

—¿El dedo? —repitió Rachel trazando con el derecho una cruz en el aire como cuando manejaba el sistema ORGAN—. Ya está bien. Parece que no fue gran cosa. El médico me ha dicho también que ya puedo participar en nuevas operaciones.

—Menos mal que no te afectó al hueso.

Sakoda arrancó el Ford. En ese instante, Rachel mostró su descontento.

—Oye, Jake, este coche de gasolina…

—Es un híbrido diésel —cortó Sakoda pisando el acelerador—. Alguna vez te pediré repostar, pero de ningún modo le eches gasolina.

—Yo soy militar. Te aseguro que no me equivoco. Pero no me refería a eso, sino a que… ¿hay que conducirlo manualmente?

En lugar de contestar, Sakoda dio un volantazo e introdujo el Ford en el carril que llevaba a la carretera 40.

—Eh, no puedo creerlo… ¿Lo dices en serio, Jake? Ahora que tenemos que cruzar Estados Unidos de parte a parte, ¿por qué has escogido un vehículo que debemos conducir por nosotros mismos? Para empezar, ¿sabes a cuánto está la gasolina? Cuesta como cinco veces más que la electricidad.

—Ya te digo que no es de gasolina y que tiene un dispositivo nivel 4 de conducción automática. Si mantienes las manos en el volante, avanza según el navegador.

Sakoda apartó el pie del pedal y activó la marcha automática.

—Así que basta con poner las manos en el volante, ¿no? Entendido. En cualquier caso, veo que has escogido un coche barato. Puestos a ir en un utilitario deportivo, ya podrías haber optado por un Lexus, que llevará un dispositivo automático de nivel 5. O por un Tesla, digo yo. Total, el dinero lo pone Cherry.

—Al principio pensé en hacer eso, pero no me pareció adecuado para la ruta que haremos.

Sakoda usó el visualizador para hacer aparecer frente al parabrisas un mapa de los Estados Unidos. Un círculo azul indicaba su posición actual, y una línea verde, la ruta prevista que, avanzando en dirección oeste, unía seis puntos, los correspondientes destinos.

—En principio, esta es la ruta que he decidido. De momento, hoy iremos a llevar la carta de Ignacio a Torre Donelson, la Aguja. Después, haremos noche en Paris, Texas. Mañana, a casa de la familia del capitán Jones. A continuación, haciendo pausas en los moteles que encontremos junto a la carretera, visitaremos a la familia del sargento Jacobson, la del soldado de primera Manima, la del cabo Allouch, la del soldado de primera Haoran Lee y, por último, tomaremos un avión para ir a Florida a la casa de los padres de la alférez Said.

—Pero habrá que conducir todo el tiempo, ¿no? Razón de más para haber escogido un vehículo de nivel 5.

—Uno de nivel 5 solo nos serviría hasta aquí —contestó Sakoda señalando la ciudad de Jacksonville, donde pernoctarían al día siguiente.

Rachel comprendió la situación y se tapó los ojos como quien no quiere ver.

A pesar de que estaban a punto de cumplirse doce años desde que terminó la guerra civil, no eran pocos los lugares (pequeñas ciudades o condados) que no reconocían el tránsito de vehículos eléctricos de conducción automática, alegando tener su propio estatuto «independiente», como correspondía a los Territorios Libres. Los motivos iban desde una mera «alergia» hacia dichos vehículos hasta razones económicas tales como la falta de semáforos adecuados para ellos o de cámaras que cubriesen los ángulos muertos.

—Ya veo. Llevaba tanto tiempo sin volver, que se me había olvidado. También supondrá una preocupación la recarga de la batería…

—Efectivamente. Mejor no esperar demasiado de las estaciones de recarga.

Rachel señaló uno de los destinos, cercano a la frontera de México.

—¿Y esto? Por lo que veo, no parece estar conectado con ninguna carretera…

—Es donde vive la familia del soldado de primera Manima. Tampoco hay donde alojarse, así que tendremos que ir tirando de una *roulotte*.

—¡Qué lata! ¿Qué clase de lugar es ese?

—La reserva de la tribu Tohono O´odham.

—Ah… —contestó Rachel entrechocando las manos—. ¿El sitio ese a caballo de la frontera? Y su familia, ¿qué hace allí? ¿Tareas de voluntariado o de supervisión?

—Pues no lo sé —contestó Sakoda.

El periodista comprendió enseguida por qué Rachel hacía esa pregunta. Paul Manima, rubio y de ojos azules, no podía pertenecer a una tribu de pobladores primitivos.

—Según la dirección que me enviaron, queda justo en el centro de la reserva. Lo único que he hecho de momento es obtener la cita para que nos reciban. ¿No hablaste nunca con él acerca de su familia?

—No, es que aquella operación era la primera en que trabajábamos juntos —contestó Rachel encogiéndose de hombros—. Por cierto, ¿te acordaste de lo que pedí?

—Ahí lo tienes, compruébalo —dijo Sakoda señalando los asientos traseros.

Debajo de las dos bolsas de deporte color verde oliva que había arrojado Rachel, se veía un estuche negro Remington para rifle de caza y una caja de resina color verde oliva con un fusil automático FAR-15 como los que usaba Goodfellows. Detrás del asiento del conductor, colgaba una funda de cuero sintético con una escopeta. Todos los estuches y fundas llevaban la etiqueta del precio y otra etiqueta con un código de barras bidimensional con la identificación de cada arma.

—¿No te ha supuesto muchas molestias? —preguntó Rachel mientras atraía hacia sí la funda de la escopeta.

—En absoluto. En cuanto mostré mi identificación, pude comprarlas sin mayor problema. Fue muy fácil.

—¿Es la primera vez que compras armas?

—La segunda. Cuando fui a hacer prácticas de periodista durante la guerra civil, compré una de esas licencias del Gobierno Libre que daban a todo el mundo.

—Ah, ya… —rio Rachel—. Aquella licencia de cien dólares. Yo también tenía una.

—No me digas… Un momento, ¿qué edad tenías entonces?

Cuando Sakoda fue a hacer reportajes a los Territorios Libres, acababa de cumplir veinte años. Rachel, que justo este año había cumplido los veinticuatro, por fuerza tenía que ser entonces una niña. La joven forzó una sonrisa mientras arrancaba la etiqueta de la funda de la escopeta.

—Once años. Mi abuelo me la dejó a los pies del árbol de Navidad. Dijo algo así como que era el deber de todos los ciudadanos de los Territorios Libres.

Rachel sacó los tres certificados de adquisición que Sakoda había guardado en los respectivos bolsillos de cada estuche.

—¿Hacemos el trámite de cesión? —preguntó ella.

—De acuerdo. Muéstrame los códigos.

Cuando Sakoda tocó el código de los certificados que le mostraba Rachel, se desplegó en su visualizador el correspondiente menú. Detrás de la información del fabricante y del propietario, aparecía el botón de cesión. Sakoda dio un golpecito en él con la punta del dedo y firmó el documento con el implante biométrico.

De por sí, la normativa de armas resultaba complicada, ya que difería según los estados, pero la guerra civil y el posterior surgimiento de ciudades independientes habían incrementado todavía más aquella complejidad. La mayoría de las ciudades independientes dentro de la esfera de lo que fueron los Territorios Libres actuaban prácticamente como si no existiera regulación

alguna en cuanto al armamento, pero existían pequeñas diferencias acerca de si se podían dejar o no armas cargadas dentro de un vehículo.

—Ya está, todo tuyo. ¿Puedo dejar toda la gestión del armamento en tus manos?

—Claro, muchas gracias.

Rachel, tras recibir la certificación, escogió la opción de «cesión» en su visualizador y la enlazó con su identificación personal. Con eso finalizaba el trámite del traspaso. Sakoda señaló una bolsa de papel que había en el suelo de los asientos traseros.

—En esa bolsa están las balas. De la escopeta, del Remington y del FAR-15, suficientes para dejar repletos los respectivos cargadores. La caja lleva pegada mi identificación, así que, si no te importa, procedamos también a la cesión de la munición.

—Entendido —contestó Rachel alargando la mano hacia la bolsa de papel—. Me da la sensación de que ahora te has quedado más a gusto. ¿Quizá es que no te gustan las armas?

—Algo de eso hay. Si puedo pasar sin ellas, lo prefiero.

—Yendo por donde vamos, creo que es mejor contar con ellas. Además, quedan todavía grupos de renegados que dicen seguir luchando por los ideales de los Territorios Libres.

Rachel sacó las balas de la escopeta de la bolsa de papel y las fue metiendo en el estuche para la munición que incluía la funda.

—Entonces, hoy toca entregar el mensaje de Cherry… ¡Eh! Hemos pasado el desvío que lleva hacia Donelson.

Rachel señaló el indicador de carretera que habían dejado atrás.

—No, no es ese Donelson.

Sakoda amplió el mapa en la zona del lugar de su objetivo.

—Esta es la Aguja, Torre Donelson, donde hay que llevar la carta.

Al noroeste de Nashville, más allá de las colinas de Clarksville, estaba el lugar donde se alzaba la torre. Apartado también de la carretera federal.

—Oye, un momento. Pero si eso es ya casi en el estado de Kentucky… Habrá unos cien kilómetros desde aquí. ¿No me dijiste que cerca de Nashville?

—No te quejes. Lo cierto es que forma como un trozo de tierra de la ciudad de Nashville, pero separado de ella como una isla.

Sakoda hizo aparecer en el visualizador las notas tomadas el día anterior sobre sus averiguaciones y procedió a explicarlas.

En el año 2032, cuando la II Guerra Civil tocaba a su término, cerca de un centenar de ciudadanos planearon aislarse en lo que sería esta Aguja. Entonces, hicieron que los terrenos previstos para la construcción del rascacielos se convirtieran en parte de Nashville, aunque físicamente se hallaban separados. El motivo era que Clarksville, el municipio que circundaba el lugar, se había retirado de los Territorios Libres y vuelto a formar parte de los Estados Unidos.

Aquellos ciudadanos que crearon una «isla» urbana le pusieron el nombre de Torre Donelson a la «aguja» que edificaban y, después de que tanto Nashville como el estado de Tennessee escogieran también volver a ser parte de los Estados Unidos, se proclamaron ciudad internacional independiente y anunciaron que se guiarían por un estatuto propio, acorde con el de los Territorios Libres.

Tras escuchar la explicación, Rachel comentó con tono desdeñoso:

—En pocas palabras, que el edificio es una residencia de ancianos para millonarios blancos, ¿no?

A pesar de los prejuicios que parecía encerrar aquel comentario, Sakoda asintió.

—Supongo que puede definirse así. El promedio de edad de sus ocupantes está en cincuenta años, pero de las cuarenta y cinco mil personas que viven allí, unas quince mil son personal que trabaja en el mantenimiento y vigilancia del edificio o empleados de los establecimientos de allí, por lo que la edad promedio de los residentes propiamente dichos estaría en setenta y tantos años. La información étnica sobre los residentes no es pública, pero a juzgar

por cómo presentan el lugar, debe de ser más o menos como te lo imaginas.

Tras dejar la funda con la escopeta en el asiento trasero, Rachel atrajo hacia sí el estuche del FAR-15.

—El nombre de Donelson… ¿guarda alguna relación con el Fuerte Donelson que se rindió al general Grant?

Sakoda miró fijamente a Rachel. Ciertamente, la Aguja se erigía en un enclave desde el cual se veía el parque del campo de batalla de Donelson, un recuerdo histórico de la I Guerra Civil. El general Grant, tras conquistar aquella fortaleza, se aseguró el camino para sentarse en la presidencia de los Estados Unidos.

—Vaya… No sabía que estuvieras tan fuerte en historia.

—Solo en lo concerniente a la I Guerra Civil, la de norte-sur, y a la historia de los *cowboys*. Es que en los años de escuela primaria vivía en los Territorios Libres y nos enseñaban a todas horas la historia de los estados del sur.

—Ya entiendo. Por eso le has llamado «general Grant» en vez de «presidente Grant».

—Eso mismo. De los presidentes, no me acuerdo… Bueno, entonces, ¿cuánto tardaremos en llegar a esa torre?

—Tres horas —contestó Sakoda señalando en diagonal hacia el lado derecho.

Más allá de un lejano bosque medio borroso, se distinguía una construcción artificial de un blanco reluciente.

—¡Se ve desde aquí!

—Es que tiene ciento sesenta pisos sobre la superficie y otros cuarenta bajo tierra. Habría que hablar de su altitud, como con las montañas, y no de su altura, pero en cualquier caso la última planta se encuentra a 1200 metros sobre el nivel del mar. Por lo visto, sobresale por encima de las nubes. Es la «aguja» más alta del centro y el sur de los Estados Unidos.

—¿Sabes quién es la persona a la que vamos a ver?

—Pues no. Solo la dirección, mejor dicho, el número del apartamento. Así que va a ser una visita sin cita previa.

Sakoda estaba poniendo ya las manos bajo el cuadro de mandos del vehículo para relajarse cuando la voz del agente de conducción automática le dirigió un aviso:

«Ponga las manos en el volante, por favor».

7

Tras pasar por el Target y aprovisionarse de todo lo que necesitaban para el viaje, la pareja llegó frente a la entrada principal de Torre Donelson. Para entonces, la mayor parte del edificio se hallaba envuelta en el color azul oscuro de la noche y el armazón de la estructura metálica a base de triángulos que la rodeaba recortaba el cielo nocturno a izquierda y derecha. Frente a la fachada de la torre había un estadio de forma esférica donde se reproducía a gran tamaño el rostro de una estrella del *rock* que, por lo visto, se encontraba dando un concierto en ese momento.

Solo las plantas inferiores, por debajo de la línea de sombra, despedían las deslumbrantes luces de la ciudad. Hasta el piso cuarto, el edificio estaba ocupado por galerías comerciales y, por encima de eso y hasta el piso veinte, al parecer estaba destinado a oficinas. Más arriba de estas, el edificio se elevaba hacia las alturas con una estructura en espirales donde se mezclaban columnas y soportes metálicos formando triángulos. El centro se destinaba a unos ascensores expresos y era el único lugar en el que se veía un amplio espacio libre.

Esa clase de estructura, en la que se reducía el coeficiente de ocupación del suelo gracias a dejar mucho espacio vacío en la base y alojar las viviendas en las zonas más altas, era algo bastante frecuente en los rascacielos «aguja». Según se decía, el precio mínimo para un apartamento de dos dormitorios en aquella zona residencial podía llegar a los diez millones de dólares en caso de que se hallara por encima de los quinientos metros de altura. A eso se

debía que, a pesar de que el edificio superase los mil metros de altura, el número de pisos fuera tan solo de ciento sesenta y siete.

—Fíjate en eso —dijo Sakoda señalando la zona superior de la Aguja—. En la zona de la cumbre, todavía no se ha puesto el sol. Es decir, que también la luz del sol es algo que se puede comprar con dinero.

Rachel se inclinó hacia delante y observó la parte de encima de los armazones que señalaba Sakoda. Ciertamente, los pisos más altos de la zona residencial relucían con una coloración anaranjada.

—¿Mil doscientos metros de altura dices que tiene?

—Así es —contestó Sakoda.

—Hay una cantidad impresionante de drones. ¿Serán Bangau?

Ahora que se encontraban cerca, se veía un gran número de drones monoplaza revoloteando en torno de la torre. Sakoda forzó la vista, pero, finalmente, meneó la cabeza dándose por vencido.

—Es un tipo de dron especial con capacidad para una persona, ¿no?

—Sí, se ven a menudo.

A continuación, Rachel contó su experiencia cuando abatió uno de aquellos drones. Fue cuando luchaba en Asia central contra una organización terrorista de perfil fundamentalista. El líder de aquel grupo, al comprender que todo estaba perdido, intentó huir a bordo de uno de aquellos Bangau. Rachel dudó apenas un par de segundos ante la visión de aquel aparato al que no estaba acostumbrada, pero enseguida movió los mandos para enfocar el blanco y dio la orden de disparo al tirador. El sistema de seguridad del Bangau hizo retroceder el aparato en línea recta, forzando su aterrizaje, con lo cual cayó sobre la estampida de milicianos que se daba a la fuga en ese momento.

Sakoda hizo aparecer frente al parabrisas información relativa a los residentes de la torre y, con tono de admiración, comentó:

—Tienes razón. Torre Donelson cuenta con cerca de dos mil Bangau. Parece que los residentes de los pisos superiores los usan para ir de compras a las galerías comerciales de los primeros pisos.

También hay unos drones de mayor capacidad, los Albatros, para ir a las ciudades de los alrededores. Y por lo visto hay algunos apartamentos que cuentan con su propio puerto para aterrizaje y despegue.

Rachel exhaló un largo suspiro.

—Ya solo por los Bangau sería así, pero que cuenten también con Albatros es algo que no esperaba de una residencia de ancianos. De todas formas, ¿crees que nos recibirán a estas horas? Los viejecitos suelen acostarse pronto, ¿no?

—Lo siento, no he hecho las suficientes verificaciones —se disculpó Sakoda.

El periodista ignoraba que Torre Donelson había adquirido todo el territorio correspondiente en cinco kilómetros a la redonda, erigiendo un cercado en torno al perímetro. Y, para colmo, en las carreteras que pasaban junto a dicho vallado, se habían tomado la molestia de instalar unos semáforos que estorbaban la conducción automática. Sakoda la desconectó y dio una vuelta en torno a la torre. Cuando, por fin, llegó frente al portón principal de entrada, el sol ya se había puesto por completo.

Al parecer, una parte de los terrenos de Torre Donelson excedía los límites del vallado, puesto que la pareja se cruzó con un camión de caja abierta de los servicios de vigilancia que llevaba instalada una ametralladora pesada que en el estado de Tennessee no estaba autorizada.

Mientras acercaba el Ford a la puerta, Sakoda murmuró:

—Todo esto intimida un poco…

El portón de color blanco, con un diseño que imitaba el de la Casa Blanca, estaba formado por gruesos bloques de hormigón. En el lado interior de la verja se veía un enorme escáner para vehículos con el que se podría inspeccionar entero hasta un camión de veinte toneladas.

Rachel señaló una ventanilla.

—Esa ventana es una tronera. Detrás hay un reflector de rayos infrarrojos. Esto es como una pequeña fortaleza.

—No sé cómo te has dado cuenta —murmuró Sakoda mientras alzaba la vista hacia la ventanilla que indicaba Rachel—. Yo no puedo percibir nada. Uy, parece que necesitamos un documento de identidad.

Sakoda señaló el cartel de aviso colocado junto a la puerta.

—Supongo que lo más fácil será el pasaporte —dijo Rachel.

—Seguramente —asintió Sakoda.

No sabían qué clase de independencia sería la de Torre Donelson, pero a la vista de que contaba con patrullas de guardias armados, lo mejor era considerar que se trataba de un país extranjero.

Nada más detener el coche junto a la entrada, se acercó un soldado de guardia al asiento del conductor. Sakoda le entregó los pasaportes de ambos y el guardia, tras escanear con su cámara corporal las páginas de la fotografía, se los devolvió.

—Así que un japonés… ¿Cuál es el propósito de la visita?

Sakoda se dio un golpecito en el bolsillo del pecho.

—Traigo un encargo. Me dieron una dirección de aquí.

Sakoda entregó la carta de Ignacio al soldado de hosca expresión.

—Dígale a ese hombre que soy un mensajero del comandante Cherry Ignacio. Al parecer, con eso lo entenderá.

El soldado se encogió de hombros, escaneó la carta y echó un vistazo por el interior del vehículo.

—¿Algún artículo que declarar?

Rachel señaló las cajas del asiento posterior.

—Tres armas de fuego. ¿Hace falta el certificado de propiedad?

El soldado comprobó el contenido de los estuches y sonrió.

—Aquí no es necesario. Basta con que no las lleve cargadas si sale con ellas.

Rachel señaló a los soldados desplegados al otro lado de la puerta.

—Impresionante servicio de vigilancia…

—Aquí viven muchas personas discapacitadas. Así que no podemos dejar entrar a cualquiera.

—Entiendo —contestó Rachel mientras comprobaba con la mirada los pertrechos de los guardias.

El fusil automático que llevaban casi todos los guardias era el AR-15 que usaban también los soldados del estado de Tennessee. El casco y la coraza corporal eran iguales que los de los marines. Los miembros del servicio de vigilancia no eran jóvenes, pero sus ágiles movimientos delataban que no tenían nada que envidiar de un ejército. Había también dos transportadores tetrápodos Maschief de los empleados en el campo de batalla. Y, para mayor sorpresa todavía, en el cuello de las corazas antibalas, los guardias llevaban cosido un emblema con dos manos de color dorado dándose un apretón. Aquellos vigilantes eran miembros de Goodfellows, la misma compañía a la que pertenecía Rachel.

Al parecer, Sakoda también se había dado cuenta de este último punto.

—Compañeros tuyos, ¿no? ¿Cómo cuántos habrá?

—Unos veinte, seguro. Según el proceder de «nuestra casa», estos de aquí deben de estar divididos en tres destacamentos.

Los cuatro guardias que vigilaban la puerta de entrada, junto con los dos que habían salido para las comprobaciones de pasaporte y demás, formaban uno de estos equipos. Los dos Maschief, junto con los siete guardias asignados a cada uno de ellos, constituían los otros dos. Sumando eso a los vigilantes que patrullaban por el perímetro exterior de la valla, seguramente hacían cinco destacamentos. Pero si además la vigilancia era de veinticuatro horas, eso implicaba el triple.

—Si dividen el día en tres turnos, eso significa unos dos pelotones. ¿Cuánto les costará al mes?

—No tengo ni idea. Pero como no usan miembros de los cuerpos ORGAN, debe de ser bastante barato.

—¿Teniendo dos Maschief?

—Los ORGAN no utilizamos Maschief biplaza. Esos de ahí dividen el trabajo entre dos, el que maneja el aparato y el tirador.

—Ah… —comenzó Sakoda, cuando se vio interrumpido por uno de los guardias que regresaba a la carrera desde la entrada.

—Les pido disculpas. Hemos verificado con el doctor Faruqi y puedo dejarlos pasar.

—¿El doctor Faruqi?

—Sí. Parece que dentro de poco es su hora de cenar, así que, por favor, dense prisa. Perdonen la molestia, pero tengo que ponerles un sello.

El guardia de seguridad sacó del bolsillo de la chaqueta un sello de tinta invisible y lo aplicó sobre el dorso de la mano derecha de Sakoda y de Rachel.

—Este sello tiene una validez de 24 horas. Por favor, dejen el vehículo en la zona para residentes que encontrarán según rodean el estadio por el lado derecho. En la parte del estacionamiento destinada a los visitantes, hay un sitio disponible para ustedes. Una vez que aparquen, vayan al recibidor de la torre y allí, a mano derecha, tienen los ascensores para los residentes. Como el apartamento del doctor Faruqi queda en el piso 160, utilicen el primero de los ascensores, un expreso con destino a los pisos más altos. Si ponen el sello de su mano en el lector del ascensor, se detendrá en el piso que buscan. ¿Disponen de un visualizador por capas?

—Sí.

—Entonces pueden conectarlo a la red local de la torre y los guiará hasta el dormitorio sin posibilidad de pérdida. Bien, por último, permítanme tomarles su huella facial.

El vigilante enfocó la cámara que llevaba en el hombro hacia el rostro de Sakoda y después rodeó el coche para colocarse junto a Rachel, repitiendo la operación. La rendija lateral de la cámara corporal emitió un fugaz destello. Rachel crispó el rostro.

Tras oírse un sonido que indicaba el fin de la toma de imágenes, el vigilante les hizo un saludo al estilo militar.

—Gracias por su colaboración.

El efecto del destello del dispositivo junto a la lente todavía persistía en el fondo de los ojos de Rachel. Parpadeaba intentando eliminar su rastro cuando Sakoda se dio cuenta y se volvió hacia ella.

—¿Te pasa algo?

—El *flash*, que me ha entrado en el ojo.

—Pero ¿han utilizado un *flash*?

Rachel suspiró. Como era de esperar, por lo visto Sakoda no podía ver esa clase de *flashes*.

Sakoda aparcó el Ford en el lugar indicado y se dirigieron a la recepción de la torre, donde el visualizador los guio con unas flechitas hasta los ascensores.

—Mira esto —dijo Sakoda desplegando ante Rachel un espacio de trabajo privado enmarcado en gris—. Al parecer, Geppetto Faruqui es directivo de una compañía farmacéutica.

En el espacio de trabajo aparecía el historial de Faruqui.

Geppetto Faruqui, setenta y dos años. Doctorado en Biología Molecular por la Universidad de Clarksville. Mientras estudiaba allí, creó su propia empresa, P&Z, dedicada a investigaciones sobre embarazos.

Sakoda señaló el nombre de la empresa.

—P&Z era una compañía dedicada a análisis genéticos, la especialidad del doctor. Parece que investigaba con gran detalle los procesos de gestación humana, pero tras la carrera por el desarrollo de nuevas vacunas que comenzó en 2020, la actuación de los inversores hizo que se fundiera con otras empresas para formar un consorcio de gran envergadura.

Existían más de cincuenta entidades que se habían fusionado para dicho consorcio y muchas de estas guardaban relación con la especialidad de Faruqi, los procesos de gestación y parto. Dentro de este megaconsorcio, la parte correspondiente a P&Z pasó a dedicarse al tratamiento de la infertilidad. En particular, por lo que respecta a la fecundación *in vitro*, la entidad gestionaba las tres

compañías que fabricaban los imprescindibles equipos de lavado seminal, por lo que en la práctica poseía el monopolio de dichos productos.

El historial incluía también una fotografía suya en la alocución de una convención científica. Aparentaba ser de origen germánico. A pesar del pequeño tamaño de la imagen, se podía discernir con nitidez que los ojos bajo su amplia frente dirigidos a la audiencia eran color azul cielo. Aparte, tenía la nariz grande y los cabellos claros. No suponía un rostro que dejase una profunda impresión, pero sí daba la sensación de parecerse a alguien.

—¿Y qué relación guarda con aquel sujeto? —preguntó Rachel.

—¿Con Ignacio? Yo diría que la diferencia de edad entre ambos es como la de padre e hijo, pero como la supuesta edad del comandante no se la cree nadie…

Sakoda se encogió de hombros y se metió en el ascensor.

Ante la subida de un kilómetro, con su larga aceleración y no menos largo frenado, Sakoda y Rachel se cruzaron un par de veces la mirada. No llegó a convertirse en una sensación desagradable, pero sin duda habría ancianos que sufrirían un cierto mareo. Rachel creyó comprender los sentimientos de aquellos que optaban por utilizar un dron.

Al abrirse las puertas de la cápsula en el piso 160, salieron a un vestíbulo con plantas en macetas dispuestas de manera que se asemejaban a un jardín. En el centro se veía un espacio para aterrizaje y despegue de drones y un aparato Albatros privado descansaba sobre su soporte. Probablemente, el inquilino solo usaba el ascensor del que acababan de salir ambos para transportar objetos grandes o para el desplazamiento del personal de servicio contratado. Cuando llegaron frente a la puerta que parecía dar paso al apartamento en sí, el propio Faruqui, que reconocieron por la fotografía, salió en persona a recibirlos. La línea capilar frontal había retrocedido y la espalda se veía ligeramente encorvada, pero su aire juvenil no invitaba a pensar que ya superase los setenta años.

Faruqui vestía unos pantalones chinos holgados, una camisa informal de aspecto muy cómodo y, sobre ella, una rebeca ligera.

Sakoda avanzó un paso y alargó la mano ofreciendo un saludo.

—Encantado de conocerlo. Mi nombre es Johei Sakoda, periodista.

Faruqui echó un vistazo a Sakoda y estrechó sin ganas la mano que le tendía.

—Soy Geppetto Faruqui. ¿Y esta joven es…?

Rachel, de pie junto a Sakoda, estrechó la mano que le tendía Faruqui.

—Rachel Chen, del destacamento de choque ORGAN número 1 de la compañía Goodfellows. Sargento.

—Oh… —contestó Faruqui al oír la presentación, recorriendo con la vista todo el cuerpo de Rachel y estrechando con un poco más de fuerza su mano, como si quisiera comprobar algo—. Entonces, ¿quizá es usted la superviviente del equipo que se enfrentó con Cereja? Ah, perdón, ahora se hace llamar Cherry.

Rachel se sintió confundida ante la inesperada pregunta, pero luego pensó que no tenía nada de extraño que aquel hombre conociese a Ignacio. Una vez desecho el apretón de manos, cruzó los brazos detrás de la espalda en la postura militar de descanso y contestó con un escueto «Sí».

Faruqui sonrió con amargura ante el repentino cambio de actitud de Rachel y continuó con más preguntas.

—Disculpe mi impertinencia. Siento ser tan directo, pero ¿le importaría decirme su edad?

—Veinticuatro años. Desde que me incorporé, a los dieciocho, he formado parte todo el tiempo de los cuerpos ORGAN.

—Ya veo. Así que veinticuatro años… Hmm…

El doctor asintió varias veces mientras contemplaba con detenimiento a Rachel. Comenzó por los cabellos, después los ojos y a continuación fue bajando para examinar la complexión del cuerpo. Lo único que estaba claro es que no le interesaba por una cuestión sexual. Una vez terminado su examen, formuló una nueva pregunta.

—El apellido Chen, ¿se debe a un origen chino?

—¿No cree que ya está bien?

Rachel retrajo el mentón y miró desafiante a Faruqui. Tras unos instantes, el doctor se dio por vencido y reculó un paso.

—Me temo que me he inmiscuido en una cuestión privada. Le pido disculpas. Bien, me han dicho que vienen como mensajeros de Cherry. ¿Y qué es lo que desean?

Sakoda extrajo el sobre de un bolsillo interior.

—Me entregó una carta para que la trajese. Según él, no podía hacerla llegar hasta aquí.

—¿Ah, sí? ¿Qué será? Bueno, en cualquier caso, muchas gracias.

Faruqui cogió el sobre y, al ver que no estaba cerrado, alzó la vista con aire inquisitivo.

—Desde que me la entregó, estaba abierta. Dijo también que no importaba que la leyese.

—Entiendo —contestó Faruqui asintiendo y sacando acto seguido la carta—. Y entonces, señor Sakoda, ¿la leyó usted?

Sakoda asintió.

—¿Y usted? —preguntó Faruqi volviéndose hacia Rachel.

—No, pero Jake me contó lo que ponía.

No tenía por qué mentir. De hecho, cuando Ignacio entregó la carta a Sakoda, le dijo incluso que podía reproducirla en algún artículo.

Faruqi contestó con un sonido nasal y se puso a leer la carta. Claro que el contenido no era gran cosa.

Estimado Geppetto:

¿Qué tal te encuentras? Ha pasado un largo tiempo desde que nos vimos la última vez. Mis recuerdos se van difuminando cada vez más, pero todavía hoy considero un tesoro muy preciado los días en que estuve colaborando en tu investigación, sobre todo las experiencias en el hospital. Imagino que ya lo sabes, pero por fin he conseguido volver al continente americano. Tengo intención de visitarte alguna vez en tu domicilio de Torre Donelson.

Como puedes ver por esta carta, yo me encuentro bien. Rezo por que tú también te encuentres bien de salud.

Cherry Ignacio

La carta venía escrita en un papel blanco con una tinta de color parduzco. Según Sakoda, Ignacio siempre escribía sus cartas con una pluma Parker 51, el modelo que le gustaba al Che Guevara. Esta vez no tenía por qué ser una excepción. Era una escritura como la de un pincel, donde, a diferencia de la del bolígrafo, se diferenciaban los trazos gruesos de los finos.

También, según la opinión de Sakoda, constituía un detalle extraño el hecho de que, en lugar de firmar con su acostumbrado «Che», lo hiciera con el nombre completo.

Solo podía deducirse de la carta que Ignacio era un conocido muy íntimo de Faruqi y que durante un tiempo habían trabajado juntos en un hospital.

Sakoda había conseguido identificar varios de los hospitales donde estuvo empleado Faruqi, pero no sabía si alguno de ellos se correspondía con aquel donde trabajó también Ignacio. Hubiera servido para completar las biografías existentes sobre Ignacio, pero para Sakoda, que no se dedicaba a dicha especialidad, no se trataba de una cuestión prioritaria.

La sorpresa que acusó por aquella carta era idéntica a la de Rachel. Su contenido no guardaba relación alguna con la masacre de los prisioneros. Faruqui dobló en dos la carta al terminar.

—Así pues, conoce usted personalmente a Ignacio… —dijo Sakoda.

—Sí. Solo en la etapa anterior a su carrera militar.

—Hasta que no hablé con él, no supe que había sido médico…

—¿Médico? —interrumpió Faruqui haciendo un sonido burlón con la nariz—. ¿Eso dijo él? Al menos en el tiempo que estuvo conmigo no poseía la cualificación de médico.

Sakoda ladeó la cabeza confuso. Rachel debía de sentirse igual. Cuando tuvo aquel acceso de tos y Camilo acudió a ayudarlo, Ignacio, si no recordaba mal, dijo aquello de «Haz caso de lo que te diga un médico». Y, por otra parte, pensando en el texto de la carta de ahora, parecía claro que lo de «me encuentro bien» era mentira. No sabía de qué enfermedad concreta se trataría, pero Ignacio se hallaba aquejado de una dolencia mortal.

En suma, el contenido de la carta no merecía la menor confianza.

—Pues sí, eso dijo —contestó Sakoda—. Entonces, ¿no trabajaron juntos en un hospital?

Faruqui, con expresión de extrañeza, releyó la carta y luego se rascó la punta de la nariz.

—Ciertamente, hay una frase en la carta que puede entenderse así. Puede hacer averiguaciones al respecto, pero encontrará que nunca hemos trabajado juntos.

—Entonces, ¿qué relación guarda con él?

Faruqui, ignorando la pregunta de Sakoda, miró el reverso de la carta y, tras comprobar también el interior del sobre, levantó la mirada hacia él.

—¿Y no le entregó nada más para mí?

—Eso fue todo.

—Pero ¿por qué la ha traído en persona hasta aquí?

—Porque me dijo que las cartas no llegaban aquí.

La risa hizo que los hombros de Faruqui acusaran cierto temblor.

—Veo que le ha engañado. El correo llega dos veces diarias a Torre Donelson desde la oficina postal de Nashville. Sobre todo, los cheques de cobro de las pensiones, después de que todos los sobres sean esterilizados con rayos ultravioleta y barrido radiactivo, porque sería una tragedia que entrasen virus con ellos.

—¿De verdad?

Faruqui volvió a reírse y después, con tono malicioso, añadió:

—Seguro que piensa que este lugar es una cueva llena de gente amiga de discriminar a los demás, ¿no?

—No, no, cómo iba yo a…

—Entiendo que la gente tenga esa idea acerca de nosotros, pero esto no es más que una residencia de ancianos. Muchos de los que viven aquí eran personas de buena posición y por eso tiende a predominar cierto color de la piel, pero el motivo por el que nos independizamos de los Estados Unidos fue el de proteger nuestros bienes. ¿No cree que es un acto cruel gravar los bienes de personas que viven de su pensión? Bueno, es igual que lo piense o no; en cualquier caso, le agradezco que se haya tomado la molestia de traer esta carta.

Faruqi agitó la carta un par de veces como si fuera un abanico y después, entrecerrando los párpados, acercó el papel a sus ojos mientras aspiraba profundamente.

—¿Sucede algo? —preguntó Sakoda.

—No, no es nada —contestó Faruqi superponiendo la carta y el sobre—. Gracias, una vez más. Le agradezco que me haya traído la carta.

Sakoda se volvió hacia Rachel. Por lo visto, había algo que él no había captado. Rachel avanzó un par de pasos hacia Faruqi.

—Devuélvanos el sobre, por favor.

—¿Cómo?

Aprovechando la confusión de Faruqi, Rachel le arrebató el sobre y la carta.

—Perdone, ¿eh? —dijo Rachel devolviendo la carta a Faruqi con un guiño—. El sobre se lo habíamos prestado nosotros.

Faruqi miró fijamente a los ojos de Rachel. Su mirada era muy diferente a la de antes, cuando examinaba con detalle cada parte de su cuerpo. Ahora intentaba intuir qué era lo que pasaba por la mente de Rachel. Al parecer, ella había dejado de ser sujeto de una observación, una mera acompañante de Sakoda, y por primera vez el doctor la reconocía como un ente pensante individual.

Rachel, con el sobre en la mano, se volvió hacia Sakoda.

—Bueno, ¿nos vamos?

—¿Eh? Pero todavía me quedan cosas que preguntar…

—Pero él no parece que tenga ganas de contestar.

Rachel se dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor.

—Eh, espera un momento.

Sin embargo, Rachel ignoró sus protestas y, tras meterse a paso rápido en la cápsula del ascensor, hizo un gesto con la mano a Sakoda para invitarlo a reunirse con ella.

—Venga, vámonos.

Sakoda se apresuró a meterse en el ascensor y al instante la puerta de la cápsula se cerró. Mientras el ascensor se dirigía a toda velocidad hacia la superficie terrestre, Rachel puso el sobre ante el rostro de Sakoda, que en ese momento se acercaba a ella.

—¿Percibes el olor? —preguntó Rachel ensanchando la abertura del sobre por ambos lados y acercándolo a la nariz de Sakoda.

Sakoda metió la nariz en el sobre, aspiró con fuerza y torció el gesto.

—Esto parece…

—Efectivamente, huele a sangre. La carta estaba escrita con sangre.

—¿Con qué objeto?

Era lógico preguntarse por ello. Rachel se encogió de hombros.

—¿Quizá un anuncio de venganza?

Sakoda cogió el sobre y volvió a oler su interior.

—Sí, ciertamente huele a sangre. Pero si lo que quería era hacer llegar una carta escrita con sangre, ya sé por qué. Lo importante era hacer llegar la sangre.

—¿Sangre de quién?

—Seguramente la del propio Ignacio. Aunque también puede que sea la de alguien del destacamento de Jones. ¿Te tomaron alguna muestra de sangre cuando estuviste prisionera?

—No —contestó Rachel negando con la cabeza y lanzando a continuación su propia pregunta—. ¿Y por qué enviar sangre?

—Creo que para mandar el ADN. La especialidad de Faruqi es el análisis del genoma. Ah, ahora caigo.

—¿Qué?

—El motivo por el que no usó el correo. Temía que el proceso de esterilización pudiera dañar el ADN.

—¿Y para qué enviar ADN?

Sakoda exhaló un suspiro.

—Eso era lo que quería que averiguásemos, supongo.

Rachel dirigió la vista hacia las alturas.

—No creo que Faruqi tenga la menor intención de decírnoslo. Oye, ¿qué te pasa?

Sakoda tenía la mirada clavada en Rachel.

—Nada, es que se me ha ocurrido otro motivo. Por qué Ignacio nos pidió a nosotros hacer llegar la carta.

Rachel reflexionó sobre las palabras de aquel Sakoda que la miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres decir que quería que Faruqi me viese?

—Como mínimo, me da la sensación de que no era yo el objeto de su interés. Porque se trata de una mera casualidad que fuera yo quien estuviera allí para hacer un reportaje. ¿Qué te preguntó antes Faruqi?

—Que si era de ascendencia china, y mi edad.

Sakoda creó ante sí un espacio de trabajo y deslizó un dedo hacia abajo como cuando se desciende a lo largo de un texto en una pantalla. Tras repetir el movimiento varias veces, fijó el espacio de trabajo con el dedo índice y se lo mostró a Rachel con rostro grave.

—Cherry hizo las mismas preguntas.

—¿De verdad? No recuerdo bien.

—Sí. Cuando aquel hombre hizo saltar tu arma de un disparo a través de la ventana. Después dijo algo así como que, si tenías veinticuatro años, podrías hacer lo mismo que Camilo.

Un repentino brote de furia sacudió a Rachel, que dio un pisotón en el suelo.

—¡O… oye!

—Perdón —se disculpó Rachel al notar el desconcierto de Sakoda—. No es culpa tuya, Jake.

«Aquellos ojos de Faruqi. Esa mirada de quien está verificando algún producto. Ignacio me miró de la misma manera. Lo que más me molestó fue que no expresaba intención de humillar a un soldado, ni desprecio hacia alguien carente de educación o en situación de pobreza. Lo más insoportable es que ambos me miraban como si sintieran lástima de mí».

8

—Perdonad el calor. Es que no hay suficiente viento como para hacer funcionar el aire acondicionado…

Quien así hablaba era Michelle Jones, que miraba hacia el techo.

—No, no se preocupe, señora —contestó Sakoda mientras ponía atención al golpeteo intermitente que se oía al otro lado del techo.

Era el ruido levantado por unos aerogeneradores a base de cilindros, que se alineaban en el tejado color verde claro de la casa.

Rachel, que también miraba hacia el techo, se puso en pie.

—¿No será que se ha enredado algo en uno de los cilindros?

—Uy, ¿tú crees?

—Pudieran ser hierbajos o algo así. Voy a ver si puedo quitarlo. ¿Hay una escalera de mano en la parte trasera de la casa?

La señora asintió y Rachel se fue hacia el fondo de la cocina comedor para salir por la puertecita de atrás.

Durante la guerra civil, los Territorios Libres quedaron sumidos en grandes dificultades energéticas, por lo que probaron diversas formas de generar electricidad. Los aerogeneradores instalados en el tejado de la familia Jones constaban de unas aspas en forma de espiral insertadas en un cilindro. Tenían la ventaja de ocupar poco espacio y ser silenciosos, por lo que muchos hogares recurrían a ellos. Si Rachel, que se había criado en la ciudad, se ofreció a limpiar las aspas sin dudarlo, era porque esa clase de generadores cilíndricos se usaban también en las capitales y se hallaba familiarizada con ellos.

Oyeron ruidos en el tejado y, poco después, cesó el extraño ruido intermitente de las paletas. Al momento, la sala de estar de los Jones pareció renacer. Los diodos luminosos extendieron su suave resplandor por todos los rincones y el ventilador que pendía del techo dispersó la pesadez del aire de la habitación.

—¡Vaya! Así que era eso… ¡Maurice!

Michelle, comprendiendo lo sucedido, se fue hacia el cuarto de baño para llamar a su esposo, que estaba intentando regular las baterías.

—¿Qué querías?

La voz de Maurice, padre de Jasper Jones, llegaba desde el lado interior de la puerta del cuarto de baño.

—Me han dicho que había unos hierbajos enredados en las aspas del interior del cilindro. La señorita Rachel nos ha hecho el favor de limpiarlo.

—¿De veras?

Se oyó el ruido de un panel cerrado a toda prisa y acto seguido Maurice asomó por la puerta del cuarto de baño. Se dirigió hacia donde estaba Sakoda y se sentó frente a él.

—Estoy muy avergonzado. A pesar de tratarse de mi propia casa, desconocía que mis aerogeneradores estuvieran funcionando mal. Quedaos aquí el tiempo que queráis; no hay prisa.

Rachel acababa de regresar por la puerta trasera, sentándose junto a Sakoda.

—Viven ustedes en un buen lugar… —elogió la joven.

—Aquí no hay nada —contestó Maurice dirigiendo la vista hacia el paisaje que se veía por la ventana—. Por eso Jaz… Jasper se marchó.

Sakoda miró con detenimiento el rostro de Maurice, absorto en la contemplación de la calle mientras apoyaba una mano en su mejilla de color marrón oscuro. Este matrimonio de etnia negra, que vivía en una zona boscosa apartada del centro de la ciudad, parecía sentirse profundamente arrepentido de no haber podido retener a su lado a Jasper, que debía de ser su hijo adoptivo. Quizá pensaran

que, de haber vivido en el centro de la ciudad, donde existían varias atracciones, y si hubieran sido una familia de mayores recursos, él no se hubiera visto impelido a marcharse de casa ni a convertirse en un soldado, que fue a la postre la causa de su prematura muerte.

Sakoda, a pesar de que solo lo había conocido por un par de días, recordó sus ojos azules. El aspecto que ofrecía con su blanca piel y rubio pelo, que llevaba muy corto, se ajustaba tanto a la imagen de un militar que parecía sacado de uno de esos carteles de reclutamiento de personal y destacaba entre el elenco de Goodfellows, donde, por no existir norma al respecto, abundaban los miembros con pelo largo. Sakoda no había oído nada acerca de cuáles eran sus aficiones, pero en la fiesta que celebraron la noche anterior a la batalla, sin alcohol de por medio, Jasper exhibió unas habilidades de baile nada habituales y, a pesar de que era la primera vez que se encontraba con Sakoda, habló con él sin mostrar ninguna reticencia, esforzándose por mantener una relación cordial. Seguramente no encontraba cómo canalizar sus energías en un lugar tan desolado, con perdón, como este.

El hogar donde vivían los deudos de Jasper Jones era una pequeña edificación solitaria, con la pintura medio descascarillada, levantada en el claro de un bosquecillo a unos treinta minutos en coche de la ciudad de Paris. La casa más próxima estaba a unos cinco kilómetros, separada por una plantación de algodón. Cuando Maurice dijo aquello de «Aquí no hay nada», no lo hizo por expresarse con modestia. No era lugar donde un joven pudiera permanecer por siempre.

Maurice volvió su rostro hacia Sakoda y Rachel.

—Os agradezco mucho que os hayáis tomado la molestia de venir hasta un lugar como este.

—No hay de qué —replicó Sakoda haciendo una reverencia—. Perdone que hayamos llegado a una hora tan tardía. Los hemos molestado en su hora de almorzar.

El día anterior, tras salir de Torre Donelson, Sakoda y Rachel tuvieron que recorrer doscientos cincuenta kilómetros e ir a

Memphis, pasando la noche en un motel de allí, porque en Paris, que era lo planeado, no había ninguna oficina donde convertir en efectivo el pago de la indemnización para la familia. A primera hora de la mañana procedieron al canje y se dirigieron directos a casa de los Jones, pero no llegaron hasta el mediodía.

—No importa —contestó Michelle desde la cocina—. Nunca habríamos esperado poder almorzar con amigos de Jaz. Querido, ¿puedes llevar estos platos?

—Ya voy yo —anunció Sakoda interrumpiendo con un gesto el movimiento de Maurice, que comenzaba a levantarse.

Sakoda fue a la cocina y cogió la bandeja donde Michelle había dispuesto unos cuantos sándwiches. Cuando Sakoda, sosteniendo la bandeja y cuatro platos vacíos entre las manos y los antebrazos como un camarero, iba ya a volver a la sala de estar, Michelle ladeó la cabeza y preguntó:

—Si no recuerdo mal, venía una persona más, ¿no?

Sakoda asintió.

—Así es, un hombre que viene desde San Francisco. Hace un rato llegó un mensaje suyo y parece que se retrasará unos treinta minutos.

—¿Y qué relación guarda él con Jaz?

—No conoció personalmente a su hijo. Trabaja en la compañía que verificaba la autenticidad de mi artículo. Una empresa llamada COVFE.

—¡Ah, esa empresa! —dijo Michelle dando una palmada—. Esa compañía tan maravillosa que consiguió acabar la guerra civil, ¿no? ¿Te relacionas también con ellos?

—Bueno, un poco sí —repuso Sakoda forzando una sonrisa al recordar que por culpa de COVFE no pudo difundirse el hecho de que Jaspers había sido asesinado—. De todas formas, parece que él comerá en el coche, así que no se preocupe.

—Qué tiempos tan increíbles, poder conducir con las manos libres… Bueno, entonces cómete tú lo suyo.

Michelle agarró una jarra termo de té que había estado preparando y se fue junto con Sakoda hacia la mesa, donde repartió los sándwiches entre los platos.

—Bueno, estos son sándwiches de pavo, los favoritos de Jaz. Comamos hasta quedarnos a gusto. Oh, un momento, Rachel. Tal cual les faltará sabor. Échales alguna de estas salsas.

Mientras escuchaba la alegre voz con que Michelle se dirigía a Rachel, Sakoda paseó la vista por la estancia. La mesa donde comían, de color azul claro, presentaba infinidad de rasguños en las esquinas, asomando debajo otras capas de colores diferentes, amarillo, rojo y verde, revelando que había sido repintada varias veces. Sin duda no había sido hecho a propósito, pero la combinación de capas recordaba los colores rasta símbolo de los africanos. Resultaba muy apropiado para un matrimonio norteamericano de origen africano como Maurice y Michelle.

Sin embargo, la mesa era lo único colorido del lugar. El empapelado de la pared originalmente debía de haber sido color verde claro, pero en las zonas donde más incidía el sol, se había vuelto por completo blanco. En algunos puntos sobrevivían a duras penas trazas de un color verde azulado que permitía adivinar que el estampado que decoraba en tiempos la estancia tenía unas flores de iris. El suelo parecía un rompecabezas de diversas clases de madera, fruto de las sucesivas reparaciones.

Sakoda iba mordiendo poco a poco aquellos voluminosos sándwiches para adaptarse al ritmo con que comían los esposos y, mientras, repartía la vista entre la sala de estar y la cocina comedor.

Todo cuanto veía en la casa era viejo. Sin embargo, curiosamente, no producía un efecto desagradable. Era como si toda la casa reflejase el modo de vida de aquel matrimonio, que había ido acumulando recatadamente un año tras otro.

Sakoda anotó en su espacio de trabajo la expresión «vida recatada». No era una locución muy común, pero a Sakoda le pareció la más adecuada y, sobre todo, muy personal. Para Sakoda, que solía dejar sus artículos en manos de aquel programa que se

expresaba en inglés mejor que él, supuso un gran golpe el hecho de no haber podido difundir aquel reportaje generado automáticamente. Así que, puestos a escribir un artículo que no viese la luz, sintió deseos de hacerlo con su propio vocabulario. La anotación que acababa de realizar se enmarcaba en dicho propósito.

Al terminar de comer los sándwiches, Sakoda y Rachel recogieron los platos y los llevaron a la cocina. Al volver a la sala de estar, se sentaron de nuevo frente al matrimonio con la misma mesa entremedias, ya que aquella estancia carecía de sillones o similares.

Sin abandonar su silla, Michelle sirvió a todos una nueva taza de té inglés caliente. Sakoda, tras tomar un sorbo, agradeció a sus anfitriones.

—Muchas gracias por el almuerzo. Estaba muy bueno.

—No hay de qué —contestaron los esposos.

Los rostros de Maurice y Michelle denotaban ahora una cierta tensión hasta entonces ausente. Era porque había llegado el momento de afrontar una vez más la muerte de su hijo, de tratar del tema. No les habían preguntado todavía qué edad tenía Jaspers cuando lo adoptaron, pero, dado que el fallecido usaba el apellido de Jones, se imaginaba sin dificultad que sus lazos habían sido muy fuertes.

Rachel, notando que Sakoda se disponía a comenzar, se puso en pie y, agarrando la jarra termo del centro de la mesa, anunció:

—Voy a recoger un poco.

—Gracias —dijo Sakoda cogiendo un maletín que había dejado en el suelo.

Colocando el maletín sobre la mesa, abrió la tapa y lo giró de manera que el matrimonio pudiera ver su contenido.

—Les entrego la cantidad de indemnización que les comuniqué por teléfono. Doce millones de dólares. Tengo otros tres maletines iguales.

En el interior del maletín había unos sobres de color amarillento con un fajo de cien billetes de cien dólares cada uno. Incluso para

Sakoda, a pesar de su condición de periodista, era la primera ocasión de ver tantos billetes juntos.

Sakoda entregó un recibo a Maurice, que miraba alternativamente el maletín y el rostro del periodista.

—¿Podría firmármelo?

—De acuerdo.

Maurice firmó, como le pedían, y después se quedó como paralizado. Fue él mismo quien solicitó que el pago se formalizase en efectivo, pero seguramente no sabía qué debía hacer a continuación.

—Si no sabe cómo disponer de tanto efectivo, también puedo hacer una transferencia a la cuenta de banco que tengan.

—Bueno, yo… —comenzó Maurice como volviendo en sí mismo para luego negar con la cabeza—. No, lo preferimos así. Si recurrimos a un banco, el tipo que mató a Jaz contribuiría con miles de dólares a la federación en concepto de impuestos. Y no queremos eso de ningún modo. Si no lo usamos nosotros en su totalidad, no sentiríamos que Jaz se queda a gusto.

—Ya veo, entiendo —contestó Sakoda para no insistir más.

No parecía un motivo demasiado lógico y, en realidad, serían Maurice y su esposa quienes estarían abonando dichos impuestos, pero el periodista comprendía que aquel hombre se esforzaba por enlazar de alguna manera la muerte de su hijo con el pago de la indemnización. La primera vez que contactó con él, cinco días atrás, Maurice le cortó el teléfono enfadado diciendo: «¿Cómo se cree usted que íbamos a poder aceptar ese dinero?». Tuvo que insistir una segunda y una tercera vez, comunicándole que deseaban visitarlos y sugiriéndoles que podían usar ese dinero para viajar a los países donde había ido Jasper, hasta que por fin aceptaron. Pero, aun así, al verse cara a cara, de nuevo se encontraban confusos al respecto.

—¿Por dónde tienen intención de comenzar su viaje?

Maurice señaló la pared.

—Quizá por ahí. Es de donde llegó su última tarjeta postal, el mes pasado.

Delante de la pared en mejores condiciones de la sala de estar, había un televisor de pantalla de plasma de unas cien pulgadas sobre un soporte de madera, un objeto que había dejado de verse en las grandes ciudades, donde ya imperaba el visualizador por capas *queuechouvue*. Maurice señalaba una de las fotografías que se apretujaban pegadas a la pared junto a la televisión.

Se trataba de un retrato de Jasper con el rostro iluminado por el sol del atardecer recortado contra un fondo de arbustos de acacia mimosa. Jasper, con los párpados entrecerrados como deslumbrado, mirando el horizonte con sus ojos azules y los dedos hundidos en unos cabellos rubios un poco más crecidos de lo habitual, sonreía a los padrastros que imaginaba contemplando la foto. Bajo la camiseta de compresión color verde oliva, destacaban los altibajos de una musculatura bien entrenada. La fecha que figuraba impresa en color naranja era el 12 de mayo de 2045. Por tanto, se trataba justo de la misión anterior a su viaje a Terra Amazonas. Probablemente, la imagen fue tomada dos o tres días después de llegar al lugar de destino. Su piel originalmente blanca enrojecida por el sol atestiguaba con viva crudeza los rigores del lugar. Sakoda lo identificó por la bandera de la ciudad independiente que aparecía en una esquina de la fotografía.

—El sur de Turquía, ¿verdad? Les recomiendo que contraten un guía, pero es un buen lugar. ¿Les importa que mire también las otras fotografías?

Lo referente a la actuación profesional del destacamento de Jones podía preguntárselo a Rachel, pero lo que más contribuiría al relato de sus miembros como personas de carne y hueso sería su vida personal. Los primeros amigos que tuvieron, sus experiencias del jardín de infancia, las notas obtenidas en sus primeros años de escolarización, su papel en el colegio comunitario o en sus equipos deportivos, los juegos o libros que les gustaban de niños, la edad a la que tuvieron su primer teléfono inteligente, cómo consiguieron su primer automóvil, si jugaban a deportes tradicionales como el fútbol americano, el béisbol o el baloncesto o también actividades

callejeras individuales como el monopatín o el *parkour*. Había muchas cosas que Sakoda deseaba preguntar a los deudos de los masacrados.

Con toda probabilidad, no encontraría allí ninguna pista que ayudara a resolver el enigma de por qué fueron masacrados, pero la muerte de aquellos jóvenes soldados especializados en guerras legítimas ofrecía muchas posibilidades para reflexionar acerca de dicho concepto de batalla. Y, para eso, resultaba imprescindible conseguir una serie de informaciones con las que construir un retrato vívido de dichos combatientes.

—¿Te ayuda en algo ver esas fotos?

—Sí, me ayuda mucho. Si necesito usar su contenido en mis artículos, les informaré previamente.

—¿Cómo podemos leer tus artículos?

—Con esa misma tableta pueden hacerlo —contestó Sakoda señalando un ordenador en forma de tableta táctil que, delante de la televisión, estaba unido por un cable a su cargador.

Era un objeto que, debido a la generalización de los visualizadores por capas, ya apenas se utilizaba, pero para Maurice y Michelle, que pasaban de los setenta años, sería probablemente el último ordenador de que dispondrían.

Maurice se rio como burlándose de sí mismo.

—La verdad es que la batería se estropeó. Ya tenemos una cosa más en que gastar la indemnización.

—Sí, compren una nueva sin falta. Así podré enviarles algunas fotos que hice a Jasper.

—Mira esas fotos el tiempo que necesites. Te darás cuenta de que, según avanzas hacia la derecha, van siendo más antiguas.

Sakoda les dio las gracias y, acto seguido, abrió el programa de anotaciones de su espacio de trabajo y lo apuntó en dirección a la pared.

Tal y como había dicho Maurice, en el lado derecho se hallaban pegadas por orden de años las fotos más antiguas, cuando Jasper todavía vivía en la casa.

Sakoda fue fotografiando con la cámara de sus lentes de contacto todas las imágenes donde aparecía Jasper.

Después, cuando terminó con aquellas que el joven había enviado desde sus diversos campos de batalla, comenzó con las que aparecía ayudando en las tareas agrícolas de la familia.

Había una donde estaba lanzando al aire el sombrero anguloso del colegio comunitario. También otra donde agarraba feliz el volante de una furgoneta Chevrolet, que debía de ser el primer vehículo que tuvo. Otra donde se dirigía al autobús escolar cargado con libros de texto desgastados en ambas manos. Otra corriendo con una pistola de agua, una más subido en una *kickbike* y también otra rodeado de amigos e hincándole el diente a una tarta de cumpleaños.

En casi todas aquellas fotos aparecían también o bien Michelle, o bien Maurice.

Sakoda se dio cuenta de que existía un miembro más en la familia.

En una fotografía de cuando Jasper todavía no iba a la escuela primaria, se veía a un niño bastante mayor que él. Parecía una foto familiar tomada cuando Jasper debía de tener unos tres años, y el chico mayor, que llevaba una pajarita, levantaba en brazos al pequeño. El pelo negro rizado y la piel oscura indican una obvia herencia de Maurice y Michelle. Lo que no parecía normal era su extrema delgadez. A la derecha de esa foto, se sucedían otras de Jasper.

En una de ellas se veía a Jasper en un carricoche de bebé en una calle de la ciudad de Paris. Una más parecía retratar la primera vez que se puso en pie. Y, tras ella, una donde se le veía dormido en una cuna con rostro de angelito.

Sakoda se paró al llegar a una fotografía donde Michelle, cubierta por unas sábanas hasta la cintura, abrazaba a un casi desnudo bebé Jasper lleno de arrugas. Sus ojos azules llamaban mucho la atención. Todavía se le notaba en el ombligo el nudo del cordón umbilical. Entonces, ¿habían adoptado a Jasper nada más nacer? Les preguntaría después por ello.

Era el momento de comenzar la entrevista. Sakoda extrajo de la mochila que había dejado en el suelo cuatro drones del tamaño de cajitas para tarjetas de visita y los dispuso sobre la mesa enfocando sus lentes hacia Maurice.

—¿Les importa que les haga algunas preguntas?

—Sí, adelante, pero ¿va a hacer la filmación con las cámaras de esos drones?

—Así es. Se trata de unas cámaras para deportes llamadas *Selfin*.

Usaban un sistema basado en filmación de 360 grados y *flash* de rayos infrarrojos, registrando un campo de luz tridimensional, por lo que más bien se acercaban a lo que sería un escaneado tridimensional, pero puesto que el resultado final consistía en una filmación, bien podía dárseles el nombre de «cámaras». Sakoda tampoco quería perder tiempo en explicaciones detalladas.

El periodista trabajó con la terminal del visualizador por capas y las cuatro Selfin se elevaron suavemente por el aire emitiendo un leve zumbido hasta que adoptaron una formación de pirámide en el centro de la estancia.

Poco a poco fue reinando el silencio. Incluso dejó de oírse el zumbido de los motores de las cámaras y el del pequeño generador eléctrico que se captaba antes.

Maurice, con expresión dubitativa, comenzó a hablar.

—Esto… ¡Uy!

Maurice se sorprendió del volumen y la nitidez con que se oía su propia voz, hasta el punto de que se tapó la boca con la mano mientras miraba a Sakoda.

—Disculpe. He puesto demasiado fuerte la eliminación del ruido de fondo. Mejor dejar que entre un poquito de ese ruido, ¿verdad?

Sakoda volvió a los mandos del visualizador por capas para modificar el ajuste y el suave sonido del viento que soplaba en el exterior volvió a la habitación.

—¿Se pueden eliminar los sonidos? Nunca lo hubiera imaginado.

Maurice miró cómo a su lado Michelle probaba a dar un golpecito con la cucharilla en la taza de té, que sonó muy amortiguado.

—Así que ya es posible hacer estas cosas —comentó ella—. Es increíble.

Mientras ambos intercambiaban comentarios de sorpresa, Sakoda se dio cuenta de que fruncía el ceño al mirar las lentes de los drones. Revelaba la desconfianza que sentía hacia el mundo de las filmaciones, omnipresentes en el país desde que terminó la II Guerra Civil.

El detonante de esta guerra, que dividió en dos a los Estados Unidos, fue la filmación realizada en un bar donde una mujer, que además era la primera candidata a la presidencia de los Estados Unidos perteneciente a una de las etnias aborígenes, estaba conversando con una amiga.

«Demostraré que se pueden eliminar de los Estados Unidos, de las manos de sus ciudadanos, las armas automáticas. De una forma segura y permanente».

La candidata negó enseguida tales declaraciones. Los especialistas señalaron que el movimiento de los labios no coincidía con aquellas palabras y tanto la amiga que aparecía con ella como los dueños del bar donde se había filmado la escena negaron la veracidad del comentario en cuestión. A los tres días de haber comenzado la difusión de dichas imágenes, un estudiante extranjero fue detenido tras confesar que había generado dichas imágenes mediante un programa de inteligencia artificial, y menos de una semana después se identificaron las instrucciones y los modelos que ese estudiante había utilizado para generar las imágenes, con lo que terminó de probarse que se trataba de una filmación falsa, generada mediante inteligencia artificial.

Sin embargo, casi nadie le dio importancia a la realidad. Un candidato rival de su mismo partido criticó con dureza a la mujer por su «escasa prudencia», y también el presidente de la nación que ostentaba entonces el cargo repitió una y otra vez que «¿Cómo

vamos a dejar el rumbo de nuestra gran América en manos de una mujer que dice cosas semejantes?». Se extendieron por todas partes las manifestaciones abogando por la libertad de tener armas e incluso se dieron varios incidentes de personas que dispararon de manera indiscriminada contra grupos de gente. Las voces que se alzaron irritadas ante el fraude y la voz de las armas, irónicamente, arrojaron el resultado de impulsar la restricción cuyo anuncio había nacido de una falsedad. En primer lugar, se reinstauró la restricción sobre armas de cargador largo que había perdido su vigencia en el 2004 y se promulgaron leyes federales en el sentido de que, a la hora de comprar un arma de fuego, fuera necesaria una averiguación previa de la motivación. Hubo numerosas voces en contra, pero, curiosamente, cada vez que se renovaban los parlamentarios, aumentaba el número de los favorables a la restricción de las armas de fuego. Los jóvenes que iban adquiriendo derecho a voto recordaban con hastío los tiempos de la adolescencia en que sintieron su vida amenazada por la presencia de armas.

Así, dos años después, quien consiguió alzarse como presidente tras unas elecciones muy reñidas fue la candidata víctima de la difusión de aquellas falsas imágenes. Todas y cada una de las pruebas demostraban que la filmación en el bar era un absoluto fraude, pero eso no fue asimilado por completo hasta que dieciocho estados de la Unión se «independizaron».

Pero cuando todo acabó, lo que perduró fue la desconfianza hacia las imágenes.

La composición de una imagen que usa un campo de luz tridimensional grabado mediante varias cámaras pequeñas transforma los personajes u objetos filmados en elementos susceptibles de modificación en el proceso de montaje. Se puede eliminar el tabaco que fuma el hablante, cambiar su vestimenta o arreglar de otra manera la habitación en que se encuentra. Y, por supuesto, alterar a gusto lo que está diciendo alguien es una de las opciones más básicas y habituales.

Pero, aun así, mientras se están mirando grabaciones en una pantalla física, se puede mantener una actitud distante. No habrá nadie que muestre inquietud a la hora de enseñar unas imágenes o cuando esté deliberando con alguien sobre cómo montarlas. Pero, cuando las lentes compuestas de un dron para filmaciones lo enfocan a uno, por fin se da cuenta de la realidad: el hecho de que las filmaciones se crean de un modo por completo diferente de lo que uno pensaba.

Y en el caso de Maurice y Michelle, que no habían sido agraciados con el uso del visualizador por capas, con mucha más razón.

Sakoda se agachó un poco para que sus ojos quedaran a la misma altura que los de Michelle.

—Las imágenes que voy a tomar ahora no se difundirán. Si alguna vez uso su contenido para un artículo, lo haré pidiéndoles permiso previo para el material que se vaya a hacer público. En ese momento, también pueden solicitar que se lleve a cabo alguna modificación en la imagen. Si es que así lo desearan.

Maurice puso su mano sobre la de Michelle, que jugueteaba inquieta con la cucharilla del té.

—Creo que podemos estar tranquilos —dijo Maurice mientras Rachel volvía de la cocina tras terminar de lavar la vajilla—. Al parecer, los periodistas de hoy en día no pueden inventarse por completo sus artículos. Además, lo que Jake quiere preguntar no es sobre nosotros. ¿Eh? ¿Qué te pasa?

Rachel, que ya entraba en la sala de estar, se había tapado los ojos con una mano a modo de visera y entrecerrado los párpados.

—¿Te ha entrado algo en los ojos? —preguntó Sakoda.

—No —contestó Rachel negando con la cabeza y dirigiendo la vista como deslumbrada hacia la cámara *Selfin* que rotaba lentamente bajo la parte central del techo—. El emisor de rayos infrarrojos está utilizando el *flash*. Me molesta mucho.

—¿Cómo dices? —preguntó Sakoda alzando la vista hacia el dron en un acto reflejo.

Ciertamente, la cámara Selfin estaba haciendo un escaneado tridimensional de la habitación emitiendo una luz infrarroja a intervalos irregulares. El objetivo era mejorar la precisión de la información sobre la profundidad de campo que obtenían las otras tres cámaras. Pero se supone que aquella luz era invisible al ojo humano.

—¿Prefieres que la apague?

—No, ya da igual. He activado el filtro de las lentes de contacto.

—Vaya, siento las molestias.

Sin duda, las lentes de contacto para el visualizador por capas que usaban los combatientes incluían la función de poder ver los rayos infrarrojos. Sakoda se apresuró a comprobar si el incidente había afectado al estado de ánimo de Maurice y Michelle. Ahora que por fin había conseguido disipar los temores del matrimonio hacia las filmaciones, le supondría no pocos esfuerzos dedicarse a dar explicaciones acerca del barrido con luz infrarroja.

Mientras Sakoda se hallaba todavía pensando qué explicación podría ofrecer, Michelle se volvió hacia Rachel con ojos acuosos.

—¿Tus ojos pueden ver eso?

—¿Los rayos infrarrojos? —contestó Rachel ladeando la cabeza con expresión de extrañeza—. Más que decir que los veo, me deslumbran.

—Sí, ahora recuerdo —terció Maurice—. Hasta que nació Jaz, no sabía que las personas con ojos azules podían ver la luz infrarroja del mando de control remoto. Eh, un momento, pero si tus ojos no son azules…

Los ojos de Rachel eran color marrón claro y el color no tenía nada que ver con si se percibía o no la luz infrarroja. Aunque a Sakoda se le ocurrió que también existía la posibilidad de que los mandos de control remoto que circulaban por los países libres no utilizaran verdadera luz infrarroja, sino otro tipo al que se hubiera aplicado un filtro rojo.

Sakoda se dio cuenta de que era el momento ideal para preguntar a los esposos sobre la adopción del recién nacido.

Señalando una fotografía del bebé, comentó:

—Con todo lo arrugadito que se le ve y cómo destacan esos ojos azules…

—Sí… —contestó Michelle como ensimismada—. Cuando los vi, me dije que tenían el mismo color del cielo.

—Es una foto de cuando tenía solo unos pocos días, ¿verdad? ¿Era el hijo de alguna amiga que se lo ofreció en adopción?

Maurice y Michelle intercambiaron una mirada y estallaron en risas.

—Jaz nació de mi propio vientre y mi esfuerzo me costó.

«No es posible». Sakoda consiguió a duras penas tragarse la frase en el último momento. Utilizando el visualizador por capas, amplió la fotografía del recién nacido y la examinó con detalle. Antes no se había fijado, pero se veía una sonda de goteo medicinal cruzando por detrás de la espalda de Michelle. Debía de ser para anestesia epidural, de las que se usan en el parto sin dolor. Michelle había pasado por un embarazo.

Maurice sonreía, pero no le debió de resultar agradable pensar en las razones por las que una mujer negra, casada con un hombre también negro, daba a luz a un bebé típicamente blanco, rubio y de ojos azules. Infidelidad o violación. Y si no era eso, les habían entregado un bebé equivocado. A Sakoda no le quedó más remedio que esbozar una sonrisa ambigua.

—Mira cómo se sorprende Jake —continuó Maurice—. Es por completo hijo nuestro. Ya pasábamos de los cincuenta años de edad, pero deseábamos como fuera darle un hermanito o hermanita a Nason.

Sakoda señaló una fotografía un poco más a su izquierda.

—Este chico de aquí, ¿verdad?

—Sí, está tan delgado que por eso parece mayor, pero solo se llevaba ocho años con Jaz. Él mismo ya era un niño nacido bastante tarde. Y murió por mi culpa. Cuando estaba embarazada de Nason, Michelle contrajo el sarampión y se lo contagió a él.

Michelle negó con la cabeza y puso una mano sobre la que su esposo tenía en la mesa, que ahora temblaba visiblemente.

—No te eches la culpa tú solo —le consoló apretándole la mano —. También fue culpa mía por no haberme vacunado.

—Lo lamento mucho —dijo Sakoda de todo corazón.

Buscó otras fotos de Nason en la pared. Para cuando Jasper se ponía en pie y daba sus primeros pasos, la enfermedad ya parecía mostrar sus efectos en el cuerpo de Nason y de ahí su repentina delgadez. Solo había cuatro fotografías que incluyesen tanto a los padres como a los dos hijos.

En los Territorios Libres, de forma paralela a la lucha por el derecho a la posesión de armas de fuego, se extendió un movimiento contra las vacunaciones, por lo que enfermedades contagiosas, que se habían mantenido a raya durante un siglo, volvieron a expandirse. Entre ellas, las que dejaron una mayor huella en los niños nacidos en los Territorios Libres fueron la polio y el sarampión. Si una mujer contrae el sarampión estando embarazada, el niño que nace presenta daños incurables en los ojos, los oídos y el corazón.

Así que Nason había sido una de aquellas víctimas.

—¿Tenía Jasper algún recuerdo de su hermano mayor?

—Por supuesto que sí. Porque Nason lo trató con mucho cariño. Decía que su hermanito parecía un muñeco.

—Sin duda se sorprendería al ver que le llegaba un hermanito de pelo rubio…

Maurice abrió los brazos con una expresión cómica.

—Fue una sorpresa para todos, claro. Pero no cabía duda de que Jaz era hijo nuestro.

Sakoda asintió con gesto amable para no herir los sentimientos de ambos. Pero, cuando escuchó lo siguiente que dijo Maurice, los ojos se le abrieron como platos.

—Lo concebimos mediante fecundación *in vitro*.

—¿Eh? ¿De verdad?

—Efectivamente. Y antes del parto encargábamos con todo cuidado exámenes periódicos. Porque además estaba el precedente de lo que pasó con Nason. No era nuestra intención hacer también una comprobación de paternidad, pero la incluyeron con las demás pruebas sin haberla pedido.

No existía posibilidad de error en cuanto al feto. Por tanto, la única posibilidad restante es que les hubieran entregado el bebé equivocado. Pero esa idea que rondó por la cabeza de Sakoda de nuevo se vio traicionada.

—Menuda cara de susto pusiste cuando asomó la cabeza… —Se rio Michelle.

—Verdad que sí. Creí que es que nacía muy pálido. Y pensé que otra vez teníamos un hijo de constitución débil. Sin embargo, mientras miraba las energías con que lloraba Jaz agarrándose a Michelle, me dije que qué más daba el color de la piel. Y cuando comenzó el día a día de criarlo en casa, terminamos de comprenderlo. Las únicas diferencias con nosotros que existían eran el color de la piel y el pelo o la forma de la nariz. Sus párpados o sus orejas, por ejemplo, eran idénticos a los de Michelle.

—De carácter era igual que tú. Cuando se concentraba en algo, ni se enteraba de lo que pasaba a su alrededor.

Sakoda terminó de convencerse. Desde que la etnia negra fue traída al continente americano habían pasado ya tres siglos. Podían haberse dado muchas mezclas y, por tanto, el fenómeno entraba dentro de lo posible.

—¡Oh! —exclamó Michelle mirando por la ventana.

—¿Sucede algo? —preguntó Sakoda.

Michelle permaneció un par de segundos mirando el exterior y luego suspiró.

—Me pareció que había llegado tu amigo. Pero debían de ser imaginaciones mías.

—Ah, bueno —contestó Sakoda disponiéndose a seguir con la entrevista.

En ese momento, apareció en su visualizador por capas un mensaje escrito de Toma:

«Señor Sakoda, situación de emergencia».

9

«Nos acercamos al punto de destino. Voy a sacar el volante. Cuidado, por favor».

Al sentir la reverberación del anuncio del agente de conducción en sus oídos, Toma cerró el espacio de trabajo que se extendía desde el asiento del conductor hasta el del copiloto. El volante, que había permanecido guardado durante el tiempo de conducción automática en la modalidad 5+, surgió ante él. Aunque no podía verlos, a sus pies debían de haber aparecido también los pedales.

Con el Tesla XX que había alquilado en el Aeropuerto Internacional de Memphis, podía circular con la modalidad 5 de conducción automática incluso por una carretera con tan poca iluminación como la actual, pero en las cercanías del destino era necesario sacar el volante y que el conductor apoyara encima sus manos.

Toma puso las manos en el frío volante y miró a su alrededor.

—¿Qué sitio será este? —se preguntó en voz alta.

Estaba seguro de que no había pasado mucho tiempo desde que dejara atrás las urbanizaciones del extrarradio de Memphis, pero aparte de plantaciones de algodón separadas por setos y postes de electricidad, no se veía nada más. La única impresión de tránsito humano que Toma percibía era el rastro que las ruedas de algún otro vehículo habían dejado sobre el polvo procedente de los campos que cubría la carretera. Según el panel de navegación que sobresalía junto al asiento del conductor, el punto de destino se

hallaba al doblar la siguiente curva, un poco más allá de una arboleda, pero nada permitía intuir la presencia de una vivienda.

«Sí, ahora sí».

—Esa debe de ser.

No necesitó recurrir a la flecha roja del visualizador por capas que indicaba el punto de destino. Al doblar la suave curva, apareció ante sus ojos una casa de color azul claro: la vivienda de los Jones que visitaba Sakoda. Sobre el tejado de pizarra en suave pendiente se veían cuatro turbinas eólicas de forma cilíndrica con unas hélices dispuestas según el tornillo de Arquímedes. La puerta del garaje del jardín estaba abierta y dentro había una camioneta de caja abierta y un tractor.

En el lado de la casa que daba a la carretera, la entrada estaba flanqueada simplemente por dos postes de madera y un poco más allá se veía aparcado el Ford SUV que Sakoda le describió.

Toma pensó en parar a su lado y, reduciendo la velocidad de su Tesla XX poco a poco, aparcó.

Al oír el sonido de aviso inminente, por un instante Toma pensó que quizá se había equivocado en la introducción de las coordenadas del punto de destino.

Todavía tenía las manos en el volante cuando comenzó el aviso.

«Se ha detectado en la zona delantera una amenaza de nivel 4. Repito. Detectada una amenaza de nivel 4. Recomendamos que dé media vuelta inmediatamente y contacte con el organismo de aplicación de la ley del territorio».

En el cristal delantero parpadeaba la señal triangular de peligro. El icono dentro del triángulo que indicaba la clase de amenaza era un fusil automático.

—¿Pero qué pasa aquí?

El agente de conducción contestó la pregunta de Toma.

«Individuos con fusiles automáticos montados en dos robots militares de vigilancia se mueven en torno al punto de destino. Los fusiles automáticos que portan estos individuos llevan cargadores

con gran cantidad de munición, cuya venta y posesión se hallan prohibidas por la ley federal».

Una flecha blanca apareció en la dirección hacia la que miraba Toma y se movió hacia el bosque que quedaba a mano izquierda. Indicaba que se pusiera atención en aquella zona, pero no se veía nada. O, mejor dicho, sí. Fijándose bien, una parte del bosque parecía oscilar y los contornos de las copas de los árboles tal vez desentonaban un poco con el fondo. Una porción igualmente borrosa se movía en torno a la parte trasera de la casa.

Un escalofrío recorrió la médula espinal de Toma. Camuflaje óptico.

Lo había visto una vez en San Francisco. La ocasión fue su uso por parte de un equipo de SWAT al que se recurrió para detener a unos criminales armados que se habían atrincherado en un edificio de oficinas. El equipo de SWAT, por el lado que quedaba oculto a la vista de los criminales, mostraba sus flamantes uniformes azules mientras advertía a la población para que se alejara.

Ahora que Toma asistía al uso principal de aquel camuflaje, se sorprendió de hasta qué punto invisibilizaba.

Las dos figuras de contornos borrosos se estaban acercando muy despacio a la casa de los Jones. Distinguía de manera muy difusa su silueta, pero parecían unos soldados sentados a horcajadas en dos transportadores tetrápodos Maschief como los que usaban los destacamentos ORGAN. Al forzar la vista para fijarse en ellos, se oyó cómo el sistema anunciaba «Procedemos a dibujar los contornos de los robots y los individuos» y acto seguido aparecieron dibujados los Maschief con sus tripulantes. Estos iban sentados en asientos dobles, de manera que el delantero estaba ocupado por quien manejaba la máquina y el trasero por el tirador que portaba el fusil automático. A juzgar por los contornos, los de detrás no estaban por completo sentados, sino ligeramente incorporados.

Las dos siluetas prosiguieron su avance hacia la casa. No daban señal de haber advertido la presencia del Tesla XX de Toma, que había estacionado justo donde terminaba la curva.

Mientras pensaba qué debería hacer, vio cómo en el cristal delantero se desplegaban los botones de contactos de emergencia.

«Sr. Toma Knut, le recomendamos que realice un aviso de emergencia. Las atribuciones policiales del lugar donde se encuentra pertenecen a la oficina del sheriffdel condado de Gibson. Aparte, puede también contactar con la policía de Trenton o con la oficina del sheriffde Memphis».

Toma miró boquiabierto los mapas de localización que su agente le mostraba junto a cada botón. La oficina del *sheriff* del condado de Gibson quedaba a unos cien kilómetros. Lo que tenía más cerca era la policía de Trenton, a una media hora de coche. Contactase con la policía que contactase, para cuando llegasen los primeros efectivos, el ataque ya habría terminado.

Siendo así, lo primero que debería hacer era avisar a Sakoda, que seguía en casa de los Jones. Puesto que tenía a su lado a La-jie Chen, superviviente del destacamento de Jones; si les daba a conocer el inminente asalto, puede que ella supiera cómo hacerles frente.

Al *sheriff* se le podría avisar en segundo lugar.

Toma buscó el canal que usaba para comunicarse con Sakoda, pero no había suficiente ancho de banda libre en el sistema alojado en la estratosfera para usar con ese objeto el visualizador por capas *queuechouvue*. Probablemente, los atacantes estaban subiendo al sistema una salvaje cantidad de datos que lo estaba saturando. Era un modo muy sencillo de obstaculizar el sistema, pero tremendamente efectivo. Siendo así, solo quedaba la comunicación hablada o el envío de un texto. Toma optó por el texto.

«Señor Sakoda, situación de emergencia».

Enseguida apareció la marca de haber sido leído y se oyó el sonido característico de una llamada de comunicación hablada. Mediante el visualizador por capas, Toma obtuvo una ampliación de los alrededores de la casa de los Jones.

—Habla Sakoda, ¿dónde se encuentra usted?

—En un lugar donde puedo ver la casa de los Jones.

—Pues entonces… —comenzó Sakoda deteniéndose enseguida al ser interrumpido por Toma.

—Señor Sakoda, en el exterior de esa casa hay unos robots de vigilancia pululando. Sus tripulantes llevan fusiles automáticos con cargadores para gran cantidad de munición. Parece que tienen intención de asaltar la casa.

—¿Cómo dice?

La figura humana que se distinguía tras la ventana en la imagen ampliada desapareció. Seguramente se había agachado. A continuación, se corrieron las cortinas de las dos ventanas que daban al exterior, con lo que dejó de verse el interior de la casa.

—Déjame hablar a mí —dijo la voz de una mujer joven. Debía de ser La-jie Chen, la superviviente de la masacre.

—Mi nombre es Rachel. ¿Puedo llamarte Toma? ¿Estás en un lugar seguro?

—Sí. En el momento en que apunten sus armas hacia aquí, mi Tesla saldrá huyendo por su cuenta.

—¿Un Tesla? ¿Qué modelo es?

—El XX.

Se oyó un silbido de admiración.

—Toma, ¿puedes crear con el visualizador por capas del Tesla un espacio de trabajo que admita invitados y, mirando hacia aquí, cruzar el camino que pasa por delante de la casa?

Toma comprendió las intenciones de Rachel. Puesto que habían corrido las cortinas, deseaban otra forma de poder contemplar el exterior.

—De acuerdo. Lo haré de manera que se pueda acceder sin contraseña. En cuanto veáis el Tesla, acceded. Yo no puedo ver bien los Maschief. ¿No importa?

—No hay problema. Circula a sesenta kilómetros por hora, por favor.

—¿Y qué tal si avisamos a la policía? Parece que esta zona es competencia de la oficina del *sheriff*.

—Creo que podemos hacerlo después —contestó Sakoda—. Seguramente esto acabará enseguida.

—Entendido. He bajado al nivel 3 la modalidad de conducción automática del Tesla.

Toma agarró el volante y, pisando el acelerador, arrancó el Tesla.

Los espejismos que se movían lentamente rodeando la casa se detuvieron para fundirse por completo con el paisaje. Seguramente habían fijado el camuflaje óptico de manera que el ángulo en que resultaba más efectivo fuera el enfocado al camino que recorría el Tesla de Toma. De no ser por los contornos que captaba el sensor del Tesla, Toma ni sabría que allí había algo.

Cuando el vehículo comenzaba a pasar junto a la casa, se oyó la voz de Rachel llegando a través del visualizador por capas.

—Gracias.

Al tiempo que sonaba la voz, las ventanas de la casa de los Jones acusaron un temblor.

El camuflaje óptico del Maschief situado en el lado frontal de la casa tembló también. Como si los hubieran agarrado del cuello y tirado de ellos hacia atrás, aparecieron dos hombres ataviados con trajes de combate negros. El encargado de manejar el transportador rodó a un costado de la máquina y el tirador cayó al suelo boca abajo mientras su fusil automático disparaba una ráfaga hacia el cielo. Ambos mostraban un hilo de sangre corriendo por el cuello.

Los dos estaban muertos. Mejor dicho, los habían matado. Rachel, que miraba el exterior a través de los ojos de Toma, había disparado a la garganta de ambos a través de las cortinas. Toma acababa de prestar su ayuda para un asesinato. Había actuado como los ojos de quien arrebatara aquellas vidas. Para empezar, aquellos dos sujetos habían acudido con un robot de uso militar Maschief, ocultándose mediante camuflaje óptico, y merodeaban en secreto por los alrededores de la casa con sus fusiles automáticos. No sabía si Rachel había tenido intención de eliminarlos de otra forma, pero en esta ocasión no parecía existir dicha opción.

Mientras Toma seguía avanzando paralelo a la casa, llegaron a sus oídos nuevas instrucciones.

—Mira hacia el lado izquierdo de la casa.

Allí estaba la otra pareja. Cuando Toma miró en la dirección que le indicaron, el espejismo ya había advertido el contraataque y se movía con rapidez. En el instante en que Toma abarcó la silueta dentro de su campo de visión, de nuevo ambos tripulantes fueron alcanzados en la garganta por certeros disparos, cayendo del espejismo como si los arrancasen. Al igual que antes, tras algunas convulsiones, los dos hombres yacieron inmóviles. Los dos Maschief se acercaron a los caídos guiándose por los sensores concentrados en torno a la nariz, como si olfatearan. Aparentemente, los Maschief habían verificado la muerte de aquellos hombres porque achataron su estructura y, con una postura y una velocidad imposibles en caso de que llevasen tripulantes humanos, echaron a correr en dirección a Memphis. Una vez que los Maschief se perdieron de vista, la señal de peligro que aparecía en el salpicadero se apagó.

Toma dio media vuelta con el Tesla para regresar hacia la casa de los Jones y una mujer con un rifle de aspecto antiguo abrió la puerta del recibidor y se quedó esperando.

—¿Eres Rachel?

—Así es. ¿Puedes ayudarme?

Rachel hizo un gesto a Toma con la mano para que se acercase y, usando el rifle, señaló a uno de los hombres caídos.

—Supongo que no será muy agradable, pero ¿te importaría tirar del brazo de este tipo y volverlo bocarriba? Tiene que estar muerto, pero si por un casual se mueve, antes de que te haga nada, lo mataré con toda seguridad; así que no te preocupes.

Toma se bajó del Tesla y, tal y como le decían, agarró el brazo del cadáver y lo colocó bocarriba. Dado que llevaba todo el cuerpo recubierto de una coraza y un casco que le cubría incluso el rostro, al principio le resultó un poco difícil, pero una vez que consiguió determinar el centro de gravedad, el resto fue fácil.

—Se te da bien, ¿eh?

—Es que practico *jujutsu*…

—Ya veo. Los ingenieros de San Francisco tienen esas cosas.

Toma forzó una sonrisa ante la suave ironía. Para un combatiente profesional, el que un ingeniero de la costa oeste estuviera familiarizado con técnicas de *jujutsu* debía de parecerle como jugar a las cocinitas.

—¿Y el señor Sakoda?

—¿Jake? Pues andaba consolando a los padres de Jasper…

Rachel miró hacia atrás y entonces Sakoda se acercó a la puerta con una acusada palidez en sus facciones.

—¿Qué es todo esto?

—Estos son los tipos que venían a atacarnos —contestó Rachel como restándole importancia—. Iban montados en unos Maschief y provistos con fusiles automáticos de combate con doble cargador, los FAR-15.

Sakoda clavó la mirada en Rachel.

—¿Y entonces?

—Los apunté con la cámara de Toma y los abatí —explicó Rachel alzando el rifle que llevaba en la mano—. En esta arma solo había cinco balas y no hay por qué ser blandos con un contrincante que usa armamento ilegal; así que disparé con intención de matarlos.

Cuando terminó de hablar, Rachel se dirigió al cadáver que Toma había puesto bocarriba y se arrodilló junto a él. Rachel le extrajo un cargador corto del bolsillo grande de la pechera y, tras comprobar su munición, soltó un silbido.

—Pero ¿qué tenemos aquí? ¿Pues no son balas guiadas?

—¿Qué sucede? —preguntó Toma.

—Pues que son las balas que utilizamos los destacamentos ORGAN, pero no están formateadas. En un establecimiento corriente no pueden adquirirse, por lo que quizá se las haya dado algún miembro de los ORGAN. ¿Las llevaría a modo de amuleto?

Rachel se metió el cargador en el bolsillo lateral de su pantalón de faena y registró el resto de los bolsillos del hombre de negro.

Toma agarró del brazo a Sakoda, al constatar con preocupación que el periodista, impactado por la despreocupación con que se comportaba Rachel, se tambaleaba al tiempo que abría y cerraba la boca.

—¿Se encuentra bien?

Sakoda escrutó unos instantes el rostro de Toma antes de contestar.

—Usted es Toma, ¿verdad? ¿Está acostumbrado a estas cosas?

—No, es la primera vez que veo morir a alguien. Pero…

—Perdón —cortó Sakoda apartando el brazo del joven—. ¡Rachel! ¿Qué estás haciendo?

Rachel, de rodillas junto al cadáver, se había enfundado en las manos sendos guantes de plástico y ahora empuñaba un cuchillo de uso múltiple color negro.

—¿Que qué hago? —contestó Rachel sin girarse—. Este FAR-15 es un modelo para uso de empresas militares privadas. Pero estos tipos no llevan el emblema de ninguna de ellas. Por eso, voy a leer uno de sus implantes.

Rachel agarró un brazo del cadáver y acto seguido hundió el cuchillo en su muñeca, comenzando a cortar. La hoja avanzó un poco y enseguida salió una capsulita envuelta en silicona, que Rachel hizo caer en la palma de su mano.

—No seas loca, déjalo… —comenzó a decir Sakoda.

Entonces, cayó de rodillas y vació todo el contenido de su estómago en el porche de la entrada. Al momento se expandió un olor donde se mezclaba la acidez de los jugos gástricos con el pavo asado.

—Jake, lo mismo te digo —dijo Rachel con voz áspera—. ¿Pero qué haces? Si quieres vomitar, adelante, pero por lo menos hazlo en el lado trasero de la casa.

Sakoda, que se estaba tapando la boca con la mano, quería protestar, pero tuvo que conformarse con lanzar una mirada de furia hacia Rachel. Ella, en cambio, le señaló al matrimonio, que acababa de salir para ver qué sucedía en el exterior.

—¿No te das cuenta? Estás causando una molestia a Maurice y Michelle. El dispositivo de seguridad de la terraza habrá dado la alarma, por lo que dentro de una hora estará aquí el *sheriff*. Hay que pensar qué explicación se puede dar a esto, así que no aumentes el trabajo con cosas innecesarias. Si quieres seguir vomitando, vete a la parte de atrás.

Sakoda murmuró un «Entendido» y, tras ponerse en pie, se fue tambaleante hacia el lado posterior de la casa. Michelle se fue con una toalla detrás de él.

El esposo, después de mirar cómo su mujer se alejaba, frunció el ceño al ver la trágica escena que ofrecía su jardín.

—Esto va a traer problemas. Rachel, devuélveme el rifle, por favor.

Maurice recogió el rifle de manos de Rachel y, tras comprobar que quedaba todavía una bala en su interior, pisó el codo del cadáver que examinaba ella y voló de un disparo la muñeca.

—He hecho desaparecer el corte.

—Muchas gracias —agradeció Rachel, alargando después hacia Toma el guante de plástico con el implante.

—¿Puedes leerlo?

Toma abrió con precaución el guante que ahora estaba vuelto del revés y examinó el implante. Era un producto estándar, destinado a servir de ayuda para activar mediante gestos determinadas funciones del visualizador por capas. En la mayoría de las personas, incluía también el registro del número de identificación médico con detalles como el tipo sanguíneo y el contacto de emergencia. Como además Rachel puso a disposición de Toma su conector de fibra de la BAN (red de área corporal), pudo conectarse con el implante extraído.

—No hubiera hecho falta sacarlo del cuerpo —opinó Toma.

—Nada de eso —se opuso Rachel tocando con la punta de una uña el vientre del cadáver—. El módulo de comunicación de este tipo todavía se halla activo. Si conectásemos con él a través de la BAN, tu información también sería compartida, ¿no?

—Ah, pues es verdad —admitió Toma comprendiendo que los soldados sabían mucho de esas cosas—. Bueno, voy a probar. Aunque me gustaría desinfectarlo…

—Yo me encargaré —terció Maurice interrumpiendo a Toma y arrebatándole el implante.

Acto seguido, lo roció con el espray de alcohol que había junto al recibidor y quitó la sangre y la fibra muscular que tenía alrededor.

—¿Te parece bien así?

Toma cogió el chip que le mostraban.

—Sí, está bien.

Tras humedecer con saliva su propia muñeca, en la zona donde él también llevaba un implante, Toma colocó allí el conector de la BAN que acababan de darle. Cualquiera podía establecer una comunicación a través de la piel, pero para activar un chip «muerto» de manera que se comunicase a través de la piel, hacía falta cierta maña. Al parecer, también influía la compatibilidad corporal de cada cual con la BAN. Después de respirar hondo, en un ángulo del campo de visión de Toma comenzó a parpadear la señal indicadora de que un nuevo chip se había conectado a la BAN que él tenía.

—He podido leerlo. Lo comparto a través del visualizador por capas. Voz. Activo comando. «tail ¯n l /var/log/ban.log ¥> scratchpad-out».

Apenas había terminado de hablar cuando apareció ante sus ojos una fila de caracteres de unos tres metros de larga.

«19th Jul 245144915localbody connect (){“Id”:”46FJM-TJEMGWDL-4L9U5”,”device_id”:”99XTK-T44PU5RS-MWBF4”,”vendor_id”:024……}».

—Eh, pero qué largo… —exclamó Rachel.

Si se distribuía de manera que resultase fácil de leer, debía de ocupar unas tres hojas de papel tamaño legal, pero el único que iba a leer el código resultante sería Toma. No había necesidad de tomarse mayores molestias.

—¿Cuál es la parte que quieres leer?

Rachel contestó sin la menor duda.

—La información médica. Los guardias armados siempre llevan en su identificación el contacto de su empresa.

—¿No se guarda en secreto o cifrada?

—Ten en cuenta que, en caso de resultar herido, debe poder verla el personal médico del lugar del combate. Contiene información sobre el tipo sanguíneo o alergias y, lo más importante, sobre el seguro médico. Con eso se puede decidir hasta qué punto aplicar tratamientos que prolonguen su vida.

—Ah, entiendo.

Toma fue recorriendo con la vista aquellas filas de caracteres y extrajo un grupo de datos que brillaban con color naranja.

—He encontrado la fecha de nacimiento, el tipo sanguíneo, las alergias, el historial médico y el seguro. También un número de teléfono. ¿Probamos a llamar?

No recibió respuesta. Toma se volvió y clavó la vista en el número de teléfono suspendido en el espacio entre los dedos pulgar e índice de Rachel.

—Sí, ese número es. ¿Cuándo lo has copiado?

—Este es el número de teléfono de mi compañía de seguros.

—¿Qué? —se sorprendió Toma.

A espaldas del perplejo Toma, sonó la voz de Sakoda.

—Es decir, que estos tipos también pertenecen a Goodfellows, ¿no?

Una vez vomitado, debía de volver a sentirse bien, porque sus ojos habían recuperado el brillo. A su lado venía Michelle, que lo miraba todavía con semblante preocupado. Maurice, que había ido a comprobar los otros tres cadáveres, regresaba también detrás de la pareja.

—Eso mismo —contestó Rachel alzando la vista hacia el cielo de levante.

Sakoda la imitó. Toma, a su vez, siguió la vista de ambos y descubrió que en el espacio entre las copas de unos árboles relucía un objeto artificial color blanco. Maurice y Michelle también miraron

hacia allí, pero al parecer no vieron nada, porque escrutaron preocupados los rostros de los otros tres.

—¿Sucedió algo en la Aguja? —preguntó Toma.

Maurice escupió en el suelo.

—La residencia de ancianos de los racistas.

Rachel se rio y luego procedió a explicar a Toma.

—Jack y yo fuimos ayer y su servicio de vigilancia pertenece también a Goodfellows.

—En otras palabras, que os están persiguiendo… —dijo Maurice mirando a Sakoda y a Rachel con expresión alarmada.

—Eso creo —asintió Sakoda como si se disculpara.

—Yo estaba convencido de que era gente que buscaba robarnos nuestra indemnización —contestó Maurice mirando hacia la casa—. Bueno, esa es la explicación que podemos dar.

Maurice sacó un teléfono móvil con la mano que le dejaba libre el rifle y, tras llamar a un número de emergencias, se llevó el aparato al oído.

—Ha habido un tiroteo. Mi nombre es Maurice Jones. ¿Conoce el sendero Simmons? Sí, eso es, el camino que sale de la carretera 54, junto a la iglesia de Grand Dad. Mi casa es la que se ve en quinto lugar. Acabo de sufrir un ataque por parte de guardias de seguridad desmandados. Aunque he conseguido repelerlos. ¿Que por qué me han atacado? La verdad es que tenemos en casa una gran cantidad de dinero. Es muy largo de explicar ahora, pero se trata de un importe que un amigo de mi hijo nos acaba de traer esta mañana desde un banco de Memphis. Un poco más de diez millones de dólares, calculo, y al parecer esta gente venía tras el dinero.

—Señor Jones… —comenzó Sakoda.

Maurice señaló con el índice el Ford del periodista y, mientras seguía hablando por teléfono, movió la mano como diciendo «Marchaos, deprisa».

—Venían con fusiles automáticos, así que no me quedó más remedio que dispararles con mi Winchester. ¿Que quiénes son? Eso

averígüenlo ustedes. Iban vestidos de negro. Dejé los cuerpos tal cual cayeron.

Maurice miró unos segundos la pantalla del teléfono y después pulsó el botón de colgar. Su mirada fue pasando de Sakoda a Rachel y luego a Toma.

—Por lo visto vendrán aquí a toda prisa. Vamos, marchaos antes de que os veáis en problemas.

—¿Está seguro?

—Sí, no importa. Hay que darles una lección a esos tipos de la Aguja, que se creen que pueden hacer lo que quieran.

—De acuerdo —contestó Sakoda con una reverencia.

Maurice le dio unos golpecitos en el hombro y luego extendió la mano hacia Toma para estrechársela.

—Ahora que caigo, no nos hemos presentado. Mi nombre es Maurice Jones.

Toma devolvió el apretón a la manaza del hombre.

—Muchas gracias. Yo soy Toma Knut.

—Knut… ¿De origen escandinavo?

Toma se agarró un mechón de sus negros cabellos.

—Tengo el aspecto que ve, pero mis padres naturales son dos noruegos pelirrojos como vikingos.

—Vaya, qué coincidencia.

Maurice mostró a Toma la pantalla de su teléfono móvil. En la imagen del protector, un joven con ojos color azul cielo y cabellos rubios desplegaba una radiante sonrisa.

—¿Es usted el padre del capitán Jones?

—El mismo que viste y calza. Y esta es su madre.

Maurice pasó su fornido brazo por los hombros de Michelle y la atrajo hacia sí.

—¿Verdad que son idénticos?

Toma asintió. Sucedía lo mismo con él, así como con An Ho y Marsha. Si se obviaban detalles tan vistosos como el color de la piel o del pelo y se examinaban con atención las facciones, en la forma

de las orejas o de la nariz se podía rastrear la presencia de una relación sanguínea.

—¿Usted también, Toma? —inquirió Sakoda.

—¿Pasa algo conmigo?

—No, es que Rachel también…

—Un momento —terció Rachel interrumpiendo a Sakoda.

Rachel entrecerró los ojos y escrutó la arboleda. Era la dirección en que se habían marchado los dos Maschief.

—Viene alguien y no es la policía.

Toma clavó la vista en la arboleda que miraba Rachel. Algo detrás de aquellos árboles producía una sensación extraña. Probó a hacer una ampliación con su visualizador por capas y se dio cuenta de qué era lo que había llamado la atención de Rachel. Un espejismo cruzaba por detrás de la fila de árboles.

—Son los refuerzos —apuntó Rachel—. Y son muchos. Separémonos en dos grupos. ¿Nos dejas usar tu Tesla? ¿Cuánta batería tiene?

—Por supuesto. Puede recorrer todavía unos trescientos kilómetros.

Rachel se volvió hacia los esposos Jones.

—Huyan en el Tesla. Parece que esa gente todavía no se ha dado por vencida.

—¿Qué… qué sucede? —preguntó Maurice entrecerrando los ojos para mirar hacia la arboleda.

Movió el rifle con intención de apuntar hacia allí, pero Rachel detuvo su brazo y le quitó el arma.

—Seguramente no podrán verlo, pero vienen compañeros de esos tipos. Creo que somos nosotros quienes les interesamos. Pero, por si acaso, quiero que se marchen ustedes también.

—De acuerdo. Pero a ese rifle ya no le quedan balas.

—No importa. Toma, ¿a dónde podemos hacer que huyan?

Toma desplegó un mapa con su visualizador por capas.

—Si van hacia el norte por la senda que sale de la granja de detrás, en cosa de una hora entrarían en el estado de Kentucky. En

la ciudad más próxima, Fulton, habrá muchos ojos mirando. Voy a sacar mis cosas del coche.

Toma corrió hacia el Tesla y, tirando de la bolsa de lona para viajes que tenía en el asiento trasero, la sacó y la dejó caer en el suelo.

—¡Jake, sube a los dos en el Tesla! —gritó Rachel.

—¿Qué? Sí, voy.

Sakoda acompañó al matrimonio tal y como le decían, empujando suavemente a Maurice con una mano en el hombro y agarrando una mano de Michelle con la otra. Toma, todavía con la puerta abierta, miró hacia Rachel pidiendo confirmación.

—¿Los dos en el asiento de atrás?

—Por supuesto —contestó ella.

Una vez Maurice estuvo acomodado dentro, Rachel les pidió que se abrocharan los cinturones. En el lado contrario del vehículo, Sakoda ayudaba a subir a Michelle.

—Jake, tráeles el dinero. Con un maletín tendrán suficiente.

Sakoda miró a derecha e izquierda y corrió hacia la casa, volviendo con un maletín que parecía pesarle bastante.

—No aflojen los cinturones de seguridad. Si el coche emite una alarma, bajen las cabezas. Dejen en todo momento la conducción cien por cien automática y no se les ocurra intentar manejar el volante.

—Entendido. Bien, entonces…

Rachel interrumpió la despedida de Maurice embutiendo en el vehículo a toda prisa el maletín que le traía Sakoda y cerrando la puerta al instante.

—Toma, da las órdenes.

—Tesla, lleva a los dos hasta Fulton, en el estado de Kentucky.

El Tesla, que ya había detectado el peligro, dejó oír el zumbido del condensador y, arrancando bruscamente, se lanzó hacia la granja contigua a la casa de los Jones. El espejismo que acechaba entre los árboles dio muestras de titubear, pero cuando Rachel apuntó hacia

allí con el rifle de Maurice, se paró en seco y, acto seguido, comenzó a dirigirse hacia ellos.

—Jake, ¿qué haces ahí parado? —gritó Rachel tirando del brazo de Sakoda—. ¡Nosotros también tenemos que huir! ¡Vete detrás de Toma!

Toma acababa de recoger su bolsa del suelo y ya corría hacia el Ford. Se tambaleaba por el peso de la bolsa, y Rachel lo alcanzó enseguida.

—Con todo lo que está pasando, es de agradecer la sangre fría que demuestras.

Toma negó con la cabeza. Era el primer día que presenciaba cómo mataban a alguien ante sus propios ojos. Nunca pensó que, al igual que sucedía cuando veía filmaciones de escenas similares, su mente fuera capaz de aplicar un filtro de distanciamiento.

Rachel, que llegó la primera de todos al Ford, agarró la manilla de la puerta del copiloto y gritó:

—¡Jake! ¡Desbloquea la llave!

10

—Se acercan —avisó Rachel echando un vistazo al espejo retrovisor.

La tensión recorrió el interior del vehículo. Sakoda, en el asiento del piloto, agarró con más fuerza el volante y Toma, en la parte de atrás, pareció encogerse.

Alejándose de la casa de los Jones, el Ford Explorer dejó atrás sin mayor dificultad a los Maschief ocultos por el camuflaje óptico. Cuando iban sin carga, podían alcanzar una velocidad máxima de unos 80 kilómetros por hora, pero cuando llevaban a alguien a bordo, lo más que podían correr era a 50.

Una vez que salieron a la carretera nacional 55, cambiaron a modalidad de conducción automática para dedicarse a intercambiar información, pero enseguida advirtieron que un camión de gran tamaño los seguía. La parte de la caja consistía en un contenedor blindado de veinte toneladas como los que usaba Goodfellows en los escenarios de batalla para transportar diversos materiales. Podía albergar una carlinga para transporte de soldados y hasta seis Maschief.

Rachel notó que Toma se movía a su espalda. Al darse la vuelta, vio que el joven levantaba la cabeza con precaución para mirar por el cristal trasero.

—Han esperado a que oscureciera —comentó Toma con voz tranquila.

En casa de los Jones ya les había extrañado, pero a pesar de que se trataba de un ingeniero informático que no había recibido ningún entrenamiento especial, aunque tuviese un tiroteo ante sus

ojos, viera cómo le volaban la mano a un cadáver o, incluso, aunque él mismo se hubiera convertido en posible blanco de un ataque, mantenía la sangre fría escuchando lo que tuviera que decir Rachel y decidiendo las prioridades a la hora de actuar.

Ahora Sakoda también mantenía la calma, porque se había tomado una Stonaicina, que era un antiexcitante, con lo que apaciguaba el miedo a un posible ataque, pero por lo visto Toma podía mantenerse igual sin necesidad de fármacos. Igual que Rachel.

—También han sabido escoger la ruta —observó Rachel señalando el suelo del Ford, que temblequeaba—. En los caminos malos, los Maschief pueden moverse más deprisa que un automóvil.

—Lo siento —se disculpó Sakoda—. No pensé que el navegador careciera de la información sobre las obras de mantenimiento. Al parecer nos espera camino en malas condiciones durante unos diez minutos.

—Qué se le va a hacer —le consoló Rachel.

Sucedía con frecuencia en lugares que pertenecieron a los Territorios Libres, pero incluso en carreteras nacionales como esta, la número 55, el mantenimiento dejaba mucho que desear, y además ahora entraban en una zona que carecía de alumbrado.

Toma volvió a echar una ojeada por el cristal trasero.

—Han acortado mucho la distancia.

Los potentes faros LED de la parte delantera del camión ya se veían muy cerca.

—¿Podemos aumentar la distancia? —preguntó Rachel.

Sakoda negó con la cabeza.

—Con la conducción automática, el máximo al que podemos ir son cuarenta y cinco kilómetros por hora. Es el límite. Y si conduzco yo, quizá menos.

Rachel suspiró. Parece que no quedaba más remedio que luchar ahí. Seguramente la contraparte estaba pensando lo mismo.

En un instante, el interior del vehículo quedó sumido en la oscuridad. El camión que venía pegado a ellos había apagado sus

faros.

En el asiento trasero, a Toma se le escapó un pequeño grito.

—Cierra los ojos un momento y haz que se acostumbren a la oscuridad —indicó Rachel.

—Vale.

Tras detectar por su voz que había recuperado la serenidad, la joven dio unos golpecitos en el hombro a Sakoda, sentado junto a ella.

—Jake, apaguemos también nosotros la luz.

—¡Pero qué dices!

Ignorando las protestas del periodista, Rachel alargó un brazo y apagó tanto los faros del frente como el resto de pequeñas luces.

—Vamos con conducción automática, confía en el coche. Toma, ¿puedes pasarme un arma?

—¿Cuál?

—El FAR-15. El segundo estuche empezando por arriba.

Según terminaba de decirlo, Rachel se dio cuenta de un problema. En el estuche venía escrito en ostentosas letras «FAR-15», pero ahora que se encontraban a oscuras, iba a ser complicado encontrarlo.

—Toma, ¿lo encuentras? Es el estuche más grande. El agarre del fusil no es de madera, sino…

—Aquí lo tienes.

Antes de que pudiera finalizar su explicación, Rachel se encontró con el agarre del FAR-15 tocando su mano. Pese a la oscuridad reinante en el vehículo, Toma había conseguido que Rachel tuviera en sus manos el arma que pedía.

—Gracias.

Mientras pensaba en lo extraño que resultaba, Rachel comprobó el seguro y el cargador. Después, tiró del cerrojo, enviando la primera bala a la recámara. En teoría, debería haber veinte proyectiles.

—¿Sabrás encontrar un cargador de repuesto? Están en la bolsa que hay a tus pies. Alguno que sea largo.

Se oyó un ruido de alguien removiendo cosas y un poco después un objeto frío tocó la mano izquierda de Rachel.

—¿Será esto?

Rachel lo agarró y comprobó que, efectivamente, era un cargador largo para FAR-15.

—¿Eres capaz de verlo?

—¿Eh? ¿Me he equivocado?

—Lo digo porque has acertado. En medio de toda esta oscuridad, has sido capaz de ver el cargador, ¿no?

Rachel notó que Toma contenía el aliento.

—Hay otros tres cargadores. ¿Quieres que los deje de manera que puedan usarse enseguida?

Tras asentir, Rachel sintió cómo un cuerpo cálido se movía hacia la bolsa del suelo para después volver a hundirse en el asiento trasero. Toma, en medio de la oscuridad, podía distinguir los movimientos de Rachel. La joven estaba enrollándose la correa portafusil en la muñeca izquierda mientras recordaba que muchos compañeros suyos podían ver en la oscuridad.

—Ya hablaremos después acerca de tu capacidad visual —dijo Rachel estirando la espalda al tiempo que dirigía la vista hacia el cristal trasero, donde no había sino oscuridad.

Al momento entrecerró los ojos como deslumbrada. Los estaban iluminando con una gran fuente de calor. Rachel señaló la ventana y, a sabiendas de que Toma sabría distinguirlo, dijo:

—Nos están iluminando con un foco de luz infrarroja.

—Así que este resplandor venía de un foco de esos…

—¿Puedes determinar el origen de la luz? Mira bien a izquierda y derecha.

Rachel sintió cómo en el congestionado aire del asiento trasero el calor del cuerpo de Toma se desplazaba hasta interceptar la fuente de calor que irradiaba desde la ventana trasera. Al parecer, Toma verificaba no solo los laterales, sino también la parte trasera.

—Sí, puedo verlo. A izquierda y derecha del camión han surgido dos Maschief. Al igual que al mediodía, van subidos dos tripulantes

en cada uno.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Sakoda sorprendido, pasando a tutearlo. Yo no veo nada.

—No te preocupes, Jake. Tú no sueltes el volante.

—Toma, voy a abrir mi ventana. Cuando los Maschief aceleren, grita si es el de la izquierda o el de la derecha. Y si todavía te sobra tiempo, cuéntame también sobre lo que veas delante de nosotros.

—Entendido.

El Ford iba bajando de velocidad.

—¡Jake, mantén la velocidad!

—Imposible. El pavimento se encuentra en muy mal estado…

Un grito de Toma le interrumpió.

—¡Tenemos un bache delante! ¡Agarraos!

En el instante en que Rachel se agarró con fuerza al cinturón de seguridad, el Ford disminuyó bruscamente de velocidad hasta la que tendría una persona al correr y con eso consiguió cruzar lentamente el bache. Toma volvió a gritar.

—¡Se acercan los Maschief! Por la izquierda y la derecha al mismo tiempo.

—¡Jake! ¡Acelera como sea!

—De acuerdo. Ford, nivel 2 de conducción automática. Mantente dentro del mismo carril.

Rachel silbó y Sakoda pisó el acelerador. En el nivel 2, el sistema se limitaba a prestar una serie de apoyos al conductor, pero básicamente toda la responsabilidad recaía en manos humanas. Rachel abrió su ventanilla.

—Los Maschief nos alcanzarán en tres segundos. Tres, dos…

Rachel comprobó el panorama en el lado exterior de la ventana. La sombra bañada por una radiación calorífica se acercaba. La joven desbloqueó el seguro del FAR-15 con el pulgar y, tras abrir la puerta de una patada, disparó una ráfaga hacia el lugar donde debía de sentarse el conductor del Maschief.

Las máquinas quedaron iluminadas por el resplandor procedente de la boca del arma de Rachel y gracias a eso, durante

un segundo, pudieron verse unas figuras humanas cayendo.

—Los de la derecha, eliminados. Ahora se acerca el Maschief de la izquierda.

—¡Baja la cabeza!

Casi al mismo tiempo que Rachel empujaba hacia abajo con su mano la cabeza de Sakoda, el interior del vehículo se iluminó con los fogonazos de unos disparos que hicieron añicos la ventanilla contigua al conductor. Rachel, que también se había agachado, se incorporó en el instante en que cesó la ráfaga y disparó contra las figuras que se veían al otro lado del hueco de la ventana.

—El tirador de la izquierda también ha caído. El Maschief va quedando atrás.

—¿Has acabado con ellos? —preguntó Sakoda.

—Voy a desabrochar el cinturón de seguridad. ¿Y ahora?

Tras avisar a Sakoda, Rachel se enrolló el cinturón de seguridad en torno al brazo derecho.

—Han salido otros dos Maschief por cada lado. Corren paralelos los unos a los otros.

—Entendido —contestó Rachel encajando la culata del FAR-15 bajo su axila izquierda para, acto seguido, asomar el cuerpo fuera del coche.

Sakoda, intuyendo lo que pretendía hacer, gritó con nerviosismo.

—¡Eh! ¡No hagas eso!

Rachel, sin hacer caso, apretó el gatillo apuntando hacia la masa que interceptaba la luz de los focos. La primera ráfaga erró el blanco, pero gracias a la luz que proporcionaron los fogonazos, los Maschief se distinguieron con mayor claridad y con eso la siguiente andanada alcanzó mayor precisión. Rachel vislumbró unas figuras humanas cayendo. Toma se lo confirmó al momento.

—Los conductores de los Maschief de la derecha han sido abatidos. Los tiradores han caído a tierra.

—¿Y los de la izquierda?

—Retroceden.

Rachel advirtió que el bamboleo del coche disminuía.

—¡Jake, hay que huir! Enciende las luces.

Rachel volvió a su asiento y cerró la puerta. Un instante después, el Ford, con los faros delanteros ya encendidos, aceleró de golpe, saliendo disparado. En el interior del vehículo, iluminado por las luces LED del salpicadero, Rachel puso el seguro del FAR-15 y, tras quitar el cargador, alargó el arma hacia Toma.

Toma recogió el fusil y sacó la cabeza por una de las ventanillas laterales, que había abierto antes en algún momento. Miró hacia atrás.

—El camión se ha parado y están recogiendo a los caídos.

Rachel comprobó por el espejo retrovisor la escena que miraba Toma. Ya era noche cerrada.

—Oye, Rachel, una pregunta…

—¿Qué?

—¿Apenas puedes ver en la oscuridad? —inquirió Toma sin dejar de mirar hacia atrás.

—Solo puedo ver las cosas muy difusamente. Pero entre mis compañeros no escaseaban los que podían ver la luz infrarroja.

—Un momento —interrumpió Sakoda—. Con lo de «compañeros», ¿te refieres a los del destacamento de Jones?

Rachel negó con la cabeza.

—También entre los demás. Los miembros de los destacamentos ORGAN de Goodfellows podían sentir todos la luz infrarroja. Aunque no todos en el mismo grado.

Toma señaló hacia atrás.

—Yo puedo distinguir con claridad el camión, los Maschief y los cuerpos caídos en el suelo.

—Impresionante —contestó Rachel—. Yo a lo más que llego es a distinguir la fuente de luz de los focos.

—Lo normal es no verlo —terció Sakoda con voz seca.

—Sí, perdón —se excusó Rachel con la sensación de haber masticado algo amargo.

Tendía a olvidarlo, pero no era normal poder ver la luz infrarroja. Rachel apartó la vista de la luminosidad del foco de rayos infrarrojos que iba quedando atrás y volvió a mirar hacia la oscuridad en la que se iba adentrando el Ford.

—Jasper y Rose solo podían percibirla en un grado similar al mío. Ahora que lo pienso…, Yulia o Haoran Li podían verla mejor, así que quizá se capte mejor cuanto más joven eres.

Toma puso una mano en el respaldo del asiento del copiloto.

—Te refieres al capitán Jones y la alférez Said, ¿verdad? Entonces, como pensaba, las personas de mayor veteranía no pueden verla con tanta claridad. En nuestra empresa sucede lo mismo. Cuanto más jóvenes, mejor podemos ver.

—¿Cómo dices? —prorrumpió Sakoda—. ¿Qué significa eso? ¿Quieres decir que también en COVFE podéis ver la luz infrarroja, sobre todo los empleados más jóvenes?

Toma asintió.

—Sí. Cuando probamos la cámara 3D que usamos en las reuniones telemáticas mediante *queuechouvue*, los empleados jóvenes podíamos ver con nitidez el retículo resultante. Pero la directora simplemente dijo que la deslumbraba.

—¿Pero qué es todo esto? —exclamó Sakoda frotándose la cabeza con una mano—. Que si rayos infrarrojos, que si nervios tan insensibles que no necesitan tranquilizantes y luego eso del color de la piel diferente del de los padres…

—¿El color de la piel? —preguntó Toma—. ¿Queréis decir que, entre vosotros, el caso del capitán no era el único?

Rachel se giró hacia los asientos traseros.

Se enredó un dedo en los rizos del pelo ausentes en sus padres e hizo un teatral guiño en el que resaltaba el doble párpado al estilo occidental de sus ojos. El interior del vehículo permanecía oscuro, pero Toma no debía de encontrar ninguna dificultad en distinguir con nitidez aquellos movimientos.

—Efectivamente. Yo soy una estadounidense de origen chino.

Toma se revolvió inquieto en su asiento. Sakoda suspiró y, sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

—Vamos a descansar en alguna parte. Tengo muchas preguntas.

11

Rachel y los suyos detuvieron el Ford frente a un restaurante del municipio de Elliot, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de donde habían sufrido el ataque de los Maschief. Dando al lado trasero del local, se hallaba Camp McCain, una instalación del ejército federal del estado de Mississippi.

Habían dado parte a la policía del tiroteo en la carretera 55, pero puesto que en la práctica el lugar de los hechos constituía un territorio fuera de la ley, al no estar claro de quién era la competencia y que los denunciantes, Sakoda y compañía, no habían sufrido daños, no parecía que los receptores de la llamada sintieran mucha necesidad de actuar. Los atacantes, por su parte, debían de haber calculado también dicho aspecto, porque el vehículo no presentaba impactos de bala. El único daño que se podía acreditar era la rotura de la ventanilla contigua al asiento del conductor.

Mientras que dejaba la conducción en manos de Rachel, Sakoda había descrito por encima los pormenores del ataque a la compañía de seguros y fue entonces cuando entre ella y Toma concluyeron que, hallándose cerca de la base militar, Goodfellows no se arriesgaría a ninguna barbaridad. De ahí que escogieran aquel establecimiento para concederse una pausa.

Todo apuntaba a que la elección resultó un acierto.

El local estaba abierto las veinticuatro horas y la cristalera que daba al lado frontal aparecía recubierta de pegatinas y fotos de temática militar, lo que dificultaba la visión del interior. Para mayor ventaja, contiguo al restaurante se alzaba un motel de unas cien

habitaciones, que por lo general usaban aquellos que guardaban alguna relación con la base, y había bastantes vehículos estacionados en el aparcamiento. Incluso se veían otros dos Ford Explorer del mismo modelo que el suyo.

Tras dejar el coche en el aparcamiento, el grupo de Sakoda reservó tres habitaciones en el motel y se fue al restaurante.

Los escasos y dispersos asientos ocupados lo estaban por soldados federales que aguardaban el momento de entrar en su turno de madrugada. Vestían el mismo uniforme de faena que la infantería del gobierno federal y estaban viendo las noticias de la Fox que desfilaban en la gran pantalla de televisión que ocupaba casi toda la pared del fondo. El local se hallaba en silencio. Puesto que el sonido del televisor se transmitía a cada cual por la capa compartida del *queuechouvue*, las noticias llegaban solo a quien quisiera escucharlas.

Acomodado en la barra, Sakoda esperaba las bebidas encargadas mientras rememoraba los dos ataques. El primero, en casa de los Jones, mediante dos Maschief y cuatro hombres armados, y el segundo con otras seis unidades en plena noche, ya en la carretera. En el primer caso, gracias a la información del seguro médico encontrada en un implante, descubrieron que los asaltantes pertenecían a Goodfellows. Sin duda, así sucedería también en el segundo caso.

Considerando el momento en que se presentaron, era bastante probable que se tratara de personal de vigilancia de Torre Donelson y el único que podía guardar relación con el incidente era Geppetto Faruqi, pero no comprendía cuál podía ser el motivo, por más vueltas que le daba. No le habían contado nada al doctor del pago de las indemnizaciones, pero de todas maneras resultaba arduo creer que su intención fuera el robo. Doce millones de dólares suponían una cantidad con la que se podía vivir sin trabajar hasta que uno muriera, pero para movilizar un total de ocho Maschief, tenía que existir toda una organización detrás.

No era eso lo único en lo que había que pensar. También tenía que terminar de ordenar la entrevista del matrimonio Jones y tanto el modo en que, valiéndose del *queuechouvue*, Rachel había conseguido acertar a los atacantes, oculta tras las cortinas, como todo lo que ella contó acerca de los miembros de los destacamentos ORGAN de Goodfellows eran cuestiones que sobrepasaban con mucho su sentido común.

Aparte, también quería hacer no pocas preguntas a su nuevo compañero de viaje, Toma Knut. Un hombre que poseía particularidades raciales diferentes de las de sus padres y una, digamos, constitución que le permitía ver la luz infrarroja. Ya solo por esas concomitancias con Rachel era para sorprenderse, pero es que además decía que sus compañeros de trabajo también presentaban similares atributos.

También debían deliberar acerca de la ruta de viaje que seguirían en adelante. Además, tampoco era cuestión de seguir viajando en el Ford Explorer con una ventana rota y, puesto que Toma tendría que volver a San Francisco, surgía la necesidad de replantearse el orden por el que irían entregando las indemnizaciones.

Mientras paseaba la vista por los soldados absortos en el televisor, Sakoda dejó escapar un suspiro de alivio. Por fin disponía de tiempo para pensar las cosas con calma.

Frente a Sakoda colocaron una bandeja con el Seven Up que había pedido él junto con el refresco de cola de Rachel y el agua mineral de Toma, más tres vasos enormes. Sakoda llevó la bandeja hasta la mesa donde se sentaban Rachel y Toma en asientos contiguos, y escogió para sí mismo una silla del lado opuesto. En el centro de la mesa ya se veían las hamburguesas que habían pedido para los tres.

Sakoda había elegido la opción de la que más hacía gala el menú del restaurante, una hamburguesa de tres capas, compuesta por una gruesa rebanada de carne, una de paté y una de queso; Rachel, una con carne, paté, beicon, lechuga y tomate; y, por

último, Toma, una de carne y aguacate. Aparte, en el centro de la mesa les habían servido también macarrones con queso y una gran fuente de patatas fritas. Mientras repartía los vasos, Sakoda pensó que las hamburguesas elegidas reflejaban la personalidad de cada uno. Finalmente, alargó la mano hacia su hamburguesa.

—¡Ay, que me abraso!

—No me ha dado tiempo a avisarte —se excusó Rachel—. En esta cadena de locales, calientan también el pan.

Toma asintió. En ese momento se disponía a agarrar su hamburguesa con una funda doble de papel antigrasa.

Sakoda procedió a enfriarse los dedos con las gotitas de agua condensadas en la cara exterior de su vaso mientras se dirigía a los otros dos.

—Volviendo a lo de antes. ¿Podéis saber también si algo está caliente o no solo con mirarlo?

Rachel se encogió de hombros.

—¿Te refieres a estas hamburguesas?

—Sí, por ejemplo. Me preguntaba de qué manera veis una hamburguesa recién hecha. No me hago una idea concreta de lo que supone ver la luz infrarroja.

Rachel clavó la mirada en su hamburguesa y después, con aire burlón, agitó la mano en gesto negativo.

—Nada, por más que la miro, no veo más que una hamburguesa con queso. No sé si la lechuga y el tomate estarán fríos.

—Ah, vaya… ¿Y tú, Toma?

—¿Yo? —dijo él ya con su hamburguesa en la mano.

Sakoda miró con atención a Toma, que ladeaba la cabeza pensativo. Aquel joven de pelo rizado, piel morena y ojos de un marrón oscuro casi negro le había dado más de una sorpresa en el medio día que llevaban juntos.

No le resultaba difícil aceptar que Rachel, perteneciente a un destacamento ORGAN, se mostrara capaz de repeler una agresión en medio de la oscuridad nocturna. Pero que este programador

larguirucho y delgado de San Francisco ni se inmutase cuando, nada más llegar a casa de los Jones, mataran a cuatro hombres a tiros ante sus propios ojos y que organizase la huida… Y hacía apenas una hora, sentado en el asiento del Ford que corría en plena oscuridad, se había convertido en los ojos de Rachel para transmitirle la posición de aquellos Maschief iluminados por focos de luz infrarroja, prestando una gran ayuda para que el contraataque se coronara con éxito.

—Sí. ¿Cómo se ve a tus ojos?

Toma miró unos segundos la hamburguesa y luego negó con la cabeza.

—Sé que el paté de la capa central está caliente. Pero no se trata exactamente de que lo vea.

—Sí, eso es —convino Rachel mientras daba un mordisco a su hamburguesa—. Lo único que pasa es que percibimos la dirección de la fuente de calor. Tú mismo, si cierras los ojos, puedes notar de dónde te llegan los rayos de sol, ¿no? Pues es algo así.

Sakoda cerró los ojos y probó a girar el rostro de modo que apuntara a las luces del techo. Ciertamente, notaba la dirección de origen de la luz.

—Y fiándote solo de una sensación tan imprecisa, ¿disparas y aciertas?

—Dada la intensa oscuridad, los tipos usaban focos de luz infrarroja y eso permitía dilucidar la posición del blanco con bastante precisión. Además, Toma me iba describiendo los detalles. ¿Hasta qué punto veías, Toma?

Toma, antes de contestar, trazó un cuadrado en el aire con la patata frita que en ese momento tenía en la mano.

—Podía distinguir la silueta de las cuatro patas de los Maschief. Y, en líneas generales, también el lugar por donde corrían. La sensación más parecida sería la imagen que nos queda un instante en el cerebro cuando el objeto ha desaparecido de la vista. Como cuando hemos visto algo que nos deslumbra. En color verde.

—¿Color verde?

—Bueno, quiero decir, en caso de tener que describirlo de alguna manera. Es muy práctico saber si un alimento está caliente o no, pero a cambio de eso molestan cosas como los rayos infrarrojos de los mandos a distancia o de los escáneres tridimensionales. Quizá sean más los inconvenientes que las ventajas.

—¿Inconvenientes? —repitió Sakoda intrigado ladeando la cabeza.

—Es verdad —convino Rachel—. Cuando se activa un mando a distancia, el fogonazo deslumbra. Y al tomar una foto.

—Ya veo. Pero tú, Rachel, ¿no tienes que usar esas cosas en tu trabajo?

—No, para nada. Los dispositivos que usamos hacen las cosas mucho mejor. Con las capas de rayos infrarrojos de los visualizadores *queuechouvue* que usamos los ORGAN, se puede también acercar la imagen y percibes además la profundidad de campo. Su resolución también es muy alta. Es la primera vez que disparo usando un sistema como el de antes.

Sakoda se apresuró a intervenir.

—Un… un momento. ¿Puedo grabar lo que habéis dicho ahora?

Toma, que iba a dar un nuevo bocado a la hamburguesa, detuvo la mano.

—¿Lo mío también?

—Por favor. Investigo los motivos de la masacre y por eso quiero conocer cualquier cosa que guarde relación con los combatientes.

—¿Y esto guarda relación? —preguntó Toma señalándose los ojos.

—Lo ignoro. Pero me llama la atención que existan otras personas con las mismas capacidades que los miembros del destacamento de Jones.

—¿Tan raro es? Todos los empleados fijos de COVFE las tenemos.

Sakoda negó con la cabeza.

—Yo nunca he visto a nadie así. Ni siquiera he oído hablar de un caso semejante. Me gustaría hablar también con los empleados de tu empresa.

—De acuerdo. Por lo que respecta a mí, no hay inconveniente. Lo comunicaré también a mi empresa. Voy a enviar un texto a nuestro foro que diga: «El periodista Sakoda dice que quiere entrevistar a empleados que hayan percibido la luz infrarroja».

—Muchas gracias.

Sakoda retrotrajo el registro al momento en que se sentaron a la mesa y comenzó a grabar. El dispositivo iba convirtiendo su voz en un texto, de manera que la conversación que mantenían y sus imágenes iban siendo encajadas en un esquema similar al ramaje de un árbol o a la estructura de una dendrita. Las palabras que el conjunto marcaba como importantes eran «rayos infrarrojos» y «miembros del destacamento de Jones».

Tras animar a Rachel y Toma a seguir cenando, Sakoda prosiguió con sus preguntas.

—Lo digo por reconfirmar, pero, en resumen, tanto vosotros dos como los miembros del destacamento de Jones o los empleados de COVFE podéis ver la luz infrarroja, ¿no?

—Ah, un momento, por favor —dijo Toma.

En ese momento se encontraba a punto de echarse en el plato una porción de macarrones con queso y, sin detener la mano que se dirigía hacia ellos, con la izquierda que conservaba libre hizo una captura de su espacio de trabajo y la colocó en la zona compartida de su visualizador.

—Las cuatro personas que han contestado me escriben que son capaces de detectar la luz infrarroja. An Ho me dice que puede ver con nítido color verde la luz infrarroja que emite un mando a distancia.

—¿Cuántos años tiene ese hombre? —preguntó Rachel mientras se echaba a la boca una patata frita.

—Diecinueve años. La persona más mayor de COVFE es Marsha y, al parecer, ella solo llega a captar una vaga impresión de dicha

luz.

—En nuestra compañía pasaba lo mismo. Paul y Lee Haoran tenían diecinueve. Les molestaba tanto que protestaban diciendo que no apuntásemos el mando a distancia hacia ellos. En cuanto a Jasper y Rose, su... no sé si llamarlo sensibilidad era más baja que la mía.

Sakoda siguió preguntando mientras comprobaba cómo se ensamblaban las nuevas declaraciones en el ramaje construido.

—¿Puedo concluir que con la edad va bajando la percepción?

Toma, que echó un vistazo hacia la izquierda del plato para mirar el espacio del foro invisible para los demás, negó con la cabeza.

—Por lo visto, Marsha nunca tuvo la sensibilidad que presenta An Ho.

—Ni Rose tampoco. Según dijo, desde niña había sido igual. Oye, ¿todo esto tiene algo que ver con lo que hizo Cherry?

Sakoda miró hacia el texto de la conversación con Ignacio, desplegado en la zona de las raíces del árbol.

—Puede que tenga algo que ver. Me dijo que fuésemos visitando a los deudos y que averiguase acerca de la vida de los miembros del destacamento.

—¿También acerca de mí? —preguntó Rachel.

Sakoda asintió y, colocando un dedo sobre la zona del árbol donde estaban las anotaciones sobre los miembros del destacamento de Jones, trazó un círculo. El texto de su material para artículos, transformado en un sistema en red gracias a un modelo de lenguaje de gran escala, cambió la disposición de sus elementos para crear un nuevo esquema arbóreo. Ahora se veían destacadas una serie de palabras clave que había dejado de tener en mente.

—Vamos a ver. Tenemos el hecho de poder discernir la luz infrarroja. Después, haber nacido en los Estados Unidos y con color de la piel diferente al de los padres. Además, poder usar numerosos implantes sin tener que recurrir al regulador Soldam. Y el no

necesitar antiexcitantes en situaciones duras. Sí, Toma, ¿querías algo?

Toma, con unos macarrones clavados en el tenedor, miraba a Sakoda con la boca entreabierta.

—¿Todo eso se refiere a los miembros del destacamento de Jones?

—Pues sí. ¿Por qué?

Toma dejó el tenedor y, como si temiera que le escuchasen, miró alrededor antes de contestar.

—Porque eso se aplica también a mí. Llevo hasta veinte implantes. No utilizo reguladores de presión osmótica como el Soldem ni tampoco antiexcitantes. Ah, y en nuestro equipo también somos todos nacidos en los Estados Unidos.

Sakoda abrió todavía más los ojos por la sorpresa. Por su parte, Rachel devolvió al plato la hamburguesa que estaba a punto de morder y giró el rostro hacia Toma.

—¿No dijiste que tus padres eran los dos noruegos?

—Sí, pero nacidos en San Francisco.

Entonces Sakoda se fijó en una palabra que colgaba del ramaje del «árbol». Todavía no había podido preguntar a todos acerca del particular, pero si Toma también cumplía esa condición, tendría que hacerlo. Inclinándose sobre la mesa, bajó un poco la voz.

—Si no quieres no contestes, pero ¿por casualidad naciste mediante fecundación *in vitro*?

En lugar de contestar, Toma miró a Rachel.

—¿Yo? Pues sí. Por lo visto, costó mucho dinero. Según oí, Jasper también. ¿Y lo mismo tú, Toma?

—Sí.

—¿Y el resto del personal de COVFE? —preguntó Sakoda.

—Si quieres, pregunto…

—Hazme el favor. Solo quien quiera contestar, por supuesto.

Toma manejó su teclado invisible y poco después desorbitó los ojos.

—Los cuatro que están participando en la charla dicen que nacieron por fecundación *in vitro*.

—¿Y todos nacidos en los Estados Unidos? —preguntó Rachel.

—Hasta donde yo sé, así sucede con todos nuestros empleados fijos.

—Hmm, ahora que caigo… —comenzó Rachel volviendo a coger su hamburguesa—. Hasta ahora he trabajado en equipo con cerca de unos cincuenta compañeros, pero creo que no había ningún extranjero. Y eso que dijiste antes…, ¿cómo es que llevas veinte implantes en tu cuerpo?

—Así es. En nuestra empresa todos llevamos muchos, así que disponemos de un controlador de dispositivo específico para ellos. Podemos hacer también cosas como estas.

En el sector compartido de su visualizador *queuechouvue* Toma hizo flotar un rompecabezas topológico de metal y, con un leve movimiento del dedo, lo desenmarañó. Sakoda también llevaba un implante que potenciaba sus gestos, pero para desenmarañar un puzle como aquel en el *queuechouvue* se necesitaba una extrema precisión en la información recabada sobre las sensaciones táctiles para aplicar la fuerza deseada, y no le dio la impresión de ser capaz de imitarlo.

—Impresionante —elogió Rachel—. Yo llevo dieciséis. Me gustaría introducirme alguno más, pero por lo visto interferiría con el sistema nervioso.

—Eso se puede solucionar con nuestro controlador de dispositivo. Te lo puedo facilitar.

—En cuanto a lo de que no utilizas antiexcitantes, ¿es que acaso un programador debería necesitarlos?

—Ten en cuenta que a veces pasan por nuestros ojos imágenes de pornografía infantil, de torturas o de batallas. Dado que en COVFE, por casualidad, ninguno necesitamos esa clase de fármacos, podemos verlas directamente. ¿Y tú, Rachel, no los usas? Tenía entendido que para los soldados era obligatorio.

—¿Obligatorio, dices? —repitió Rachel, negando a continuación con la cabeza—. Quizá eso sea para los marines. En los destacamentos ORGAN nuestros, nadie toma la *Stonaicina*.

Sakoda, que escuchaba cómo ambos trataban de sus características comunes, sufrió la ilusión óptica de que la mesa se iba inclinando.

Al igual que Rachel y Toma, los demás también habían nacido por fecundación *in vitro*; los compañeros de ambos podían ver la luz infrarroja y poseían una composición de fluidos corporales que amplificaban el ancho de banda para la comunicación intracorporal; además, podían aguantar sin antiexcitantes la visión de muertes o extrema violencia; y, por último, todos eran nacidos en los Estados Unidos.

No cabía pensar que se tratara del resultado de una casualidad.

—Voy a hacer unas pequeñas averiguaciones —anunció Sakoda a los otros dos—. Oye, investigador Smith, ¿puedes decirme el porcentaje de bebés nacidos en los Estados Unidos por fecundación *in vitro*?

«El 21,3 %».

Sakoda experimentó un ligero alivio. Tratándose de uno de cada cinco, no resultaba tan sorprendente que esta vez los cuatro empleados de COVFE que habían contestado cumplieran dicha característica. Puesto que, sin duda, debían de haber sido criados en hogares de padres con alto nivel de educación, no era extraño que se hubieran casado ya con cierta edad y que hubieran tenido que recurrir a tratamientos de fertilidad. Sin embargo, al oír dicho porcentaje, Rachel pareció malhumorada.

—O sea, que no es una casualidad. Si los cuatro fueron concebidos por fecundación *in vitro*, eso supone, si no me equivoco, «menos» dos por cien.

—¿Cómo? —preguntó confuso Toma ante aquella expresión tan rara, que unos instantes después pareció comprender—. Ah, sí, eso es. «Menos» veintiocho. Pero si nos incluimos Rachel y yo, además

del capitán Jones, el cálculo con siete personas, usando tu modo de hablar, daría «menos» tres con treinta y cinco por ciento.

Sakoda se encontraba estupefacto. Eso de «menos» era una especie de muletilla que usaban continuamente los miembros del destacamento de Jones. La forma en que la usaba Rachel ahora daba la sensación de responder a un cálculo mental. Pero, además, Toma era capaz de entender esa manera de expresarse.

—¿Se puede saber de qué habláis?

—De las probabilidades.

Toma hizo aparecer un cuaderno blanco en su espacio de trabajo y escribió en él unas cifras para cálculo a mano: $[0{,}213^4]$ y $[0{,}213^7]$.

—Ciertamente, la probabilidad de que una persona nazca por fecundación *in vitro* es del 21,3 %. En el caso de que sean dos personas, como es el cuadrado de la cifra anterior, sería del 4,5 %. En el caso de tres personas, al elevar al cubo, ya bajaría al 0,97 %. Así, la probabilidad de que los cuatro empleados de COVFE que me contestaron fueran concebidos mediante fecundación *in vitro* sería en torno al 0,02 %. El «menos» del que hablaba Rachel indicaría un número de diez cifras. Aunque para mí es más cómodo usar el cálculo logarítmico.

Tras decir esto, en lugar de la mano derecha donde tenía el lapicero, Toma hizo un gesto con la izquierda sobre el papel virtual y apareció la respuesta: $e^{7x\ln(0{,}213}) = 0{,}000019891$.

Sakoda por fin comprendió una cosa.

—¿Estáis haciendo un cálculo mental?

—No, estoy contando con los dedos —contestó Toma alzando la mano izquierda y sujetando con el pulgar la falange del dedo anular a la altura de los nudillos.

Era la clase de gesto que se usa para pujar en las subastas de los mercados, pero parecía imposible que con una sola mano pudiera expresar un número con una cifra de decimales semejante.

—¿Y la probabilidad de que todos los empleados de COVFE hayan sido concebidos por fecundación *in vitro*?

—¿Los veinticinco? —preguntó Toma acariciando con el pulgar el dedo índice—. Acabo de introducir la fórmula $e^{25}\times$ ln(0,31). Como este es el multiplicador de la constante de Napier donde el número de cifras válidas son cinco, tendríamos 1,61999E menos 17.

Sakoda quedó mudo de asombro. Un maestro en el uso del ábaco quizá pudiera realizar una multiplicación tras otra, pero el cálculo logarítmico ya era harina de otro costal.

Rachel, al ver cómo enmudecía Sakoda, le miró con extrañeza.

—¿No puedes hacer esos cálculos?

—¿Tú sí puedes?

Rachel señaló las cifras del cálculo manual de Toma.

—Estos cálculos con tanto detalle yo tampoco puedo hacerlos. Pero por encima sí que los entiendo. ¿Qué significa esa *e*?

Toma pareció sorprenderse un tanto, pero enseguida dibujó una gráfica con toda naturalidad. En el lado negativo del eje de las x trazó una curva y junto a ella escribió la siguiente fórmula: $y = e^x$.

Era una gráfica logarítmica de las que se estudian en bachillerato. Sakoda se imaginó que sería igual en los Estados Unidos. Rachel, con voz indiferente, dijo:

—Este es el origen del «más», ¿no? En torno a 2,7.

—Efectivamente —contestó Toma.

Los vocablos usados eran por completo diferentes, pero por lo visto la interpretación de Rachel era correcta.

Sakoda pensó que podría existir otra concomitancia más.

—Rachel, no me digas que los miembros del destacamento de Jones…

—Todos podían hacer esta clase de cálculos. Cada dos por tres decían que si «más», que si «menos».

Sakoda volvió lentamente el rostro hacia Toma. Hasta él mismo se sintió como una marioneta.

—Y, por supuesto, los empleados de COVFE también son capaces de estos cálculos…

Toma asintió. Su actitud no era la de quien se enorgullece de pertenecer a un grupo con capacidades de cálculo sobrehumanas ni

la de Rachel que se sorprendiera de que para Sakoda no fuera posible, sino la de quien reconoce un hecho de lo más natural. Al ver esa clase de comportamiento tan despreocupado, a Sakoda se le ocurrió una cosa.

—Por casualidad, cuanto más joven es el empleado, ¿más facilidad tiene para esos cálculos?

Al parecer, Toma no se esperaba esa pregunta. Tras quedarse mirando un tiempo el rostro de Sakoda, finalmente asintió.

—¿Cómo lo has sabido? Efectivamente, así es.

—¿Y en vuestro grupo, Rachel?

—En nuestro caso también. El capitán y Rose solo podían calcular hasta menos dos. Yo hasta menos cuatro o menos cinco. A Paul nunca le pregunté, pero Lee Haoran calculaba hasta el menos siete o así.

Sakoda se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua. El hecho de que los jóvenes, los nuevos, resultaran más eficientes constituía un fenómeno equivalente al de las nuevas versiones que se iban haciendo de un programa informático.

Utilizando el teclado de su visualizador *queuechouvue*, Sakoda fue añadiendo anotaciones en su «árbol». Como apartados pendientes, quería averiguar acerca del límite de número máximo de implantes o de la intensidad de la restricción de emociones. También sobre la reacción de los reflejos o de la capacidad visual.

Sakoda volvió a examinar el esquema arbóreo de sus anotaciones y se dio cuenta de que sobrepasaba el campo de averiguaciones que le había dado a entender Ignacio. Le había dicho que se encontrara con los deudos de los fallecidos para investigar sobre sus vidas y que averiguase también acerca de Goodfellows, pero no le había mencionado para nada la cuestión del personal de COVFE, la compañía encargada de la verificación de hechos.

Rachel, que ya había terminado de comer su hamburguesa, estaba haciendo a Toma una pregunta sobre matemáticas. La cuestión de ella debía de haber suscitado el interés de Toma, porque le estaba contestando con detalle, dibujando gráficas y cuadros en

su espacio de trabajo. Mirando cómo conversaban ambos, Sakoda cayó en la cuenta de algo. Ambos jóvenes se habían conocido por casualidad, pero la relación entre Goodfellows y COVFE no era casual.

Sakoda dirigió la palabra a Toma, que en ese momento se hallaba convirtiendo su gráfico en una figura animada.

—Toma, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿De qué manera recluta COVFE a su personal?

—Mediante un examen —contestó Toma mientras plegaba el papel antigrasa que había envuelto su hamburguesa.

—¿De matemáticas?

—Así es. Los exámenes realizados hasta ahora se hallan a la vista del público. Aquí hay algunos que creo que no necesitan de conocimientos previos.

Sakoda asintió, dando por sentado que sería incapaz de resolverlos, y Toma extrajo de su espacio de trabajo varias hojas llenas de puntos que desplegó sobre la mesa.

—Hay un total de veintiún puntos —explicó—. Hay que dibujar una línea continua que una todos los puntos y que, a la vez, sea la más corta posible. Aquí están también las tablas matemáticas de las coordenadas.

—Si se le puede dedicar bastante tiempo, supongo que es posible.

—El tiempo también cuenta en la puntuación. En mi caso, fueron dos segundos.

—¿Dos segundos? —repitió Sakoda.

Rachel colocó el papel sobre la mesa.

—¡Hecho! —exclamó.

—Lástima, te ha faltado poco —comentó Toma—. Tu opción es la cuarta en longitud. Has tardado unos cinco segundos. Con que lo hagas dos o tres veces más, seguramente alcanzarás el límite del aprobado.

Sakoda miró el rostro de Rachel de hito en hito.

—¿Has hecho alguna vez esa clase de prueba?

—Sí.

—¿En dónde?

—Con ocasión del SAT para la admisión universitaria.

La contestación cogió desprevenido a Sakoda, que estalló en una carcajada. Ese era un examen que afrontaba cualquier estadounidense al terminar el bachillerato. Comprendía también una parte de matemáticas, pero no podía ser que incluyera problemas tan complicados como el actual. Por lo visto, a Rachel le molestó la risa de Sakoda.

—¿Me tomas por tonta? Pensé que, si lo hacía, podría conseguir una beca. Pero no me la dieron.

—Ah, entiendo… Entonces, ¿qué clase de exámenes hace Goodfellows para seleccionar a los componentes de sus destacamentos ORGAN?

—No hacen ningún examen.

—¿Quéeee? —exclamó después Sakoda, tapándose a continuación la boca, sorprendido ante el volumen de su propia voz —. ¿Incorporan a sus filas gente sin experiencia militar y, además, sin hacerles un examen?

Alzando el vaso para terminar el refresco de cola sobrante, Rachel se encogió de hombros. Sakoda abrió en su visualizador la página de solicitud de personal de Goodfellows y la mostró a sus dos compañeros.

—Mirad esto. Pone que se realizará un examen y que es imprescindible contar con experiencia militar.

—¿Y yo qué sé? —contestó Rachel—. Ya te lo conté, ¿no? Recibí una carta suya.

—Lo recuerdo. Dijiste que por eso te presentaste. ¿Y pudiste incorporarte a sus filas sin hacer prueba alguna?

—Pues sí. Acudí a su oficina de Dallas y me hicieron un sencillo examen médico. Después me llevaron al campo de entrenamiento intensivo junto con el personal contratado de manera ordinaria como vigilantes y, al terminar la estancia allí, me encuadraron en los destacamentos ORGAN.

Así que Goodfellows, configurando de esa manera sus equipos ORGAN de combate, acumulaba un historial ininterrumpido de victorias en la batalla…

Sakoda no supo qué contestar a eso y, mientras se mantenía en silencio, su vista se posó sin mayor intención en su esquema arbóreo de notas. Los miembros de los destacamentos, reclutados sin examen alguno, eran capaces de efectuar de memoria operaciones logarítmicas y, sin necesidad de regular su presión osmótica, utilizar más de una docena de implantes, así como combatir sin inmutarse aunque no utilizaran antiexcitantes. Pensó que, si le relatara a Ignacio toda esta información, junto con lo averiguado sobre COVFE, quizá consiguiera sonsacarle algo más.

Sakoda enlazó la gruesa rama formada por la información relativa a COVFE con otras menores y contempló el esquema en su conjunto.

—¿Eh?

La interjección se le escapó sin querer. Toma y Rachel giraron la vista hacia él.

Las concomitancias entre Goodfellows y COVFE se mostraban con un suave color verde, pero existía solamente una característica que permanecía en color morado. Se refería a una de las palabras clave surgidas en las averiguaciones. La fecundación *in vitro*. Sakoda reorganizó el esquema de notas tomando como centro la fecundación *in vitro* y escrutó las informaciones conectadas con ella.

—Ya oímos hablar de la cuestión de la fecundación *in vitro* con relación a otro apartado de la investigación. El historial de la compañía P&Z.

—¿La del doctor Faruqi? —inquirió Rachel con voz punzante.

Sakoda revisó la maraña de informaciones para verificarlo.

—Al parecer P&Z es la empresa que, en la práctica, ostenta el monopolio del fármaco para lavado de espermatozoides que se usa en los tratamientos de infertilidad.

Mientras hablaba, Sakoda recordó cómo transcurrió la conversación con el arrogante Faruqi. Primero, admitió su relación

con Ignacio. Habló también un poco de la Aguja, donde vivía. Pero antes de eso, tras saludar a Sakoda y cruzar un par de frases, enseguida mostró interés por Rachel. En especial por lo referente a su edad.

No cabía duda de que Faruqi sabía algo.

—Me pregunto si podríamos ir a hablar con él —murmuró Sakoda.

Rachel hizo un sonido nasal de desdén.

—¡Pero qué dices! Es él quien nos ha lanzado los Maschief, ¿no?

—Sí, puede que en eso tengas razón.

Puestos a preguntar a alguien, mejor a Ignacio. Si le contaba lo de los empleados de COVFE, que a buen seguro ignoraba, quizá accediera al trato. Sakoda iba a reorganizar una vez más su esquema arbóreo cuando se dio cuenta de que la atención de Rachel y Toma se había visto atraída por el televisor del restaurante. Cuando se volvió él también hacia allí, estaban emitiendo unas escenas que ya había visto repetidas veces.

Era el momento en que Cherry Ignacio, vestido con uniforme de faena color verde oliva, bajaba a tierra desde el camión de caja abierta. Frente a él se alineaban el capitán Jones y el resto de los combatientes que depusieron las armas.

Se trataba de unas imágenes filmadas por el propio Sakoda. Sintió alivio al descubrir que se acreditaba la cesión de dichas imágenes por parte de la entidad *Sun* y que figuraba su autoría. Ni que decir tiene que le alegraba la futura recepción de derechos de autor por ellas, pero lo que más le alegró fue que esas imágenes que daban fe de la masacre se emitieran por las televisiones de los Estados Unidos de costa a costa. Con eso se podría acusar a Ignacio de crímenes de guerra.

Cuando Ignacio dijo «Che» y acto seguido se echó a toser, Rachel se levantó del asiento.

—Me voy a mi habitación. Si todavía hay más cosas que tratar, escribidme cuando acabéis.

Ninguno sabía cómo estarían montadas las escenas, pero a juzgar por la rapidez de su reacción, obviamente no quería ver el resto.

—Entendido.

Cuando salía hacia la puerta del restaurante, Rachel puso una mano en el hombro de Sakoda al pasar a su lado.

—Jake, esas imágenes son tuyas, ¿no? Enhorabuena.

—Sí —asintió Sakoda—. Habrá que verse con ese tipo antes de que todo el mundo vaya a por él.

Rachel le dio unos golpecitos en el hombro como diciendo «tienes razón» y salió del local.

Toma, que miraba con rostro preocupado la conversación entre ambos, siguió con la vista la salida de Rachel.

—¿Crees que estará bien?

Sakoda se encogió de hombros.

—Se marcha a su habitación precisamente porque no se siente bien, supongo. Por cierto, ¿acaso ha modificado COVFE la puntuación de veracidad de mi noticia?

—No —contestó Toma negando con la cabeza—. No modificamos las puntuaciones. Creo que debe de haber cambiado el texto del artículo.

Toma señaló el reportaje de la televisión, que venía acompañado de unos epígrafes.

> *El comandante Cherry Ignacio, asesor de guerras legítimas, será citado por la ONU por hallarse bajo sospecha de haber masacrado a unos prisioneros en el enfrentamiento por una ciudad internacional de la ribera del río Amazonas*.

Al comprobar con su visualizador *queuechouvue*, Sakoda vio que la puntuación de verificación de hechos era de 0,923. A pesar de que hacía apenas una semana le habían rechazado el artículo de úLa-jiea por merecer una calificación inferior a 0,5. No pudo evitar expresar su descontento.

—Pero si dice casi lo mismo… ¿Por qué este texto sí se admite?

—Perdón por no haberlo explicado antes —se excusó Toma mostrando a Sakoda un espacio de trabajo donde constaban varios textos similares a los del epígrafe de las imágenes de la televisión.

0,872. El comandante Cherry Ignacio, que masacró a unos prisioneros en el enfrentamiento por una ciudad internacional de la ribera del río Amazonas, podría ser trasladado en breve a los Estados Unidos. (Fuente: Sun*; nombre del periodista no acreditado)*.

0,891. El comandante Cherry Ignacio ha masacrado a unos prisioneros en el enfrentamiento por una ciudad internacional de la ribera del río Amazonas. (Fuente: Fox*; periodista: Matt Ide)*.

0,390. El comandante Cherry Ignacio ha masacrado a los miembros del destacamento ORGAN de Goodfellows que se habían rendido. Puede que en breve sea trasladado a los Estados Unidos. (Fuente: Cuenta oficial del Comité de Observación de Guerras Legítimas).

0,425. El comandante Cherry Ignacio ha masacrado a los miembros del destacamento del capitán Jones que se habían rendido. En breve será trasladado a los Estados Unidos y se le pedirán explicaciones…

La cifra de cabeza indicaba la puntuación de veracidad de los hechos. Toma le mostraba los textos alineados con sus respectivas puntuaciones. Las informaciones procedían de medios muy diversos.

—¿Estos textos los has modificado tú? —preguntó Sakoda.

—Así es. Se trata de textos que no se encuentran al alcance del usuario general y los he ido modificando para estudiar cómo variaba la puntuación. El tercero y el cuarto son los únicos con puntuación baja.

Sakoda sintió que se le ponía la carne de gallina en los brazos.

—¿Se debe a los nombres propios?

Toma asintió.

—Si se escribe que las víctimas fueron miembros de Goodfellows o el nombre del capitán Jones, la puntuación baja.

Aunque solo cuando se utilizan como modelos de partida los que ofrecen determinados almanaques militares o entidades como la Corte Penal Internacional o la Cruz Roja.

Toma calló por unos momentos y, tras humedecerse los labios, continuó.

—Mi impresión es que estos dos últimos modelos tratan con mayor ligereza la muerte de los miembros del destacamento ORGAN de Goodfellows que la de las personas corrientes.

Al impregnarse el cerebro de Sakoda de aquellas palabras tan descarnadas que lo atravesaron, el escalofrío anterior fue cobrando forma. Aquella ligereza en el trato, ¿implicaba una falta de respeto por sus derechos humanos o por su dignidad?

—¿Quieres decir que Jones y los suyos reciben un trato diferente?

Sakoda sintió como si sus palabras resonaran de forma extraña.

Ciertamente, había algo en ellos que difería. Tenía que seguir investigando para concretarlo, pero lo que parecía claro es que se trataba de un grupo creado mediante personas concebidas por fecundación *in vitro* hasta un punto en que no podía ser fruto de la casualidad. Personas que no compartían las características paternas, capaces de ver la luz infrarroja y con un talento sobrehumano para las matemáticas. Sin embargo, eso no constituía una razón para tratar su muerte con ligereza.

—Si no me equivoco, utilizáis un modelo cuántico diferente según la temática de que se trate, ¿no? Entonces, no deberíais usar este modelo.

—Ahora no lo estamos usando —contestó Toma inclinando acusadamente la cabeza.

—Entendido. Y entonces, ¿ese modelo falla solo cuando se trata de Goodfellows?

Toma asintió levemente.

—Efectivamente, he hecho un estudio cambiando las condiciones o las imágenes de referencia y solo cuando introduzco la

mención al destacamento ORGAN de Goodfellows o a sus miembros cambia por completo.

En ese momento, un rumor de voces se extendió por todo el local. Sakoda se encontraba de espaldas a la televisión, pero sabía como si la tuviera delante qué escena se emitía en ese momento. Ignacio señalaba a Rachel como superviviente y Camilo disparaba una ráfaga automática con su QBZ-100 sobre el resto.

Los soldados federales del establecimiento quedaron impactados por la crueldad de la escena en que, con toda frialdad, se disparaba sobre unas personas que se hallaban tan cerca que incluso se les oiría respirar, así como la habilidad sobrehumana que demostraba aquel tirador que, a pesar de utilizar la modalidad de disparo automática, acertaba en el bulbo raquídeo de todas sus víctimas. Las voces de indignación de los soldados resonaron en el local mientras quedaba en su memoria el recuerdo de la horrible imagen visionada.

Toma, que acababa de ver también las imágenes, pareció tomar una firme determinación porque, clavando la mirada en Sakoda, le dijo en voz baja:

—El sistema trata la noticia como si la muerte de esos combatientes careciese de importancia. Se haga lo que se haga, no los trata como al resto de la gente.

—Me pregunto por qué…

Toma debía de haber quedado satisfecho con aquella observación, porque relajó la tensión de sus hombros y se puso en pie.

—Yo también me marcho a la habitación. Comuniquémonos por escrito sobre los planes para mañana.

Sakoda asintió y se despidió de Toma con un gesto de la mano.

—De acuerdo. Que descanses.

Toma cruzó el local, donde todavía no se había apagado el rumor de voces, dirigiéndose hacia la salida. Sakoda, mientras miraba alejarse su figura de espaldas, se recostó contra el mullido asiento. Sintió cómo se relajaban espalda y hombros, corriendo la

sangre por ellos. Por lo visto, había estado sometido a una tremenda tensión.

—Así que no los trata como al resto de la gente…

Sakoda probó a repetir en voz baja el último comentario de Toma y sintió cómo volvía a ponérsele la carne de gallina. Ciertamente, existían características sobrehumanas en Rachel y Toma. Así como en el resto de los componentes de los destacamentos ORGAN de Goodfellows y en los empleados de COVFE. Sakoda, con objeto de grabárselo bien en la cabeza, de nuevo lo verbalizó.

—Pero eso no puede suponer motivo suficiente para tratar su muerte a la ligera.

Sakoda respiró hondo y se puso en pie. Llegados aquí, debía contactar con Ignacio. De por sí, no era un hombre fácil de contactar, pero, quizá ahora, hallándose a la espera de que lo condujeran ante las Naciones Unidas, reaccionaría al ver su llamada.

12

«¿Puedo?», preguntó Ignacio presentándose en el visualizador *queuechouvue* de Sakoda bajo la forma de un avatar tridimensional.

Acababa de sacar un grueso puro del bolsillo de la camisa y, como quien no quiere la cosa, mostraba la vitola color morado que circundaba una franja cercana a la base. La marca era Montecristo. Los cigarros habanos que le gustaban al Che Guevara. Probablemente, Ignacio preguntaba si podía fumar, pero obviamente se trataba de una pregunta sin sentido. En un entorno ideal, el visualizador por capas permitía captar el movimiento browniano generado al fumar, pero ni el olor ni las sustancias nocivas podían transmitirse a través de su red.

—Por supuesto, adelante.

Ignacio hizo una reverencia un tanto forzada y, un instante después, sacó un cortador de puros para seccionar un trocito de la colilla y otro del extremo contrario. Después, el cortador de puros desapareció con la misma rapidez con que había aparecido, y en su lugar Ignacio agarraba un encendedor Zippo para puros. Probablemente, el Ignacio real lo tenía a su alcance encima de la mesa.

El avatar de Ignacio colocó la llama junto a la punta del cigarro y, a través del visualizador, mostró a Sakoda un aire de autosuficiencia. Aquel avatar, que adoptaba un aspecto saludable como el del Che Guevara en los tiempos del gobierno revolucionario, ofrecía una gran diferencia con el verdadero aspecto de Ignacio, aquejado de su enfermedad y macilento.

«Un periodista como tú, Sakoda, que comprende bien las cosas, es una gran ayuda. Últimamente hay mucha gente que se disgusta porque en las reuniones mediante *queuechouvue* uno se ponga a fumar puros. ¿O prefieres que te llame Jake?».

—Déjese de mentiras.

«Uy —dijo Ignacio levantando la ceja derecha—. No has perdido facultades. A Jake no se le engaña con facilidad».

—Sé perfectamente que no le gusta mostrar el rostro en ninguna clase de medio. En particular, apenas existen grabaciones oficiales de avatares tridimensionales de *queuechouvue*. Es evidente que son mayoría quienes quisieran admirar unas imágenes del comandante fumando unos puros como los de Guevara, ya que es algo que rara vez puede verse.

Ignacio asintió abriendo mucho los ojos como si dijera «veo que has hecho muchas averiguaciones».

«Tienes razón. A todo el mundo le gustan esa clase de historias».

Ignacio comprobó un instante el estado de la punta del cigarro y a continuación, tras volver a ponerlo entre sus labios, aspiró lentamente el humo. Mientras Sakoda verificaba que el registro de imagen y la conversación de la voz en un texto se desarrollaban sin problemas, Ignacio siguió fumando su tabaco y, después de contener unos instantes el aliento, lo expulsó de nuevo lentamente. Se mirase como se mirase, parecía que se le había atragantado.

—Los puros también son malos para la salud —dijo Sakoda.

«No me des la lata».

Sakoda no sabía lo que estaría pasando en realidad, pero el avatar de Ignacio, tras soltar aquella contestación con desfachatez, volvió a llevarse el puro a los labios y dar otra calada, expulsando a continuación el humo. La espesa humarada que aparecía en el visualizador flotaba hacia él con gran realismo, envolviéndole el rostro. En un acto reflejo, Sakoda lo apartó con la mano y, como si fuera humo real, evolucionó en torno a su brazo antes de dispersarse.

Sakoda comenzó a sospechar. El visualizador por capas del motel no poseía la resolución suficiente como para reproducir el humo con aquel realismo. Eso significaba que estaban usando unas imágenes diseñadas por el visualizador de Ignacio y los suyos, que se adaptaban a las circunstancias en que se hallaba él. Sin embargo, la red de comunicaciones de Terra Amazonas no era tan rápida. En el fondo, la velocidad de la luz resultaba más lenta de lo que uno imaginaba.

Detrás del arremolinado humo de tabaco, Ignacio, sentado en un banco acolchado, se disponía a dar otra calada.

—¿Dónde se encuentra usted? —preguntó Sakoda.

Ignacio señaló con el pulgar hacia su espalda y se vio una ventana enmarcada en marrón oscuro. Al otro lado del cristal se erguía el Empire State Building y delante de él un edificio donde, a pesar de ser ya más de las doce de la noche, todavía quedaban muchas luces encendidas. La sede central de las Naciones Unidas, en Nueva York.

—¿Ya está en Nueva York? Para el interrogatorio, ¿no?

«Siempre estás al día, como pensaba. Enseguida te enteras de todo».

—Acabo de oírlo en las noticias. ¿Qué motivos piensa alegar para excusarse?

Ignacio dejó escapar un hilillo de humo entre los labios y contestó:

«¡Pero qué dices! No he negado ni una sola vez haber masacrado a esa gente. La acusación de Goodfellows es justa. No se debe matar a soldados que se han rendido. He violado los convenios internacionales. Es natural que pida disculpas, ¿no?».

—Me parece una disposición admirable.

«¿Verdad que sí? Ahora bien, las condiciones no son las que me convienen».

Ignacio contrajo las facciones en un gesto de malhumor.

«Esa gente tiene intención de que el interrogatorio se haga a puerta cerrada».

—¿Y qué más da? Puede disculparse de igual manera. ¿Dónde está el problema?

Antes de contestar a Sakoda, Ignacio alzó los brazos y curvó los dedos como garras, imitando la postura de agarrar algo en el aire.

«¿Quién iba a quedarse conforme si reconozco mi crimen en una sala de reuniones que nadie puede ver? Mis sentimientos no llegarán ni a los deudos de los fallecidos ni a ninguna de las personas relacionadas».

—¿Y por qué no organiza usted mismo una rueda de prensa?

«No —contestó Ignacio negando con la cabeza—. Si se tratara de una rueda de prensa convocada por mí, habría mucha gente que no la vería. Si las Naciones Unidas no filman mi intervención para difundirla por todo el país, no tendrá ningún sentido».

Como de costumbre, parecía que Ignacio se expresaba con frivolidad, pero no daba la sensación de que estuviera mintiendo. Aunque eso no significaba que pudiera compartirse lo que decía.

—¿Por qué tiene tanto interés en que se retransmita?

«Porque os gustan las retransmisiones en directo».

Sakoda exhaló un suspiro. No dejaba de ser cierto que las retransmisiones en directo encerraban un mayor valor periodístico.

—Y durante el encuentro, ¿tiene intención también de fumar esos puros?

Ignacio se echó a toser ostentosamente, quizá porque sintió que le habían reventado su sorpresa. Mientras que su avatar se mantenía sonriente, se oyó cómo Ignacio aspiraba como una corriente de viento que entrase en una caverna y cómo, pasado el acceso, se recuperaba lo suficiente para volver a hablar.

«Por supuesto que sí. En caso contrario, no consigo relajarme como es debido. Pero más importante que eso es que tú, Jake, me cuentes lo que has averiguado. Has ido a ver a Gepetto y también a la familia de Jones, ¿no? Han aceptado el pago de la indemnización que les llevaste, supongo».

—Les entregué en efectivo doce millones de dólares…

Sakoda dudó acerca de cómo proseguir la conversación. Seguramente lo que Ignacio había pretendido era que él se diera cuenta de que Jasper poseía características raciales diferentes de las de sus padres. Quizá incluso esperaba que descubriese que había sido concebido por fecundación *in vitro* y que poseía capacidad de ver la luz infrarroja. También Ignacio debía de estar pensando acerca de las particularidades de los miembros del destacamento de Jones o de los otros componentes de los cuerpos ORGAN de Goodfellows.

Si se ponía a hablar de la entrega del dinero de la indemnización, tendría que contar también lo del asalto a la casa de los Jones. Seguramente quien estaba detrás era Faruqi, pero tampoco cabía duda de que el detonante había sido la carta de Ignacio.

De todas las informaciones obtenidas por Sakoda, su carta más fuerte era la relativa a Toma. Ignacio sin duda desconocía que los miembros de COVFE, una entidad con los talentos más descollantes de los Estados Unidos, poseían muchas particularidades en común con Rachel y los suyos. Con todo, los ases de la baraja no debían ser mostrados hasta el final. Sakoda intentó sonsacarle algo acerca del ataque sufrido, pero apenas comenzó, Ignacio le cortó.

«Muchas gracias. Perdón por las muchas molestias que te he causado».

Sakoda decidió averiguar hasta qué punto Ignacio se hallaba al tanto de los hechos.

—No les pude entregar todo.

«¿Y eso?».

Ignacio alzó una ceja, pero permaneció a la espera de la respuesta de Sakoda.

—¿No ha oído nada de lo que sucedió?

«¿A qué te refieres?».

Sakoda miró fijamente el rostro de Ignacio. Dado que se veían mediante el visualizador por capas, no existía forma de saberlo, pero solo con aquel gesto de ladear un poco la cabeza no se podía dictaminar con seguridad si realmente estaba al tanto de todo o no.

—Cuando les estaba entregando la indemnización, nos atacaron unos guardias de seguridad armados que traían unos Maschief.

«Ah, ya veo», asintió Ignacio llevándose otra vez el habano a los labios.

—No parece muy sorprendido, ¿verdad?

«¿Acaso estás pensando que os atacaron por orden mía?».

—Hasta ahí no pretendo insinuar. Pero sí creo que se imaginaba que algo así podría suceder, ¿no?

«Ni tú ni Rachel habéis resultado heridos, por lo que imagino. Ningún problema entonces, ¿no crees?».

—¿Ha sido el doctor Faruqi?

La única respuesta fue un arquear de cejas. Es decir, que lo sabía. Sakoda, tras varias veces de tratar con él, se había dado cuenta de que era incapaz de mentir.

—Entendido. Le preguntaré a él directamente.

«Creo que es lo mejor. Te puedo escribir una carta de recomendación. ¿Qué aspecto tenía?».

—Se le veía muy sano.

«Sorprendente. Y eso que está a punto de cumplir setenta y dos. ¿Será que el secreto de vivir muchos años consiste en ser rico?».

Sakoda, sintiendo que el otro se dedicaba a marear la perdiz, decidió atacar por el lado de la contradicción entre lo que dijo Faruqi y lo que dijo Ignacio.

—En la carta que me entregó para el doctor, decía que había sido compañero de Faruqi en sus investigaciones, pero él no se mostró de acuerdo con eso. ¿Qué relación mantuvieron ustedes dos?

«Es mi padre».

—¿Qué?

Durante un segundo, Sakoda fue incapaz de asimilar la respuesta. Pero no existía otra interpretación posible. Faruqi era el padre de Ignacio. Una vez asentada la idea, Sakoda pensó que no resultaba tan inverosímil. El color de la piel o el del pelo diferían, pero, recordando una foto que vio de Faruqi de joven, sí que podían

encontrarse similitudes en aquella gran nariz o en la amplia frente. Con todo, nunca había oído que Faruqi tuviera hijos. Este hombre, perteneciente a la generación X, entraba dentro del promedio de los usuarios de redes sociales al exhibir en Facebook o Instagram gran cantidad de fotografías en las que, dejando aparte un breve periodo matrimonial cuando tenía treinta y pocos años, había ensalzado la vida de soltero, como sucede con frecuencia en los emprendedores coronados por el éxito. No constaba ningún rastro de pareja estable desde entonces ni de descendencia alguna.

Sakoda se encontraba dudando sobre cómo plantear su próxima pregunta cuando el otro se le adelantó.

«Nací mediante gestación subrogada. Fue una inmigrante ilegal mexicana quien me dio a luz».

—Es decir…, ¿fecundación *in vitro*?

«Efectivamente. Pero, si no me equivoco, ni llegó a ver a la mujer. No sé si sería debido a un deseo de mantener su reputación o no, pero desde que aceptó aportar sus óvulos hasta que dio a luz, mi padre la hizo vivir en una casa al cargo de un ama de llaves y, después de nacer yo, se encargó de tramitar para ella y su familia los derechos de ciudadanía».

Al terminar de hablar Ignacio, fue como si el ramaje del árbol de notas de Sakoda se sacudiera ante un vendaval. Por supuesto que el centro de todo era la fecundación *in vitro*. Con toda probabilidad, se trataba de la clave más importante del caso y por eso Sakoda quiso asegurarse.

—Entonces, si he oído bien, la gestante subrogada aportó también los óvulos, ¿verdad? —dijo Sakoda con voz un tanto chillona.

Si eso era cierto, significaría que Faruqi había concebido un hijo con una mujer a la que ni siquiera había visto. ¿Realmente Faruqi deseaba un hijo? O por el contrario… Las sospechas que rondaban la cabeza de Sakoda debían de reflejarse en su actitud, porque Ignacio corrigió la posición en que estaba sentado, incrementando la distancia con el periodista, que se había inclinado hacia delante.

«No te pongas tan nervioso. Efectivamente, así fue. También aportó sus óvulos. Imagino que lo sabes, pero Faruqi es un experto en análisis prenatales. Por lo visto, me sometió a muchos exámenes. También después de nacer. Posee mi código genético completo».

Sakoda se dio cuenta de que su interlocutor le guiaba por un determinado camino, pero sabía que seguramente Ignacio no contestaría si le hiciera una pregunta como «¿existe alguna relación con el hecho de que los miembros del destacamento de Jones también fueran concebidos mediante fecundación *in vitro*?». Carecería de sentido lanzarle semejante pregunta si no le contaba al mismo tiempo la información que él desconocía sobre lo que le había dicho Toma Knut. Sakoda optó por seguir la línea que le ofrecía Ignacio.

—Escribió la carta con sangre para hacerle llegar su ADN, ¿verdad?

—Veo que tu reputación no miente. En cuanto los compare, sabrá que no hay duda de la procedencia de la carta. Si la enviara por correo, la examinarían una y otra vez con rayos X y, como va dirigida a un lugar como la Aguja, donde casi todos son ancianos, pasaría también por un proceso de esterilización. Y no quería que dañasen el ADN.

—No obstante… Bueno, entendido. Digamos que eso era como una firma. ¿Pero cuál era el mensaje que quería transmitirle?

«Pues el que estaba escrito, ¿no? Que me encuentro bien».

Ignacio guiñó un ojo. Puesto que todo era puro teatro, no existía forma de conocer la verdad. Pero, aun así, Sakoda quería comprobar una cosa.

—Pero no se encuentra bien ni por asomo…

«¿Te refieres a esto?», dijo Ignacio mostrando de pronto una figura en extremo delgada.

La camisa color verde oliva estaba tan arrugada como si colgara de una percha y la mano que sostenía el puro lucía tan descarnada que permitía adivinar la forma de los huesos. Ignacio había

prescindido del avatar y enviaba al *queuechouvue* su verdadera imagen.

El ancho de banda debía de ser bastante bueno, porque la imagen tridimensional de Ignacio era tan precisa que incluso se distinguían los poros de la piel. Con la misma nitidez que si se hallara frente a Sakoda, Ignacio tosió porque parecía haberse atragantado y el periodista, arrastrado por él, tosió también.

Ignacio se colocó una mano sobre el flaco pecho.

«Lo mío es como una enfermedad crónica. Faruqi es quien mejor lo sabe».

Ignacio, con el rostro al natural, miró largamente a Sakoda. No se detectaba por ninguna parte la capacidad de engatusar del interlocutor que hasta hace un instante animaba el avatar usado para las reuniones telemáticas. Quizá era el momento adecuado para intentar rellenar los huecos de la biografía del comandante.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas?

«Siempre que pueda contestar…».

—¿En qué hospital nació usted?

«En el hospital de la Universidad de Clarksville, al que pertenecía Faruqi».

Sakoda comprobó que coincidía con el historial de Faruqi. Sin embargo, había un detalle que no encajaba con las notas de su esquema arbóreo en lo que atañía a la información de aquel hospital.

—El hospital de la Universidad de Clarksville carece de clínica. Es un centro adjunto a la universidad dedicado a la investigación de tratamientos médicos de vanguardia.

«Así es —reconoció Ignacio dejando escapar una risita—. Y es que la especialidad del doctor son los análisis prenatales. Mi *desarrollo* formaba parte de sus investigaciones».

El desagradable presentimiento de Sakoda había dado en el blanco. Debía de haberlo previsto cuando oyó que había usado los óvulos de la gestante subrogada.

—¿Quiere decir que experimentaba con seres humanos?

«Puede decirse así —contestó Ignacio con una débil sonrisa—. Yo ignoraba que el médico principal fuera mi propio padre y, de joven, estaba convencido de que su investigación resultaba necesaria. Antes me preguntaste sobre ello, ¿no? Y me dijiste que al parecer Faruqi no me consideraba colaborador suyo en la investigación. Eso es cierto. Para mí, él sí es un colaborador en la investigación, pero para él yo no soy más que un animal de experimentos de laboratorio al que puede examinar».

—¿En qué consiste el contenido de sus experimentos?

«En fabricar una base para el tratamiento genético. Mediante espermatozoides propios cuyo ADN modificó, procedió a una fecundación *in vitro* para concebirme».

—¿Qué clase de modificación realizó?

«Introdujo un marcador para la enzima Cas9, asociada al sistema CRISPR[4]. Es una tecnología de manipulación genética que hasta no hace mucho se consideraba muy prometedora. En suma, Faruqi introdujo un código identificador en el locus de sus 28.435 genes y los convirtió en la cabeza de sustitución de la Cas9 asociada al CRISPR».

Ignacio hizo flotar en el visualizador un modelo tridimensional de unos cromosomas y señaló el extremo de uno de sus brazos.

«Por ejemplo, un estadounidense de origen mexicano tiene un locus genético que le origina una *diabetes mellitus* no insulinodependiente, tipo 2. Se trata del brazo corto del cromosoma 11. Entonces Faruqi, sirviéndose del AGCT[5] como si fuera un sistema de numeración cuaternario, introduce ahí un codón[6] tipo CGT-GAC-ATG-ATG-GGC-AAG. De esta manera, mediante el vector de la Cas9, se puede injertar ADN según uno guste. Pero ahora, gracias a la secuenciación en serie, es posible sustituir un locus genético por otro y el sistema anterior ya es innecesario. ¿Pasa algo? ¿Por qué pones esa cara?».

—No, es que… veo que conoce muy bien la materia.

No es que desconfiara de aquel aserto suyo de que había sido médico, pero era la primera vez que oía hablar a Ignacio con

vocabulario de especialista. Ignacio se encogió de hombros con aire teatral.

«Así que dudabas de que yo fuera médico…».

—Bueno, es que el doctor Faruqi dijo que usted, comandante, carece de licencia de médico…

«Ah, ¿sí? —contestó Ignacio acariciándose el mentón y mirando hacia lo lejos—. Pues yo diría que antes de marcharme de casa de Faruqi, salvo error, terminé los estudios universitarios de Medicina. Ah, sí, ya recuerdo. Entonces tenía solo diecinueve años y por eso no pude obtener una licencia de médico».

—¿Diecinueve años? ¿Es que le permitieron saltarse algunos cursos?

Sakoda pegó en su árbol de notas «¿superdotado?». ¿Guardaría también alguna relación con la capacidad sobrehumana para el cálculo matemático de Toma y los suyos?

«Yo no hice nada especial. Como estaba en la cama del hospital universitario, no tenía otra cosa que hacer más que estudiar. Como no pude asistir a las prácticas, fue otro de los motivos por los que, cuando me licencié, no conseguí una licencia médica. La obtuve después, cuando ya participaba en las guerras legítimas».

Sakoda advirtió que había olvidado preguntar algo importante. Se suponía que Ignacio comenzó a ejercer de consultor en guerras legítimas hacía unos diez años.

—Oiga, señor Cherry, ¿cuántos años tiene usted?

«Treinta. Nací en el 2015».

Nunca hubiera creído que Ignacio fuese más joven que él. Claro que, pensando en que Guevara solo vivió hasta los treinta y nueve años, quizá tampoco resultaba tan extraño. Si lo que decía era cierto, significaba que nació cuando Faruqi contaba cuarenta y dos años. Puesto que la Cas9 del CRISPR fue identificada y divulgada en el año 2012, la investigación del doctor Faruqi debió de entrañar un alto riesgo.

—Y usted, señor Cherry, fue el primer experimento… Perdón, ¿el primero de esos niños?

Ignacio estalló en una carcajada al ver la turbación de Sakoda.

«Vaya, ¿así que muestras consideración hacia mí? Nada de eso. Al parecer, antes de concebirme a mí sufrió un par de docenas de fracasos. Yo fui su primer éxito, pero después de nacer continuó sometiéndome a todo tipo de pruebas y por eso he terminado así».

Sakoda sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Qué hizo con usted?

«Por lo visto, hizo conmigo todo aquello que puede imaginarse dentro de los límites que marca la conciencia. Reducir mi inmunidad natural o fabricar resistencia a los anticancerígenos. También probó a crear agentes biológicos provocando la generación de células especiales en mis riñones. Podía hacer que mis células poseyeran cualquier clase de función. Implantaba en mi cuerpo células madre modificadas genéticamente y a las dos semanas ya había un montón de células que poseían nuevas funciones. Llegué incluso a poder digerir el plástico o la celulosa».

Después de escuchar aquello, Sakoda se sintió incapaz de decir nada. La explicación anterior no la había entendido del todo bien, pero ahora sí le quedaba claro que los marcadores que introducía Faruqi, más que ir dirigidos a un tratamiento genético con fines medicinales, tenían por objeto servir de prueba para la modificación del ser humano. Pero Faruqi, no contento con las pruebas, había terminado por llevarlas a la práctica experimentando con el cuerpo de Ignacio.

—¿Y todo eso lo llevó a cabo en el hospital de la universidad?

Ignacio asintió.

«De cara a la galería, se trataba de experimentos *in vitro*. Cuando se desencadenó el COVID, participó también en el equipo que desarrollaba una vacuna y con eso consiguió también atraer inversiones. Así que, durante mi niñez, Faruqi me estuvo usando para sus intereses».

—Ya veo —asintió Sakoda mientras miraba cómo las nuevas informaciones de Ignacio se iban insertando en su cuaderno de notas arbóreo.

Faruqi había concebido a Ignacio para usarlo como cobaya en sus experimentos con seres humanos. Al recordar el aspecto de empresario de éxito que ofrecía el doctor Faruqi, finalmente Sakoda se vio sacudido por un escalofrío.

—Lo que hizo fue imperdonable —alcanzó por fin a decir con voz estrangulada.

Ignacio hizo un sonido burlón con la nariz.

«¿No te lo había dicho? Fui su colaborador».

Ignacio se señaló la cabeza.

«Desde que empecé a tener uso de razón, comencé a concentrarme en cómo manipular mi sistema nervioso, en especial mi cerebro. Porque mi cuerpo era irremediablemente débil».

Sakoda pareció volver en sí al oír la palabra «cerebro».

—¿Y esas manipulaciones también guardan alguna relación con los hombres del destacamento de Jones?

«Efectivamente», respondió Ignacio mirando de frente el rostro de Sakoda con seriedad.

«Poseían unas capacidades de las que carecen los seres humanos corrientes».

—Cierto —asintió Sakoda.

Ignacio, como si temiera que alguien le oyera, habló a continuación casi sin mover los labios.

«Son el resultado del proyecto de Faruqi y la manipulación genética que experimentó en mi cuerpo. Ellos son…».

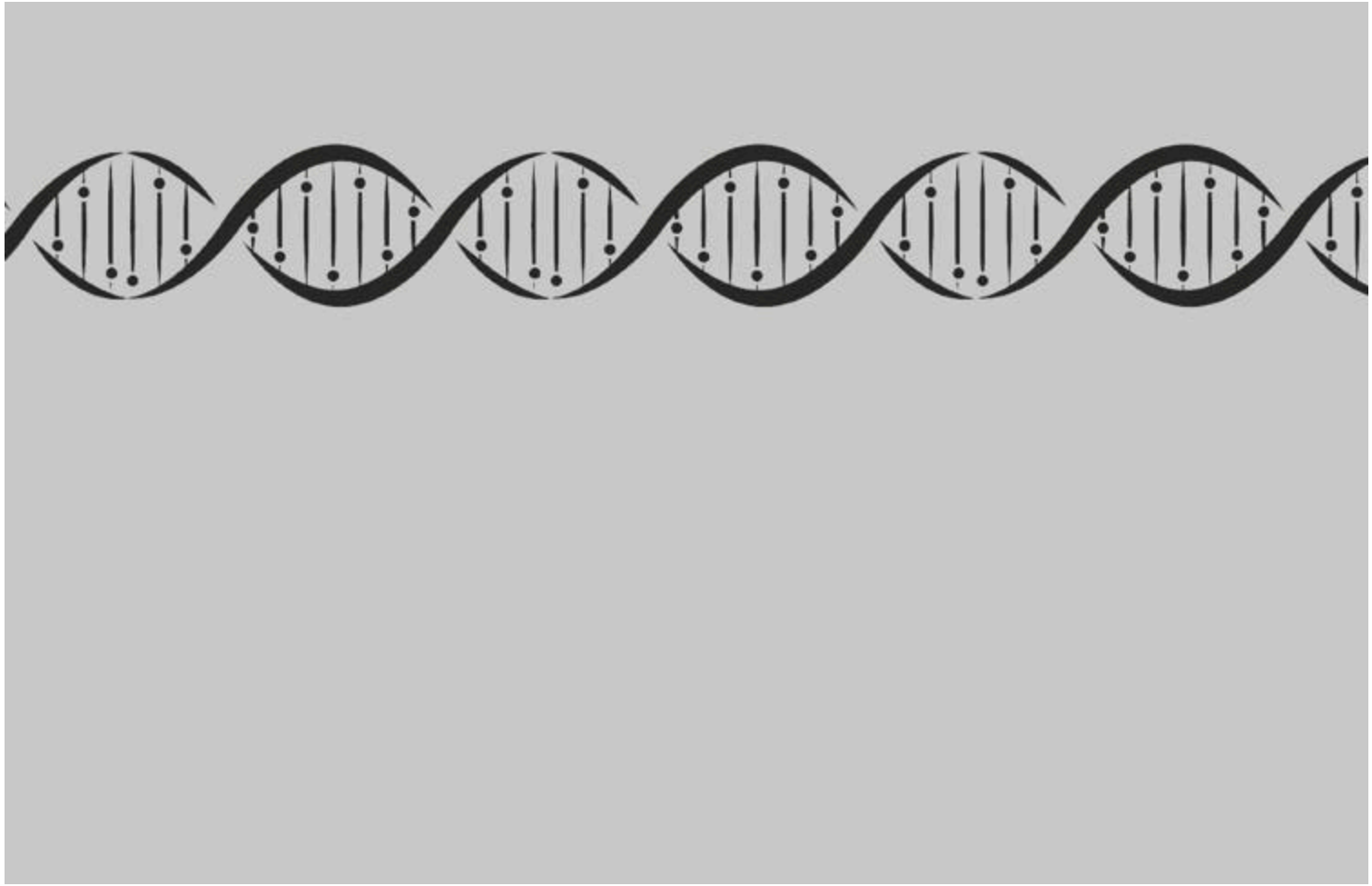
Sakoda no logró captar lo último que dijo Ignacio, por hacerlo con la boca casi cerrada. Pero pudo imaginarse con toda claridad las palabras: «Una nueva especie humana».

Rachel o Toma, concebidos con algún propósito, pertenecían a una nueva humanidad.

Tras comprobar el efecto de sus palabras en Sakoda, Ignacio exhaló lentamente el humo del tabaco y añadió:

«Mejor hablar siguiendo el orden de las cosas».

MAN-KIND,
LA NUEVA ESPECIE



13

«Inicialmente, se trataba de una investigación dirigida a curar la ELA, esclerosis lateral amiotrófica», comenzó Ignacio.

Sakoda, que sintió que el otro le miraba como queriendo confirmar que sabía de qué se trataba, asintió. Una enfermedad que provoca la atrofia de los músculos. Se sabe que los primeros síntomas son leves y consisten en que cada vez cuesta más trabajo mover las manos o los pies, se atasca la lengua al hablar o se sufren dificultades para tragar. Finalmente, se produce una completa pérdida de energías.

Se trata de una enfermedad de degeneración de las neuronas motrices, pero es raro que afecte a la movilidad del globo ocular y tampoco suele afectar a la percepción o a las sensaciones, por lo que uno es consciente de la situación en que se encuentra, pero no posee la capacidad suficiente para actuar por sí mismo, lo cual desemboca por motivos psicológicos en un gran estrés. Se considera una enfermedad incurable y en el estadio final vuelve al enfermo incapaz de respirar por sí mismo. Todavía hoy, en el año 2045, no existe ningún remedio conocido y los tratamientos se limitan a aliviar los síntomas.

Sin embargo, Sakoda no veía de qué manera ese tema se relacionaba con lo anterior, así que optó por preguntar.

—Sé lo que es la ELA, pero consiste en algo muy diferente de la especialidad del doctor Faruqi, ¿no?

«Cierto, es otra cosa. Pero es algo en lo que tiene interés él a título particular. Él poseía uno de los factores que desencadenan la

ELA».

—¿Eh? Pero la ELA no se debe a factores genéticos...

«No es frecuente, pero existe también lo que se llama ELA familiar. Es famoso el ejemplo de la mutación genética SOD1. Aparte de este, otros casos bastante conocidos son el de la mutación del gen CPorf72, el de la proteína TDP-43 o el de la mutación del gen FUS. El propio Geppetto tenía el SOD1 y el FUS. Entonces apareció la Cas9 de CRISPR y, al mismo tiempo, un grupo de inversores. Así que coincidieron el clavo y el martillo».

Ignacio agarró el puro como si fuese un martillo y con la mano izquierda imitó el movimiento de los dedos sujetando un clavo.

«Contaba con el instrumental y el material de trabajo estaba en su propio cuerpo. Geppetto se sumergió de cabeza en esa investigación. No se conformó con las modificaciones de cara a la ELA y continuó modificando una y otra vez los genes. Entonces, fabricó unos espermatozoides cuya totalidad de locus genético del genoma humano llevaba incorporado un marcador, utilizándolos a continuación para un proceso de fecundación *in vitro*».

—Proceso que desembocó en su nacimiento, ¿no?

«Eso mismo. Te lo comenté antes, pero mi ADN fue construido de tal manera que se puede llevar a cabo una edición genética sin necesidad de secuenciador. Es la mejor plataforma posible para la medicina genómica. Geppetto realizó varias clases de investigaciones usando mis células. Por supuesto que no procedía hacer constar aquello en una memoria científica, pero sí que podía hacer cuantos experimentos piloto deseara. Los resultados fueron mejorando, pero los inversores no vieron con buenos ojos las investigaciones que desarrollaba con mi cuerpo».

Ignacio sonrió alzando un extremo de sus labios.

—Claro, es lógico. Resulta imperdonable.

«No era por eso. Les desagradaba porque lo consideraban de bajo rendimiento».

Ignacio soltó una risita al ver el desconcierto de Sakoda ante el inesperado comentario.

«Aquellos inversores habían amasado una fortuna gracias a internet y se hallaban convencidos de que la edición genética era una especie de programación. Como si el ADN fuese un código fuente, vaya. Para gente con esa manera de pensar, los avances mediante medicina genómica en una persona viva resultaban algo entre farragoso y tedioso, y preferían que las modificaciones se introdujeran desde el principio, en los espermatozoides o en los óvulos. Así que consiguieron que Geppetto diese su brazo a torcer y virara su esfuerzo hacia la edición del código fuente. Y de esa manera llegó mi nacimiento».

Por fin la narración discurría por terrenos comprensibles para Sakoda. Una serie de inversores, enriquecidos gracias al negocio de internet, impusieron al doctor la aplicación de una analogía de un programa informático a las ciencias de la vida. La industria de internet había generado una riqueza descomunal y ahora imponía su estilo a las grandes empresas tecnológicas de diversos ramos. En suma, se trataba de políticas tipo «en vez de dedicar tiempo a algo perfecto, queremos algo ya» o «muévete deprisa y rompe cosas».

Lo que contaba Ignacio era un vívido testimonio de cómo aquella manera de pensar que había impulsado los avances del siglo XXI dirigía también sus ojos hacia la vida.

«Es evidente que, antes de mover una mutación no intencionada, es mejor corregirla. La edición de un genoma no es precisamente sencilla y lo sé porque yo mismo la he hecho a menudo. Entonces Geppetto decidió virar el timón en esa dirección».

—Quiere decir que concluyó que la mejor opción era crear bebés de diseño…

La expresión que se le escapó a Sakoda encerraba un tinte sombrío, pero Ignacio asintió sin parecer afectado.

«Efectivamente, eso es. Geppetto consiguió diseñar un vector capaz de sustituir *in vitro* unos genes por otros dentro de los cromosomas de los espermatozoides o de los óvulos. Comenzó a crear bebés sin factores que originen enfermedades genéticas, con

buen metabolismo, con excelente control corporal y elevada inteligencia. En definitiva, sobrehumanos».

—¿La inteligencia también se puede mejorar con la edición del genoma?

«Depende de a qué se llame inteligencia, pero Geppetto quería introducir un gen que alargase el tiempo que dura la memoria a corto plazo. Manipuló también las fibras nerviosas, los axones y la vaina de mielina, consiguiendo con éxito incrementar la velocidad de transmisión de los impulsos nerviosos entre un veinte y un treinta por ciento. Además, realizó una serie de ajustes para acelerar la segregación de hormonas que influye en la capacidad de toma de decisiones. Y lo cierto es que, mediante esa edición genética, consiguió que los cálculos matemáticos de cabeza se realizaran con mucha mayor rapidez y mejorasen la capacidad memorística, los reflejos y el control del cuerpo».

—¿Consiguió que mejorasen?

Sakoda se hallaba sumido en un mar de confusiones. Para medir el resultado de algo como la capacidad de cálculo, el sujeto de estudio debía alcanzar una edad en la que le fuera posible calcular. Debería de ser imposible conocer los futuros resultados solo con ver el genoma o el embrión en cuestión. A pesar de ello, Ignacio se señaló la frente.

«Hizo la prueba conmigo. Yo tenía entonces dos años, pero según los registros de sus exámenes de entonces, por lo visto ya era capaz de sumar y de deletrear».

Viendo que Sakoda parecía incapaz de hablar, Ignacio prosiguió.

«Aparte, también introdujo en mí genes neuroprocesadores equivalentes a las puertas lógicas AND, OR o XOR, así como neuroprocesadores que responden a una función exponencial u otros que en un enrejado tridimensional son capaces de emitir un *slug* de neuronas localizadoras con coordenadas esféricas, como las que usan los murciélagos para la localización sonora. Geppetto, repitiendo un experimento tras otro, llegó a obtener el conjunto de

genes necesarios para crear suprahumanos. ¿Has comprendido hasta aquí?».

Sakoda asintió. En resumen, Faruqi utilizó a Ignacio como cobaya para sus experimentos, introduciéndole una serie de marcadores y, gracias a esas investigaciones, halló el modo de editar los genes durante los procesos de fecundación *in vitro*. No lo había comprobado, pero seguramente las capacidades especiales de los miembros del destacamento de Jones o de los empleados de COVFE nacían de ese procedimiento.

Con todo, todavía quedaban lagunas. Entre el hecho de conseguir editar unos genes en un laboratorio y lograr que naciera un ser humano con ellos existía una gran distancia.

—¿No experimentó con nadie más aparte de usted?

«Al principio así fue. Pero los inversores, contentos ante el resultado, proporcionaron a Geppetto un nuevo "martillo". Adquirieron una compañía dedicada a la fabricación de soluciones para lavado de espermatozoides y sustancias crioprotectoras para los óvulos. P&Z se convirtió en la compañía líder de productos utilizados en la fecundación *in vitro*, y consiguió introducirse en el proceso mismo de la fecundación. Entonces, comenzaron realmente a producir bebés de diseño. Los primeros nacieron en el año 2017. De forma natural».

—¿Quiere decir que aceptó por encargo manipular los genes de hijos de terceros?

Según terminaba de preguntar, Sakoda se dio cuenta de que no era así. Si habían nacido en 2017, tendrían ahora unos veintiocho años. Dentro de los límites de lo que hasta ahora sabía, eso correspondería a personas como Jasper Jones o Marsha Yoshino. El caso de Marsha quizá pudiera considerarse especial por contar con estudios superiores, pero la familia de Jones carecía de dinero como para ello. Tal y como preveía, Ignacio meneó la cabeza en gesto negativo.

«Ya te he dicho que nacieron de forma natural. Faruqi realizó dicho experimento como un servicio a la sociedad. El 1 % de los

productos de lavado de espermatozoides o de crioprotectores de óvulos que P&Z sacaba al mercado en territorio estadounidense era en realidad un fármaco para producir suprahumanos. Según las estadísticas, en el año 2017 nacieron, si no me equivoco, unas tres mil personas por ese sistema. Tú conoces, sin duda, a dos de ellas».

—El capitán Jasper Jones y…

Sakoda consiguió contener a duras penas el nombre de Marsha Yoshino que ya tenía en la punta de la lengua, pero en vez de eso dijo un nombre que Ignacio también conocía.

—Ah, sí, la alférez Rosalind Said, ¿no? Los dos tenían veintiocho años.

«Efectivamente».

—Pero ¿qué demonios pretendía hacer? Ponerse a alterar según su capricho los genes humanos… Es un disparate.

Ignacio corrigió su postura en la silla y miró a lo lejos.

«Al parecer, la intención de Geppetto era, una vez pasados cinco o diez años aumentando esa nueva especie, fingir que se debió a un accidente. Si se hubiera limitado a crear uno o dos casos de forma intencionadamente experimental, le habrían expulsado con todo tipo de críticas y recriminaciones, pero si se trataba de un descuido que había provocado treinta mil casos, la opinión pública lo vería de otra forma. Fue una idea de los inversores. Aun cuando fueran llevados a juicio, pasarían diez o incluso veinte años hasta que el asunto se resolviera y su intención era, mientras tanto, al tiempo que se prestaba alguna clase de apoyo a esos treinta mil niños, desarrollar un programa estándar para la creación de bebés de diseño».

—Ya veo.

Llegados aquí, por fin todo encajaba. Era un método muy propio de gente que se había enriquecido con el negocio de internet, al igual que cuando se aumenta el número de usuarios de una aplicación ofreciéndola de forma gratuita para luego dedicarse a explotar sus beneficios. La diferencia con una de esas aplicaciones consistía en que aquí entrañaba mayores riesgos y dificultades al servirse de personas vivas, pero una vez alcanzada la posición de

cabeza en el área de los bebés de diseño, no supondría demasiado esfuerzo contar con el dinero suficiente para asegurar la vida de los niños que nacieran.

«Sin embargo —continuó Ignacio con semblante grave—, de pronto llegó el COVID-19».

Sakoda soltó una exclamación involuntaria. Aquel virus desastroso que interrumpió las clases en sus tiempos de escuela primaria. Imposible olvidar aquellos largos días vividos con una mascarilla que dificultaba la respiración. Todavía hoy Sakoda se sentía incapaz de dejar de vacunarse y de lavarse las manos y, cuando se hablaba de un aumento en las posibilidades de una nueva pandemia, se ponía de nuevo la mascarilla. Todas aquellas costumbres las adquirió durante la epidemia del coronavirus y ya no se apartaron de él.

Fueron también tres años en que se estancó la actividad económica.

—Atravesaron un periodo de dificultades, ¿no? —dijo Sakoda.

Entonces, Ignacio sonrió con aire malicioso y negó con la cabeza.

«Nada de eso. Obtuvieron una riqueza descomunal. Con objeto de fabricar una vacuna genética, comenzó una inversión de envergadura sin precedentes. Geppetto, que trabajaba en ingeniería genética, por muy retorcida variante que fuese, se encontró ante él con miles de millones de dólares en concepto de financiación».

Ignacio entrecerró los ojos como llevado por sus recuerdos.

«Fue justo cuando yo comenzaba a estudiar las materias de escuela primaria, pero recuerdo cómo día a día la habitación del hospital donde vivía se iba volviendo más lujosa. No había diferencia en el hecho de que pasaba el día en la cama, pero me pusieron una enfermera únicamente para mí y un profesor particular y cualquier cosa que pidiera me la compraban. Bueno, mi vida personal carece de importancia, dejémoslo aquí».

—No, no, continúe, por favor —pidió Sakoda.

Sin embargo, Ignacio contestó «Más adelante, si acaso» y aspiró profundamente su cigarro habano.

Después, mientras exhalaba lentamente el humo, prosiguió su relato con tono despectivo.

«Con aquel dinero y los éxitos de Geppetto bajo el brazo, aquellos inversores volaron a Washington D. C. Se convirtieron en lobistas».

Sakoda, mientras que por una parte se sorprendía del inesperado giro de los hechos, por otra sentía que todo encajaba. Tras amasar una colosal fortuna, los inversores daban el salto a la política.

—¿Con objeto de preparar el terreno para la revelación de los hechos de que habló antes?

«Si se tratara de eso, ya debería haber salido a la luz. Faruqi y los suyos han encontrado un nuevo patrocinador».

Ignacio alargó una mano hacia Sakoda y sobre su palma hizo flotar unas imágenes de un transportador tetrápodo. Era una máquina de aspecto envejecido, con el sensor de radar, el motor de combustión interna refrigerado por aire y los cables de control a la vista, pero Sakoda reconoció el ingenio nada más verlo.

—Es un modelo de prueba del Maschief, ¿verdad?

«Así es. Goodfellows se interesó al instante por los rumores acerca de los suprahumanos».

—¿Qué era lo que le interesaba a Goodfellows?

La contestación ya la sabía. Pero, a pesar de ello, Sakoda lo había preguntado.

«Los componentes de sus cuerpos ORGAN. Goodfellows avanzaba en sus preparativos para afrontar la nueva forma de las guerras y se le ocurrió la idea de formar sus destacamentos ORGAN con los suprahumanos de Faruqi».

Tal y como se imaginaba. Rachel y sus compañeros fueron diseñados de manera que constituyeran unos efectivos resistentes al estrés y capaces de introducir en su cuerpo numerosos implantes.

Ignacio tragó saliva y continuó hablando. A Sakoda le pareció que su voz se había dulcificado un poco.

«Los efectivos de los cuerpos ORGAN tienen responsabilidades muy graves, hasta un punto escalofriante. El personal a cargo de disparar físicamente las armas tiene que matar a decenas de personas en cada batalla y repeler con la coraza que recubre su cuerpo cientos de restos de balas o de metralla de las granadas de aquellos que tienen al encañonador como objetivo. El encañonador, por su parte, debe elegir entre más de un centenar de personas a quién apuntar y a quién no. Para los soldados corrientes resultaría difícil aguantar tanta presión».

—¿Eh? Pero los cuerpos ORGAN existen en muchos países, ¿no?

Ignacio soltó una risita ahogada y agitó la mano como diciendo «¡pero qué tontería!».

«Fueron reclutando a los que contaban con aptitudes para ello. El encañonador a cargo del primer destacamento ORGAN era una víctima de la limpieza étnica. Carecía de una cotidianidad a la que regresar y fue obligado a combatir desde niño, terminando mentalmente trastornado por el consumo forzoso de drogas. Sin embargo, en el caso de una persona corriente, cuando acaba con más de un centenar de vidas con el movimiento de sus manos, al final enloquece. Precisamente porque existía la necesidad de unos pseudohumanos a los que no les pasara eso, que fueran resistentes al estrés, Geppetto les proporcionó dicha clase de personal. Habían transcurrido dieciocho años cuando empezó a recoger los beneficios de su trabajo».

—Pero usando fármacos…

Ignacio hizo un sonido burlón con la nariz ante el intento de argüir de Sakoda.

«¿No sabes que la adicción a la Stonaicina se ha convertido en un problema?».

Las guerras legítimas precisaban soldados cuyo espíritu no se tambaleara. Y Geppetto, para responder a esa demanda, había creado esa clase de personas.

—¿Por eso añadió también cualidades como poder ver la luz infrarroja?

«También te has dado cuenta de eso… La percepción de los rayos infrarrojos fue un descubrimiento mío. Si no recuerdo mal, fue cuando tenía ocho años».

Ignacio levantó las manos y colocó las palmas una frente a otra delante de su rostro.

«Los fotorreceptores de las células cónicas están determinados de forma tridimensional por el genoma. Entonces, lo que hizo Faruqi fue disponer un diez por ciento de esos receptores enfrentados entre sí con una distancia ligeramente inferior que la longitud de onda de la luz infrarroja. De esa manera, los rayos infrarrojos se reflejan en el seno de los receptores y pueden ser percibidos como luz. Claro que, si el cerebro no los reconoce, no sirven para nada. Realmente son muchos los apartados que modificó con objeto de crear supersoldados. Por ejemplo, entre los más importantes destaca que pudieran segregar a voluntad los aminoácidos de cadena ramificada que mitigan la fatiga o que, con objeto de que fueran capaces de dirigir su atención a tareas múltiples, crease para ellos múltiples campos de memoria a corto plazo. Rachel trabajaba como encañonadora, ¿verdad? Seguramente se valía de dicha capacidad, aunque no fuera consciente de ello. Pero si se utiliza siendo consciente de ella, debería poder aplicarse para muchas más cosas. Aparte, otros aspectos como potenciar la capacidad de tomar decisiones…».

Probablemente Ignacio había preparado su relato de antemano con intención de revelárselo a Sakoda, puesto que proseguía sin titubear en ningún momento. Las anotaciones del periodista iban aumentando mediante escritura automática, de manera que la espesura del ramaje del «árbol» se incrementaba también. Sakoda se esforzaba en mantener la concentración para no perderse y, a partir de cierto momento, se encontró clasificando maquinalmente las palabras de Ignacio, incapaz de pensar en otra cosa que su inclusión en su esquema a modo de dendrita.

El misterio se resolvía.

Las capacidades que demostraban Rachel o Toma, así como el motivo por el que podía concluirse que todos los miembros del destacamento de Jones eran nacidos en los Estados Unidos, el hecho de su juventud y también el que se mostrasen más capaces cuanto menor fuera su edad eran, en su totalidad, el resultado de las alteraciones del genoma practicadas por Faruqi. Se trataba de suprahumanos creados para formar los cuerpos ORGAN. Se había oído hablar infinidad de veces de clonación de personajes históricos o de humanos «de repuesto» para usar sus órganos o de superhumanos creados por manipulación genética, pero todas esas historias necesitaban una buena dosis de ficción para rellenar el hueco de cómo habían llegado a adultas esas creaciones. Por ejemplo, estimulando su crecimiento en cápsulas de cultivo, proporcionándoles gran cantidad de conocimientos durante el sueño por medios hipnopédicos o aumentando su musculatura por impulsos electromagnéticos; e incluso encontramos casos en los que se los engaña para que vivan en una instalación especial convenciéndolos de que ha tenido lugar una guerra apocalíptica. También se ha utilizado hasta la náusea el recurso a un planteamiento donde viven como internos de un colegio. Sin embargo, lo que hicieron Geppetto y los suyos consistió en que fueran criados en el seno de familias corrientes.

El hecho de las disparidades raciales que presentaban quizá se debiera a alguna clase de efecto secundario, pero, como sucedía con el caso de Maurice y Michelle, los padres querían a sus hijos y los cuidaban hasta que los despedían en su camino hacia el campo de batalla. Al imaginar hasta ahí, por fin cobró forma en el interior de Sakoda el interrogante que le rondaba.

—Un momento, por favor —interrumpió Sakoda—. He comprendido cómo se crearon esos humanos. También cómo fueron criados. ¿Pero cómo los reunían después?

«Sirviéndose del examen SAT».

—¿Cómo dice?

Ignacio ladeó la cabeza como si la reacción de Sakoda le extrañara.

«¿Tú no hiciste ese examen? El examen estadounidense para la admisión universitaria».

—¡Ah! —contestó Sakoda dando una palmada.

El examen de selectividad estandarizado de razonamiento para el acceso a la universidad. Sakoda, llegado a los Estados Unidos tras licenciarse en Bachillerato, se presentó hasta tres veces a dicho SAT. A diferencia del examen universitario unificado del Japón, podía presentarse uno todas las veces que quisiera y ofrecía la ventaja de que podía declararse solamente la ocasión en que más puntos se hubieran obtenido.

—Sí que lo hice. ¿Pero cómo encuentran a los candidatos a partir de ese examen?

«Mezclan en el examen problemas que para los suprahumanos son fáciles de resolver. En el caso de las matemáticas, problemas que se pueden resolver si se comprenden intuitivamente conceptos como la constante de Napier o el teorema de Pitágoras, por mal que se le dé a uno el cálculo; si se trata de preguntas sobre comprensión lectora, se plantean cuestiones imposibles de resolver si no se cuenta con la capacidad de mantener un tiempo mayor del normal la memoria a corto plazo. Entonces, envían sus cartas de reclutamiento solo a las personas que han sido capaces de resolver esas cuestiones».

Sakoda no pudo evitar suspirar al escuchar cómo se valían de los exámenes estandarizados para llevar a cabo su selección. Goodfellows había remitido esas misivas de oferta de trabajo a casa de Rachel o Jasper por haber resuelto los problemas que introdujo Faruqi mejor que las otras preguntas del examen. En cambio a Toma, que obtuvo casi un cien por cien de respuestas correctas, no le contactaron.

También supo el motivo por el que todos los miembros del destacamento de Jones eran nacidos en los antiguos Territorios Libres. Consistía en que, en los tiempos en que finalizaron el

bachillerato, no habían recibido una educación por completo satisfactoria debido a circunstancias de la guerra.

—¿Y se puede saber cuánta gente han conseguido reclutar?

«Ni idea. Pero… —comenzó Ignacio acariciándose el mentón con la mirada perdida en el aire—. Los cuerpos ORGAN de Goodfellows forman cinco compañías, en total mil quinientos soldados».

—Tantos… —murmuró Sakoda.

Ignacio meneó lentamente la cabeza a izquierda y derecha.

«Aun así, eso es solo una parte de los suprahumanos. No puedo hablar más que desde el punto de vista de la estadística, pero probablemente el número total de neohumanos nacidos con el genoma alterado por los procedimientos de P&Z debe de superar los doscientos mil. La mayoría de ellos ni siquiera son conscientes de sus capacidades y llevan una vida normal y corriente en lugares sin nada que ver con las guerras legítimas».

Sakoda terminó de convencerse. Ignacio no tenía la menor idea de que aquellas capacidades otorgadas por esa gente a los neohumanos estaban dando sus frutos en campos muy diferentes a los de los cuerpos ORGAN. Desconocía que esas mismas capacidades habían servido para formar una compañía como COVFE, que mediante la computación cuántica había renovado el sistema de comunicación de internet y recuperado la facultad de discurso con su plataforma de verificación de hechos.

Poniendo cuidado en que el otro no descubriera sus pensamientos, Sakoda probó a disimular con un suspiro.

—Comprendido, gracias.

«No hay de qué. ¿Me harás un artículo con esto?».

Cuando Sakoda asintió, depositó una caja con documentación en la mesa que aparecía dibujada en el visualizador.

«Estos son documentos que te servirán como prueba. Aquí constan datos sobre la relación entre P&Z y Goodfellows, así como registros de las sustituciones de unos fármacos por otros, también sobre las modificaciones de los genomas y los experimentos en que

utilizaron nuestros cuerpos, así como sus resultados. Si le hablas de esto a Rachel, quizá descubra en su interior cualidades de las que hasta ahora no era consciente».

Sakoda, tras aceptar la caja de documentos, preguntó:

—¿Esa nueva humanidad puede concebir hijos?

«No», replicó Sakoda moviendo la cabeza hacia los lados.

—¿Por qué?

«Porque no se puede prever el efecto que tendría que concibiesen un hijo entre ellos o con un tercero. De entrada, no se conservarían sus capacidades especiales y hay muchas posibilidades de que las consecuencias fueran fatales. Si no hubieran tenido que proporcionar soldados para los ORGAN, quizá hubieran podido proseguir las investigaciones para conferir a los recién nacidos una mayor estabilidad. Me fastidia tener que reconocer algo bueno en él, pero hacernos estériles fue una de las pocas cosas en que Geppetto demostró tener cierta ética».

—¡No sé en dónde! Después de tratar a los seres humanos como si fueran juguetes…, ¿dónde está su ética?

Sakoda se puso en pie y se acercó a la imagen tridimensional de Ignacio. En ese momento, sintió como si algo estallase dentro de su pecho.

Acto seguido, al fijarse en Ignacio, la furia experimentada fue remitiendo. La actitud prepotente de aquel hombre se había esfumado y ahora, con los párpados entrecerrados, sus pupilas relucían por las lágrimas del arrepentimiento. Sakoda se vio sacudido por la angustia. Con los puños apretados, sentía cómo se le clavaban las uñas en la palma de la mano.

«Me gustaría no haber hecho eso —dijo Ignacio con voz estrangulada—. De por sí, ellos no deberían haber existido».

—No deberían existir… —repitió Sakoda. Entonces, ¿por eso los mató?

«No se trata de algo tan sencillo. Eso es solo una parte».

Ignacio asintió al tiempo que una frase resonaba en el interior de Sakoda: «Porque no debieron crearse unos seres dignos de

lástima».

Tras ocurrírsele la idea, Sakoda alzó la vista y se encontró con que Ignacio repetía lo mismo.

«No debieron crearse unos seres dignos de lástima. Escucha esto, Sakoda, porque sea como sea no te lo voy a ocultar. Dentro de muy poco, el mundo tendrá conocimiento de que existe una especie humana superior a la mayoría de los mortales. ¿Qué crees que pasará entonces?».

«Comenzarán las persecuciones». Sakoda sintió cómo flotaba la contestación en su cerebro. Pero, antes de verbalizarla, se le adelantó Ignacio.

«Efectivamente. Comenzarán las persecuciones. Antes de eso, hay que retirarse de la escena. Hay que extinguirse».

«Tiene razón —pensó Sakoda—. Rachel, Toma y los demás deben extinguirse. ¡No! No estoy de acuerdo. No puedo aceptar que Rachel tenga que desaparecer».

Sakoda intentó retroceder, pero tropezó con la silla y cayó sobre la cama que tenía a su espalda. Mientras se agarraba a la manta de toalla para incorporarse, Sakoda advirtió que, una vez más, se le había pasado la furia anterior.

—¿Qué es lo que acaba de suceder? Ignacio, ¿qué es lo que me ha hecho?

«Pues que te he convencido de lo que digo, ¿no?».

Sakoda negó con la cabeza. No se trataba de que le hubiese convencido o no lo que decía Ignacio, se trataba de algo de un nivel completamente distinto. Desde hacía un rato, era como si Ignacio dirigiera sus pensamientos. Ahora que recordaba, ya una vez sintió que sucedía algo similar. Fue cuando Ignacio se exhibió sin protección alguna ante el destacamento de Jones jugueteando con aquella carabina que parecía sacada de un anticuario. Al verlo, Sakoda se sintió dominado por un fuerte impulso de agredirlo. Y, al mismo tiempo, el destacamento de Jones también se comportó de manera extraña. Como si se vieran arrastrados por ese mismo impulso que lo dominó a él, abrieron fuego los primeros sobre

Ignacio y después, mientras dudaban sorprendidos por el resultado, fueron derrotados por las ráfagas de saturación.

Ignacio había hecho algo para que así sucediera.

—Estoy seguro de que no es eso. Dígame lo que ha hecho.

«¿No me crees? —contestó Ignacio tras encogerse de hombros —. Bueno, es igual. Pero sí hay algo que quiero contarte. Obviamente, no será porque estuviéramos hablando de él, pero mientras manteníamos esta reunión he recibido una comunicación de Geppetto».

—¿Del doctor Faruqi?

Ignacio forzó una sonrisa.

«Sí. Por lo visto tiene intención de venir a las Naciones Unidas. Parece que quiere frenar como sea mi petición de disculpas…».

—Considerando la posición en que se encuentra, es lógico.

Ignacio miró fijamente el rostro de Sakoda.

«Che, hablas como si no tuviera nada que ver contigo. Si quieres preguntarle algo, esta es tu última oportunidad».

Ignacio deslizó un portafolios transparente sobre la mesa del visualizador. Contenía la copia de dos billetes de avión, uno de Clarksville a Nueva York y otro de Nueva York a Washington D. C.

«Después de terminar sus trapicheos en las Naciones Unidas, el tipo pretende ocultarse en la residencia veraniega de un amigo de Washington».

—¿Quiere decir que le eche el guante en el aeropuerto? —preguntó Sakoda mientras examinaba las copias de los billetes que aparecían en pantalla.

Entonces se dio cuenta de que Ignacio ya se había retirado de la reunión mantenida a través de *queuechouvue*.

14

Rachel despertó al recibir un mensaje de Sakoda y se incorporó en la cama como impulsada por un resorte. Se echó sobre los hombros su chaqueta de combate y notó que todavía conservaba algo del olor a pólvora adherido durante el tiroteo del día anterior. Lanzó hacia la puerta la bolsa de deportes que se había colocado bajo las piernas a modo de almohada improvisada y se precipitó hacia el lavabo, donde se aseó rápidamente la cara y se ató el pelo que le caía desordenado. No pertenecía a un ejército regular, pero llevaba seis años haciendo vida de soldado. Tener siempre todas sus cosas a punto para partir en cualquier momento se había convertido en una costumbre inseparable.

Al salir afuera, el Ford ya estaba estacionado frente a ella. Rachel abrió la puerta de los asientos traseros y, tras lanzar su bolsa al interior, dio media vuelta para pasar al otro lado y sentarse en el asiento del copiloto. Cuando ya agarraba la manilla, se dio cuenta de que era Toma quien estaba frente al volante. Al sentarse y mirar hacia los asientos de atrás, vio a un sonriente Sakoda con una bolsa de papel del restaurante entre las manos. Lucía unas marcadas ojeras.

Alargando la bolsa de papel hacia ella, dijo:

—Después de aquella conversación, no pude dormir. Le he pedido a Toma que conduzca en mi lugar.

Rachel cogió la bolsa de papel y vio que contenía un vaso largo de café y un burrito envuelto en papel de aluminio. Entonces, por primera vez, Rachel echó un vistazo al reloj de la pantalla básica de

complementos de su *queuechouvue*. Marcaba las dos de la mañana. Es decir, que había dormido como una hora.

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto de Clarksville.

Sakoda desplegó un mapa en el visualizador y clavó una chincheta virtual en una ciudad más allá de la carretera 55 por la que habían transitado el día anterior.

—Pasaríamos cerca de la Aguja —observó Rachel—. ¿Quieres decir que desandamos camino?

Mientras Rachel sacaba su vaso de café de la bolsa de papel, Sakoda asintió.

—Cherry me ha pasado la información de que Faruqi tomará el primer vuelo de mañana por la mañana en dirección a Nueva York. Quiero hablar con él en el aeropuerto. Si se nos escapa, se esconderá en Washington.

—Un momento —espetó Rachel apuntando a Sakoda con el café que ya se llevaba a los labios—. ¿Has hablado con el tipo ese? ¿Y qué es lo de Washington? ¿Faruqi anda metido en algún asunto con el Gobierno de los Estados Unidos?

Sakoda apretó los labios y cerró los ojos. Rachel se inclinó hacia delante para insistir y entonces intervino Toma.

—Si tenemos que ir a Clarksville, mejor salir cuanto antes. Podéis hablar mientras vamos hacia allí.

Toma señaló con el mentón hacia delante y Sakoda asintió.

—Tienes razón. De momento, salgamos. Cuando entremos en la zona de conducción automática, hablaremos del tema. Mientras tanto, desayuna, Rachel. Toma, si no te importa, tú espera hasta la primera parada.

—De acuerdo —repuso Toma pisando el acelerador.

Se oyó el rumor del motor diésel híbrido y el ruido de las llantas al pasar sobre las piedrecillas del pavimento resonó en el interior del vehículo. Rachel, que antes había intentado insistir a Sakoda, en vista de que no contestaba, iba a dirigirle la palabra de nuevo, pero se contuvo al verlo mordiéndose un labio y mirando con expresión

muy seria lo que debía de ser un espacio de trabajo del *queuechouvue* abierto ante él.

La mujer encajó su vaso de café en el portabebidas emplazado frente al salpicadero y, sacando el burrito de la bolsa de papel, comenzó a arrancarle el envoltorio de aluminio. Al morder la aromática tortilla, el sabor del arroz con queso sazonado con salsa de chile se extendió por su boca.

Rachel se esforzó por expulsar a Sakoda de su cabeza y optó por concentrarse en el burrito. Antes de veinte minutos, ya habían llegado a la carretera 55, donde empezaba la zona de conducción automática. A partir de ahí podrían retomar la conversación. Rachel paró un momento de comer mientras pensaba: «Mi punto fuerte es que puedo cambiar de ánimo enseguida». Creía que Sakoda se hallaba absorto en su visualizador por capas, pero se encontró con que tenía la vista clavada en ella.

—¿Pasa algo?

Sakoda abrió la boca como si tuviera intención de contestar, pero después pareció recapacitar porque negó con la cabeza. A continuación, volvió a mirar fijamente a Rachel y contestó:

—Se te da muy bien cambiar de ánimo al momento.

—Ah, ¿era eso? —dijo Rachel volviendo a dar un bocado a su burrito—. ¿No te lo comenté ya una vez? Es así desde niña.

—Lo recuerdo. Sucedía lo mismo con el resto de los miembros del destacamento de Jones.

Rachel, al notar que Sakoda hablaba intentando no mostrar ninguna emoción particular, dudó acerca de cómo contestar, pero el periodista, sin esperar a que ella hablase, se dirigió a Toma.

—Oye, Toma, a ti también te pasa lo mismo, ¿verdad? Y al resto de los empleados de COVFE. ¿Me equivoco?

—Es cierto.

Aunque parecía que no estaba escuchando, la respuesta del joven fue muy rápida. Tras comprobar que el vehículo había entrado en el nivel 4 de conducción automática, Toma se volvió hacia Sakoda.

—Pero ¿cómo lo has sabido?

Sakoda, sin contestar a la pregunta, le hizo un gesto para que siguiera conduciendo.

Durante un instante, por el cerebro de Rachel cruzó el interrogante de por qué Sakoda preguntaba esas cosas y a partir de qué elementos había realizado semejantes deducciones, pero, más que eso, le intrigó que la voz de Sakoda al hacerles esas preguntas temblara ligeramente.

—¿Qué te sucede?

Sakoda dedicó a Rachel una leve sonrisa desapasionada y, tras comprobar que ni delante ni detrás de ellos circulaba ningún vehículo por aquella carretera federal con luces tan espaciadas, anunció:

—Os pido que escuchéis con toda la calma posible.

—Eres tú quien tiene que calmarse, Jake —contestó Rachel—. Nosotros podemos escuchar tranquilamente, sea lo que sea. Ya sabes que enseguida podemos cambiar de humor.

—Ahí está el asunto.

Sakoda miró por turnos los rostros de Rachel y Toma. Rachel, que se sintió incómoda ante la extraña seriedad de su mirada, se retorció un poco en su asiento.

—¿Y entonces?

Sakoda elevó la mano derecha hasta colocarla delante de su rostro y colocó en vertical el dedo índice.

—Hablo de la asignación dinámica de la memoria.

—¿Qué?

—¿Cómo dices?

Mientras Rachel y Toma lo miraban desconcertados, Sakoda fue contando mientras levantaba el dedo medio, el anular, el meñique y el pulgar.

—Glándulas secretoras de *Stonaicina* para evitar el trastorno de estrés postraumático, adquisición de alta receptividad a la luz infrarroja mediante un cambio en la distribución de las células cónicas, una presión osmótica de los líquidos corporales que amplía

al máximo del ancho de banda para la red BAN, neuronas que utilizan para el cálculo el módulo anillo, la constante de Napier, el número π, raíces cuadradas, raíces cúbicas o raíces cuartas, sincronización de los reflejos…

Rachel se sintió tan incómoda que dejó de prestar atención y optó por almacenar las palabras de Sakoda en algún rincón de su cerebro. Era consciente de que estaba hablando de algo muy importante. También de que estaba describiendo con lenguaje científico sus un tanto extrañas particularidades. Dedujo que probablemente Sakoda había recibido de Ignacio la información necesaria para aclarar sus ideas. Y que se trataba de una cuestión extremadamente grave.

Sin embargo, no se veía capaz de asumirla de repente. Aquel vocabulario tan especializado al que no estaba acostumbrada le parecía exactamente igual que la hoja de especificaciones técnicas de alguna máquina o programa informático y, si lo aceptaba, sentiría que ella misma era vista como tal.

Notando que la voz de Sakoda iba tornándose más dificultosa, Rachel miró hacia un lado pensando distraídamente: «Así que cuando los japoneses cuentan con los dedos, empiezan por el índice…», y, entonces, a pesar de la penumbra reinante en el vehículo, distinguió claramente la palidez de las facciones de Toma, que tenía la vista clavada en Sakoda.

Tras enumerar más de una docena de particularidades con lenguaje científico, Sakoda efectuó una pausa para tomarse un respiro y, en ese momento, Toma, una vez comprobado que no tenían vehículos ni delante ni detrás, tomó el turno de palabra.

—Quieres decir que todas esas funciones, aunque me duele calificarlas así, fueron introducidas en nosotros mediante edición del genoma, ¿no?

Sakoda asintió.

—Eso dijo Cherry.

—No me lo explico —opinó Rachel encogiéndose de hombros—. Entiendo lo que significa una edición del genoma. Por ejemplo, se

pueden curar enfermedades genéticas con ese sistema, si no me equivoco. Cuando estaba en bachillerato, hicimos una colecta para proporcionar dicho tratamiento a un compañero de clase que padecía de drepanocitosis. Pero yo nunca me he sometido a ningún tratamiento genético. ¿Cómo es posible?

—Porque fue antes de nacer.

Sakoda desplegó un espacio de trabajo entre Rachel y Toma, haciendo a continuación que flotase en él una serie de documentación. Hojas de datos, fotografías, dibujos, filmaciones o intercambios de mensajes aparecían todos alineados como un menú de aplicaciones con el mismo aspecto que archivos en papel.

—Esto abarca desde los primeros experimentos con seres humanos hasta planes de su puesta en práctica, así como intercambios de comunicaciones entre los implicados. En la zona superior, encima de todos estos documentos con los detalles, he destacado los aspectos más impresionantes. Hasta a mí me cuesta creerlo…

Toma trasladó a su visualizador toda aquella montaña de documentación y, tras revisarla rápidamente, se la pasó a Rachel diciendo:

—Aparentemente, es un proyecto de implementación de consciencia multirramificada. Está estructurado exactamente igual que el desarrollo de un programa informático.

—¿Ramificado? —repitió Rachel crispando el rostro mientras ojeaba la documentación.

> *Equiparando a una caché informática las capas de la memoria a corto plazo que se superponen de manera tridimensional, ejecutan varias clases de procesos mediante la permutación del tiempo compartido en la corteza prefrontal del cerebro*.

En el encabezamiento de la documentación que desgranaba esa clase de explicaciones, constaban una serie de tablas numéricas relativas a los genes, con el resto del espacio ocupado por una

codificación en lenguaje Python. Rachel desconocía en qué consistía el desarrollo de los programas informáticos, pero si Toma decía que presentaba este mismo aspecto, así debía de ser.

Rachel echó a un lado la pila de documentación.

—¿Y entonces qué?

—Se refiere a las personas como Rachel o yo, ¿verdad? —dijo Toma buscando la confirmación de Sakoda.

Sakoda asintió.

—Efectivamente. En vuestros cerebros se ha insertado la facultad de hacer tareas diferentes con la mano izquierda y la derecha al mismo tiempo o de leer simultáneamente varios textos y también de ejecutar de manera automática tareas predeterminadas.

—Yo no puedo hacer eso —contestó Rachel de modo reflejo—. Imagino que te refieres al trabajo de encañonadora de un destacamento ORGAN, pero no es posible hacer eso. Aunque aparezcan decenas de retículos, para decidir los objetivos hay que poner el dedo en ellos. No conozco cómo funciona en el caso de otras organizaciones. He oído hablar de ejércitos donde el proceso se realiza de forma automática mediante un programa, pero en mi caso no es así.

—¿Vas escogiendo los blancos de uno en uno, uno tras otro?

Rachel guardó un incómodo silencio.

Cuando el retículo se superponía sobre los soldados enemigos, usaba los diez dedos de las manos para escoger sendos objetivos, pero no recordaba haberlo hecho por orden. Dejaba correr los dedos sobre el retículo e iba decidiéndolos con una puntuación que comprendía cinco niveles en cuanto a la importancia del daño por infligir: ligero, moderado, importante, extremo y crítico. ¿Pero lo iba haciendo por orden? No lo sabía.

En cambio, había algo de lo que sí estaba segura.

—Supongo que mis dedos se mueven todos a la vez. Pero escojo cada blanco de forma específica. Eso sí lo recuerdo perfectamente.

—Entendido —contestó Sakoda.

Iba a extender la mano hacia un documento, cuando Toma, que había colocado las manos en el volante, dijo sin dejar de mirar al frente:

—Está en la página diecisiete.

—¿Cómo?

Sakoda detuvo la mano que ya estaba a punto de tocar el documento. Toma, con la vista clavada en la carretera, contestó con voz extrañamente plana.

—Lo relativo a la memoria de la consciencia ramificada viene escrito en la página diecisiete. Eso de que la experiencia personal percibida de manera simultánea, paralela o retardada se convierte en memoria declarativa con una clara relación causa-efecto.

—¿Memoria declarativa? —preguntó Rachel.

—El relato —contestó Toma sin dudar un segundo—. Una historia que nos dice que esto acabó siendo así porque pasó esto, eso y aquello.

Rachel alargó una mano hacia la consola y, con gran rapidez, devolvió el coche al nivel de conducción automático número 4 para luego dar un golpecito en el hombro de Toma y preguntar:

—Toma, ¿quieres decir que me estoy inventando una historia?

—No.

A pesar de que Rachel le estaba pidiendo claramente que la mirase, Toma no dejaba de mirar al frente, con la vista fija en esa carretera que se perdía en la oscuridad, y contestaba con una voz extrañamente carente de vitalidad.

—Lo que he dicho es la predicción del investigador Cereja Ingers, el principal autor de ese informe. Que el recuerdo se convertirá en una historia, en una descripción o declaración de un encadenado de experiencias. Su predicción no contradice lo que tú has dicho. Es un límite que marca el cuerpo de los seres humanos.

Rachel echó un vistazo al documento.

—En definitiva, ¿quieres decir que quizá hacemos muchas cosas a la vez, pero solo podemos recordarlas ordenándolas una tras otra?

—Eso mismo —asintió Toma dando unos golpecitos con el índice en el volante—. Cuando hacemos un ruido con el dedo, el cerebro acusa tres señales: la percepción del tacto efectuado, el sonido levantado y la visión del dedo. Pero estas informaciones no le llegan todas al mismo tiempo. La señal del tacto del dedo tarda una centésima de segundo en ser reconocida por el cerebro; el sonido, un mínimo de 0,05 segundos; y la visión, 0,1 segundos. 0,1 segundos, viene a ser algo así…

Toma juntó el dedo medio con el índice y, tras mostrárselos a Rachel y Sakoda, dio dos golpecitos sobre el salpicadero.

—El sonido llega con retraso suficiente como para que se oigan los dos golpes diferenciados. Nuestro cerebro crea la historia de que los golpes, el tacto de los dedos y su visión sucede todo al mismo tiempo, y el conjunto de todo ello forma un recuerdo.

Toma devolvió la modalidad de conducción automática al nivel anterior del cambio efectuado por Rachel y agarró el volante con las dos manos.

—Sin embargo, Ingers estaba equivocado.

Tras estas palabras, la figura de Toma se volvió borrosa y luego se desdobló en dos. Por una parte, el Toma real que, hundido en su asiento, se concentraba en conducir, y, por otra, su avatar creado por el visualizador *queuechouvue*.

—¿Qué es esto? —preguntó Sakoda inclinando el cuerpo hacia delante.

Mientras Rachel lo miraba también con atención, el avatar de Toma se volvió hacia el documento colgado en el *queuechouvue* y lo cogió entre sus manos.

—He probado a hacerlo y he podido. Soy consciente tanto de mi yo físico, que está conduciendo el Ford, como de mi avatar, que está leyendo el documento. Mis verdaderos ojos están mirando la carretera mientras manejo el volante y al mismo tiempo estoy moviendo el avatar gracias al sensor electromiográfico de uno de mis implantes. Lo más seguro es que la documentación que nos ha mostrado Sakoda esté en lo cierto.

Toma, que seguía conduciendo detrás del avatar, levantó el pulgar.

—Ahora me cuesta hablar. Pero cuando me acostumbre, podré hablar más.

El avatar de Toma hizo un gesto con la mirada al Toma de carne y hueso que conducía y se puso una mano sobre el pecho.

—Así son las cosas.

El avatar de Toma abrió la página diecisiete del documento y se la entregó a Rachel. Contenía una foto del equipo del proyecto. En la imagen, cuatro hombres vestidos con batas blancas rodeaban sonrientes a un niño en una cama con aspecto de acabar de incorporarse. Al momento, Rachel se dio cuenta de que el hombre con aires de líder del grupo era el doctor Faruqi.

El avatar de Toma se colocó a la espalda de Rachel y señaló el rostro del niño, que tenía varios tubos saliendo por una manga de su albornoz.

—Ese niño es Cereja Ingers —añadió Sakoda.

—Es decir, Cherry Ignacio, que participaba en el experimento.

Sakoda comprobó el sello de fecha del documento.

—Cuando se hizo la foto, debía de tener unos doce años. Faruqi y él fueron las figuras principales de la puesta en práctica de este plan.

—¿Plan? —murmuró Rachel.

Sakoda asintió y entresacó de la montaña de documentación un correo electrónico de aspecto antiguo. Hizo dos copias y pasó una a Rachel y otra a Toma.

—Al parecer, Faruqi lo llamaba «Modified Human Standard», abreviado MHS. Este es el contenido del plan que remitió a los inversores.

Era un intercambio de anticuados correos electrónicos con textos planos, escritos sin floritura alguna. Sakoda, usando un marcador color rosa, subrayó varios lugares de aquel extenso documento.

—Por lo visto, la intención original de Faruqi era dar lugar en secreto al nacimiento de suprahumanos que fueran criados en el seno de familias corrientes y, cuando ya se hubiera alcanzado un número elevado de ellos, sacar el caso a la luz pública con objeto de modificar el criterio existente sobre la edición genética.

—¿Cómo dices? —exclamó el avatar de Toma.

Sakoda continuó.

—La opción de conseguir mediante ese método combatientes para las guerras legítimas fue algo que se añadió después, pero al final terminó convirtiéndose en su principal tarea, que parece haberse prolongado durante unos veintiocho años. El capitán Jones o la directora Yoshino pertenecen a la primera generación.

A continuación, Sakoda comenzó a hablar sobre el MHS. Entre las muchas modificaciones genéticas desarrolladas en las investigaciones que Faruqi llevó a cabo en los experimentos sobre el cuerpo de Ignacio, había algunas de cuyo uso el sujeto era consciente, como la orientada a incrementar la velocidad de la red BAN o la que permitía actuar sincronizándose con el entorno, pero también muchas otras cuyo efecto resultaba incomprensible.

Cuando el programa MHS llegó a un punto en que generaba miles de nacimientos al año, se vio sacudido por el sistema de selección mediante el examen SAT.

Ciertamente, Rachel recordaba que, a pesar de que no pudo resolver cerca de la mitad de los problemas del examen, curiosamente sí que logró hacerlo con unos cuantos sin que le supusieran mayor dificultad. Nunca pudo ni soñar que se trataba de cuestiones incorporadas específicamente para elegir el personal de Goodfellows. También Toma, que había conseguido la puntuación máxima en todas las materias, recordaba que existían algunos problemas anormalmente difíciles desde un punto de vista general.

Cuando la explicación derivó hacia el modo de modificar los genes durante el lavado de espermatozoides y crioprotección de los óvulos, así como la absorción de empresas especializadas de manera que el sistema se extendiera por todo el territorio de los Estados

Unidos, Rachel sintió un profundo disgusto y, activando el proceso de «asignación de memoria», tomó distancia. Sin embargo, al mencionar Sakoda el asunto de la esterilidad, palideció ostensiblemente.

Los padres de Rachel, viéndose incapaces de concebir descendencia, aceptaron que la lavandería heredada del abuelo de ella pasara a englobarse en una franquicia y también vendieron la casa donde había vivido dicho abuelo, todo con objeto de conseguir el dinero necesario para los tratamientos de fertilidad. Cuando ya pensaban que no les quedaría más remedio que vender por completo el establecimiento, la técnica de fecundación *in vitro* que probaron dio sus frutos. Parecía una mera ironía del destino que pusieran a la hija nacida como resultado de ese proceso el nombre de la mujer que, según la tradición bíblica, padeció de esterilidad, pero al saber que, efectivamente, había sido diseñada para ser estéril, la adjudicación del nombre para esa niña cobraba un cariz mucho más duro.

La revelación de su esterilidad se resistía a apartarse del nivel superficial de su consciencia, pero cuando, tras hacer un esfuerzo, Rachel consiguió apartarla, se dio cuenta de que Toma comenzaba a realizar de manera consciente un proceso de asignación de memoria con mayor habilidad que ella.

El proceso de asignación de memoria de Rachel le permitía almacenar una serie de experiencias en algún rincón de su cerebro para recuperarlas después en otro momento más conveniente. Podía conservar los recuerdos con gran detalle, hasta un total de tres o cuatro experiencias diferentes.

Sin embargo, Toma, que había leído el texto de Sakoda, estaba añadiendo nuevos recuerdos a los que almacenados entonces, comparando unos con otros y realizando búsquedas en ellos. Sentía que ya había realizado con anterioridad dicho proceso de manera imprecisa, pero ahora que se dispuso a hacerlo con plena consciencia de ello, adquirió seguridad al ver que lo conseguía.

Una vez que Sakoda finalizó sus explicaciones, el avatar de Toma, que había estado escuchando a la vez que leía, acarició el pelo negro de su figura de carne y hueso, concentrada en conducir, y preguntó al periodista:

—¿Te contó algo acerca del color de la piel o del pelo? No parece que los documentos lo mencionen…

—Perdón —contestó Sakoda con una inclinación de cabeza a modo de disculpa—. Olvidé preguntarlo. Quizá se deba a algo previo a la participación de Ignacio en la creación del MHS… Lo siento, quizá os ofenda el término *creación*, pero no se me ocurrió otro. Imagino que se trata de algo que introdujo Faruqi.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —siguió Toma—. ¿Cuál fue el motivo de que la puntuación de tus artículos bajara de pronto de un modo tan radical?

—De eso tampoco dijo nada, pero me da la sensación de que es consecuencia de los manejos del *lobby* relacionado.

—Eso tendría sentido —asintió Toma—. Lo que bajaba las puntuaciones de los artículos con noticias de úLa-jiea era la utilización de los modelos de lenguaje del *Anuario Jane´s* de armamento, de la Cruz Roja y de la Corte Penal Internacional, y en ellos debe de tener bastante influencia la actividad lobista de Washington D. C. Sin duda, hacen cosas como infiltrar a empleados dóciles a sus intereses en proyectos como ese y los llevan a borrar las huellas clave más comprometedoras.

Probablemente su objetivo no consistía en bajar la puntuación de la verificación de hechos, pero el modelo de lenguaje cargaba con un peso importante del proceso, por lo que, si se le privaba de una gran cantidad de información en determinadas áreas, eso arrojaría sobre la verificación de hechos una influencia que no se podía obviar.

Tras realizar esta explicación, Toma le dijo a Rachel «Adelante» y comenzó a leer la documentación que tenía en ambas manos. Toma se había dado cuenta de una cuestión que Sakoda no había mencionado.

Rachel, a su vez, verificó los recuerdos almacenados en su «depósito» y vio que, efectivamente, Sakoda no había hablado nada del particular. Entonces, miró hacia el periodista, que tenía el rostro en tensión, y le lanzó la siguiente pregunta:

—¿Le preguntaste al tipo por qué motivo mató a mis compañeros?

—Pues es que… —contestó Sakoda apartando la mirada.

Rachel se agarró al respaldo del asiento y, girando el cuerpo entero, clavó la mirada en Sakoda.

—¿Es que no se lo preguntaste? ¿O es que se trata de algo que no puedes decir? Mataron a mis compañeros.

—No se trata de eso —dijo Sakoda agitando la mano ante el rostro—. Es que no comprendí lo que quiso decir Ignacio con su respuesta. Si os lo transmito tal cual, puede suponeros un golpe muy fuerte.

—Estoy preparada —repuso Rachel relajando su respiración como si se prepara para el golpe.

—Dijo que no deberían haber existido.

—¿Eh?

Cuando Rachel comprendió el significado de las palabras de Sakoda, sintió una fuerte emoción creciendo en su interior.

—Entonces le pregunté que si por eso los mató y él no lo negó. Añadió que no debieron crearse unos seres dignos de lástima. Y que antes de que el mundo se diera cuenta de su existencia y comenzase a eliminarlos, deberían desaparecer.

—¿Qué broma es esa? —gritó Rachel pegando un golpe en el respaldo del asiento—. ¿Acaso pedimos nacer así?

La joven golpeó de nuevo el asiento y dio un pisotón con sus botas de combate. Después, la explosión de furia desembocó en un río de lágrimas.

—Fuisteis vosotros quienes os dedicasteis a toquetear los cuerpos de la gente para reunir soldados, ¿no? Por más que os arrepintáis a estas alturas, nosotros ya hemos nacido. ¿Y ahora

queréis que nos extingamos? ¡Ni de broma! ¡Ni de broma! ¡Ni de broma!

La voz de Rachel se fue tornando progresivamente nasal hasta convertirse en una mezcla de gemidos y arcadas. Continuaba dando golpes en su asiento, pero una parte de su campo de visión sintió que Toma la estaba mirando. En algún momento, el avatar de Toma que flotaba junto a Sakoda la había agarrado por la camiseta a la altura del pecho. Rachel enseguida comprendió el significado de aquel gesto. El proceso de asignación de memoria también permitía almacenar emociones como la furia para descargarlas más tarde.

Rachel, que había gritado con todas sus fuerzas aquel «Ni de broma», un instante después, como si tomara aliento, se encontraba almacenando a su vez aquella furia en su depósito de memoria.

Y así, en un instante, Rachel recuperó la serenidad. Sacó del fondo de la bolsa de papel del restaurante unas servilletas desechables y se limpió con ellas las lágrimas y el agüilla de la nariz. Aun así, las lágrimas dejaron un rastro en sus mejillas que, según se secaba, le producía un leve cosquilleo. Los recuerdos que había almacenado conservaban con toda frescura la furia que le producían. Si los dejaba tal cual, terminarían por difuminarse, pero si los recuperaba una segunda o una tercera vez, podía reforzar aquel sentimiento.

—Ya estoy bien, gracias —dijo Rachel.

Entonces Toma cambió a una posición desde la cual Sakoda podía verlo.

—¿Puedo enviar esta información a mi empresa? Aunque tal vez Marsha diga que la va a hacer pública…

—Sí, envíala, por favor —contestó Sakoda al instante—. Los empleados de COVFE sois todos parte de esta operación. Por eso, si decidís hacer público el asunto, quiero que lo hagáis cuando contéis con pruebas suficientes. Y os agradecería que discutáis conmigo la forma de darlo a conocer. Lo primero es verificar los hechos con Faruqi.

Toma mostró el documento donde constaba la foto del pequeño Ignacio rodeado por los investigadores.

—¿No se podría hablar también con los investigadores que salen en la foto?

Sakoda negó con la cabeza.

—Estas personas desconocen que su investigación fue utilizada para gestaciones en entorno natural y se hallan convencidas de que Cherry era solo una especie de niño prodigio. Dentro de lo posible, intentaré contactar con ellos, pero, en cuanto a Faruqi, esta es la última posibilidad que tenemos de hablar con él.

Toma ladeó la cabeza con aire dubitativo.

—¿Crees que contestará con sinceridad?

—Supongo que seguramente lo negará todo. Pero quiero darle al menos una oportunidad de que se explique ante las cámaras.

—Así no —dijo Rachel girándose hacia el asiento trasero donde estaba Sakoda y señalando la pila de estuches con las armas—. La herencia que debería haber recibido de papá y mamá ha sido manoseada a su capricho. A Faruqi lo interrogaré yo. Tú puedes dedicarte a filmarlo. Aprendí en los cursos de formación a hacerlo de manera conforme a la legalidad internacional, por lo que será un testimonio válido y tampoco habrá problema en usar las grabaciones.

Sakoda miró los estuches de las armas y luego a Rachel.

—Las armas no puedes usarlas.

—¿Por qué?

—¿No ves que no podemos entrar en el aeropuerto con armas que no estén selladas?

—¿El aeropuerto? —preguntó Rachel acercando hacia sí el mapa que había hecho aparecer Sakoda.

Seleccionó Torre Donelson como punto de llegada y añadió:

—Atrapémoslo cuando salga de la Aguja.

—Eso sí que es imposible —replicó Sakoda negando con la cabeza—. Ya viste que Faruqi disponía de un *Albatros* para uso

privado. Saldrá de su casa en el piso 160 para ir volando hasta el aeropuerto, sin poner un pie en tierra.

—Lo sé. Por eso…

Cuando Rachel terminó de contar su plan, Sakoda se quedó boquiabierto.

—No podemos hacer eso. Sería un delito.

—Por eso te digo que me encargaré yo. Tú no serás más que un tercero.

—¿Quién iba a creer un sofisma semejante?

—Cuento también con un «seguro» adicional —explicó Rachel girando el mapa hacia Sakoda y trazando un círculo en torno a Torre Donelson—. La Aguja afirma tener la jurisdicción policial sobre todo este vasto terreno, ¿no? Bastará con que no nos atrape su servicio de seguridad.

—Pero aun así…

—Cállate —espetó Rachel apuntando a Sakoda con el índice—. Yo, por mi propia cuenta, voy a raptar a Faruqi e interrogarlo. Después, tú puedes limitarte a filmarlo y, si quieres, intervenir también para entrevistarlo; eso es cosa tuya. Duerme un poco.

Sakoda suspiró con una expresión que mezclaba la insatisfacción con la conformidad. A continuación, Rachel se volvió hacia Toma.

—Lo siento, pero ¿me harás el favor de conducir? Luego puedes decir que te amenacé para hacerlo.

Toma se encogió de hombros.

—Te ayudaré.

—¿Sin avisar de ello a tu empresa?

—Se lo comunicaré, pero, al fin y al cabo, yo soy también uno de los afectados. ¿Por dónde empezamos?

—Me gustaría introducir la aplicación de apuntar al exterior en uno de los drones de Jake y poder controlar el disparo. Después, quisiera practicar reproduciendo con la realidad virtual del *queuechouvue* el clima y el gradiente gravitatorio.

—Entendido —asintió Toma.

Acto seguido, hizo que su avatar se sentara detrás del asiento del conductor y abrió un espacio de trabajo. A continuación, Toma creó un segundo avatar suyo y lo hizo sentar al lado del otro, en la posición central del asiento trasero. Después, señaló el avatar del fondo, que tenía la vista clavada en el espacio de trabajo.

—Mi avatar del fondo se encarga de programar el dron y de hacer prácticas de su pilotaje. Probablemente no contestará aunque se le diga algo. Para lo relativo a los ajustes de la realidad virtual, dirígete a mí.

El avatar de Toma sentado al fondo se puso a trabajar con los ajustes del dron sin mostrar interés por lo que sucediera a su alrededor, moviendo únicamente las manos para su tarea.

—¿Tri… triple desdoblamiento? —balbuceó Sakoda estupefacto.

El Toma sentado a su lado forzó una sonrisa.

—Sin practicar debidamente, parece que este es el límite. No te preocupes y duerme, por favor.

—Eso, eso, tú duerme. Que no eres más que un tercero en este asunto.

Tras decir eso a Sakoda, Rachel relajó su cuerpo para sumergirse en la realidad virtual del *queuechouvue*, dejando que todo su peso recayera sobre el asiento. Se sentó con ambas piernas cayendo rectas hacia el suelo y colocó las palmas de las manos sobre las rodillas. Si por un descuido se sumergía con las piernas cruzadas, al terminar había veces en que las encontraba entumecidas.

—Preparada la recreación virtual básica de Torre Donelson y su entorno.

Rachel asintió y, antes de cerrar los ojos, clavó la mirada en las manos colocadas sobre las rodillas. Le dio la impresión de que si superponía el avatar que había activado para la realidad virtual, podría realizar con él movimientos independientes de los de su cuerpo.

Sin perder la sensación táctil de las palmas en contacto con las rodillas, probó a ir alzando las manos. Al principio no consiguió que

se movieran, pero cuando el coche se sacudió un poco al cruzar por encima de un ligero desnivel, el pulgar del avatar se levantó.

—Así que era esto… —murmuró Rachel separando lentamente de la rodilla el resto de los dedos de la mano del avatar.

Con un poco de práctica sería como si de los hombros le salieran tres brazos, pero no parecía posible llegar al punto de Toma, capaz de manejar tres consciencias simultáneamente. Esta diferencia entre ambos era uno de los productos derivados del «plan» de Faruqi. Cuanto más nuevo, mejores funciones. Igual que un programa informático.

Rachel, una vez conseguido que el avatar alzase el brazo, le hizo cerrar el puño lentamente y recuperó la furia que tenía almacenada en su depósito de memoria. Al momento, la rabia volvió a embargar todo su cuerpo y, dejándose llevar por ella, descargó el puño sobre el asiento.

Sintió cómo los dedos de la mano impactaban contra el asiento. Por lo visto, en vez del avatar había sido su cuerpo físico quien había golpeado.

—¿Qué sucede? —preguntó Toma.

—Nada. Estoy practicando.

Tras contestar a su compañero, Rachel se sumergió en la realidad virtual.

Descendió en el claro de un bosque a primera hora de la madrugada y ante ella se alzaba la negra mole de Torre Donelson. Dado que la hora que habían programado en el sistema era las cinco de la mañana, las galerías comerciales de los primeros pisos todavía no habían abierto. Tampoco se veía el enjambre de pequeños drones revoloteando a su alrededor como mosquitos, a diferencia del paisaje de dos días atrás.

Rachel escrutó la zona del piso 160 donde vivía Faruqi y comenzó a determinar el lugar donde se ocultaba. En el instante en que descubrió su rostro, se preguntó si sería capaz de contenerse para no matarlo.

15

Eran las cinco de la mañana en la hora estándar del centro. Unos trazos de nubes que parecían pintados con una brocha relucían con tono anaranjado por la luz de un sol a punto de asomar el rostro, pero el firmamento más allá de esas nubes y el bosque donde se ocultaban Toma y los suyos con la vista puesta en él todavía se hallaba dominado por la negrura de la noche.

Asomando sobre las copas de los árboles, bañado por el sol de madrugada, flotaba en el cielo un objeto de color plateado que se veía con el tamaño de un lapicero.

Eran los pisos de viviendas de Torre Donelson.

En realidad, no es que flotara en el aire. El efecto se debía a que, sobre los primeros cinco pisos destinados a galerías comerciales, había un espacio vacío de unos quinientos metros de altura para los corredores por los que se movían los ascensores y un entramado de vigas metálicas al descubierto. Se trataba de un diseño pensado para levantar un rascacielos con un determinado coeficiente de edificabilidad, pero como la parte por donde subían y bajaban los ascensores carecía de paredes, permitía ver la zona de detrás del edificio y eso era lo que producía la sensación de que los pisos residenciales flotaban en el aire.

Toma, que cuando lo vio en la realidad virtual pensó que la impresión se debía a una falta de nitidez del visualizador *queuechouvue*, no pensaba que al mirarlo con sus propios ojos realmente pareciese que flotaba en el aire. Entonces, sonó junto a él

la voz de Rachel, que con similar asombro parecía estar pensando lo mismo.

—Viéndolo a esta hora, se diría que realmente flota en el aire. Como si se fuera a partir.

—La parte hueca de una de esas «agujas» es más resistente de lo que parece —dijo Toma—. Pero, más que eso, lo que me preocupa es que te veo muy atareada. ¿Estás bien?

Toma se había girado hacia Rachel y, dirigiendo la vista hacia abajo, miró cómo ella había cavado una pendiente en la tierra para colocar el FAR-15 apuntando hacia el cielo.

—Sí, no te preocupes.

Rachel, con la mano derecha en el agarre del arma, hizo que su avatar moviese el brazo y, acto seguido, levantase el dedo pulgar. El FAR-15, con la culata apoyada contra su mejilla y sujeto gracias al codo que ella hundía en el declive practicado en la tierra, no se movió ni un milímetro.

El plan de Rachel consistía en abatir el dron privado que se disponía a dirigirse al aeropuerto de Clarksville.

Su objetivo no era matar al tripulante. Lo que ella quería era destruir uno de los tres motores rotatorios del aparato y, cuando este realizase un aterrizaje de emergencia, raptar al tripulante y someterlo a un interrogatorio.

Sakoda se opuso con un «¡Qué disparate!», pero Rachel insistió en seguir adelante. Los drones que se vendían en el mercado, como los Bangau o los Albatros, cuando perdían el empuje, aun porque se debiera al fuego cruzado de proyectiles en el transcurso de un combate, daban prioridad al aterrizaje seguro de emergencia. En el pasado, durante las batallas en las que había participado, Rachel había visto con frecuencia a los líderes enemigos intentar fugarse a bordo de drones, pero pudieron abatirlos al momento para luego proceder a su detención.

Sakoda le había advertido de que aquello constituía un delito, pero ni eso consiguió torcer la voluntad de Rachel.

Si Ignacio hacía público en las Naciones Unidas el proyecto MHS, Faruqi se refugiaría en la fortaleza que le garantizaban sus abogados. Esta era la última oportunidad en que uno de los propios afectados por la manipulación genética del doctor podría recriminarle directamente sus acciones.

Toma había decidido ayudar también a Rachel en su plan. Cuando el dron de Faruqi estuviese a tiro, Rachel dispararía una bala guiada. El dron que utilizaba Sakoda para sus reportajes se mantendría filmando el dron de Faruqi y el papel de Toma consistiría en hacer coincidir sobre él el marcador que apuntaría el arma.

Cuando Toma informó a Marsha, fue como si la furia que él había almacenado en su depósito de memoria se contagiara a su jefa, que le prometió que esa ayuda que estaba prestando ahora Toma sería contabilizada como parte del trabajo de la empresa y que, además, la defensa de Rachel correría a cargo de su abogada habitual, Wu Lin-wen.

—Oye, Jake —dijo Rachel hacia su espalda sin modificar la posición en que apuntaba el arma—. ¿Está el coche listo para arrancar en cualquier momento?

—Sí —contestó Sakoda dando un palmetazo sobre el volante—. El aterrizaje forzoso se producirá sin falta dentro de los terrenos de Torre Donelson, ¿verdad?

—Déjalo de mi cuenta —contestó Rachel, haciendo que su avatar levantase una vez más el pulgar de la mano derecha.

Acto seguido, con esa misma mano, abrió lentamente un espacio de trabajo y mostró en él la cámara del dron. Sakoda exhaló un suspiro de admiración.

—Un tercer brazo… Impresionante.

—Ni lo menciones —protestó Rachel haciendo que el avatar agitase la mano ante el rostro en ademán negativo—. Por más que practique, nunca podré hacer lo mismo que Toma.

El aludido se encogió de hombros. Según los documentos de Faruqi, el proyecto MHS se desarrollaba de manera que, conforme pasaban los años, se añadían nuevas funciones a los suprahumanos

que iban naciendo, por lo que se podían clasificar según la generación a la que pertenecieran. Marsha, el capitán Jones o la alférez Said, nacidos en 2017, eran la primera generación. Mientras que Rachel, nacida en 2021, pertenecería a la segunda. Toma entraría en la primera fase de la tercera generación y, hasta donde él sabía, An Ho ya sería de la cuarta. Más adelante, el proyecto MHS debía de haber ido mejorando, pero la documentación recibida por Sakoda de manos de Ignacio llegaba a detallar hasta la cuarta generación.

Solo a partir de la tercera generación era posible un desdoblamiento completo de la consciencia.

Toma recuperó de su «almacén» la furia experimentada cuando escuchó que la intención de Faruqi era hacer pública esa información. La rabia se la producía la falta de imaginación de aquel hombre.

El plan de Faruqi, que buscaba por la vía de los hechos consumados atacar el consenso de la edición genética, no resultaba tan disparatado. Si se hacía pública la existencia de esas personas de la nueva especie una vez que hubieran nacido decenas de miles, primero se produciría un aluvión de críticas, pero, superada esa fase, supondría un golpe para los estándares de la edición genética establecidos previamente. Se produciría una petición de disculpas hacia todos los que declarasen haber sido fruto de ese programa, se les entregaría alguna clase de compensación económica y si, finalmente, se les ofrecía un tratamiento médico de corte genético, legalmente el problema estaría resuelto. Si se conseguía una compensación económica fuerte, incluso podría ser visto como un héroe. Suponiendo que el proceso entrase dentro de la categoría de tratamiento médico.

Pero para la nueva y «beneficiada» especie humana, las cosas no saldrían según ese plan.

Las personas no pueden mantener la serenidad cuando se sienten en posesión de unas capacidades que se tienen por imposibles. Incluso en Rachel, que había estado utilizando dichas

capacidades para su trabajo como soldado de un cuerpo ORGAN, comenzaba a crecer el brote del resentimiento. ¿De qué manera reaccionarían los individuos comunes cuando conocieran las facultades que se les habían otorgado a ellos mediante el programa MHS? Sin lugar a duda, llegarían el miedo, la discriminación, la persecución. No quería ni pensar en ello.

Sin embargo, no se podía consentir que Faruqi fuera el único que huyera de imaginar esa posibilidad. Eso era lo que tenían que verificar a partir de ahora.

Daba lo mismo que hubiera sido por dinero, por una ideología eugenésica o por pura curiosidad científica. Si no se les ofrecía por lo menos una explicación de por qué Geppetto había desarrollado esta tarea, cuál fue el inicio de todo, cientos de miles de neohumanos tendrían que continuar sufriendo al preguntarse: «¿De dónde procedo yo?».

Toma suspiró mientras volvía a almacenar su rabia y se fijó en que en el espacio de trabajo abierto por Rachel se reproducía la imagen filmada por el dron. En las terrazas restaurante de los pisos residenciales de la torre ya se habían encendido las luces y se veía cómo algunos residentes con sillas de ruedas u otros aparatos de apoyo para caminar se disponían a disfrutar de su desayuno.

—¿Algo que te llame la atención? —preguntó Toma.

El avatar de Rachel negó agitando un dedo.

—Dicen que la gente mayor es madrugadora, pero es que levantarse a estas horas ya me parece exagerado.

Toma forzó una sonrisa.

—En Torre Donelson viven con el horario de verano de los estados centrales.

Aquellos residentes, que añoraban los años de la vieja y buena América, habían resucitado el hacía tiempo extinto horario de verano para incluirlo en su vida actual.

—No tienen remedio —rio Rachel señalando las imágenes del dron—. ¿Cuál es el Toma que maneja el dron?

—Soy yo —contestó Toma alzando una mano.

Tenía la impresión de que, si se ejercitaba un poco más, podría hacer como si él mismo formase parte del dron y volar cual pájaro, pero le faltaba confianza en cuanto a poder establecer un diálogo entre dos consciencias suyas separadas. Por el momento, mejor limitarse a pilotar.

—El Meganeura 1 ha entrado en la ruta de observación —prosiguió Toma—. Ahora se encuentra en la modalidad de alas fijas y, manteniendo una altura de 1800 metros, vuela en un círculo de 500 metros de radio.

—Entendido. ¿Algo sobre nuestro objetivo?

Toma, dirigiendo la cámara de filmación circular hacia el piso 160, manejó el controlador del *queuechouvue* que le salía del hombro para pegar la imagen en el espacio de trabajo de Rachel.

—Por lo visto, se encuentra en mitad de los preparativos para la salida. En la plataforma de despegue ya hay un dron grande de tres motores en espera. ¿Es eso un Albatros?

—Sin ninguna duda —asintió Rachel—. Retira un poco la cámara y mira si hay por las cercanías algún dron de vigilancia.

—Ahora lo miro.

Tal y como había practicado dentro del Ford, amplió el campo de visión de la cámara y, siguiendo el orden que le había enseñado Rachel, probó a detectar cuerpos en movimiento. Enseguida obtuvo respuesta.

—En el cielo, por encima de la Aguja, hay dos drones sobrevolando los alrededores. Son cuatrimotores pequeños.

Rachel paseó la vista por las fotos que le pasaba Toma y con la segunda pudo identificar al momento el tipo de aparato.

—Son los Bangau que utiliza Goodfellows. Sitúa el marcador de tiro sobre el motor de este.

Toma conectó su propia mirada con el Meganeura y, mediante el controlador del *queuechouvue* unido a su hombro, ajustó el marcador de tiro de las balas guiadas.

—Ajustado. El primer marcador apunta al motor izquierdo del Bangau a mayor altura y el segundo lo he fijado en el motor derecho

del más bajo.

—Oído —contestó Rachel levantando un pulgar del avatar.

Entonces se oyó la voz de Sakoda.

—Escucha, Rachel…

—¿Por qué no me dejas en paz? —gritó—. Tú limítate a pensar en el coche y en la entrevista.

—No es eso, quería hablar de otra cosa. ¿Hay volando unos drones de Goodfellows?

Rachel resopló con la nariz y contestó con desgana:

—Pues sí. ¿Qué pasa?

—Si disparas contra el aparato de Faruqi, no se van a quedar callados. Ya no es solo cosa nuestra; está también Toma aquí.

—Ya hemos pensado en ello. Toma, por favor, explícaselo.

Sakoda suspiró y se volvió hacia Toma.

—¿Teníais prevista la presencia de los drones de Goodfellows?

Toma asintió.

—Mientras estabas durmiendo, Rachel y yo entramos en la realidad virtual del *queuechouvue* e hicimos simulaciones de varias situaciones posibles. Nuestra idea es disparar a los drones de vigilancia con un intervalo y provocar su aterrizaje forzoso en diferentes lugares.

—¿Y por qué creéis que va a salir a pedir de boca? Ah, ya veo, por eso vais a apuntar a motores diferentes.

—Así es —asintió Toma.

Puesto que cuando un dron perdía la fuerza de empuje buscaba el lugar para un aterrizaje de emergencia dando prioridad a la seguridad del tripulante, cambiaba el equilibrio entre la parte izquierda y la derecha. Entonces, un dron cuatrimotor multiuso como el Bangau y un trimotor de crucero como el Albatros, de formas tan diferentes, de ningún modo caerían en el mismo sitio.

—¿Como cuántos aparatos saldrán?

—Solamente contamos con cinco balas guiadas; así que si, aparte del de Faruqi, aparecen cinco o más, no podremos hacerles frente.

—¿De dónde han salido esas balas guiadas?

—Las recogió del cuerpo de uno de los hombres de negro que atacaron la casa de los Jones —contestó Toma.

Sakoda se giró hacia Rachel con aire de sospecha, pero al ver su rostro recordó un detalle y frunció el ceño.

—Cuando me fui a vomitar, ¿verdad? Entendido. ¿Qué se sabe de Faruqi?

Toma compartió con Sakoda la vista desde el Meganeura e hizo un *zoom* sobre el piso 160.

—Parece que hay mucho trajín.

Alrededor del dron iban y venían unos empleados de uniforme gris. En medio de ellos, destacaba la figura de un hombre ataviado con traje de color claro. Debía de ser Faruqi. Uno de los tipos le dijo algo y entonces él abrió la puerta y montó en el aparato. Sakoda amplió todavía más la imagen y trazó un cuadrado con el marcador en una esquina de la ventana de cristal.

—Están abriendo la puerta de la plataforma. Ya sale.

La cristalera se abrió a izquierda y derecha y el Albatros quedó flotando en el aire. Toma amplió todavía más la visión y fijó un marcador sobre el Albatros. Al instante aparecieron sus coordenadas. Toma verificó que las cifras mantuvieran siempre una correlación con la posición del Albatros, que comenzaba a moverse hacia delante.

—He pegado el tercer marcador al motor derecho del Albatros. El blanco se halla en el azimut 302°, a una distancia en el plano horizontal de 1812 metros y a una altura de 1211 metros.

—Entendido.

Rachel separó suavemente la mano izquierda, que tenía colocada sobre el arma, y tiró un poco hacia atrás de la palanca de amartillado, de manera que se abriera la cubierta de la recámara, tras lo cual metió allí el índice de la mano derecha y comprobó que el proyectil estuviera alojado en su sitio. Después, devolvió la mano izquierda al cuerpo del arma y, con el puño de la derecha, dio un golpe en el suelo. Había hecho algo similar varias veces desde el día

anterior. Sakoda pareció extrañado al verlo, pero Toma sabía que se dedicaba a traer de vuelta durante un instante la furia que guardaba almacenada.

Rachel miró hacia Toma y Sakoda como pidiendo confirmación.

—Allá voy. ¿De acuerdo?

La joven se acarició el vientre cubierto por las relucientes mallas de combate de redecilla hexagonal.

—Quiero saber —añadió—. Saber si podré dar a luz un hijo o si tengo que implantarme un útero artificial. Creo que al menos tengo derecho a preguntarle eso. ¿Y tú, Jake?

Sakoda, sorprendido ante la repentina pregunta, no supo qué contestar y entonces Rachel prosiguió.

—¿No vas a hacer un artículo al respecto?

—Sí, lo escribiré.

—Aunque recurriendo a esta manera lo harás, ¿verdad?

—Sí, lo haré.

—¿Y tú, Toma?

—Tengo preparadas mis preguntas.

—De acuerdo —dijo Rachel eliminando el brazo del avatar que había hecho crecer desde su hombro—. ¿Todo listo?

—Ya está —contestó Toma—. Los tres aparatos están seleccionados como blancos y los he dispuesto con el Albatros de Faruqi como principal. El primer marcador corresponde al aparato de cabeza y el segundo al que está detrás de Faruqi. El tiempo previsto es de entre los treinta y cinco y los treinta y ocho segundos y la distancia horizontal será cuando alcance los 1200 metros.

—Entendido. El orden de ataque será 2-1-3.

—Comienzo la observación de precisión.

Toma cambió el Meganeura a la modalidad de palas rotatorias. Una vez que la imagen obtenida alcanzó estabilidad, Toma la acercó todavía más y obtuvo un primer plano de la ventana frontal del Albatros, similar a la de un automóvil. En el interior del aparato se veía a Faruqi con un traje de color claro y mesándose delicadamente sus blancos cabellos, pero con el rostro crispado en un gesto de mal

humor. Probablemente se hallaba pensando cómo frenar las revelaciones que tenía previsto hacer Ignacio al día siguiente en esa Nueva York hacia la que ahora se dirigía.

«¿Por qué no usó esa misma imaginación para pensar en nuestro futuro?», se preguntó Toma. Mientras fabricaba una consciencia en un avatar invisible, se abandonó a la furia que había dejado almacenada y, convirtiendo en palabras aquel calor que brotaba de su interior, gritó con una voz inaudible para los demás.

16

Transcurrieron los treinta segundos que había anunciado Toma. Sin prolegómeno alguno, reverberó un sonido como el de golpear una plancha de metal, y en la boca del FAR-15 brilló un fogonazo. Acto seguido, se vio el rastro color rojo de una bala guiada que ascendía hacia los cielos.

Por supuesto que aquella línea no era una imagen verdadera. Se trataba de una realidad mixta creada en el *queuechouvue* por el programa de monitoreo para apuntar al blanco. Sakoda, que sacó la cabeza por la ventanilla del coche para seguir la trayectoria con la vista, tuvo la sensación instintiva de que el tiro había salido demasiado alto.

Más allá de la línea del proyectil se veía el Albatros de Faruqi con el tamaño de un grano de arroz, pero el tiro parecía estar buscando un objetivo a mayor altura. Sakoda, en un acto reflejo, estaba a punto de preguntar a Rachel si todo iba bien cuando esta volvió a apretar el gatillo.

Una vez más, la línea del disparo que trazó el *queuechouvue* parecía apuntar demasiado alto.

—¿No apuntas muy hacia arriba? —se atrevió por fin a preguntar Sakoda.

Rachel, ignorando su pregunta, disparó una tercera vez.

—No te preocupes.

Rachel alzó la vista para seguir la trayectoria del disparo por el cielo. Los tres segundos necesarios hasta el impacto se le hicieron eternos a Sakoda. Y más viendo lo desviados que iban los tiros.

Estaba a punto de volver a hablar cuando vio que la línea roja trazaba una parábola, acercándose al objetivo.

—Acertará —afirmó Rachel con voz orgullosa.

—La primera bala ha dado en el blanco —dijo a su vez Toma.

En la imagen que Toma hacía flotar en el aire para la observación de los disparos, se vio cómo los Bangau, que volaban en formación con el Albatros en el centro, perdían cada uno un motor, que saltó en pedazos. Ambos aparatos acusaron un marcado desequilibrio y fueron perdiendo altura. Sakoda sintió alivio al ver que el motor restante bastaba para descender a una velocidad segura. Por lo menos no habría muertos.

El Albatros donde viajaba Faruqi, usando los motores delantero derecha y trasero izquierda, consiguió mantener el equilibrio mientras bajaba para cruzar lentamente el oscuro bosque, acercándose al claro donde aguardaban Sakoda y los suyos.

Rachel clavó una rodilla en el suelo incorporando la mitad superior del cuerpo y cambió el cargador del FAR-15 por uno de munición ordinaria mientras, moviendo la mano con fluidez, eyectaba de la recámara las dos balas guiadas restantes.

—Estas balas, más que girar, caen —explicó—. En tres segundos, bajan unos cuarenta metros.

—Ya veo —asintió Sakoda.

Aunque contaba con no poca experiencia en los campos de batalla, carecía de la percepción propia de un tirador y tampoco parecía que fuese a adquirirla en un futuro por más reportajes bélicos que hiciera. Rachel era una profesional. Eso sin contar la ventaja de pertenecer a los humanos del proyecto MHS.

Rachel se puso al instante a desmontar el soporte del fusil mientras que Toma comenzaba a valerse de un modelo tridimensional del boscoso terreno de los alrededores para determinar el punto previsto del aterrizaje forzoso. Sakoda se preguntó si la celeridad que mostraban ambos sería otro de los frutos de esa facilidad para el cambio de humor que proporcionaba el MHS. Toma compartió su mapa con el navegador del Ford.

—He localizado el punto previsto de aterrizaje. Es un claro a unos dos kilómetros hacia el este.

Rachel echó un vistazo al mapa de Toma y luego se volvió hacia Sakoda.

—¿Sabrás llegar?

Sakoda asintió. Había que regresar por el mismo camino y torcer a la derecha al llegar al riachuelo. No tenía pérdida.

—Vayamos enseguida. Si se esconde en el bosque, los de Goodfellows terminarán por encontrarnos.

Rachel señaló al cielo. Sakoda siguió su mirada y vio que, balanceándose un poco a izquierda y derecha, el Albatros se aproximaba hacia ellos. Se veía ya a un tamaño tan grande que le sorprendió. No debía de estar a más de trescientos metros.

Sakoda, espoleado por la voz de Rachel, apretó el botón de arranque del Ford y al momento la joven se precipitó sobre el asiento del copiloto y Toma sobre la fila de atrás.

—Nos vamos a bambolear —avisó Sakoda mientras pisaba el acelerador.

Con el sistema AVAS de alerta acústica pitando escandalosamente, el Ford Explorer se adentró en el sendero del bosque a gran velocidad. Aplastando arbustos y pisando charcos, cruzó el riachuelo y, tras dar un pequeño rodeo para sortear un grupo de álamos, avanzó un poco en línea más o menos recta hasta que llegaron al claro buscado. Sin embargo, el Albatros que se suponía que debía estar allí no estaba.

Sakoda empezó a girarse hacia atrás para quejarse a Toma cuando Rachel abrió la puerta del copiloto y saltó fuera rápidamente. Entonces, se apresuró a mirar en su dirección y oyó la voz de Toma.

—Ya desciende. Yo me bajo también.

Sakoda miró en la dirección que Toma, ya fuera, le señalaba y vio aparecer el blanco cuerpo del Albatros entre las copas de los álamos. El aparato quedó suspendido en el aire sobre el centro del claro. Guardaba el equilibrio de un modo admirable para haber

perdido uno de los motores y sin duda realizaba con eficacia su tarea de priorizar la seguridad del tripulante.

Por la ventana del conductor se distinguía la figura de Faruqi oteando los alrededores con expresión intranquila. Debía de hallarse bastante preocupado al comprobar que sus dos guardias ya no estaban junto a él, pero el Albatros, ajeno a sus preocupaciones, ajustó un poco más la posición y se posó suavemente sobre un terreno recubierto de tréboles.

Faruqi abrió lentamente la portezuela del aparato y se asomó con las manos levantadas a la altura de la cabeza. Al reconocer a Sakoda, pareció tranquilizarse.

—Vaya, pero si es el periodista Sakoda.

—Te equivocas —dijo Rachel apuntándole con el FAR-15—. Quien quiere hablar contigo soy yo. Tengo algunas preguntas. Sakoda se limitará a recoger dicha información. Bájate del dron.

Faruqi se mostró dubitativo, pero finalmente alargó los brazos hacia ellos con expresión disgustada.

—No me voy a negar, pero ¿podría alguien ayudarme a bajar?

Sakoda se acercó y le tendió una mano.

—¿Pensaba que era el comandante Ignacio quien le esperaba?

—Bueno, algo así.

Con una energía impensable para su edad, Faruqi agarró el brazo de Sakoda y, cogiendo impulso para levantarse, abandonó el asiento del Albatros y bajó a tierra. El periodista se señaló los ojos, donde llevaba puestas las lentes de contacto que filmaban en combinación con el visualizador *queuechouvue*.

—Como ha dicho ella, quiero recalcarle que estoy filmando.

—¿Es que pretendes hacer un reportaje de esto? —preguntó asombrado Faruqi a la vez que se señalaba sus propios ojos—. Yo también estoy grabando. Habéis abatido mi dron y, mientras me apuntáis con un arma de fuego, por lo visto queréis interrogarme. No hace falta ni decir que se trata de un delito, ¿pero habéis pensado hasta qué punto merecerá credibilidad una historia obtenida de esta manera?

—¿Eso no dependerá del contenido de la historia? —contestó Rachel.

Se había movido para quedar a espaldas de Faruqi y llevaba el FAR-15 de manera que no perdonase ningún movimiento en falso. Cuando el doctor la miró, ella le hizo un gesto con la punta del arma para que avanzase hacia la maleza donde aguardaba oculto el Ford.

—Vamos, muévete deprisa. No queremos que nos alcancen tus gorilas. Mientras caminas hacia el coche, vete pensando lo que nos vas a contestar. La primera pregunta es si existe alguna manera de que yo pueda llegar a tener hijos.

—¿Los gorilas? —preguntó Faruqi ladeando la cabeza para fingir extrañeza mientras esbozaba una maliciosa sonrisa.

—¿Te hace gracia?

—Tienes razón en que son gorilas, pero que precisamente tú, nacida en el seno del MHS, les llames gorilas a ellos, que son personas…

Sakoda gritó «¡No!» a Rachel cuando, levantando la comisura de un labio, hizo un gesto amenazador hacia Faruqi. Pero, con una velocidad increíble, le dio la vuelta al FAR-15 y propinó un culatazo al doctor en el codo. Se oyó un golpe seco, casi simultáneo al alarido de Faruqi. Sakoda se apresuró a agarrar el arma.

—¿Qué estás haciendo? Si le golpeas, se considerará tortura.

—Solo le he golpeado la ropa, sin darle fuerte. ¿Quieres verlo otra vez?

Rachel apartó la mano de Sakoda y blandió el arma para golpear la frente de Faruqi. Esta vez el sonido levantado fue similar, pero Faruqi no gritó y, con ojos centelleantes, miró a Rachel y luego a la culata del arma.

—Así que has conseguido exteriorizar la reverberación neuronal…

—¿De qué me hablas?

—De tu función de replicar las veces que quieras un movimiento preciso —contestó Faruqi sin aflojar el paso—. Un mecanismo para reproducir o transmitir con retraso el proceso de envío de señales a

los nervios motores. Y ese mecanismo está funcionando en tu cerebro.

—¿Y la respuesta a mi pregunta anterior?

—¿Lo de la supresión de la facultad reproductiva? —dijo Faruqi torciendo los labios desdeñoso—. Si no recuerdo mal, lo que hice fue modificar genéticamente la pared interna del útero en el caso de las mujeres y de los testículos en el de los hombres. Lo siento, pero el tema no me interesa. Eso pregúntaselo a Cereja, que debe de saberlo. Ese joven al que llamáis Cherry.

—Así que ese tipo lo sabía, el maldito —masculló Rachel mordiéndose un labio.

Sakoda interpeló a Faruqi, que miraba a Rachel con aire divertido.

—Doctor Faruqi, me alegro de que nos cuente estas cosas, pero, por favor, no se olvide de que lo estoy grabando, ¿eh?

—¿Y qué? —contestó Faruqi peinándose con la mano—. Según las estadísticas, ya tienen que haber nacido más de doscientos mil niños del programa MHS. No se va a poder mantener en secreto por siempre. Precisamente andaba pensando que dentro de poco sería ya hora de revelarlo al público. Un comunicado oficial frente a las declaraciones de Cereja, el criminal de guerra que masacró a unos prisioneros. O frente al interrogatorio forzado violentamente que estáis llevando a cabo ahora. ¿Cuál creéis que merecerá mayor credibilidad?

—¿A mí qué me importa? —replicó Rachel con desprecio mientras señalaba el Ford con la punta del fusil—. Muévete deprisita. La siguiente pregunta es: ¿por qué comenzaste con esto?

—El detonante fue el marcador para estudiar el grado de aplicabilidad del sistema CRISPR.

—Eso ya lo había oído —contestó Rachel—. Hiciste ensayos con seres humanos usando el cuerpo de Ignacio, cuyo nacimiento encargaste a una gestante subrogada, ¿verdad?

—¿Ensayos con seres humanos? —repitió Faruqi parándose en seco y frunciendo el rostro como mostrando su desacuerdo.

Rachel lo conminó con un gesto a seguir caminando y añadió:

—Introdujiste marcas en los genes e hiciste experimentos de edición, ¿no? Los accesos de asma del sujeto aquel o el cáncer que padece, ¿no son culpa de eso?

—Ah, ¿te refieres a eso? —dijo Faruqi con serenidad mientras reemprendía la marcha—. Ciertamente, existe la posibilidad de que las medidas de inactivación del sistema inmune que llevé a cabo en él hayan perjudicado su salud. Pero también se ha beneficiado de sus ventajas.

—Ventajas, ¿eh? —dijo Rachel como si escupiera.

Faruqi se volvió hacia ella.

—Tú eres de la segunda generación del MHS, ¿no? Fuiste diseñada de manera que no pudieras desencadenar reacciones antígeno-anticuerpo frente a dos mil quinientas veintiuna clases de alérgenos. Por eso no presentas alergia ante ningún alimento ni tampoco otras como la del polen. Seguro que tu piel tampoco se ha visto nunca dañada por sustancias como disolventes o aceites industriales. No tiene nada que ver con la inmunidad, pero tampoco habrás tenido caries. Todo ello es el resultado del aprendizaje adquirido por el tratamiento genético con marcadores de ADN del cuerpo de Cereja. Más bien creo que merecería algunas palabras de agradecimiento…

—¿Pero qué…?

Rachel, con el rostro crispado, enmudeció. Sakoda quedó también tan estupefacto que no supo qué replicar. Pero Toma, que estaba recuperando el dron Meganeura, sí habló.

—Doctor Faruqi, Ignacio nació en el año 2015. Rachel y los suyos de la segunda generación en el 2021. Está usted diciendo que los experimentos humanos sobre el cuerpo de Ignacio los llevó a cabo cuando él tenía seis años. Es correcto, ¿verdad?

Faruqi se detuvo y miró fijamente a Toma.

—Vaya, pero si tú también eres un MHS. Es la primera vez que veo uno de los vuestros que no es un soldado. ¿Cuántos años tienes tú?

Toma se achantó un poco al ver la excitación que dominaba a Faruqi.

—Soy yo quien está preguntando. ¿Cuántos ensayos humanos estuvo realizando hasta que creó algo similar a una nueva humanidad?

—¿Una nueva humanidad? Ciertamente, esa manera de llamarlo se ajusta como un guante a la realidad. Pero eso de «ensayos humanos» no es correcto. Cereja se siente agradecido. Aquello fue…

Antes de que Faruqi pudiera terminar, un grito de Rachel los interrumpió.

—¡Al suelo!

Cuando aquella voz alcanzó a Sakoda, Toma ya se había lanzado hacia el suelo sujetando a Faruqi por las piernas mientras que Rachel había agarrado el cuello de la chaqueta del médico para hacerlo caer hacia atrás. Faruqi, incapaz de moverse, basculó hacia su espalda como un muñeco.

Mientras se tiraba también al suelo, Sakoda miraba los movimientos de sus compañeros. Era por completo diferente del trabajo de equipo fruto de un entrenamiento. Se trataba de movimientos ejecutados sin pensar, de forma tan natural como cuando uno se abrocha los botones de la camisa. Cuando se preguntaba si esa rapidez de reflejos sería también fruto de las investigaciones del MHS, oyó el disparo.

Un sibilante sonido cortó el aire sobre ellos. Una delgada estela de vapor atravesó el lugar donde Faruqi había tenido su cabeza. Era el rastro que dejaba una bala guiada al cambiar su dirección, similar al de los aviones. Sakoda gritó:

—¡Son balas guiadas! ¡Su objetivo es Faruqi!

No resultaría nada fácil acertar en un punto vital de Faruqi si se encontraba tirado en el suelo. Sin embargo, tratándose de una bala dirigida, que podía girar hasta un ángulo máximo de diez grados, con un tiro horizontal era posible producir una herida mortal. Por supuesto que Rachel ya había actuado sin esperar el grito de Sakoda.

La joven agarró el cuello de Toma, que había quedado debajo de Faruqi y, levantándolo, lo colocó sobre el doctor. Es decir, convirtió el cuerpo de Toma en un escudo de carne para Faruqi.

—¡Eh! Toma…

Rachel cortó la protesta de Sakoda.

—Si son balas guiadas, no hace falta pensar en daños colaterales.

Sakoda sintió que se hallaba en lo cierto. Una bala guiada no iría contra un ciudadano corriente como Toma. Sin embargo, en el caso del cuerpo de alguien como Rachel, armada y pertrechada como militar, no dudaría en impactar. Toma parecía haber asumido dicho razonamiento y, abrazado a Faruqi, preguntó:

—¿Desde dónde disparan?

Rachel clavó la vista en el lado derecho del Ford.

—¿0,6 con respecto al Ford? —preguntó Toma.

—Diría que 0,67.

Sakoda se irritó ante las incomprensibles cifras.

—¿Qué son todos esos números?

—Valores del ángulo —contestó Toma señalando en dirección al Ford y moviendo el índice con el valor enunciado por Rachel—. Está expresado en radianes. En grados sería 38,23. Y con las agujas del reloj, la una… Ah, ya los he visto.

Sakoda forzó la vista hacia el costado del Ford. Distinguió dos figuras en sombras.

Faruqi, presa del pánico, forcejeó para escurrirse fuera del cuerpo de Toma.

—Doctor Faruqi, quédese tumbado en el suelo.

—¡Aparta! ¡Nos van a matar!

—¡No te muevas!

El aviso de Rachel no llegó a tiempo.

El sonido del disparo y el silbido de la bala guiada cortando el aire llegaron a un tiempo y acto seguido la cabeza de Faruqi quedó envuelta en una niebla roja. El vapor rojo se extendió por el bosque de primera hora de la madrugada y la sangre empapó las hojas

caídas. El sonido que hizo al caer se mezcló con los susurros del bosque y se apagó enseguida. Fue el silencio posterior lo que anunció a Sakoda la muerte de Faruqi.

Toma contempló el cuerpo de Faruqi, cuyos espasmos acabaron en un instante y, apoyando las rodillas en el suelo, incorporó la mitad superior del cuerpo.

—No te levantes, estúpido —dijo Sakoda intentando detenerlo.

Sin embargo, Toma, alzando ambos brazos, comentó con serenidad:

—Eso es armamento específico para guerras legítimas, ¿verdad?

—Así es —contestó Rachel dejando su FAR-15 en el suelo y levantándose también con las manos en alto—. Jake, ponte en pie tú también.

Sakoda se incorporó a disgusto. Una vez en pie, vio que dos hombres salían de las sombras del bosque para acercárseles. Eran un hombre alto con un fusil automático en las manos y otro a su lado de aspecto débil. Nada más verlos, Sakoda comprendió quiénes eran. Ignacio, al que se suponía en Nueva York esperando el interrogatorio, y su acólito Camilo.

—¿Cómo es que está usted aquí? —preguntó el periodista.

Ignacio, jadeante, extendió los brazos.

—Che, ahora que nos reencontramos después de tanto tiempo, vaya manera tan agresiva de saludar. En cualquier caso, qué gran favor el haber derribado el aparato de Faruqi. Gracias a vosotros, lo hemos tenido bastante fácil.

—Así que nos has utilizado —dijo Rachel con tono despectivo.

Ignacio sonrió levantando las comisuras de los labios.

—Deberías estarme agradecida. Te he evitado que le torturases.

—Ni de broma te voy a dar las gracias —replicó Rachel apartando la vista.

Ignacio, que pareció divertido con la reacción de Rachel, sacó un puro del bolsillo y, tras encenderlo, dio una lenta calada y bajó la vista hacia el cadáver de Faruqi.

—Bueno, está muerto, ¿verdad?

—Claro, lo mataste tú —espetó Sakoda estupefacto.

Ignacio echó la ceniza del tabaco sobre el cadáver.

—Es cierto, pero ¿es que acaso debería vivir?

—Evidentemente. Había muchas cosas que tenía que decirnos. Me hubiese conformado también con un «no comment».

Sakoda, como si hubiera hablado para sí mismo, cobró renovada consciencia de la gran pérdida sufrida.

Habían perdido al hombre que lo sabía todo.

Contaban con pruebas materiales del caso. Podían servirse tanto de Rachel como de Toma, tanto de los miembros de los destacamentos para guerras legales de la empresa militar privada Goodfellows como de los empleados de COVFE, daba igual. Si se les hacían análisis de ADN, se encontrarían sin falta genes que no eran fruto de la evolución de la especie humana. Y una minuciosa investigación podía hallar pruebas también del uso de los exámenes SAT para la selección, así como de las manipulaciones genéticas practicadas por P&Z o de la actividad lobista.

Pero faltaba por conocer el móvil.

Con la aparición de aparatos baratos como los drones, comenzaron las guerras a base de máquinas y la solución que escogió la humanidad para terminar con ellas fueron las llamadas guerras legítimas a cargo de un grupo selecto de soldados de carne y hueso en el campo de batalla. Ahora se había perdido para siempre la oportunidad de preguntar cómo empezó dicho proceso a la persona que sustituyó a esos soldados por suprahumanos, una nueva especie.

Con el rostro envuelto por el humo del tabaco, Ignacio, como si se burlase de los pensamientos de Sakoda, arguyó:

—Para eso estoy yo, ¿no?

—Usted, por haber sido quien selló la boca de Faruqi, no puede sustituirlo.

—Hmm —asintió Ignacio acariciándose el mentón—. En eso tienes razón. Por cierto, ¿qué pensáis hacer ahora?

Rachel señaló Torre Donelson con un gesto de la barbilla.

—Dentro de nada acudirá el personal de vigilancia, porque ya tendrán localizada la posición del Albatros.

Ignacio entrecerró los ojos y miró hacia el bosque que tapaba la base de la Aguja, y parecía como si esta lo traspasase.

—Ciertamente, ya debe de faltar poco. ¿Cuántas escuadrillas vienen?

Camilo, que probablemente acababa de comprobar la presencia de los drones en su visualizador *queuechouvue*, desplazó un poco su mirada para fijarla también en el bosque. Mediante la interfaz del *queuechouvue* para uso de los cuerpos ORGAN, se podía hacer coincidir la observación de los drones y sus tripulantes con la mirada de los propios ojos y seguramente Camilo se hallaba ahora calibrando cómo actuar.

—Cinco… Pero la cadena de mando no parece unificada. Vienen siete vehículos blindados AMV y veinte transportadores Maschief. En total, noventa guardias. Han dejado vigilando la torre al mínimo imprescindible y movilizado al resto para dirigirse hacia aquí.

—Así que es como el fútbol de aficionados —se mofó Ignacio.

Rachel, por su parte, se permitió una ironía:

—Si no tienes valor para entregarte tú mismo, ¿qué tal si te entregamos nosotros?

—Nada de eso. Nosotros dos nos tenemos que volver a casa.

Inesperada respuesta. Sakoda optó por preguntar.

—¿No va usted a volver a Nueva York?

—Ya he cumplido lo que quería. Me vuelvo a Terra Amazonas. Al fin y al cabo, me espera la próxima guerra de defensa.

—¿Cuándo se ha hablado de eso?

—Todavía no se ha hablado —sonrió Ignacio mostrando la dentadura—. Estoy instigando al alcalde, y en consecuencia se dedica a provocar a los vecinos, pero el problema es que ni Brasil ni Perú están por la labor. Por eso he pensado que, si ignoro la petición de investigación de las Naciones Unidas, a lo mejor sí se animan.

Sakoda escrutó el rostro intentando leer sus verdaderas intenciones, pero el otro se escudó tras una desafiante sonrisa al

estilo de las de Guevara.

Tal y como decía Ignacio, los gobiernos de Brasil, Perú o Colombia carecían de justificación para atacar, dado el resultado de la anterior guerra, pero si por lo que fuera se desencadenara una nueva guerra, Terra Amazonas se encontraría frente a una descomunal desventaja, dada la escasez de su fuerza militar. La vez anterior, el enfrentamiento consiguió plantearse como una guerra legítima y, mediante una estrategia que bien podía calificarse de engaño, se obtuvo la victoria; pero si la próxima vez se tratase del enfrentamiento contra un ejército regular, Terra Amazonas no tendría ninguna posibilidad de ganar.

Si no conseguían volver a plantear el enfrentamiento como una guerra legítima, sería lo mismo que un suicidio.

—Sabe que no hay posibilidades de vencer. ¿Qué pretende involucrando al alcalde?

—No te preocupes, que venceré. Por cierto, ¿qué pretendíais hacer a continuación?

Sakoda señaló hacia el sur.

—Nuestra intención era salir a la carretera principal. Si avanzamos unos diez kilómetros, estaremos fuera del Territorio Autónomo de Torre Donelson y, siendo ya de día, no creo que se atrevan a descargar sobre nosotros un ataque como el de ayer. Pretendíamos liberar a Faruqi una vez terminado de entrevistar.

—¿Entrevista? ¿No querrás decir tortura?

Ignacio señaló con el mentón el derribado Albatros y sonrió burlonamente. Rachel se acercó a Ignacio, todavía con las manos en alto.

—No creas que somos como tú, criminal de guerra. Nosotros, por lo menos, hemos recibido cursos sobre cómo interrogar a la gente.

—Qué cosas más feas me decís. Bueno, tenemos que ir marchándonos.

Ignacio ya se estaba volviendo de espaldas cuando Rachel avanzó otro paso hacia él.

—Déjame hacerte una última pregunta.

Ignacio ladeó la cabeza e hizo un gesto animando a Rachel a continuar.

—Ese dinero de las compensaciones que nos entregaste, ¿era entonces una parte de los gastos necesarios para matar a Faruqi?

—No.

La contestación de Ignacio no solo fue breve, sino también firme y con tono duro. Se encaró con Rachel y enderezó la espalda.

—Jasper Jones, Rosalind Said, Lee Haoran, Yulia Allouch, Paul Manima y George Jacobson. Lamento de todo corazón haber arrebatado la vida de esos seis. Quiero pedir disculpas tanto a sus familias como a ti, que eras su compañera.

Ignacio se puso la mano sobre el pecho e hizo una reverencia. Rachel, quizá porque no se había imaginado algo similar, movió los ojos con sorpresa y preguntó:

—Esas palabras… ¿son de todo corazón?

—Por supuesto —contestó Ignacio alzando el rostro y mirando detenidamente a Rachel—. También te quiero pedir disculpas a ti. Me arrepiento profundamente de haberte dado la vida.

Cuando el significado de las palabras terminó de calar en ella, Rachel palideció.

—No hables como si fueras mi madre.

—Es que se puede definir así. Puedes guardarme rencor, si quieres.

Al terminar de hablar, Ignacio se fijó en que Toma, situado detrás de Sakoda, levantaba una mano.

—Por cierto, ¿tú quién eres?

—Toma Knut. Empleado fijo de COVFE.

La sonrisa irónica desapareció del rostro de Ignacio. No se había pronunciado la expresión *MHS*, pero Ignacio debía de haber comprendido. Se acarició el mentón y su rostro acusó una seriedad nunca mostrada hasta entonces. Tras un tiempo sumido en sus pensamientos, hizo una pregunta a Toma, hablando despacio y separando las palabras, como deseoso de verificar algo.

—¿La famosa empresa COVFE? Creada por Marsha Yoshino, cuyos empleados son todos jóvenes geniales y que se dedica a la computación cuántica…

—Bueno, yo no creo ser un genio, pero el examen de entrada es bastante difícil.

Ignacio se quedó un tiempo mirando a Toma y después exhaló un breve suspiro.

—Ya veo. Así que de esa manera consiguen reuniros. Nunca se me ocurrió.

Ignacio alargó la mano hacia Toma en gesto de pedir estrechársela.

—¿A… a qué viene esto? —preguntó Toma retrocediendo un paso.

No obstante, Ignacio le agarró una mano y se la estrechó.

—Me alegro de haberte conocido. Cuando vuelvas a tu oficina, transmíteles a todos mis disculpas.

Una vez dicho esto, Ignacio se volvió hacia Camilo.

—Tenemos que marcharnos. ¿Y los vigilantes?

—Dentro de tres minutos nos tendrán maravillosamente rodeados —contestó Camilo al instante, señalando a Sakoda y los suyos con el brazo que no sostenía el arma—. Hay que dejarles tiempo a ellos también para que huyan; así que creo que mejor movernos enseguida.

Ignacio asintió y agitó una mano a modo de despedida hacia el grupo de Sakoda.

—Bueno, ya lo oís, nos vamos. Hasta la próxima.

Ignacio echó a andar lentamente hacia el interior del bosque. Camilo caminaba detrás de él avanzando de espaldas, sin dejar de apuntar a los demás con su QBZ-100. En unos instantes desaparecieron dentro de la espesura.

—Vámonos nosotros también —dijo Rachel recogiendo su FAR-15 del suelo.

—¿Y si esperamos a que lleguen los guardias y les contamos lo de Ignacio? —preguntó Sakoda.

—No tiene sentido —aseveró Rachel negando con la cabeza.

—¿Tú crees? Bueno, supongo que tienes razón.

—Claro que sí. No son más que gentuza que busca una excusa para disparar. No atienden a razones y, además, yo les he derribado sus drones.

Rachel señaló el Albatros caído.

—Este aparato lleva incorporada una cámara que filma el exterior, y con eso y la información almacenada en el *queuechouvue* de Faruqi tendrán el registro completo de que esto ha sido obra de Ignacio de principio a fin. Huyamos cuanto antes.

Sakoda abrió la puerta delantera del Ford y se sentó al volante.

—Entendido. Salgamos de aquí. ¿Qué pasa, Toma?

Toma, después de haber estrechado la mano de Ignacio, seguía clavado en el sitio.

—¿Por qué me habrá pasado eso?

—¿Qué quieres decir?

Toma tenía la vista clavada en la mano que estrechó la de Ignacio.

—Cuando me dijo que diera sus disculpas a mis compañeros, sentí desde el fondo de mi corazón que yo debía pedir perdón también.

17

Marsha Yoshino llegó a la oficina y arrojó su mochila en la cesta situada bajo la mesa que un día sirvió para servir cafés. La superficie del mueble lucía borrosa por la infinidad de rasguños, fruto del roce de las cuchillas de afeitar que usaban los clientes para hacer rayas de heroína en los tiempos en que el barrio de Tenderloin era el más peligroso de todo San Francisco. Marsha creó un espacio compartido de trabajo del *queuechouvue* sobre aquella mesa y se puso a estudiar un archivo de documentos que debía de tener un grosor de unos quince centímetros.

Puesto que se trataba de un dispositivo electrónico del *queuechouvue*, se podía representar con cualquier aspecto, pero la mayoría de los empleados escogían un icono de acceso directo que lo mostraba como un taco de papeles con el grosor que correspondiera a su tamaño. Aquel archivo, que cualquiera diría que era el manual de instrucciones de un avión, constituía un compendio de la inmensa documentación que An Ho había estado examinando.

Marsha hizo una reverencia de agradecimiento hacia An Ho, que se hallaba echando una cabezada en un sofá.

La noche anterior, casi de madrugada, Marsha recibió por parte de Toma una gran cantidad de documentación y despertó a An Ho para pedirle que obtuviese pruebas que verificasen su contenido. Así, el resultado fue aquel archivo de documentos de quince centímetros de grosor.

Marsha abrió el documento y, poniendo una mano en la portada que rezaba «MHS – Modified Human Standard», clavó la vista en el

techo.

—Operador, analiza este documento por NMF (Factorización no Negativa de Matrices)… No, mejor por ADL (Análisis Discriminante Lineal). Añade a los documentos un orden cronológico, el grado de interés público y una dimensión de puntuación de veracidad, así como un vector de dependencia de los fenómenos en sus interrelaciones, un vector cronológico y otro de relaciones interpersonales.

«Entendido. Procesaré de inmediato».

En el instante en que se oyó esa escueta respuesta, el archivo de documentos en manos de Marsha se abrió como un abanico y los textos comenzaron a entrelazarse mediante una serie de líneas que dibujaron sobre la borrosa superficie de la mesa la proyección plana de un sistema esférico de redes.

Mientras acariciaba el borde de la mesa, Marsha continuó impartiendo directrices.

—Cartografía la dimensión nodal en un espacio cilíndrico mediante coordenadas polares. Añade una interfaz sobre la superficie de la mesa para poder manejar las dimensiones nodales deslizando el dedo y las dimensiones perimetrales con un deslizamiento circular del dedo.

«Cartografía de redes realizada e interfaz añadida».

Marsha colocó la mano derecha sobre la superficie de la mesa y acarició el reborde con la izquierda. Solo con que moviera un poco los dedos, la maraña de documentos que aparecía sobre la mesa como si se hundiera en ella cambiaba su posición formando una especie de remolino. Mientras Marsha enderezaba la espalda y se preguntaba cómo proceder a continuación, oyó cómo a su espalda An Ho se levantaba profiriendo un ostentoso bostezo.

—Buenos días. ¿Todo bien con los documentos?

An Ho, que por lo general desempeñaba su trabajo emanando confianza por todos los poros, esta vez no parecía tan seguro, lo cual llamó la atención de Marsha. Y es que el contenido de la documentación no era para menos.

—Sí, muchas gracias. Había una cantidad terrible de material, ¿verdad? ¿Qué modelo has utilizado para la verificación de hechos?

—El GQG (Global Qubit Glacier) del año 2015 al 2045.

—¡Guau! —exclamó Marsha pensando que bien merecía un silbido de admiración.

El modelo mencionado por An Ho era el de mayor nivel a escala mundial para tratar documentación, que almacenaba todos los datos que cruzaban por internet en bits cuánticos mediante computación a exaescala. Entre el importe por utilizar dicho modelo y el de usar los procesadores cuánticos de alta velocidad que permitían extraer un resultado, los gastos superaban el millón de dólares. Así es que solo para comprobar la veracidad de todo lo que contenían aquellos documentos, An Ho había gastado el equivalente de lo que podía manejar una pequeña empresa a lo largo de un año y con muchos esfuerzos. Pero también podía decirse que había bastado con esa cantidad gracias a que tenían una pequeña oficina de 30 metros cuadrados en Quantum Hill que costaba un alquiler de doscientos mil dólares mensuales. Una empresa que no pudiera conectarse a un acelerador ni a la red de clústeres cuánticos que se apretuja en una computadora óptica necesitaría pagar a un operador cuántico decenas de veces esa cantidad.

—¿Y qué opinas tú de esto, An Ho?

Marsha añadió una cavidad de coordenadas al espacio cartografiado de forma cilíndrica y cambió a una lente instantánea. Acto seguido, fijó en el centro del espacio el esquema arbóreo de anotaciones de Sakoda y comprobó que salían unas líneas finas de color azul claro de casi todas las «hojitas» de notas, entrelazando unos fenómenos con otros e incluyendo su grado de relación.

—Hice un «recocido» con un retículo elíptico no lineal, pero el resultado obtenido fue prácticamente el mismo. Creo que podemos asumir que existen pruebas de toda la documentación remitida por Sakoda.

El tono de An Ho delataba irritación. Marsha extrajo las anotaciones arbóreas del sistema y las colocó dándoles una forma

que recordaba a uno de los bonsáis de su padre.

—No queda más remedio que reconocer los hechos. Aunque parecen demasiado disparatados para ser reales.

—Sí. Con todo…

An Ho cerró los puños con furia.

—Te entiendo —musitó Marsha.

La propia Marsha, cuando escuchó por primera vez de labios de Toma la cuestión de la edición genética, experimentó un violento acceso de cólera. No obstante, en aquel momento no había conseguido asimilar el cuadro en su totalidad.

En resumen, aquello venía a decir que la compañía farmacéutica de mayor envergadura se había dedicado a la manipulación genética de los embriones fruto de la fecundación *in vitro* para crear una especie de suprahumanos. Los niños habían sido criados en el seno de sus propias familias y, llegado el momento, fueron reclutados como soldados para las guerras legítimas. El proyecto había comenzado en el año 2017. Teniendo en cuenta la situación de la tecnología de edición genética en aquel entonces, suponía un proyecto increíblemente puntero e increíblemente inhumano.

Por la mañana, cuando le contactó Toma, usó el término «mankind», con el sentido de «similar a un humano», una nueva especie, y la verdad es que la expresión encajaba como un guante con el propósito de ese plan.

«Así que nosotros somos diferentes. Pero no se me ocurre qué deberíamos hacer frente a ello. Con respecto al futuro artículo de Sakoda, podemos ayudarle diciendo que COVFE ha verificado sus afirmaciones para que no encuentre problemas al publicarlo. ¿Pero qué podría decir a mis padres? ¿Qué voces se alzarán en la sociedad cuando esto se sepa? Y sobre todo, ¿cómo voy a asumir esa realidad yo misma? Todavía no sé nada de eso».

—Bien, vamos a comenzar por hacer un resumen. Operador, haz una tabla cronológica.

El esquema arbóreo de notas sobre la mesa se transformó en un cono invertido con la punta apoyada en la mesa, y en el

dispositivo con papel tamaño legal que Marsha había preparado a su lado comenzaron a alinearse los hechos relevantes, arrancando en el nacimiento de Ignacio, en el año 2015. En un abrir y cerrar de ojos, se rellenó la primera hoja, aumentando el número de papeles de la cronología. Cuando apareció el último de los sucesos, el total alcanzaba las dieciséis páginas. Marsha colocó el dedo sobre la línea donde constaba la publicación de una memoria de Faruqi al respecto, acaecida poco después del nacimiento de Ignacio.

—Operador, elimina los incidentes que encierren una importancia similar a este y resume todo en una hoja.

Los textos sobre el papel fueron desplazándose de manera que el resumen fue conservando datos como el año de nacimiento de la cuarta generación, el reclutamiento por parte de Goodfellows, iniciado en 2037, o la creación de la empresa COVFE, así como los puntos fundamentales relacionados directamente con las personas. Marsha asintió satisfecha mientras comprobaba la hoja resumen. A su lado, An Ho ladeó la cabeza extrañado.

—¿Por qué has convertido en cartografía bidimensional un sistema de red hexadimensional?

Marsha sonrió con amargura. Ciertamente, al escribir un índice cronológico en papel, la cantidad de información reflejada disminuía de un modo considerable.

—Para consultar el asunto con Wu Lin-wen.

—Ah, claro —comprendió An Ho.

Wu Lin-wen se había ganado la confianza de todos los empleados, pero no era una experta en matemáticas ni en teoría de la información. Para Marsha y los suyos, capaces de manejar una red de información que superase tres dimensiones, se trataba de una simplificación innecesaria, pero se convertía en una tarea imprescindible si querían que Wu leyese la información.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó An Ho haciendo aparecer en torno a sus hombros seis brazos virtuales articulados.

Era una manifestación del desdoblamiento de consciencia del que hablaban aquellos documentos.

—Me gustaría probar yo también a hacer eso —dijo Marsha.

An Ho entrecerró un poco el ojo izquierdo. Era el gesto inconsciente que hacía cuando pensaba cómo decir algo difícil. Marsha supo que algo le inquietaba.

—Te preocupas porque crees que a lo mejor no soy capaz, ¿verdad?

An Ho se rascó la mejilla con uno de los brazos virtuales.

—Bueno, sí… Así es.

—No importa. Si al final no puedo hacerlo, pues no puedo. ¿Por dónde debería empezar?

—Dentro de las funciones manuales del *queuechouvue*, busca la de extremidades adjuntas.

Marsha hizo aparecer la pantalla de menú de dispositivos y, tras escoger el indicado por An Ho, encontró un brazo de tres articulaciones y seis dedos. Era el dispositivo para fijar en el espacio de realidad virtual del *queuechouvue* documentos con forma de libro, así como cebos para la pesca en realidad virtual u otras cosas similares.

—¿Te refieres al miembro adjunto para fijar en la cadera y realizar tareas de precisión?

—Ese es. Sujétalo a tu cadera derecha, por favor.

Marsha fijó a su cadera como le decían la base del apéndice e hizo que sus seis dedos se superpusieran sobre su mano derecha.

—Agarra el documento con tu mano derecha.

Conforme a las instrucciones, Marsha agarró el listado cronológico de documentos y lo levantó un poco. Si ahora apagaba el sincronizador, podía dejar el documento en aquel espacio, pero las siguientes directrices de An Ho sugerían algo diferente.

—Prueba a conservar firmemente la imagen del cuadro cronológico fijo en el espacio mientras tocas un documento diferente con la mano.

—¿Eh?

A pesar de su desconcierto, Marsha intentó bajar la mano derecha hacia la superficie de la mesa. Como era lógico, el miembro

adjunto que se movía sincronizándose con la señal transmitida por el implante de potencial mioeléctrico fue bajando la tabla cronológica hacia la mesa.

—No muevas la tabla cronológica —avisó An Ho.

—Es que se mueve…

—No, seguro que puedes hacerlo.

An Ho sujetó el listado cronológico con el apéndice que salía de su propio hombro. Aunque carecía de la percepción de estar tocándolo, gracias a la actuación de ese manipulador, el movimiento del miembro adjunto de Marsha se detuvo y su mano, que iba bajando lentamente, se posó sobre la mesa. La mujer sintió cómo su dedo índice tocaba los rayajos de la mesa causados antaño por las hojas de afeitar. An Ho colocó su propio manipulador un poco por encima del listado cronológico.

—Entrégame el listado cronológico dejando la mano sobre la mesa tal cual está ahora.

Esta vez pudo hacerlo correctamente. Sin mover la mano que tenía encima de la mesa, el miembro adjunto a ella fue alzando cada vez más el documento con el listado. Cuando An Ho recibió el movimiento mediante su manipulador, el miembro adjunto descendió y probó a recoger un documento diferente de encima de la mesa. Sin mover un milímetro la mano derecha.

—Has podido —murmuró An Ho sin querer.

Pero Marsha ya se había dado cuenta de ello.

Al tiempo que fijaba en el espacio con una chincheta el documento que había levantado con el miembro adjunto, Marsha tocaba el borde de la mesa con la mano derecha buscando otro documento. Saltaba a la vista que coexistían dos consciencias y se dio cuenta de que estaba «viendo» dos documentos al mismo tiempo.

Pero tampoco puede decirse que fuera por completo su primera experiencia en la materia.

En los tiempos en que fundó COVFE, cuando se encontraba elaborando algoritmos cuánticos, a veces se descubría manejando

varios espacios de trabajo simultáneamente y también había redactado mensajes mientras cocinaba. Se sentía como si su cuerpo se hubiera fundido con el espacio de la oficina y estuviera trabajando en varias mesas a la vez.

—Impresionante, esto —se admiró Marsha.

Sentada cómodamente en su banqueta, comprobó la hora mientras hacía trabajar el miembro adjunto fijado a ella.

—Por cierto, debe de estar a punto de llegar Wu Lin-wen. Quedó en que vendría a las diez.

—Déjame que te eche una mano —dijo An Ho.

An Ho trajo también una banqueta y, sentándose junto a Marsha, comenzó a separar con sus seis extremidades virtuales los documentos con aspecto de ser necesarios para la reunión. Aparentemente, utilizaba los manipuladores en grupos de dos, con tres consciencias trabajando de manera simultánea. El An Ho de carne y hueso, mientras, apoyaba los codos en la mesa a la vez que miraba cómo avanzaba la tarea.

—¿Estuviste practicando por la noche? —preguntó Marsha.

—Sí. Pude también hablar conmigo mismo.

—Se nota que perteneces a la cuarta generación. Me pregunto cómo será la quinta generación. Y las siguientes…

—No había ninguna documentación al respecto. Seguramente es porque Ignacio se apartó del doctor Faruqi.

An Ho, con el rostro vuelto hacia Marsha, hablaba más despacio que de costumbre. Su contestación tampoco coincidía por completo con lo preguntado. Marsha, dirigiendo la mirada al trabajo de clasificación de documentos de los tres pares de manipuladores, preguntó:

—¿Por casualidad el esfuerzo te ralentizó un poco el pensamiento?

—Sí —admitió An Ho con una débil sonrisa—. La carga que supuso esa conversación conmigo mismo fue mayor de lo que esperaba. A todo esto, veo que ya son las diez.

Justo cuando An Ho miraba hacia la calle, se abrió la puerta de la oficina y entró Wu Lin-wen.

—Buenos días —saludó Marsha.

Sin embargo, Wu, en pie frente a ella y con una mano en un costado, apuntó con el índice de la otra a Marsha en gesto acusador.

—Oye, ¿qué significa eso de hacer de abogada de esos tres que han derribado unos drones?

Wu Lin-wen hizo una pausa tras esas palabras y miró a Marsha con ojos desorbitados. Seguramente acababa de conectarse al *queuechouvue* de la oficina y se había dado cuenta del trabajo de Marsha y An Ho con los manipuladores.

—Pero… ¿qué estáis haciendo vosotros dos?

Marsha, mientras se ponía en pie para darle la bienvenida, agitó delante de ella los documentos que sostenía la extremidad adjunta bajo control de su consciencia desdoblada. Por su parte An Ho, a la vez que saludaba con un «buenos días», seguía manejando sin descanso sus seis apéndices.

Marsha entregó a Wu Lin-wen la documentación reunida en el *queuechouvue*.

—Entendido. Entonces, ¿quieres que busque a otro que se encargue de la defensa por el caso del derribo de los drones?

—No te preocupes. Eso de antes lo dije en broma.

—¿De verdad? —preguntó Marsha sorprendida por la calma de Wu—. ¿Estás segura?

Wu Lin-wen se encogió de hombros mientras recogía los documentos.

—Creo que con un poco de suerte ni siquiera llegará a juicio. Esa clase de ciudades independientes no son muy duchas a la hora de actuar coordinadamente con los organismos judiciales de otros estados. Tampoco se les da muy bien conservar las pruebas existentes. Además, parece que en este caso no existen familiares directos afectados, por lo que diría que el fuego se apagará enseguida. Perdón, esto de aquí puede que…

Tras pasar unas pocas páginas de los documentos, el rostro de Wu Lin-wen palideció. Se quedó mirando fijamente la extremidad adicional que, saliendo de la cadera de Marsha, se movía como un ser vivo independiente.

—Eso que haces…

—Efectivamente. El resultado de la edición genética de Geppetto Faruqi. Tanto An Ho como yo podemos desdoblar nuestra consciencia y trabajar con las dos a la vez.

Wu Lin-wen echó un vistazo rápido al resto de la documentación y, tras asentir, giró el rostro hacia Marsha.

—Así que vais a luchar, ¿no?

Marsha asintió.

P&Z debía asumir su responsabilidad. Tenía que exponer por completo su información a la luz pública y, en la medida de lo posible, ofrecer un tratamiento médico y una compensación económica a los afectados. Ahora que Faruqi ya no estaba, no quedaba nadie contra quien poder dirigir la furia. Sin embargo, ellos deberían tener derecho a expresar dicha indignación.

—No sé por dónde podríamos empezar, pero ¿nos ayudarás?

Wu Lin-wen estrechó la mano de Marsha.

—Por supuesto.

Cuando Marsha le estaba devolviendo el apretón, llegó el aviso de solicitud de comunicación telefónica.

—Me llama Toma. Me pregunto dónde estará. Pide hablar.

—Adelante —dijo Wu apartando la mano.

Entonces, Marsha imitó la forma de un auricular con la mano y se la colocó a un lado del rostro. Enseguida se oyó la voz de Toma.

—¿Marsha? Te lo cuento lo más brevemente posible.

A espaldas de Toma se oía la voz de alguien, probablemente del periodista Sakoda, que estaba cuchicheándole algo.

—¿Qué sucede?

—Comienza una guerra.

—¿Entre quién y quién?

La pregunta brotó como un acto reflejo, pero Marsha ya intuía más o menos la respuesta. En las anotaciones de Sakoda constaba una conversación en la que Ignacio decía que quería arrastrar a los países del entorno a una guerra. Probablemente lo había conseguido. La nerviosa voz de Toma confirmó sus deducciones.

—Se ha declarado la segunda guerra de defensa de Terra Amazonas. Y el territorio ha decidido invitar a Sakoda como cronista. ¿Puedo ir con él?

—¿Cuándo?

—En cuatro… No, en tres días. A Sakoda también le ha cogido de sorpresa. Por lo visto, ha decidido que el resto de las indemnizaciones las repartirá cuando acabe la nueva guerra.

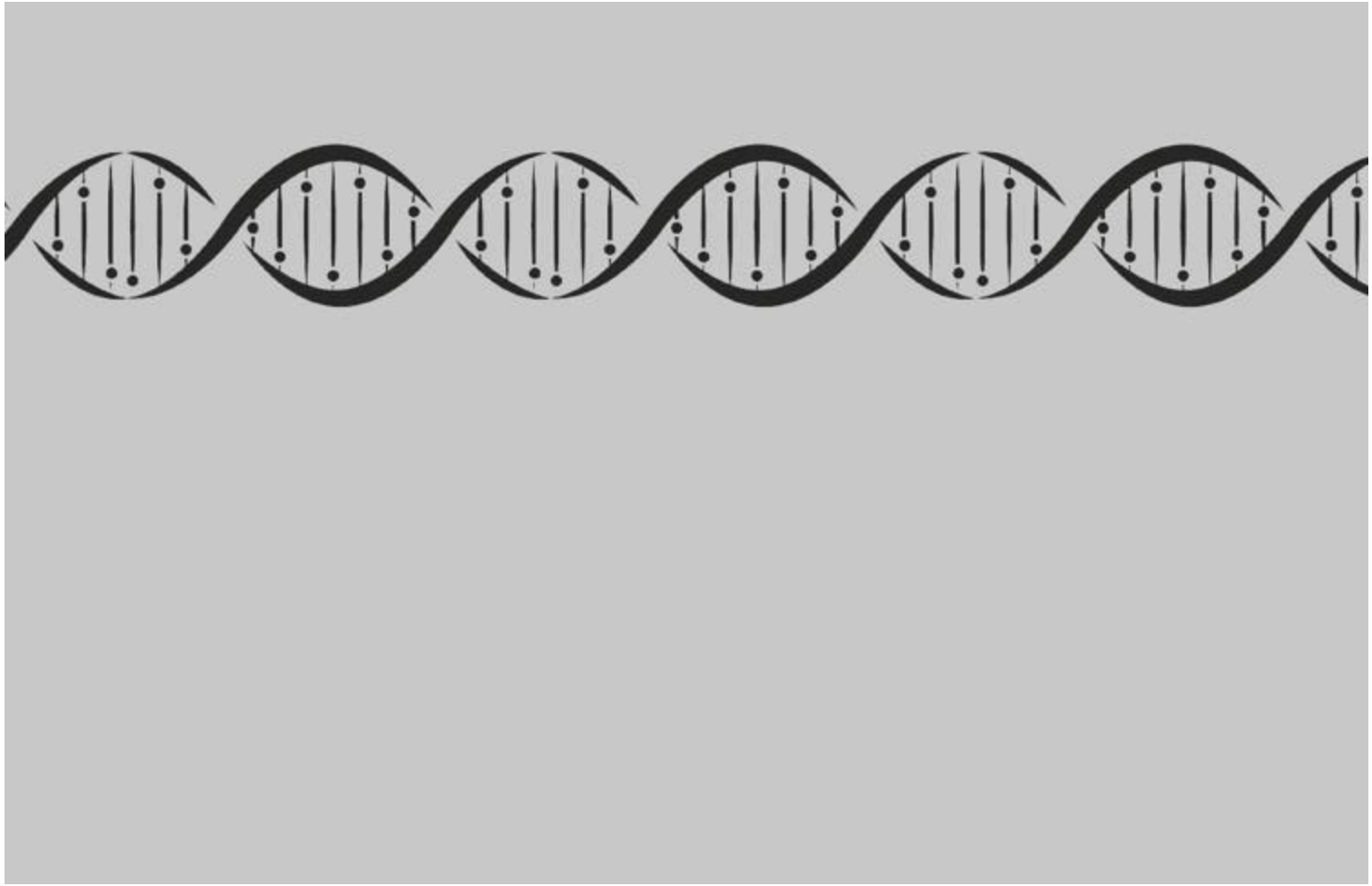
Marsha levantó la vista hacia el techo. Con tan poco tiempo, no podían esperar a que Sakoda tuviera listo un reportaje sobre el asunto y tampoco dispondrían de margen suficiente para tomar acciones de condena de la manipulación genética. Hicieran lo que hicieran, seguramente el impacto del caso se diluiría ante el enfrentamiento entre Ignacio, colaborador en la edición genética, y los soldados fruto de dicha manipulación.

Solo una cosa estaba clara. Ignacio se les había adelantado.

Marsha exhaló un fuerte suspiro y contestó:

—De acuerdo. Dile esto a Sakoda. Que me pida cualquier cosa que necesite.

LA SEGUNDA GUERRA DE DEFENSA EN AMAZONAS



18

Sakoda, que se encontraba trabajando en la mesa del patio que le había dispuesto el hotel, se dio cuenta de que Toma, sentado enfrente de él, le estaba alargando un manojo de contratos trufados de marcas policromadas hasta un punto que parecían un sembrado de flores. Era el efecto de un dispositivo de realidad virtual dibujado en el *queuechouvue*, pero gracias a la comunicación de alta velocidad por satélite que puso a su disposición COVFE, que le permitía conectarse a una granja de renderización de San Francisco, podía reproducir cada uno de los claroscuros de aquellos papeles y también en los dedos de Toma, sobre los que se montaban, aparecían unas sombras de contacto que recreaban la sensación de que la luz del sol atravesaba unos documentos reales.

—Sakoda, este es el acuerdo más reciente para entablar una guerra legítima —explicó Toma.

El periodista echó un vistazo rápido al apartado del encabezamiento donde constaban los participantes y comprobó las diferencias con el documento que le habían mostrado dos horas atrás.

—Perú y Colombia se han desentendido y Brasil aparece ahora con un papel de escasa importancia.

—Eso parece —corroboró Toma—. Ahora, con toda nitidez, figura como parte atacante Goodfellows y como parte defensora Terra Amazonas. Voy a hacer un resumen por encima de los aspectos que han cambiado.

Toma, sentado al lado contrario de la mesa, frente a Sakoda, recorrió con la vista el documento de acuerdo que ambos compartían y después, pasando un bolígrafo sobre él, hizo aparecer en el borde del papel una serie de marcas de señalización. Sakoda había pedido a Toma que le organizase los documentos, porque en los últimos tres días le había llegado una montaña tal por parte de los abogados de Goodfellows que amenazaba con enterrarlo. A pesar de que Toma no era periodista, no en vano se había licenciado sin dificultad en una de las mejores universidades de los Estados Unidos, por lo que en cuanto a su capacidad de razonamiento lógico no le suponía un problema acometer dicha tarea. Toma abrió el primero de los apartados marcados, correspondiente al preámbulo, y procedió a explicarlo.

—Dado que ahora ninguna nación ostenta la categoría de contendiente, el objetivo de la confrontación bélica ya no es la recuperación de un territorio. El principal objetivo es forzar la entrega de Ignacio y declarar nulo el resultado de la guerra anterior.

Mientras continuaba su explicación, Toma había hecho brotar de sus hombros tres pares de miembros adicionales que se movían como seres vivos de existencia independiente apilando uno tras otro documentos que sirvieran de trasfondo para generar artículos periodísticos de manera automática. En el jardín que se extendía al otro lado del seto, un avatar de Toma se concentraba en un tutorial para aprender lo concerniente al dron Meganeura que usaba Sakoda para filmar y el dron de reconocimiento Eyesbee que destinaba Goodfellows a las guerras. Solo habían transcurrido tres días desde que comenzase a usar la facultad de desdoblamiento de la consciencia que le otorgó el proyecto MHS, pero al parecer ya había conseguido hacerlo de manera por completo natural.

Toma fue avanzando a gran velocidad por el documento hasta que llegó a la página número 20, cubierta casi toda de señales de color rojo que indicaban aspectos conflictivos.

Girando un poco más la página hacia Sakoda, añadió:

—Con esto, parece haberse alcanzado un acuerdo sobre el objetivo del enfrentamiento, pero no se han decidido las condiciones con detalle.

—A ver, déjame leer… Ah, por ejemplo, el periodo de duración, ¿verdad?

Sakoda forzó una amarga sonrisa mientras revisaba el historial de las negociaciones.

Las condiciones para determinar la victoria en la segunda guerra de defensa de Amazonas establecían que finalizaría cuando la parte atacante hubiese conseguido capturar a Ignacio y la parte defensora simplemente quedara emplazada a evitar ese resultado.

Ayer por la tarde, tres días después de la declaración de guerra, el alcalde de Terra Amazonas, Goh Martínez, y los abogados de Goodfellows habían conseguido, tras numerosas negociaciones, decidir el campo de batalla. Ignacio y los suyos se atrincherarían en un espacio triangular de cuatro kilómetros de longitud junto al punto donde confluyen el río Amazonas y el río Yavarí, que se convertiría en el territorio atacado por Goodfellows. La cuestión que permanecía en conflicto era el periodo de tiempo que se establecería. La parte atacante de Goodfellows deseaba una duración lo más larga posible, mientras que para Terra Amazonas lo mejor era justo lo contrario. Ninguna de las dos partes quería dar su brazo a torcer, pero como se había decidido que las hostilidades comenzaran mañana, a la noche debía llegarse a alguna conclusión.

Sin embargo, aun cuando se tratara de veinticuatro horas, no cambiaba el hecho de que Ignacio se encontraba en desventaja. La vez anterior, había conseguido derrotar al destacamento Jones recurriendo a tácticas de guerra psicológica, pero esta vez no podría usar el mismo método, y ya se sabía que contaba con soldados de las mismas capacidades que los de los cuerpos ORGAN.

Ignacio no tenía posibilidad de vencer. Y, aun así, fue él quien quiso esta guerra.

Sakoda plegó la documentación y entregó a Toma el mensaje recibido desde San Francisco.

—Esta es la información que me ha pasado mi agente. Al parecer, Goodfellows va a enviar ocho destacamentos ORGAN. Aunque no sé si en realidad participarán todos.

—Ya veo —asintió Toma leyendo el mensaje y la documentación adjunta relacionada—. El jefe del total de las fuerzas enviadas es un veterano, el teniente Mario García, ¿no? Pero el resto de los mandos son todos muy jóvenes.

«Pero eso…», estaba a punto de replicar Sakoda, cuando enseguida comprendió lo que quería decir Toma. Goodfellows había reunido a los más jóvenes, por su mejor «rendimiento».

—Entiendo. Así que lo saben…

Mientras pensaba cómo registrar con su cámara los puntos de diferencia con la anterior guerra, Sakoda comprobó los acuerdos que le afectaban para los reportajes de la contienda.

—Los acuerdos para cubrir la información ya no parece que vayan a cambiar. El medio que ha contratado Goodfellows es el *Chicago Bear*. ¿Qué hay de la red?

La guerra por venir había atraído la atención internacional debido a que Ignacio rechazó realizar las alegaciones previstas ante las Naciones Unidas. La compañía Sun le estaba pidiendo a Sakoda una transmisión de realidad virtual apta para el visualizador *queuechouvue*, lo cual exigía una gran carga para el sistema. Probablemente su rival, *Chicago Bear*, se encontraba en la misma situación.

—Al parecer está previsto que puedas compartir la red de la estratosfera que ofrece COVFE.

—Ya veo. Una solución de lo más racional.

El ancho de banda de una red en la estratosfera que usara un globo de gran altitud era muy amplio. Seguramente, aunque fuera compartido por varias compañías, seguiría siendo suficiente. Cuando un satisfecho Sakoda acababa de cerrar el contrato, se oyó el ruido de unos pesados rotores. Plegaron el espacio de trabajo y, al mirar al jardín, vieron que, cruzando sobre el tejado de tejas rojas del hotel, llegaban dos grandes drones Pelikan con sendos contenedores del

tamaño de un pequeño automóvil colgando de la panza. Una vez que los drones depositaron los contenedores en el patio interior, apareció Rachel acercándose desde la puerta del hotel.

—Han llegado los Maschief. ¿Puedes encargarte del acuse de recibo, Toma?

Mediante el espacio de trabajo compartido, Rachel lanzó el documento hacia Toma y, saltando sobre los contenedores, comenzó a desatar los arneses de nailon que los unían a los drones.

—De acuerdo —contestó Toma—. Dos Maschief, ¿verdad?

Toma comprobó el contenido del acuse de recibo sujeto entre los dedos de uno de sus miembros adjuntos y, al dar un golpecito en el botón de verificación con atribuciones de COVFE, los Pelikan, libres ya de sus arneses, volvieron a elevarse. Los dos Maschief habían sido adquiridos por COVFE con objeto de prestárselos a Sakoda y Rachel. Los pesados rotores de los Pelikan volvieron a rugir y, emprendiendo la misma ruta por la que habían venido, tornaron a cruzar sobre el tejado del hotel.

Sakoda y Toma miraron cómo los drones se marchaban y, cuando desaparecieron de la vista, oyeron cómo Rachel les gritaba desde lo alto del contenedor.

—¡Toma, desbloquea el cierre de los contenedores!

—¡Ah, perdón!

Toma manejó uno de sus miembros adjuntos. Por lo visto, los contenedores se los habían entregado sellados. Rachel bajó de un salto y los frontales de los contenedores se abrieron por el lado de arriba de modo que cayeran hacia delante hasta impactar en el suelo. Los Maschief de dentro, con las patas encogidas y colgando del techo, fueron bajando lentamente hasta pisar tierra. El receptáculo hexagonal de paneles con camuflaje óptico que recubría los Maschief relucía con una pálida luz violeta. Los cilindros o los asientos, que estaban sin cubrir, presentaban una tonalidad morada más oscura.

—¡Uf, qué colores tan chillones! —protestó Rachel frunciendo el entrecejo.

Sakoda, sin embargo, asintió con aire satisfecho.

—Tal y como pedí.

—¿Es eso lo que quería Ignacio?

Sakoda negó con la cabeza.

—No, lo que pasa es que ni por error podemos permitirnos que nos disparen. Toma, ¿puedes hacerme el favor de tomar unas fotos de los Maschief y enviar a ambos contendientes una descripción sobre cómo están pintados para que no haya confusiones?

—De acuerdo.

Quien contestó fue el avatar de Toma, que se encontraba en el patio practicando el manejo del Meganeura. El aparato, que sobrevolaba el patio, fue descendiendo mientras filmaba los Maschief pintados de morado para luego volver a ascender. Dado que esta vez ambas partes iban a recurrir a tecnología propia de los ORGAN, Sakoda iba a aprender en su calidad de periodista acerca del programa de inteligencia artificial para apuntar a los objetivos. Rachel, que iba a supervisar todo el proceso, hizo un gesto con la mano a Sakoda para que se acercase.

—Jake, en tu caso aprenderás solo lo más básico de los Maschief.

—De acuerdo.

Sakoda se metió en uno de los contenedores y puso la mano sobre el armazón del Maschief que se agazapaba allí dentro. Emitiendo unos destellos, las cuatro patas del ingenio se estiraron lentamente para enderezar el cuerpo sobre ellas. En la consola de mando relucía el nombre de Jake Sakoda. Por lo visto, con esto finalizaban los primeros pasos del manejo y la personalización del aparato. Sakoda se sorprendió tan visiblemente de su sencillez que Rachel se echó a reír.

—Fácil, ¿verdad?

—Me he llevado toda una sorpresa.

—Es que, si no fuera tan cómodo, sería un problema también para nosotros.

Rachel dio un golpecito con el dorso de la mano en la coraza de uno de los Maschief.

—Pero esta será la primera vez que use uno para un propósito diferente del combate. Realmente es una inapreciable ayuda. Dale las gracias a tu empresa, Toma.

Toma, que seguía frente a la mesa clasificando documentos, agitó la mano en ademán negativo.

—No te preocupes por eso. Ten en cuenta que nosotros también somos afectados por el caso. Mi jefa ha dicho que no nos preocupemos tampoco por el dinero que cuesten nuestros próximos movimientos.

Rachel negó con la cabeza.

—Ya te dije que eso no es necesario. Todavía nos queda bastante dinero del que nos concedieron para los trámites de entrega de las indemnizaciones.

Desde que entregaron su parte a los Jones, no habían tocado las cantidades de compensación de Ignacio. Acordaron que, cuando terminase la segunda guerra de defensa, volverían los dos a los Estados Unidos para acabar de repartirlo.

Sakoda probó a sentarse en su Maschief.

—He oído que los Maschief de los ORGAN cuestan un millón de dólares cada uno. ¿Cuánto han costado estos?

—Medio millón de dólares —contestó Toma.

—O sea, que sí que cuestan un dineral.

—Pero de verdad que no te preocupes. En este asunto, lo que más dinero ha costado ha sido la obtención de pruebas de tus investigaciones. Comparado con eso, lo de ahora no es nada.

Admirado, Sakoda alzó la vista hacia el cielo. Marsha Yoshino y su COVFE habían prestado un fuerte apoyo a su futuro reportaje utilizando el mayor de los registros cuánticos. No le contaron cuánto habían gastado, pero seguro que al menos diez millones de dólares. Por supuesto que aun así debería recorrer dos o tres lugares más para recabar información adicional antes de publicar el reportaje, pero se sentía en deuda con COVFE por haberle proporcionado una

documentación tan detallada que, de otro modo, hubiera necesitado obtenerse a base de movilizar a varios periodistas.

Además, también podía utilizarse toda aquella documentación como base para generar automáticamente nuevos artículos sobre la contienda que comenzaría al día siguiente.

—Parece que más o menos ya tenemos hechos los preparativos…

Toma asintió y el Meganeura suspendido sobre el jardín comenzó su vuelo. A una velocidad que Sakoda nunca le había visto ejecutar hasta entonces, aquel dron con el nombre de una libélula prehistórica giró en redondo y voló hasta pararse en seco al lado del rostro de Toma.

—Ya puedo manejar los dos Meganeura con la misma soltura que mis manos o mis pies.

Rachel dejó oír un silbido de admiración.

—¿Has incorporado también la aplicación de ORGAN para apuntar a los objetivos?

—Por supuesto —contestó Toma—. También un programa de simulación. No creo que pueda manejarlo tan bien como un profesional, pero para protegeros a vosotros dos sí debería ser suficiente.

Sakoda miró los rostros de ambos.

—Voy a escribir artículos y difundirlos, pero me gustaría que, si descubrís algo anormal, me lo comuniquéis.

Toma y Rachel asintieron. Esta vez existía una cuestión de mayor prioridad que la redacción de crónicas periodísticas.

—Ignacio debe de tener algún propósito oculto para haber comenzado esta guerra que no tiene posibilidad de ganar.

Sakoda miró en dirección al espacio triangular donde se desarrollaría el próximo combate.

19

Al otro lado de la cortinilla, el aire se movió y se oyó el sonido de un calzado de cuero. El joven alcalde de Terra Amazonas, Goh Martínez, se acercaba con pasos lentos y abriendo mucho las piernas, como si tuviera necesidad de verificar cada paso.

Ignacio, con la cabeza semihundida en la almohada, intentó incorporarse, pero Goh dio un rodeo para sortear la cortinilla y, presentándose ante él por la dirección en que volvía su rostro, dijo:

—Comandante, no se moleste por mí.

Goh, que al parecer regresaba nada más finalizar la reunión que había mantenido por el visualizador *queuechouvue*, venía ataviado con un traje color verde lima tejido con aquel cáñamo que constituía uno de los productos representativos de la ciudad.

—Son los efectos secundarios de los medicamentos que utilicé en los Estados Unidos. Mañana me habré recuperado un poco.

Ignacio a duras penas pudo hacer una leve inclinación de cabeza a modo de saludo. Goh meneó la suya hacia los lados como consternado y alzó una mano para colocarla al lado del rostro.

—He hablado con el médico y de verdad le pido que no haga imposibles. He venido porque quería hacer una última confirmación. Esta es la versión definitiva del acuerdo para entablar la guerra legítima. Me gustaría que firmase la cesión de plenos poderes para ella y…

Goh se interrumpió y, tras mirarse la mano, ensombreció el rostro.

—Comandante, no me diga que no puede utilizar el *queuechouvue*…

—Hace ya tiempo que no puedo usar las lentes de contacto. ¿Le importaría pasarme las gafas?

Goh asintió y cogió las gafas que reposaban en la mesita junto a la cama. Se trataba de una pantalla de *queuechouvue* con forma de gafas de gruesa montura, que irradiaba las imágenes sobre la retina desde un emisor. Se suponía que su eficacia debía ser igual a la de las lentes, pero curiosamente al *queuechouvue* visto con esas gafas le faltaba el realismo que se experimentaba con las lentes. Goh le puso las gafas a Ignacio con unos ademanes más propios de una ofrenda. Las gafas comenzaron su funcionamiento y reprodujeron el *queuechouvue* en la retina. Los documentos que antes había mostrado Goh con el gesto de su mano continuaban flotando en el espacio.

—¿Qué tal fue la reunión?

—La contraparte aceptó todas nuestras peticiones. El enfrentamiento tendrá una duración de veinticuatro horas. El campo de batalla será también el área que usted designó, que podremos utilizar en su totalidad. La condición para declarar la victoria del contrario será la captura suya, comandante. Si nosotros conseguimos protegerlo aguantando el asedio durante esas veinticuatro horas, habremos ganado.

—¿Y los medios de prensa?

—En cuanto a eso, terminaron aceptando también nuestra petición de reducirlos a una sola entidad. Mostraban una fuerte oposición, pero dado que no hay suficiente ancho de banda en la red de la estratosfera, quedaron convencidos de hacerlo así. El medio elegido por la contraparte es *Chicago Bear*.

Ignacio se encogió de hombros ante la inesperada respuesta.

—Es una compañía de las grandes. ¿Guardan alguna relación con Goodfellows?

—No, probablemente no.

Ignacio permaneció pensativo unos segundos antes de volver a hablar.

—Así que temen una divulgación que implique a los medios de comunicación y por eso han escogido uno sin relación con ellos. Bueno, mejor para nosotros.

—Sí, quizá sea lo mejor. Si se tratara de alguno como *Freedom Voice*, no podríamos realizar una entrevista.

Ignacio forzó una sonrisa. *Freedom Voice* fue uno de los medios que espoleaba la última guerra civil de los Estados Unidos en favor de los Territorios Libres. Habían pasado ya doce años desde que terminase la guerra y las plataformas de verificación de hechos como COVFE habían creado una nueva era, por lo que ya no era posible publicar artículos basándose solo en las propias convicciones. La calidad de los periodistas también había mejorado, pero la de la prensa en papel había disminuido hasta extremos dolorosos por obra de los redactores jefe que construyeron su posición a base de los bulos difundidos durante la guerra civil y de los lectores de mayor edad, que eran sus principales destinatarios. Ahora, esa baja calidad arrastrada podría convertirse en un obstáculo para las aspiraciones de Ignacio.

Goh mostró una lista de tareas y señaló el punto de la previsión del día siguiente a las 14:00 horas.

—La entrevista será a las 14:00 horas.

—Es decir, que al menos tengo que sobrevivir cinco horas, ¿no?

—No habrá problema en eso. Firme este documento, por favor. Lamento la molestia, pero aquí no hay más remedio que sea su propia firma, comandante.

Goh colocó ante Ignacio la última página del contrato. En el espacio sobre la expresión «primera parte contratante» figuraba la fecha del día y la firma de Goh. Ignacio «llamó» mediante el visualizador *queuechouvue* a su pluma estilográfica Parker 51 Signet e hizo un gesto a Goh para que le retirase el capuchón. Goh agarró la pluma y giró el capuchón sonriendo.

—Da que pensar este realismo tan extremo en la reproducción de las cosas. ¿Esta pluma también es uno de los artículos que usaba Guevara?

—Eso es lo que se dice.

Ignacio cogió la estilográfica y en el punto en que la plumilla virtual tocaba el papel firmó como «Che». Acto seguido, hizo desaparecer la pluma y se tumbó en la cama.

—Muchas gracias —dijo Goh.

—Siento haberos implicado en mis asuntos, ahora que ya habéis conseguido vuestra anhelada ciudad independiente.

—Nada de eso —repuso Goh negando con la cabeza—. Al fin y al cabo, yo también soy uno de los implicados.

—He hecho cosas malas…

—No tiene por qué disculparse. Yo carezco de las capacidades de alguien como esa Marsha de COVFE, pero tampoco he entregado mi vida a Goodfellows. He podido vivir como una persona corriente.

—Una persona corriente, cuando unos mafiosos le están apuntando con un arma, no puede volver contra ellos su complejo de culpabilidad y conseguir arrebatarles sus plantaciones de cannabis. En un encuentro frente a frente, no hay nadie que pueda vencer tu dialéctica.

Goh se encogió de hombros con expresión burlona.

—Pude convencerlos porque el jefe de aquellos mafiosos se presentó en carne y hueso ante mí para extorsionarme. En estos tiempos en que casi todas las reuniones se realizan a través de avatares, ¿qué sentido tendría poseer unas capacidades si no pueden usarse en los encuentros frente a frente?

—Eso también es verdad. Quieres decir que el entorno también influye, ¿no?

Ignacio hundió aún más su cabeza en la almohada con un suspiro.

Si Marsha consiguió, cuando solo contaba trece años, descifrar el sistema criptográfico RSA con un chip cuántico de apenas 15 cúbits y crear una nueva criptografía de retículos que todavía hoy

protegía la seguridad de las redes, fue en buena medida porque se crio en el seno de una familia rica de origen japonés que trabajaba en el ramo de la tecnología y desde muy pequeña pudo familiarizarse con los ordenadores. Si tanto ella como sus empleados, que poseían la capacidad de «calcular con los dedos» logaritmos o números imaginarios, no contasen con estudios relacionados con las matemáticas, habrían vivido simplemente como personas capaces de hacer cálculos de memoria con mayor rapidez que el resto de la gente.

Si Marsha o Toma hubieran nacido en el hogar de los Jones, quizá hubieran ingresado en Goodfellows y ahora serían soldados de los cuerpos ORGAN. Otro tanto podía decirse de Jones. Si no se hubiera incorporado a Goodfellows, probablemente no se hubiera dado cuenta nunca de las bondades de la interfaz hombre-máquina o de la inmediatez de respuesta cuando se conectaba con una máquina.

Pensando en ello, sin duda la facultad que con tanta destreza usaba el joven alcalde, consistente en un desarrollo exagerado de las llamadas neuronas espejo, que arrastran a nuestra contraparte a sentir lo mismo que nosotros, era algo a lo que se podía sacar partido, ya se hubiera criado uno en el entorno que fuera.

Ignacio alzó la vista de pronto porque cayó en la cuenta de que quedaba algo que todavía no había preguntado.

—¿Y qué va a hacer mañana el señor alcalde?

Goh, una vez comprobada la firma, se estaba guardando los documentos en un bolsillo de la pechera, pero adoptó al instante una sonrisa cautivadora para cualquiera que la viese.

—Voy a estar todo el tiempo con los ojos cerrados. Me quitaré las lentes de contacto y me encerraré en una habitación sin puertas.

—¿Tienes intención de seguir viviendo?

Goh asintió.

—Creo que pocas personas se darían cuenta de que yo soy uno de «aquellos».

—No sé yo…

—Seguro que sí. Pasaré por alguien que es un poco más hábil que el resto a la hora de negociar. Bueno, haga las cosas mañana lo mejor que pueda.

Goh hizo una reverencia y, con pasos tan vigorosos como los usados al llegar, salió de la estancia.

Ignacio repitió el comentario que había hecho Goh.

—Así que un hombre corriente, ¿eh?

20

Sentado en un taburete fijado al suelo, junto a la barra mostrador que discurría paralela a la pared, Terry Marukawa paseó la vista por aquella oficina que conservaba elementos de los tiempos en que fue un negocio de dónuts. La visión le hizo recordar la última vez en que acudió al barrio de Tenderloin, entonces un lugar ruinoso e inseguro.

La pared acusaba las marcas dejadas al arrancar el cartel de los precios, y las pegatinas del equipo local de béisbol, San Francisco Giants, permanecían adheridas a las ventanas. Todos los rincones se hallaban debidamente limpios, aunque aquello no parecía para nada una oficina.

Pero, sobre todo, el lugar era muy pequeño.

A una distancia en la que, si extendía la mano, podría tocarla, se encontraba de pie aquella mujer genial que, a los trece años de edad, había destruido por completo la efectividad de la encriptación RSA y la seguridad de internet y construyó un nuevo sistema mundial en red mediante su descubrimiento de una criptografía de retículos cuánticos.

Marsha tenía colocadas las manos sobre la mesa emplazada en el centro de la oficina y, mirando hacia la ventana que daba a la calle, impartía directrices sobre esto y aquello. Sin duda, sus ojos recorrían una prolongación de la oficina real, abarcando a sus cerca de cuarenta empleados.

Lo único compartido con el visualizador de Marukawa eran las cinco personas que se encontraban físicamente en la oficina de Tenderloin; es decir, Marsha Yoshino, una mujer empleada desde los

tiempos de la fundación de la empresa; Alessa Leder, un empleado nuevo pero de cierta edad; Raspberry Wang, el ingeniero más joven; An Ho; y la consultora legal externa, Wu Lin-wen.

De por sí, el propio Marukawa no se había presentado en persona en la oficina de Tenderloin. Se había desplazado en coche a toda velocidad hasta el sur de Los Ángeles y después, sirviéndose del estudio local que contaba con la red más rápida de conexión a *queuechouvue*, había accedido a la oficina.

Cuando se trataba de contactar con Sakoda, bastaba con el *queuechouvue* de su domicilio, pero para dirigir una retransmisión de realidad virtual con imagen de alta calidad resultaba necesario poder comprobar tridimensionalmente cada píxel de todas las filmaciones de realidad virtual que enviase el periodista.

Mientras Marukawa se encontraba pensando dónde abrir la consola para la emisión, Marsha se volvió hacia él.

—Señor Marukawa, ¿puede acercarse?

—Eh, ah…, sí.

Marukawa se bajó del taburete y, una vez con los pies en el suelo, se encontró en una pulcra oficina donde había desaparecido la ventana que daba a la calle y con el personal alineado frente a él. Por lo visto, acababan de aceptarle como invitado en la empresa. Marsha le tendió una mano.

—Os presento a nuestro visitante, el señor Terry Marukawa, del medio informativo *Sun* de Los Ángeles, a quien he invitado porque será el encargado de difundir estas noticias. Es también quien nos indicó el problema existente con nuestro sistema de verificación de hechos y el agente del periodista Sakoda. He autorizado al señor Marukawa a recabar informaciones sobre nosotros.

Marukawa saludó a los presentes agitando la mano.

—Soy Marukawa. Para ser justos, Jake Sakoda debería estar a mi lado saludando también, pero está a punto de comenzar la guerra, así que permítanme que sea yo quien les transmita su saludo. Hoy vamos a retransmitir la guerra legítima que se desarrollará en Sudamérica, pero he recibido autorización para, al

mismo tiempo, poder filmar la actividad de ustedes. Si hubiera algún lugar que no desean que se filme o quieren que celebremos una reunión previa o tuvieran algo que comentar al respecto, díganmelo cuanto antes.

Cada uno a su manera, los cuarenta rostros del personal que lo miraban reflejaron su conformidad.

—Entonces adelante; por favor, que cada cual siga con su trabajo. Directora Yoshino, gracias por hacer las presentaciones.

Viendo que esta última frase la decía en japonés, Marsha cruzó las manos sobre el ombligo y, haciendo una reverencia, contestó en perfecto japonés:

—No hay de qué; soy yo quien está agradecida.

Marukawa quedó impresionado por la naturalidad mostrada en la respuesta de la mujer. Marsha, cuyo rostro aun visto a escasa distancia parecía de ascendencia india, había hecho la reverencia de un modo que solo puede adquirirse siendo educado en un hogar japonés.

Marsha comenzó a impartir a sus empleados las directrices de ese día y, cuando Marukawa miró su rostro de perfil, una vez más no pudo sino admirarse.

Hacía ya tiempo, había tenido ocasión de entrevistarla. Fue en 2032, cuando COVFE iniciaba su singladura. El encuentro se produjo durante una exposición de tecnología en Los Ángeles, donde ella hacía una presentación sobre sus servicios para discernir los bulos. Al terminar, consiguió abordarla en un rincón de la sala.

Fue una entrevista de apenas cinco minutos y entonces Marukawa no se dio cuenta de que ella era de origen japonés. Hubiese debido percatarse por el apellido Yoshino, pero entre su piel color chocolate y su fina mandíbula, en vez de imaginársela con kimono, se la imaginaba vistiendo un sari.

Sin embargo, el Marukawa de hoy sí supo distinguir en el rostro de perfil de Marsha rasgos japoneses que le recordaron a los de su abuela. La piel que cubría el rabillo de los ojos o el pliegue epicántico, particularidades asiáticas que él, que solo había heredado

una cuarta parte de los genes de su abuela, no presentaba, y en cambio Marsha sí, y de manera acusada.

Según decía Sakoda, las arbitrarias características raciales que presentaban los nacidos del proyecto MHS eran una de sus particularidades.

An Ho, un joven de cabeza pelada que estaba escribiendo algo afanosamente en el espacio de trabajo de este lado de la oficina, era de piel blanca y cejas rubias, casi blancas, además de poseer un tórax de bastante grosor, por lo que a primera vista cualquiera diría que se trataba de un escandinavo y, sin embargo, era hijo de dos inmigrantes vietnamitas; Alessa Leder, la mujer con aspecto de afroamericana, descendía de indios norteamericanos; y Raspberry Wang, rubio y de ojos azules, nació en el seno de una familia tailandesa.

En cuanto al personal que trabajaba en la prolongación virtual de la oficina, si se los miraba fijándose bien uno por uno, presentaban rostros con ciertas anomalías que diferían de las que arroja la mezcla étnica. Por supuesto que a lo mejor era porque se había sugestionado con la idea, pero no podía evitar verlos como que en ellos resaltaban únicamente algunas características particulares de cada etnia.

Las explicaciones de Marsha al personal parecían estar tocando a su fin.

—En adelante, COVFE dedicará todos los medios a su alcance para exponer a la luz pública la manipulación genética llevada a cabo ilegalmente por la entidad P&Z. Encabezaremos también el juicio colectivo contra ellos. También nos implicaremos con todo nuestro esfuerzo en el desarrollo de equipos de análisis clínico y de nuevos tratamientos médicos. En estos dos últimos casos, lo principal serán las inversiones. Pido la colaboración de todos ustedes.

El cerebro de aquellos empleados, que asintieron todos a un tiempo, había sido fabricado, al igual que el color de su piel o de su pelo. El interior de las cabezas de aquellas personas que entraron en COVFE, que resolvían con fluidez difíciles problemas ante los que

incluso los profesores de universidad tiraban la toalla, era también producido de manera artificial. Al parecer, existían muchas posibilidades de que no pudieran… reproducirse, por fea que resulte la palabra. En suma, que no pudieran tener hijos.

Era algo sumamente trágico, pero comparado con el destino sufrido por aquella mujer de origen chino que acompañaba a Sakoda, Rachel Chen, o por sus compañeros masacrados, parecía algo menor.

Antes de finalizar, Marsha dijo algo que aparentaba ser el punto principal de la cuestión.

—Nuestra tarea hoy es servir de ayuda al reportaje que se realizará sobre la guerra que va a tener lugar entre la ciudad internacional independiente de Terra Amazonas al mando del comandante Cherry Ignacio y la empresa militar privada Goodfellows.

El rostro de los empleados acusó una repentina tensión. Varios de ellos escrutaron las expresiones de la abogada Wu Lin-wen o de la veterana Alessa Leder, todavía en pie en la sede de la compañía. Tanto una como otra asintieron con firmeza, pero no por ello se disipó la inquietud del resto de los empleados.

Uno de los empleados levantó la mano pidiendo la palabra.

—Para la verificación de los hechos del artículo, ¿vamos a usar nuestro sistema?

—No se puede usar —contestó la abogada al momento—. Entraría en un conflicto de intereses.

Al momento se relajó el ambiente de la oficina. Marsha dirigió una mirada de agradecimiento a Wu y animó a formular otras preguntas.

—¿Alguna otra duda por parte de los demás?

An Ho levantó la mano.

—Entonces, ¿nosotros de qué parte estamos?

Marukawa también estaba interesado en oír la contestación de Marsha. Sabía que no iba a favorecer a Goodfellows, que se había dedicado a reunir neohumanos del MHS para lanzarlos a los campos

de batalla. Pero tampoco podía ponerse del lado de Ignacio, toda vez que este no revelaba sus verdaderas intenciones. Ignacio había hecho prisioneros a un grupo de los suyos y los había masacrado y aquel traumático hecho se había extendido por la sociedad internacional. Después de considerar el acto como un fracaso, anunció su voluntad de presentarse ante las Naciones Unidas y explicarse. Cabía pensar que aquel movimiento albergaba la intención de exponer a la luz pública la manipulación genética llevada a cabo por P&Z, pero en el último momento huyó de Nueva York y mató a esa prueba viviente que era el doctor Faruqi. Y a continuación se embarcó en una guerra que no tenía posibilidades de ganar. Probablemente le movía el deseo de vengarse de Goodfellows por sus experimentos con seres humanos, pero el objetivo concreto nadie lo sabía.

Marsha miró fijamente el rostro del empleado que había preguntado y, después, recorrió con la vista los del resto.

—No estamos del lado de ninguna de las partes. Sin duda, Ignacio plantea esta batalla como un medio de mostrar al mundo la verdadera faz del proyecto MHS. De mostrar las capacidades que tenemos.

Marukawa se restregó los ojos. Había visto el avatar de Marsha por duplicado. Parpadeó, pero entonces vio cómo las dos Marsha se cogían de la mano.

—Los nuestros podemos actuar simultáneamente con varias consciencias.

En un acto instintivo, Marukawa se tapó la boca. Las dos Marsha habían pronunciado idéntica frase al mismo tiempo y ya no sabía cuál de las dos era la verdadera Marsha presente en la oficina. Se encontraba pensando que carecía de medios para distinguirlas cuando la Marsha más alejada de él echó a andar adentrándose en la extensión virtual de la oficina, con lo que coligió que esa debía de ser el avatar. La segunda Marsha caminó entre el personal, dedicando breves comentarios a uno y otro.

—Marsha, ¿nosotros también podemos hacer eso? —inquirió uno.

—Sí, y mejor que yo.

—No sé, da un poco de miedo —opinó otra con rostro tenso.

—¿Pueden conversar las dos consciencias separadas? —preguntó uno más con curiosidad.

—En mi caso no es posible, pero An Ho sí puede.

La Marsha que permanecía en la oficina tenía la vista clavada en su avatar. Marukawa miraba su rostro de perfil cuando intervino Wu Lin-wen.

—Marsha ha estado practicando —dijo la abogada mientras miraba el avatar que paseaba entre los empleados—. Me sabe un poco mal decirlo así, pero dado que de todos los trabajadores Marsha es quien tiene menor nivel de capacidades, por eso ha necesitado practicar.

—Bueno, eso es cierto… —contestó la aludida.

—Y parece que también te cansa mucho. Marsha, creo que deberías ir terminando.

Wu Lin-wen tenía razón. La Marsha física de la oficina, de pie con las manos sobre la mesa, se sostenía como si estuviera a punto de caerse.

—De acuerdo —concedió Marsha llamando de vuelta a su avatar para luego borrarlo y volver a hablar al personal—. Escuchad bien todos.

Los empleados dirigieron la vista hacia ella y Marsha, enderezando la postura, prosiguió.

—En la guerra de hoy, Ignacio transmitirá al mundo entero las capacidades ocultas de aquellos subordinados suyos que sufrieron manipulación genética.

Marsha recorrió con la vista los rostros en tensión de sus empleados.

—Alguien ha dicho antes que esto daba miedo. Efectivamente, así es. Tenemos que registrar debidamente las reacciones de la gente cuando asista a la exhibición de nuestras capacidades

sobrehumanas. Van a dirigir contra nosotros el miedo y el rechazo que sentirán.

—Me temo que así será —murmuró Marukawa volviendo a dejarse caer sobre el taburete.

«La gente que está aquí son superhumanos que pueden manejar simultáneamente dos consciencias. Y dicen que en los Estados Unidos han nacido unas doscientas mil personas con los mismos superpoderes que esta mujer».

Marukawa intentó borrar el interrogante que acababa de cruzar por su cabeza. No obstante, una vez que la inquietud había brotado, no parecía posible olvidar la idea.

«¿Será posible la convivencia?».

21

Con los drones Meganeura para la filmación alineados en el jardín del hotel, junto con el cargador de baterías en forma de mástil, Sakoda percibió de pronto un aleteo sobre su cabeza que sonaba diferente al de un pájaro o un insecto. Al levantar la vista, descubrió dos drones de reconocimiento color rojo rasgando el cielo nublado.

—¿Serán Yenfen? —se preguntó en voz alta.

—No —negó enseguida Rachel, que se encontraba en la terraza revisando los Maschief—. Son Eyesbee II de Goodfellows. Son de color rojo, ¿verdad?

Sakoda recordó los anejos del acuerdo para una guerra legítima. Los drones Yenfen de reconocimiento que usaría Terra Amazonas deberían estar pintados de verde fosforescente.

—Pues son casi iguales.

Rachel alzó la vista hacia ellos. Sus bien formadas cejas se fruncieron en un gesto de malhumor.

—Los Eyesbee II son de fabricación Remington.

—¿Cuál es más cómodo de usar?

—Ni idea.

Rachel retornó a su tarea de revisión de los Maschief. A Sakoda le hubiera gustado oír algo más de su opinión acerca de los Eyesbee II, dado que los había utilizado en Goodfellows, pero la joven parecía haber perdido el interés por la cuestión. «Qué contrariedad», pensaba Sakoda cuando apareció flotando frente a él una filmación de realidad virtual de los Eyesbee II acompañada de la voz de Toma.

—Aquí tienes la documentación del Eyesbee II, Sakoda.

—Gracias.

Toma saludó agitando la mano desde la terraza, sentado frente a una mesa. Se encontraba fabricando un modelo tridimensional del terreno triangular junto al río donde tendría lugar la batalla y, aparentemente, su consciencia desdoblada había oído los comentarios de Sakoda.

—El Eyesbee II —prosiguió Toma— lo fabrica Remington en sus talleres de Austin y es un aparato hermano del Yenfen, que se produce también allí bajo licencia. La interfaz de programación de aplicaciones es prácticamente igual en los modelos para uso de ORGAN. La mayor diferencia que introducen estos es el chip de comunicaciones que varió debido a las restricciones de tecnología china que comenzaron en la década de 2020.

Según avanzaba su explicación, la voz de Toma fue perdiendo fuerza. Sakoda forzó una sonrisa. Por lo visto, la consciencia dividida que interactuaba con él trabajaba con un rango de prioridad bastante bajo.

En estos últimos tres días, Toma había conseguido establecer una gradación en sus desdoblamientos de consciencia. El joven de carne y hueso junto con dos o tres avatares suyos usaban sendas aplicaciones del *queuechouvue* para desempeñar una serie de tareas de forma maquinal. En estos momentos, quien desgranaba la explicación sobre el Eyesbee II ante Sakoda sin duda era una de las consciencias desdobladas del Toma físico que se sentaba en la terraza, pero quizá a partir del momento en que empezó a leer la documentación en voz alta, cambió a una consciencia foliácea[7].

La explicación de Toma prosiguió con detalles como que el Eyesbee II era un dron de rotores basculantes, que disponía de una modalidad de vuelo convencional con alas fijas que le permitía alcanzar gran velocidad y otra de alas rotatorias como un helicóptero para permanecer suspendido en un determinado punto. Su diseño básico no era muy diferente al de los Meganeura que usaba Sakoda para sus filmaciones, pero el fuselaje era como un veinte por ciento mayor, con una longitud que superaba los ciento cincuenta

centímetros. Los rotores principales, con un diámetro de unos cuarenta centímetros, estaban unidos a las cortas alas horizontales, mientras que en el centro del alerón vertical trasero aparecía un pequeño rotor adicional.

—Cuando se encuentra en la modalidad de alas fijas, alcanza una velocidad aerodinámica de 180 kilómetros por hora y, cuando se trata de la modalidad de alas giratorias, la velocidad relativa de ascensión es de cien metros en ocho segundos.

Al llegar a este punto de la explicación, Sakoda creyó haber oído mal.

—¿Sube cien metros en ocho segundos? ¿No es demasiada velocidad?

Toma contestó con voz serena.

—La velocidad de ascensión es de 12,5 metros por segundo, lo que equivaldría a 45 kilómetros por hora.

—Eso es el triple de lo que alcanzan los Meganeura. ¿Cómo es posible?

—Un momento, por favor. Los Eyesbee II de Goodfellows, por lo visto, son modelos de fuente de alimentación inalámbrica; las alas principales albergan una antena en su interior. Como la capacidad de las baterías es pequeña, el aparato resulta ligero.

Tras la primera frase se había producido una pausa de un segundo para después cambiar a una voz más amable. Al parecer, se había operado un aumento de la prioridad del tema en aquella consciencia. En la imagen, un modelo tridimensional del Eyesbee II giró en redondo mientras recalcaba la parte de las alas principales. Debía de estar indicando el lugar que alojaba las antenas receptoras de energía.

—Aparentemente, cuentan con un dron volando por los alrededores de la zona de combate que lleva un generador a bordo para cargar la energía del resto.

Toma contrajo la imagen tridimensional del Eyesbee II y en su lugar desplegó un mapa de la zona prevista para el enfrentamiento. Un mapa tridimensional del punto en que confluían el Amazonas,

que llegaba desde el noroeste, con el serpenteante y estrecho Yavarí, que discurría desde el oeste. En el triángulo entre los dos ríos se veía la bandera de Terra Amazonas con el motivo que reproducía una hoja de cannabis. En el centro de aquel territorio entre ríos, que tenía dos kilómetros de este a oeste y un kilómetro de norte a sur, se alzaba una colina de unos diez metros cubierta de una espesa arboleda. Los contornos de aquel terreno triangular eran playas arenosas. Ignacio debería establecer su puesto de mando en algún lugar de aquel triángulo y resistir el ataque de Goodfellows durante veinticuatro horas.

El nombre adjudicado a aquel espacio triangular era Fortaleza Delta. El mapa también representaba los límites de la actividad militar que rodeaba por completo el recinto. La frontera del espacio que el acuerdo denominaba simplemente «campo» entraría en vigor a las nueve de la mañana, hora de comienzo de las hostilidades y, vista con el *queuechouvue*, presentaba el aspecto de un muro semitransparente.

Una vez que diese comienzo la guerra, ya no se podían introducir más combatientes ni equipo en el campo de batalla. En las guerras legítimas habituales, lo más común era que la parte atacante que disponía de la tecnología ORGAN declarase unilateralmente la guerra y decidiera también el campo de batalla y las condiciones de la victoria. El ejército local encargado de la defensa intentaba apoyarse en el hecho de que los ORGAN se veían atados por los apartados relativos a la ética y las limitaciones del campo de batalla para darle la vuelta a la situación y asegurarse una oportunidad que les concediese la victoria, pero la cosa no era tan fácil.

Si se descubría alguna violación de las normas éticas, por ejemplo, tomar civiles como rehenes, los cuerpos ORGAN podían cambiar la modalidad de guerra legítima por la de guerra ordinaria. En ese caso desaparecía la condición de hacerse con la victoria causando el menor número de bajas posible, por lo que los ORGAN se transformaban en un mecanismo salvaje que esparcía sus

proyectiles por doquier. Los drones de observación comenzaban a apuntar a los soldados enemigos indiscriminadamente, sin importarles que estuvieran dentro o fuera del campo de batalla, y los soldados disparaban las balas guiadas de sus armas en modo cien por cien automático, arrebatando vidas a diestro y siniestro. Apenas llevaba unos minutos que un destacamento ORGAN de siete miembros terminase con un ejército enemigo de varios miles.

Sin embargo, la batalla de hoy era por completo diferente.

Ignacio iba a ponerse al mando de su propio destacamento ORGAN y luchar frente a frente con otro equipo ORGAN, el de Goodfellows.

En los veinte años transcurridos desde que comenzaron las guerras legítimas, solo se habían dado dos casos de enfrentamiento mutuo entre cuerpos ORGAN, la guerra de defensa de Chechenia de 2035 y la guerra por la frontera kazaja de 2040. En ambos casos, el enfrentamiento se limitó a que ambos bandos se escrutaron amenazadoramente hasta que se alcanzó un armisticio.

El desarrollo de la guerra de defensa de Terra Amazonas a punto de comenzar resultaba imprevisible, pero como mínimo podía afirmarse que Ignacio no mostraba indicios de querer rehuir la lucha. También desde ese punto de vista se trataba de un enfrentamiento que con toda seguridad dejaría huella en la historia de las guerras legítimas.

Sakoda se fijó en que la mitad este del triángulo del mapa aparecía llena de incontables puntitos rojos.

—¿Son los efectivos de Goodfellows?

—Así es. Terra Amazonas acaba de exponer los datos de sus observaciones. Los triángulos representan Eyesbee II, los cuadrados rellenos son Maschief y los cuadrados vacíos, soldados ORGAN a pie. Los tres círculos grandes fuera del espacio del campo de batalla son drones de abastecimiento de energía.

Los cuerpos ORGAN estaban divididos en varios equipos.

—Veo que cuentan con seis encañonadores. Y muchos efectivos a pie.

En algún momento Rachel se había situado detrás de Sakoda y ahora intercalaba sus comentarios.

—Si hubiera un encañonador por cada dos equipos, no le sería difícil trabajar. Siendo seis a repartir entre quince equipos, es más o menos justo el límite.

—¿Serán todos nacidos del MHS? —preguntó Sakoda.

—Eso creo. Aunque seguramente no serán conscientes de ello y no habrán «despertado».

Sakoda no pudo evitar girarse hacia Rachel. Comprendía que se refería a comenzar a utilizar ciertas capacidades subyacentes, pero, si no se equivocaba, era la primera vez que la joven lo calificaba de «despertar».

—¿Y si hubieran «despertado»?

—Cherry no tendría posibilidad de ganar —afirmó tajante Rachel —. Mientras que hacen una cosa con la mano izquierda y otra con la derecha, piensan en el significado de ambas órdenes con sendas consciencias separadas y pueden comunicarse con sus compañeros. Pero supongo que los ORGAN de Cherry han «despertado» todos.

—¿Igual que tú?

También Rachel había pulido durante los tres últimos días sus habilidades MHS. No podía llegar a desdoblar su consciencia con la misma versatilidad de Toma, pero sí que era capaz de desempeñar sin dificultad tareas como la que había mostrado anteriormente Camilo actuando a la vez de encañonador y tirador. Sin embargo, Rachel negó con la cabeza.

—Probablemente hacen cosas más increíbles que yo. A decir verdad, no puedo ni imaginarme hasta dónde pueden llegar. Me pregunto cuántos serán.

Sakoda rememoró los rostros del cuerpo de defensa de Terra Amazonas que había visto cuando reunía material en Leticia para su reportaje. Camilo Naser, que ejercía de guardaespaldas de Ignacio, era con casi total seguridad un ejemplo del MHS. Aparte, recordaba al menos unos cinco soldados más con fusiles QBZ-100 capaces de disparar balas guiadas.

—Quizá unos cinco o seis —contestó Sakoda.

—Puede que asistamos a un duelo muy interesante —murmuró Rachel entrecerrando los ojos para clavar la vista en el terreno triangular.

Tras poner la mano en la consola de uno de los Maschief, la joven preguntó:

—¿Y los efectivos de Terra Amazonas?

—Parece que todavía no han llegado —explicó Toma—. También Goodfellows está haciendo públicos los datos de sus observaciones, pero por lo visto no han localizado al enemigo. Bueno, también hay que tener en cuenta que los de Ignacio cuentan con la ventaja de conocer el terreno. Faltan quince minutos para el inicio de la batalla.

—Bien, ¿vamos nosotros también? —propuso Sakoda montándose a horcajadas en uno de los Maschief arrodillados.

A su lado esperaba el Maschief de Rachel. Sakoda y Rachel verificaron que sobre sus cabezas flotase el letrero de «prensa».

—Toma —llamó Sakoda.

—¿Sí?

—Cuando crucemos el río y pongamos pie en el otro lado, echa a volar los Meganeura.

—Entendido.

Sakoda recorrió con la vista los contornos del campo de batalla, señalados por un cerco de alambre virtual naranja.

—Aunque por muy poco, este lugar se halla incluido también en el terreno de las hostilidades. No salgas del hotel por ningún motivo.

—Yo iré también con vosotros.

—¿Eh? Te digo que ni se te ocurra. No hemos preparado ningún exoesqueleto para ti.

Uno de los Meganeura se separó de la plataforma de recarga de energía. Simplemente había despegado, pero Sakoda se sintió incapaz de apartar la vista de ese dron. Le había dado la impresión de que se movía exactamente igual que si estuviera vivo. El Meganeura se situó suspendido en el aire frente al rostro de Sakoda

y después se ladeó un poco, igual que cuando una persona mira algo con expresión inquisitiva.

—¿Qué significa esto?

—He introducido mi consciencia troncal en este Meganeura.

Sakoda se giró hacia la mesa de la terraza y vio que Toma se ponía en pie lentamente para regresar al interior del hotel. Por lo visto, quien manejaba su cuerpo físico era una consciencia ramal, es decir, secundaria.

—¿Has conseguido llegar hasta un punto semejante?

Incluso el sonido de los rotores del aparato al girar recordaba al de una carcajada que sacudiera su cuerpo.

—Por lo visto, basta con que haya un cuerpo físico donde «montar» la consciencia. Yo creo que, si Rachel practicara lo suficiente, también podría hacer lo mismo.

—No quiero —protestó Rachel negando con la cabeza—. Es más, seguro que es imposible. En el caso de mi generación, a lo más que podemos llegar es a utilizar un par de brazos o piernas adicionales.

Rachel hizo aparecer en el *queuechouvue* un par de brazos y un par de piernas adicionales y, tras situarse frente a la consola del Maschief como si fuese a interpretar el órgano, hizo avanzar la máquina hacia la orilla del río. Sakoda fue tras ella. Al entrar el tronco de los Maschief en contacto con el agua, los flotadores que habían preparado para cruzar el río se inflaron a sus costados y brotaron también unas hélices que los propulsaban sobre la superficie como si nadaran.

A bordo de sus cuadrúpedos mecánicos, ambos se aproximaron al punto del territorio triangular en la costa oeste que habían determinado para desembarcar. Cuando ya se hallaban muy cerca, las patas de los Maschief pisaron el lecho del río. Una vez en tierra, Sakoda soltó los flotadores y los echó a la corriente. Se suponía que los flotadores, que llevaban incorporadas las hélices, volverían por su cuenta a la ribera contigua al hotel.

Rachel, que se había liberado unos momentos antes de sus flotadores, retorció un poco su cuerpo a bordo del Maschief para mirar hacia el cielo.

—Jake, acaba de comenzar la batalla.

Sakoda miró también hacia arriba y el firmamento que se divisaba a través del *queuechouvue* apareció recubierto de una membrana blanca, como correspondía a una zona de combate.

—Eso parece, sí.

Con todo, mientras Sakoda contestaba, Rachel ya estaba mirando en otra dirección. Era el interior del bosque, que les cortaba la visión más allá de la estrecha franja de arenosa playa fluvial. En el *queuechouvue* de Rachel se veían superpuestas la situación de la batalla transmitida por Goodfellows y la transmitida por Terra Amazonas.

—¿Ha sucedido algo?

—A las nueve en punto ha habido un encuentro armado —contestó escuetamente Rachel.

Extendiendo con la aplicación pertinente un brazo adicional desde su hombro, hacía flotar en el espacio de delante a su izquierda una filmación de realidad virtual y, a la vez que su Maschief avanzaba, iba ajustando la posición de la cámara y la hora de la reproducción. El aspecto que presentaba al hacerlo ofrecía la misma naturalidad que un operador de vídeo manejando un equipo por control remoto.

En estos últimos tres días, Sakoda se había llevado no pocas sorpresas con las experimentaciones de Rachel y Toma acerca de los desdoblamientos de consciencia, pero ahora que los veía utilizando aquellas habilidades para un trabajo real, comprendía todavía mejor lo anormales que resultaban.

Hasta entonces, Sakoda había pensado que él era una persona bastante mañosa. En los campos de batalla se movía sorteando toda clase de obstáculos y, mientras manejaba la cámara con la mano izquierda, manipulaba con la derecha los controles de los Meganeura. Gracias a su habilidad, había conseguido hacer sus

reportajes él solo. Sin embargo, los nacidos del proyecto MHS de Faruqi, mediante su capacidad de desdoblamiento de consciencia, podían actuar prácticamente sin pensar, lo cual marcaba una diferencia notable.

Rachel movió la filmación de realidad virtual situándola frente a Sakoda y le pasó el controlador de vídeo. En la imagen, aparecieron los cuerpos ORGAN de Goodfellows que habían desembarcado en la arenosa playa de la costa este. Eran dos destacamentos, consistentes en diez soldados a pie y un encañonador a bordo de un Maschief. El marcador de tiempo indicaba que se trataba de imágenes de hacía treinta y nueve segundos.

—He hecho el encabezamiento. El resto reprodúcelo tú.

—Eh, espera un momento. Yo no puedo hacerlo. Es prácticamente la primera vez que monto en un Maschief y solo con controlarlo…

—Yo me encargaré —sonó la voz de Toma a su espalda.

Sakoda se volvió en dirección a la voz y se encontró con el Meganeura que transportaba la consciencia de Toma suspendido en el aire. El joven debía de estar haciendo llegar su voz a través del espacio sonoro del *queuechouvue*.

—Se trata de reproducir los incidentes del campo de batalla, ¿no? ¿Qué tal algo así?

El manipulador articulado, del que normalmente carecen los Meganeura, tocó el controlador de vídeo y la imagen comenzó a desfilar.

Surgiendo de los dos destacamentos de Goodfellows que desembarcaron en la playa, seis brillantes líneas de color naranja corrieron en dirección a una cuesta flanqueada por una arboleda. Sakoda pensó que se trataba de simulaciones de trayectoria de proyectiles, pero un instante después las líneas doblaron su recorrido haciendo una curva y se internaron en el bosque. Enseguida impactaron contra efectivos del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas. Con piernas o brazos desmembrados, los soldados cayeron rodando a los pies de los árboles.

—¿Cómo se les ha ocurrido asomarse? —murmuró Sakoda.

Los soldados ORGAN solo deben disparar contra objetivos que los tiradores puedan ver con sus propios ojos. Seguramente, los seis que acababan de ser abatidos, llevados por la curiosidad, se habían acercado para escudriñar entre los árboles cómo se movía el destacamento 2. Una acción estúpida.

Los efectivos de Goodfellows adoptaron una formación de diamante con el Maschief en el centro y apuntaron sus armas hacia el bosque. Si el cuerpo de defensa no hacía ningún movimiento, podía ir reduciendo el tiempo restante permitido para la confrontación armada. Sin embargo, ante la pérdida de sus seis efectivos, el cuerpo de defensa no fue capaz de adoptar esa decisión.

Apartando arbustos y maleza, los efectivos presentes del cuerpo de defensa dispararon todos a una y la imagen recogió nuevas líneas de tiro mientras la playa quedaba envuelta en el ruido de las detonaciones. Los miembros de Goodfellows, nada más detectar los disparos, adoptaron una posición de blindaje inclinado. El acto de poner el dedo en el gatillo por parte de los soldados del cuerpo de defensa generó en los ORGAN de la parte atacante que una señal eléctrica recorriese sus uniformes de combate fabricando un caparazón que reorganizaba la coraza que los soldados llevaban sujeta a un costado. Las balas del cuerpo de defensa levantaron chispas al impactar en las corazas de los soldados ORGAN, que habían puesto una rodilla en tierra.

Sakoda exhaló un suspiro. Las ráfagas de saturación desde todas direcciones llevadas a cabo por Ignacio la vez anterior podían entenderse, pero con esta andanada de fusiles desde una única dirección no era posible romper la coraza de los ORGAN.

Tal y como se imaginaba Sakoda, en el instante en que acabaron los disparos del cuerpo de defensa, los soldados ORGAN abrieron su caparazón y dispararon todos a una sus FAR-15. El trazo dejado por aquellas balas disparadas casi simultáneamente se fue ramificando para clavarse en la espesura donde se ocultaban los

efectivos del cuerpo de defensa. Cambiando el ángulo de visión, se podía contemplar cómo las balas guiadas, tras atravesar brazos o piernas, salían por el lado contrario de los cuerpos de aquellos soldados que tenían la vista puesta en la playa. Con esta nueva ráfaga, el resto de los efectivos habían quedado también fuera de combate.

Esta devastación fruto de la aplastante superioridad tecnológica y económica constituía el verdadero rostro de las guerras legítimas. La negrura de la década de los 2020 llegó a una intensidad tal que se permitía calificar de «legítimo» un combate tan desigual.

Sakoda reunió las filmaciones del cuerpo de Goodfellows que acababa de disparar y de los abatidos combatientes del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas.

—Informe de úLa-jiea. Prepara un texto sobre el comienzo de la guerra.

¡Última hora!
12 de agosto de 2045, 09:00 en punto, hora local de Amazonas. Ha comenzado la segunda guerra de defensa de Terra Amazonas entre la ciudad internacional del mismo nombre, colindante con Brasil, Perú y Colombia, y la entidad militar privada estadounidense Goodfellows.

La condición establecida para la victoria de Terra Amazonas es que consiga proteger durante veinticuatro horas al comandante Cherry Ignacio, asesor de guerras legítimas, mientras que la de Goodfellows es arrebatar, en ese mismo periodo de tiempo, la capacidad de mando de dicho comandante.

El motivo por el que la captura del comandante Ignacio ha sido seleccionada como condición de la victoria se remonta a la guerra legítima de hace un mes que forzaron los tres países, Perú, Brasil y Colombia, frente a la declaración de independencia de Terra Amazonas. En aquella guerra, las fuerzas de Terra Amazonas dirigidas por el comandante Ignacio derrotaron al destacamento ORGAN de la entidad militar privada Goodfellows haciendo seis prisioneros, pero cinco de los miembros de ese grupo fueron abatidos a balazos por orden del comandante Ignacio.

Según Faid, el jefe de operaciones de Goodfellows, su intención es arrestar al comandante Ignacio y acusarlo de crímenes de guerra ante la Corte Penal Internacional. Frente a ello, por el momento, el comandante Ignacio no ha realizado ninguna declaración, pero, según una entrevista exclusiva realizada por este medio, es posible que su objetivo sea acusar a su vez a la entidad militar privada Goodfellows de alguna clase de actividad fraudulenta.

El número de contendientes de esta guerra es de noventa y una personas por parte de Terra Amazonas, incluyendo varios soldados ORGAN, y de treinta y cinco por parte de las tropas de choque ORGAN de Goodfellows. El primer combate ha corrido a cargo de los dos destacamentos de Goodfellows que han desembarcado en la costa este del islote designado como terreno de combate. Dichos destacamentos, desde el mismo lugar donde accedieron a tierra firme, han disparado balas guiadas para uso de ORGAN, inutilizando los tres destacamentos del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas llegados como avanzadilla.

Este medio, Sun, emite la situación real del campo de batalla en calidad de periodistas autorizados para esta guerra legítima y, en la medida de lo posible, irá transmitiendo las posturas que sostengan cada parte.

Reportero: Jake Sakoda.

Le pareció que había escrito un texto demasiado largo, pero probablemente Marukawa se encargaría de hacerle algunos ajustes en las partes redundantes. Para ser la primera voz que informaba desde el lugar de los hechos, no estaba mal. Sakoda envió el artículo a Marukawa e informó de ello a Rachel, parada con su Maschief delante del bosque.

—He enviado el artículo.

—¿Hacia dónde vamos?

Sakoda desplegó un mapa tridimensional en su espacio de trabajo y superpuso sobre él la evolución del campo de batalla. En la playa del este, que se convirtió en el punto de inicio de las hostilidades, los efectivos de Goodfellows comenzaban a adentrarse en el bosque. En cuanto a los maltrechos representantes de Terra Amazonas, los heridos más leves estaban intentando salvar la vida del resto de los compañeros. La intención de los atacantes de

Goodfellows era que incluso los que estaban mediana o gravemente heridos terminaran por salvarse, pero entre las hemorragias y los impactos psicológicos, el número de fallecidos llegaba a seis.

¿Qué habría hecho Ignacio?

Mientras Sakoda escrutaba con detenimiento el mapa de Fortaleza Delta, sonó la señal de recepción de mensaje. Rachel, que la había oído también, al momento preguntó.

—¿De quién viene?

Sakoda leyó en voz alta el nombre del inesperado remitente.

—Camilo Naser. El lugarteniente de Ignacio.

—¿Qué dice?

—«Vamos a aplastar con todas nuestras fuerzas a los soldados de Goodfellows que han desembarcado. Queremos que transmitan sin falta al mundo esas imágenes». Eso dice. Y que será en un claro que hay poco después de adentrarse en la jungla desde la playa este.

Sakoda optó por contestar con un mensaje de voz.

—Nada de masacres esta vez.

22

Tras escuchar la noticia de la primera batalla, hundió la cabeza en la almohada de la cama que se había hecho traer a la tienda de campaña que usaba como centro de operaciones y musitó:

—Ya veo… ¿Quiénes son los que han muerto?

El avatar de Camilo, sentado en una banqueta junto a la cama, se encargó de contestar.

—Camila Ruiz, Santiago Jaul, Valentina Pérez, Imara Cusco, Tania Chasqui y Felipe García, seis en total.

Ignacio cerró los ojos e hizo sobre su pecho la señal de la cruz.

—Todos eran jóvenes… ¿Por qué les dispararon?

Camilo agachó la cabeza.

—Mis instrucciones no fueron lo suficientemente explícitas. Se asomaron para mirar a los soldados que desembarcaban y entonces comenzó un tiroteo. Los quince supervivientes sufrirán también secuelas, quizá permanentes.

—¿Habéis informado al alcalde?

—Amanda se lo ha comunicado. Al parecer, viene un Pelikan para recoger los cadáveres y los heridos.

—¿Ha llegado ya Doug?

Camilo asintió al oír el nombre del técnico en embalsamamiento de cadáveres que habían hecho venir desde Estados Unidos.

—En el campamento de retaguardia hemos preparado una estancia para esos tratamientos. Antes del anochecer, podremos entregar a las familias los cadáveres recompuestos.

—Al anochecer… Más o menos cuando todo haya terminado, ¿no?

—Sí.

Ignacio dirigió la vista hacia las paredes de la tienda de campaña. Una junto a la otra, se proyectaban allí las emisiones para la red del *Sun* y del *Chicago Bear*. Camilo siguió la vista de Ignacio y detuvo su mirada en la emisión del *Sun*.

—¿Eh? Esta es la interfaz de ORGAN, ¿no? Diría que la versión de la Unión Europea. Por mucho que se trate de código abierto, me extraña que suban esta clase de imágenes…

Ignacio relajó sus labios intentando sonreír.

—Es cosa de tus hermanos. Los empleados de COVFE son quienes se están encargando de ello.

Camilo alzó los hombros como sorprendido.

—Ahora entiendo. Así que las capacidades especiales también sirven para esas cosas. Comandante, ¿preveía usted el nacimiento de un grupo de genios de las matemáticas?

Ignacio negó con la cabeza dando muestras de fatiga.

—Ni se me ocurrió. Aquí donde me ves, yo también tenía ideas preconcebidas. Camilo…

Camilo escuchaba con atención la enronquecida voz de Ignacio.

—¿Sí?

—Aplasta a la gente de Goodfellows, esos otros que han desembarcado en el lado oeste. Avisa también a Sakoda y encárgate de que haga una retransmisión en directo.

—Ya lo avisé. Me lanzó una advertencia. Que no hagamos una masacre.

—Muy propio de él. Bah, es igual. Si no ofrecen resistencia, déjalos con vida.

Tras asentir, Camilo hizo un saludo militar y eliminó su avatar.

—No les dejes tiempo para que se rindan —murmuró Ignacio con la vista perdida en el espacio vacío.

23

Marukawa desplegó el artículo enviado por Sakoda en un espacio de trabajo con forma de pizarra blanca y lo superpuso sobre la pared del fondo de la oficina. Dado que se trataba de una aplicación del visualizador *queuechouvue*, carecía de peso material y podía haber fijado la imagen en el aire, pero no resultaba tan fácil cambiar las costumbres para alguien criado en un entorno de objetos sólidos.

A continuación, Marukawa dispuso las fotos, las imágenes y los mapas de la evolución de la guerra en los laterales de aquel marco.

—Podíamos presentarlo tal que así…

—Señor Marukawa, nosotros también queremos ver el artículo —pidió An Ho desde una mesa un poco más atrás—. ¿Me permite ampliarlo?

De la espalda de aquel grandullón brotaba más de una docena de extremidades articuladas que se afanaban en diversas tareas de su propio espacio de trabajo. Mientras miraba hacia Marukawa esperando una respuesta, el movimiento de los apéndices manipuladores continuaba.

Marukawa revisó una vez más la colocación del material y asintió.

—Me parece bien, adelante.

—Entonces, lo voy a situar en el estudio.

An Ho pasó las manos por un teclado flotante y la pared del fondo pareció retroceder unos dos metros, reproduciendo la documentación precedente a varias veces su tamaño original.

—¡Oh, qué maravilla! —se admiró Marukawa instalándose en uno de los taburetes junto al mostrador y mirando la pantalla gigante desde una distancia de lo más cómoda.

Puesto que no dejaba de ser una ampliación del estudio físico creada virtualmente por el *queuechouvue*, si uno estiraba la mano, seguía tocando la pared de escayola con los agujeros de haber clavado carteles, pero ahora la cantidad de información mostrada había aumentado considerablemente. Si colocaba sobre el mostrador la consola del *queuechouvue*, ya tendría instalado al momento un centro de control.

—¡Qué cómodo es esto! Me siento como si estuviera en un estudio de la CNN.

En aquel estudio de realidad virtual, se habían añadido varios espacios de trabajo.

—He conectado a nuestro estudio los drones de reconocimiento de Terra Amazonas, la información que hace pública Goodfellows y el sistema abierto de ORGAN de la sargento Rachel Chen. Con esto y la cámara del Meganeura donde se ha instalado Toma, tenemos una vista de pájaro de todo el campo de batalla.

—Esto supone una enorme ayuda. Podemos hacer una emisión que compita con la de los tipos del *Chicago Bear*.

Marukawa hizo aparecer en un monitor grande de una esquina del estudio la emisión del grupo de noticias rival. Realizada por un operador de cámara veterano y con narración a cargo de la célebre presentadora Becky Elliott, era una emisión para *queuechouvue* de muy alta resolución, un trabajo excelente, pero la de *Sun* tampoco se quedaba atrás. Con la documentación remitida por Sakoda, las filmaciones más los artículos generados por el sistema, An Ho y sus compañeros de COVFE preparaban un programa apto para difundir por la red. No estaban acostumbrados a la producción de programas visuales, pero aquellos genios de Stanford podían, en apenas unos minutos, fabricar unas herramientas de generación automática capaces de obtener un programa para emisión a partir de la

documentación original, por lo que dejaban ya listo a Marukawa un contenido de un nivel aceptable en líneas generales.

El mayor atractivo de su reportaje consistía en la simulación que replicaba el sistema de los ORGAN. Habían comprado la licencia para usar el sistema abierto que presentaban los países de la Unión Europea y lo difundían a través del *queuechouvue* de Rachel. Así, la información tratada en el lugar de los hechos por alguien cuyo trabajo era el de encañonadora profesional ofrecía un realismo indescriptible.

—Ahora aparece en tiempo real la filmación del dron de Toma —anunció An Ho—. Insértela en el lugar donde mejor pueda utilizarse, señor Marukawa.

Al mismo tiempo que hablaba el joven empleado, cambiaron las imágenes de la pantalla central, correspondiente al centro de control de Fortaleza Delta, en pleno campo de batalla.

Ahora eran unas imágenes donde la cámara iba escurriéndose entre los resquicios que dejaba la arboleda. Delante de la cámara se veían dos Maschief pintados de color púrpura fosforescente, caminando el uno junto al otro. El de la derecha era el de Sakoda y el de la izquierda el de Rachel. Cuando intentaron mover la cámara para ver mejor las imágenes, la voz de Toma reverberó en el estudio.

—¿Estáis utilizando mi mirada para ver? Me da un poco de vergüenza compartir una visión por completo subjetiva, así que esperad un momento, por favor. Voy a preparar el otro aparato.

En un lado de la imagen apareció el otro Meganeura y, casi al instante, el ángulo desde el que se veía la escena cambió de manera que ahora el punto de vista de la cámara se situaba en diagonal, por encima de los Maschief y el Meganeura anterior. Parecía igual que la pantalla de un videojuego.

—Gracias. Ahora se ve mejor.

—De nada. An Ho, te voy a pasar el control del Meganeura que lleva la cámara actual.

En el *queuechouvue* apareció un dispositivo con forma de controlador de videojuegos y An Ho, alargando uno de sus manipuladores, lo recogió. Acto seguido, tras hacer un par de ensayos de su manejo, le dijo a Marukawa:

—La cámara sigue al periodista Sakoda, pero si surge algún otro punto que desee enfocar, dígamelo sin reparos.

—De acuerdo, gracias.

Marukawa decidió tomarse una pausa y entonces llegó Wu Linwen, que puso a su lado un vasito de papel con un café expreso.

—Bueno, de momento hay un poco de tranquilidad, ¿verdad?

—Sí, gracias.

Marukawa jugueteó un tiempo en la boca con el amargo y aromático café mientras Wu paseaba la vista por las imágenes del campo de batalla que ofrecía la ampliación del estudio.

—¿Qué pasará en adelante con esa… guerra de hoy? —preguntó la mujer.

Wu había hablado bajando la voz. Por lo visto no deseaba que los empleados de COVFE la oyesen. Marukawa optó por contestar él también en voz baja.

—Goodfellows lleva ventaja. Abrumadora.

—¿A pesar de que el comandante Ignacio esté al mando?

—Pero no creo que pueda revertir la situación.

—¿Usted cree? Se dice que ese comandante vence a los ORGAN una vez tras otra.

—Eso es verdad. Es un hombre con un historial militar espectacular.

Marukawa manejó la consola y abrió el historial militar de Ignacio.

—Ha ostentado el mando en ciento cincuenta y tres guerras legítimas. Nunca ha sido derrotado. Su especialidad es atraer a los cuerpos ORGAN a zonas boscosas o de jungla y atacarlos mediante guerra de guerrillas. Si se tratara de un lugar de orografía compleja, donde la línea de demarcación del campo de batalla resultara difícil de discernir y no se viera bien con cuántos efectivos cuenta, quizá él

también tuviera posibilidades de vencer, pero esta vez parece bastante difícil.

A mitad de la conversación, Marsha se había acercado a ellos.

—En esta ocasión, también la parte central es jungla —observó señalando el mapa de Fortaleza Delta.

—Ciertamente, ahí tienes razón. Pero no es muy amplia.

Marukawa movió el islote triangular de modo que quedase en el centro del mapa. Añadió sobre los datos tridimensionales de orografía adquiridos por *Sun* la información filmada por Sakoda y los suyos, introduciendo unas modificaciones para dejar un conjunto en el que el equipo de COVFE podía ir mostrando la evolución de la guerra.

—La longitud de punta a punta es de apenas tres kilómetros. En semejante lugar, Goodfellows ha introducido cinco destacamentos ORGAN, con un total de treinta y cinco soldados. Hay una concentración tal de gente que prácticamente pueden distinguirse unos a otros a simple vista.

—Pero Terra Amazonas cuenta con más efectivos, ¿no?

—Si nos atenemos solo al número de soldados, sí —contestó Marukawa trazando un círculo con el dedo índice que englobaba las figuritas que representaban a los combatientes—. Según estos datos, en esta ocasión han movilizado noventa y un efectivos. Considerando que la población total solo es de unas siete mil personas, me parece bastante meritorio.

Marukawa desplegó en el estudio los modelos tridimensionales de los soldados preparados por Toma. En las emisiones para el público se aplicaba un filtro para proteger el anonimato que desfiguraba los rostros, pero los datos originales de alta resolución reproducidos en el *queuechouvue* ofrecían un realismo tal que resultaba difícil distinguir las imágenes de las personas de carne y hueso. Marukawa dividió a los combatientes usando las pestañas del extremo del archivo.

—Diez destacamentos con equipo ordinario y dos de infantería mecanizada. Cada destacamento son siete personas. Estos doce

destacamentos están formados por combatientes voluntarios de Terra Amazonas. Han muerto ya seis de ellos y otros quince han quedado fuera de combate.

—Ya veo —asintió Wu Lin-wen.

Marsha observó que las cuentas no cuadraban.

—¿Y los siete restantes?

—¿Siete restantes? Ah, ya entiendo. Los siete que faltan para completar el número. Esos siete son los soldados ORGAN, que dependen directamente de Ignacio. Su capitán es Camilo Naser, veinticuatro años, nacido en Indiana.

Marukawa entresacó el soldado del centro y trajo a primer plano su imagen e historial. Wu leyó rápidamente el texto y luego entrecerró los ojos con aire de sospecha.

—Veo que no figura ningún rango…

—Probablemente nunca ha formado parte de ningún ejército oficial. El resto de los miembros son también muy jóvenes.

Marukawa hizo aparecer también la descripción del resto de soldados del grupo de Camilo. Figuraba solo la edad y el lugar de nacimiento.

Amanda Nievola. 21 años. Steamboat Spring (Colorado).
Tadashi Burst. 24 años. Gothenburg (Nebraska).
James Elizer. 24 años. Long View (Texas).
Sara Gray. 25 años. Lovelock (Texas).
Hapachi Machule. 19 años. Socorro (Nuevo México).
Conrada Crimkovich. 23 años. Alexandria (Louisiana).

—¿Qué les parece? ¿Se puede saber?

Lógicamente, sentía que resultaba muy descortés preguntar «¿son de los vuestros?», pero, por otra parte, usar una abreviatura como las siglas MHS sería demasiado frío. Marsha sonrió a Marukawa, adivinando su turbación.

—Quiere decir si ellos también son parte del MHS, ¿no?

—Perdón.

—No se preocupe. Sí, probablemente pertenecen todos al MHS.

—¿Eso se sabe solo con mirar las imágenes tridimensionales? —preguntó Wu.

Marsha forzó una sonrisa y se volvió hacia Marukawa.

—Digo esto de forma confidencial y le pido que quede entre nosotros, pero tengo la impresión de que la forma en que se presentan las particularidades étnicas se parece a la de nuestros empleados.

Marukawa estuvo a punto de pedirle que se explicara con más detalle, pero se contuvo al comprender por qué Marsha hablaba de modo tan precavido. Si se podía juzgar por el aspecto físico la pertenencia o no al proyecto MHS, podía convertirse en un factor para terminar sufriendo discriminación.

—Señora Marsha, por el momento no tenemos intención de escribir sobre ello en nuestros artículos. Si no le importa, ¿podría explicarme por favor qué detalles le han llamado la atención?

—Creo que esta chica es un ejemplo fácil de entender —contestó Marsha señalando el rostro de Amanda Nievola—. A pesar de que la forma de sus ojos o de la nariz no presenta ninguna particularidad distintiva fácil de describir, su piel es en extremo blanca, sus ojos azules y su pelo rubio y ondulado. Es como muy exagerado, ¿no?

Marsha hizo una seña con los ojos hacia la oficina que se extendía más allá de la ventana.

—Lo mismo sucede con nuestros empleados.

Marukawa contempló con mayor atención los avatares de los empleados trabajando en la oficina ampliada virtualmente. Efectivamente, era como Marsha decía. No se había fijado hasta que no se lo habían dicho, pero los empleados «de pelo negro» no tenían un pelo marrón oscuro como el de muchos de los que se veían en la comunidad *nikkei* entre la que se había criado el propio Marukawa, sino que realmente era negro y por completo liso. En el caso de los rubios, el pelo era en verdad dorado y en cuanto al color de los ojos, ya fuera verde, azul, negro o marrón, siempre presentaba una coloración intensa y diferenciada.

Marsha alargó una de sus manos, mostrando el color achocolatado de la piel del dorso.

—A menudo la gente da por supuesto que mis ancestros son de la India, pero entre los indios no es frecuente un color marrón tan intenso de la piel.

—Ciertamente… No podemos escribir un artículo acerca de esto.

—Muchas gracias por ser tan considerado.

—¿Se han fijado en algún otro detalle?

Wu Lin-wen señaló los historiales.

—Estos seis han nacido todos en los Territorios Libres. Texas, Nebraska, Colorado, Nuevo México y Louisiana. ¿Es por eso por lo que son más aptos para el camino de las armas?

—Creo que no es así —contestó Marsha negando con la cabeza —. Si se hubieran criado en el lado de los Estados Unidos, puede que alguno hubiera ingresado en COVFE.

—Así que es una cuestión de entorno y educación… —comentó Wu con un suspiro.

También en el caso de las personas corrientes, la diferencia entre dedicarse a un trabajo causa de admiración en una empresa tecnológica puntera o ser enviado al campo de batalla podía venir determinada en función del lugar de nacimiento.

Mientras Wu miraba los rostros de los siete sin decir palabra, Marsha señaló el mapa.

—¿Qué es eso?

En medio de la jungla apareció el equipo de los mismos siete cuya figura se reproducía en el estudio. Los dos destacamentos de Goodfellows del lado este seguían la línea de la costa buscando el punto propicio para adentrarse en la selva.

—Son imágenes de los drones de Goodfellows —murmuró Marukawa—. Comienza algo que rara vez hay ocasión de ver. Un combate entre dos grupos ORGAN.

24

Sakoda seguía los pasos del Maschief de Rachel por la jungla cuando tuvo que agachar bruscamente la cabeza ante la aparición de una inesperada rama de árbol. Al instante le llegó un grito de reprimenda de Rachel.

—¡Cuidado! ¡Mantente detrás!

Estaba seguro de no haber movido el controlador, pero al bajar la cabeza debía de haberse movido el centro de gravedad de la máquina y, con ello, perderse el equilibrio. El Maschief de Sakoda, en lugar de hallarse justo detrás de Rachel, pisaba ahora terreno unos cinco centímetros por delante de ella. Intentando corregir la posición, Sakoda manipuló la consola y entonces, al tiempo que se oía un golpe, la cabeza fue empujada hacia atrás y el color negro dominó su campo de visión.

—Uuugh…

A izquierda y derecha del visor se movieron unas sombras de color verde. Por lo visto se había empotrado contra alguna rama. Sakoda se aferró a la consola del Maschief.

—¡Jake, no sigas conduciendo! —aulló Rachel—. Vas a ochenta kilómetros por hora. ¡Utiliza el señalizador de rebaño!

Ciertamente, eso sería lo mejor. Si usaba el señalizador de rebaño, podía articularse un convoy y avanzar con nivel 5 de conducción automática. Sin embargo, corriendo por la selva a ochenta kilómetros por hora, ponerse a manejar la consola para activar el señalizador y conectarlo con el Maschief de Rachel que corría delante se presentaba como sugerencia imposible.

—¿Có… cómo lo hago?

—¡Toma, encárgate tú!

—Sakoda, haz que aparezca en la consola la opción de señalizador, por favor.

El periodista oyó tras él la serena voz del joven y un instante después vio el cuerpo naranja del Meganeura a un costado. Mientras con la mano izquierda agarraba la barra antivuelco del Maschief, Sakoda pegó el cuerpo a la consola y con la mano derecha abrió un espacio de trabajo. Temblaba al sentir cómo la foresta desfilaba ante sus ojos a una espantosa velocidad, pero, casi a tientas, consiguió que sobre la consola apareciese el dispositivo del señalizador.

—Ya lo tengo.

—Bien, entonces lo capturo.

Saliendo del Meganeura que tenía casi pegado, un manipulador de *queuechouvue* se alargó hasta la consola y recogió el señalizador.

—Déjalo de mi cuenta.

—Sí, por favor.

Una vez recogido el señalizador, el Meganeura de Toma voló hacia el Maschief que corría en cabeza. Sakoda intentó seguirlo con la vista, pero a la velocidad que iban, en la pantalla del visor no distinguía más que un confuso baile de diversas tonalidades verdes. Sakoda se dio por vencido y, cuando volvió a aferrar la consola, vio que de pronto el bamboleo había desaparecido.

Creyendo que el Maschief se hallaba a punto de volcar, Sakoda entrelazó las piernas en torno al asiento, pero entonces le llegó la serena voz de Rachel.

—OK, ya puedes enderezar el cuerpo.

Sakoda levantó la cabeza temeroso y vio que, justo delante, el Maschief de Rachel proseguía su avance. El espacio entre ambos Maschief era de apenas cinco centímetros.

—Ya estamos en modalidad de rebaño —anunció Rachel—. Ahora que mi Maschief se encarga de adaptarse a la información del terreno, verás que ya no se bambolea, ¿verdad?

—Me siento como en un vehículo de lujo. Menuda sorpresa.

Sakoda se recostó sobre el respaldo del asiento. A pesar de que corría a la misma velocidad que antes, ochenta por hora, la vibración había desaparecido como por ensalmo. Era como si asistiera a la proyección de unas imágenes tomadas a cámara rápida.

—Yo me adelanto hasta el lugar indicado por Camilo —avisó Toma mientras el Meganeura se perdía de vista frente a ellos.

—No me gusta nada ir al dictado del Camilo ese —farfulló Rachel una vez que dejó de verse el dron—. ¿Qué pretenderán mostrarnos?

—Los poderes especiales del MHS, imagino.

—¿Cuáles? —preguntó Rachel encogiéndose de hombros mientras manejaba el Maschief—. ¿Eso de que podemos ver la luz infrarroja o realizar cálculos matemáticos mentales a gran velocidad? Y, tratándose de un tiroteo entre dos grupos de ORGAN, tampoco vale para nada desdoblar la consciencia.

Sakoda gruñó. Lo cierto es que tenía razón. Alejados ahora del lugar de Ignacio, aquellos siete ya habían sido detectados por los Eyesbee II. Puesto que ambas partes eran combatientes ORGAN, desaparecía la necesidad de ver quién tenía derecho a disparar antes y también a disparar contra blancos directamente visibles. En el instante en que alguien estuviese a tiro, las balas guiadas saldrían todas a una para acabar con el objetivo. Camilo y los suyos actuarían igual, y, en un enfrentamiento entre dos partes con idéntica tecnología y estrategia, gana quien dispare mayor número de balas.

Rachel añadió una observación más.

—El equipo de Ignacio no cuenta con ningún encañonador. Imagino que cada uno de ellos apuntará por su cuenta, pero se supone que en ese caso es inevitable reaccionar ligeramente más tarde.

—Tienes razón… Debemos de estar a punto de llegar, ¿no?

Rachel señaló hacia delante. El sol penetraba entre los intersticios de los árboles. Se acercaban al claro buscado. El señalizador rojo y el naranja del *queuechouvue* se superpusieron.

—En treinta segundos. Jake, prepárate para filmar. Esto empieza.

—Comprendido.

Sakoda hizo que la consola flotase sobre el lomo del Maschief y superpuso sobre el terreno de combate designado por Camilo los drones de observación de ambas partes. Frente a los efectivos de Goodfellows, que iban a entrar en el claro en formación de diamante por el lado este, Camilo y los suyos atisbaban el claro parapetados tras las altas raíces de contrafuerte de un grupo de ceibas, casi tan altas como ellos. Sakoda envió un mensaje a Marukawa.

—Hemos llegado al claro. A punto de producirse el encuentro con el enemigo. Adelante con la retransmisión, por favor.

Con apenas unos momentos de retraso, llegó la contestación: «Todo listo». Por más rápido que fuera el sistema, la transmisión entre Brasil y San Francisco venía a tardar unos 0,2 segundos.

Sin volverse hacia atrás, Rachel dio una palmadita en el FAR-15 que tenía sujeto en un soporte del Maschief a su espalda.

—Si detecto algún crimen de guerra, ¿puedo intervenir?

—No creo que hagan nada semejante.

—¿Acaso se puede confiar en ellos?

—No vamos a sacar nada con elucubraciones.

—Bueno, eso es verdad…

Mientras intercambiaban estas breves frases, Rachel incrementó todavía más la velocidad del Maschief hasta detenerlo en un pequeño promontorio desde donde se dominaba el claro. Al momento Sakoda se situó junto a Rachel, que bajaba la vista en dirección a la playa.

—Estamos en la posición perfecta, ¿no crees? —dijo Rachel.

La joven se hallaba en lo cierto. En el claro de unos cincuenta metros de diámetro que se abría en medio de la vegetación, el sol tropical que se encontraba ya muy alto dejaba caer sus intensos rayos. No había una sola nube, pero debido a la elevada humedad, el cielo aparecía recubierto de una finísima neblina que le confería

un aspecto borroso, así que el contraste de las imágenes de la filmación no era demasiado alto.

—¿Y Toma?

—Ahí —contestó Rachel señalando el centro del claro, donde estaba suspendido el Meganeura naranja con la consciencia troncal de Toma a bordo.

La suya también podía calificarse de posición ideal. Con la cámara principal podría filmar la entrada de Goodfellows por el este del claro, mientras que la cámara posterior recogería al equipo de Camilo disparando para repeler la intrusión.

Un choque entre dos equipos ORGAN, algo que rara vez se daba.

Rachel compartió con Sakoda la interfaz de ORGAN. Tal y como se preveía, el grupo de Goodfellows que se aproximaba era de quince efectivos frente a los siete de Camilo. Las armas de fuego de Goodfellows eran FAR-15 adaptadas de manera exclusiva al gusto de la entidad militar privada, mientras que los de Camilo portaban QBZ-100. No había armamento pesado. Por parte de Goodfellows, tres de sus soldados llevaban FAR-15 con lanzagranadas incorporado.

El mando de aquel equipo equivalente a dos destacamentos corría a cargo de la sargento Mei-Lin Chan.

—¿Conoces a su jefa, Mei-Lin Chan?

—Es una compañera de mi misma edad. Creo que tiene mayor experiencia que yo en combatir en la jungla. Es toda una veterana.

—Es decir, que han apostado por un valor seguro.

Camilo, el lugarteniente de Ignacio, contaba con muy poca experiencia en batallas reales. Tanto por cantidad de efectivos como por experiencia, la balanza del combate se inclinaba del lado de Goodfellows. La ventaja de conocer el terreno no suponía una diferencia tan grande como para dar la vuelta a la superioridad del contrario. Sakoda comprobó la hora.

—Si aquí son derrotados Camilo y su grupo, la guerra habrá terminado a los cuarenta minutos de empezar. ¿Tú qué opinas?

—Eso sería lo normal. Pero son Camilo y su gente quienes acuden a propósito para tener un enfrentamiento directo, ¿no?

Cierto. La actual guerra de defensa se hallaba limitada a veinticuatro horas. Podía ganarse huyendo sin parar o, puestos a luchar, había más posibilidades si aguardaban emboscados a la gente de Goodfellows que los estuviera buscando. En cambio, Camilo había escogido luchar en ese claro frente a frente.

Rachel giró el rostro hacia el oeste del claro.

—Ya empieza… ¿Eh? ¡Increíble!

Sin querer, a Rachel le salió la exclamación con voz chillona. Sakoda, por su parte, había enmudecido de asombro.

Los siete combatientes que salían de detrás de las raíces de contrafuerte solo llevaban una coraza sobre la mitad superior del uniforme de combate. Carecían de blindaje inclinado que les sirviera de escudo y los cascos con que se cubrían eran corrientes y dejaban todo el rostro al descubierto. Camilo iba en cabeza. Toma, con el dron suspendido sobre el centro del claro, también pareció sorprenderse, puesto que el aparato se bamboleó bruscamente una vez para luego moverse a un punto desde el que encuadraba mejor a los siete.

—Apuntan —musitó Rachel.

Al tiempo que lo decía, en el *queuechouvue* una línea de color naranja brillante convergió con el pecho de Camilo. El encañonador de Goodfellows había apuntado el tiro hacia él. Inmediatamente, el resplandor amarillento de una bala dirigida siguió la trayectoria marcada por la línea naranja. Con un poco de retraso, llegó el sonido del disparo. Cuando ya se preparaban para asistir al impacto, la línea naranja se apartó del pecho para cruzar bajo la axila de Camilo.

—¿Ha fallado el tiro?

—No —murmuró Rachel estupefacta.

Sakoda también comprendía lo sucedido. Pero no pudo evitar la pregunta para comprobarlo. Camilo se había apartado en el último instante de la bala.

—¿Camilo ha esquivado la bala?

—Pues… sí…

Rachel soltó un bufido. Al momento, una decena larga de brillantes líneas atravesaron el claro, apuntando a sendos objetivos del grupo de Camilo. Una vez más, el resplandor amarillo corrió sobre las líneas naranjas. Era una ráfaga de barrido horizontal simultánea. El sonido de los disparos inundó el claro. Esa clase de descarga en modo cien por cien automático donde todas las balas daban en el blanco era una de las mortíferas especialidades de los ORGAN.

Sin embargo, los siete combatientes encabezados por Camilo caminaban mientras se movían a izquierda y derecha esquivando las balas, avanzando por el claro sin perder la compostura. A sus espaldas, ramas y arbustos saltaban en pedazos. Ellos y ellas caminaban apartándose de las balas por un pelo en la última fracción de segundo.

—¿Ahora también? —gritó Sakoda sin poder evitarlo.

—He probado a hacer una simulación —contestó Rachel recuperando la sangre fría—. Creo que es posible. Cuando se dispara en modalidad cien por cien automática las balas guiadas, que presentan una gran resistencia en el momento de eyección de los casquillos, se produce un ligero retraso de una décima de segundo. Como la distancia entre una bala y otra es de sesenta metros, si en ese intervalo se mete el cuerpo entre ambas, es posible evitar el impacto. Por supuesto que tiene que tratarse de alguien que haya «despertado».

Camilo levantó una mano y sus seis acompañantes agarraron los QBZ-100 en posición de tiro. Las siguientes líneas naranjas que aparecieron en el visualizador salían de la boca de los QBZ para clavarse en la arboleda donde se desplegaban los soldados de Goodfellows. Camilo y los suyos continuaron avanzando con los fusiles de asalto en la misma posición mientras dirigían sus balas desapasionadamente contra el contingente ORGAN contrario. Uno tras otro fueron desapareciendo los señalizadores de los efectivos de Goodfellows. Durante ese tiempo, los soldados de Goodfellows

también disparaban, pero ni una sola de sus balas alcanzó a Camilo y los suyos.

Después de que el grupo de Camilo descargase varias andanadas, no se oyeron más disparos por parte de Goodfellows. Al parecer, habían perdido su capacidad de resistencia.

—Rachel, voy a hacer una entrevista a Camilo.

Sakoda y Rachel bajaron del promontorio a bordo de sus Maschief. Cuando atravesaron el claro, el Meganeura de Toma volvió junto a ellos.

—Los dos destacamentos de Goodfellows han sido destruidos por completo —informó Toma.

—¿Los quince? ¿Todos muertos?

El Meganeura de Toma, suspendido en el aire, se inclinó como si asintiera.

—Las balas han perforado las cabezas o las gargantas de todos.

—¿Y los escudos? —preguntó Rachel—. ¿No los han protegido los escudos?

El Meganeura se meneó hacia los lados, imitando un gesto negativo.

—Lo que conseguí filmar fueron los dos últimos en caer. Los escudos de Goodfellows no se desplegaron a tiempo.

—Eso es imposible —contestó Rachel con voz alterada—. El blindaje inclinado de los ORGAN es más rápido que los reflejos, así que…

Rachel se interrumpió e hizo que su Maschief cubriera de un salto los últimos diez metros hasta llegar junto a Camilo, y se bajó inmediatamente después.

—¿Cómo has conseguido abatirlos?

Mientras cambiaba el cargador de su QBZ, Camilo contestó como si no hubiera pasado nada.

—Muy sencillo. Disparando a mayor velocidad que la del sistema.

Rachel agitó la mano ante el rostro en ademán negativo.

—Eso no es posible. El sistema ORGAN detecta cuándo se aprieta el gatillo, previendo el disparo.

—Cierto, el blindaje inclinado de ORGAN prevé los movimientos humanos. Pero nosotros somos mucho más rápidos.

Tras contestar a Rachel, Camilo agarró su fusil automático con la boca apuntando hacia arriba.

—Señor Sakoda, pruebe a dar una palmada. Yo apretaré el gatillo en cuanto oiga el sonido. Puede emitir las imágenes.

Sakoda clavó la vista en Camilo con expresión furiosa.

—Vuestra intención es aprovecharos de esas imágenes, ¿no?

—El comandante nos ha dicho que mostremos al mundo entero las capacidades que nos otorgó el MHS. Dé una palmada en el momento que mejor le parezca, señor Sakoda.

Sakoda contuvo el aliento esperando la ocasión y, al llegar un momento en que le pareció que Camilo se había distraído, dio una palmada. Sin embargo, para entonces ya se oía el sonido del disparo. Aparentemente, Camilo había apretado el gatillo antes de que él diera la palmada.

—Has disparado antes, ¿verdad?

—No, después —contestó Camilo con expresión sonriente—. Pruebe a reproducir otra vez la grabación que ha hecho, por favor. Apreté el gatillo una vez que vi que daba la palmada.

—Mentira. Has disparado antes.

—Jake —susurró Rachel—. Camilo tiene razón. Ha apretado el gatillo tras ver tu movimiento.

—¡Mentira! Cuando di la palmada, ya se estaba oyendo el disparo.

—Sakoda… —terció Toma—. Camilo, sin lugar a duda, disparó después de ver cómo dabas la palmada. Lo que sucede es que, como hasta ahora no se había visto ante ningún ser vivo que reaccionase tan rápido, el cerebro ha sido incapaz de asimilarlo.

—Tiene que ser mentira…

Rachel negó con la cabeza.

—Yo lo he visto con toda nitidez. Puedes comprobarlo en la filmación.

Al terminar de hablar, Rachel se volvió hacia Camilo.

—¿Crees que yo puedo hacer lo mismo?

—Sí puedes. Nosotros somos más rápidos que cualquier otro ser vivo evolucionado hasta ahora. Pero, por eso mismo…

Camilo abrió y cerró la mano como si quisiera comprobar algo. Después, miró por turnos hacia Rachel y el Meganeura con la consciencia de Toma.

—Nosotros, al fin y al cabo, somos diferentes de los humanos, ¿no?

Sakoda sintió que por toda la espalda se le ponía la carne de gallina. Camilo reconocía ser diferente. Sus subordinados, que escuchaban como quien no quiere la cosa, asintieron todos a una. Fue el chasquido de la lengua de Rachel lo que resquebrajó el hielo que parecía haber detenido el tiempo y atrapado al enmudecido Sakoda.

—¿Y qué pasa por eso? Una especie diferente de humanos. Basta con aceptarlo.

Camilo miró a Rachel a la cara y, tras soltar una risita, hizo un saludo militar a Sakoda.

—La filmación de la siguiente batalla la hemos dejado a cargo de *Chicago Bear*. Los tengo que dejar ya.

25

—Han esquivado las balas…

Terry Marukawa, incapaz de creer lo que habían visto sus ojos, intentó atraer hacia sí la consola del *queuechouvue* que flotaba en el estudio y perdió el equilibrio sobre el taburete. A su lado Marsha, que asistía también al desarrollo bélico, se volvió hacia él.

—¿Todo bien?

—Sí, pero… ¿Ha visto eso?

—Lo he visto. Los combatientes de Terra Amazonas han esquivado las balas, ¿verdad?

Marsha reprodujo una vez más las imágenes y asintió.

—Ya veo…

—¿Ha descubierto cómo lo hacen? —preguntó Marukawa.

Marsha asintió una vez más y contestó como si hablara para sí misma.

—Ven la trayectoria que traza el simulador en el instante de apretar el gatillo y entonces se apartan.

Marukawa tardó un poco en entender sus palabras, pero luego volvió a preguntar.

—Un… un momento, por favor. ¿Se apartan de las balas después de ver su trayectoria?

—Así es. La previsión del tiro de los ORGAN se activa en el instante en que se aprieta el gatillo. A partir de ahí, el tiempo que tarda en salir la bala del arma es de una décima de segundo. Dado que la trayectoria virtual se traza en un espacio tridimensional, creo

que para los nacidos del MHS, de gran movilidad corporal, es posible esquivar las balas.

—¿Después de verlas?

Marsha asintió y entonces Wu Lin-wen, que se había mantenido boquiabierta a su lado, se bajó del taburete como si se deslizara.

—Marsha…, eso que acabas de decir es inviable. Completamente imposible. Siempre tarda un mínimo de dos décimas de segundo desde que se ve algo hasta que se asimila. Una décima de segundo entra en el mundo de los reflejos. Esa diferencia de tiempo no se puede obviar. Hasta los mejores atletas o los animales más rápidos se hallan sujetos a ello. La velocidad de transmisión en el sistema nervioso impone sus límites.

Marsha negó con la cabeza.

—La velocidad de transmisión en nuestro sistema nervioso es como mínimo el doble que la tuya y, una vez decidido cómo movernos, podemos hacerlo con toda precisión sin necesidad de pensar. Ellos también han aprendido cómo servirse, según la ocasión, de pequeños valores de potencial eléctrico o de resistencia de nuestros implantes. Al ver esas imágenes me he dado cuenta claramente.

—¿Los implantes no eran como chips para los gestos?

Marsha asintió.

—Nosotros podemos introducirnos sin mayor problema lo mismo diez que veinte.

Marukawa asistía boquiabierto a la conversación entre Marsha y Wu. Cuando vio por primera vez imágenes de efectivos ORGAN, con soldados protegidos por un blindaje inclinado que creaba un escudo mediante impulsos eléctricos generados al prever las trayectorias de los proyectiles, pensó que había llegado una nueva era. Pero el poder apartarse de un proyectil disparado por un fusil ante las propias narices, evidentemente entraba en otra dimensión. Por añadidura, Marsha parecía convencida de que era posible.

Buscando quien compartiera su asombro, Marukawa miró alrededor y entonces se oyó una voz saliendo del espacio vacío que

tenía delante. Acto seguido, el avatar de An Ho apareció por un pasillo virtual que conectaba con el extremo de la barra mostrador. Quizá fuera por deferencia hacia la estrechez de la oficina o quizá fueran imaginaciones de Marukawa, pero se diría que el tamaño del avatar era menor que el An Ho real.

—Señor Marukawa, tenemos ya lista la narración para acompañar las imágenes de la batalla. Podemos emitir.

—Entendido.

Marukawa comprobó el corte de vídeo preparado por An Ho. No era muy largo, apenas unos cinco minutos, e incluía unas escenas a cámara lenta filmadas a alta velocidad por el Meganeura. En esa parte se veía claramente cómo aquel soldado llamado Camilo Naser, que caminaba en cabeza, movía la pierna después de ver la trayectoria prevista del proyectil destinado a atravesar su muslo. Los siete combatientes que avanzaban sorteando las líneas de fuego de los fusiles en modalidad automática disparaban sus QBZ-100 antes de la aparición de las trayectorias previstas.

En la narración que acompañaba las imágenes se justificaba la sobresaliente capacidad de los reflejos de Camilo y los suyos con la frase: «Parece ser el fruto de una manipulación genética».

Solo por esa frase, la puntuación de la verificación de hechos debía quedar por debajo del 0,5. Tratándose del sistema de COVFE, que prescindía de modelos de sucesos sujetos a intereses de lobistas, incluso este vídeo basado en conjeturas debería obtener una valoración superior a 0,8, pero para la presente emisión no podían utilizar el sistema de COVFE por la cuestión del conflicto de intereses.

Marukawa advirtió que su dedo temblaba al acercarse al botón de emisión.

Probablemente, en una emisión en tiempo real mucha gente no comprendería lo sucedido. Pero con la emisión que iban a difundir, las cerca de cien mil personas que ahora se hallaban conectadas al programa se darían cuenta de la existencia de una especie humana con capacidades anormales. En unos pocos minutos, los

espectadores alcanzarían el millón, después los diez millones… No, seguramente superarían con facilidad los cien o doscientos millones.

La humanidad iba a conocer que convivía con una especie humana diferente.

Marukawa alargó con la otra mano el dedo que permanecía congelado sin decidirse a apretar el botón. ¿Acaso no habían preparado toda esta emisión solo para dar a conocer la noticia al mundo? Respiró hondo y dejó que el dedo descendiera hacia el botón. Cuando estaba a punto de decir «voy a emitirlo», se dio cuenta de que algo extraño sucedía.

En el embarcadero de la costa sur del islote triangular, aparecieron unos cuantos puntos desplazándose hacia el centro que ni eran del color naranja correspondiente a Goodfellows ni del verde correspondiente a Terra Amazonas, sino de color azul claro. An Ho descubrió la mirada de Marukawa y le explicó al momento.

—Son los periodistas de *Chicago Bear*, invitados por Goodfellows.

—Ah, así que es ahí donde están trabajando esos tipos —dijo Marukawa ampliando el mapa y contando los puntos—. Vaya, van a lo grande. Ocho personas…

Había ocho circulitos indicando sendas personas y dos cuadraditos que representaban transportadores tetrápodos. Mientras Marukawa miraba la imagen, Marsha habló hacia la pantalla.

—Toma, si te sobra tiempo, ¿podrías filmar lo que sucede en la zona sur del islote triangular? Han llegado los periodistas que hicieron un contrato con Goodfellows.

—Entendido —contestó la dura voz de la consciencia troncal de Toma—. Enviaré allí uno de los Meganeura.

Varios segundos después, al fondo del mostrador se abrió una nueva pantalla de filmación aérea en la que apareció un malecón con una barcaza sujeta a un costado. Se vio al equipo de filmación, que vestían parkas de color claro, y a la presentadora de noticias, que llevaba un peto de tono oscuro. Era la veterana Becky Elliott. Los transportadores tetrápodos eran modelos de la serie Maschief

para uso civil, multiusos y provistos de apéndices manipuladores articulados. Los transportadores cargaban con drones similares a los Meganeura, así como con las cámaras, pero en la barcaza había también dos contenedores sin abrir.

Sobre el pecho de los reporteros se distinguía nítidamente el logotipo del *Chicago Bear*.

An Ho amplió la imagen de los contenedores y ladeó la cabeza.

—Han traído una gran cantidad de cosas. Me pregunto qué habrá ahí dentro. Ah, van a abrirlos sin sacarlos de la barcaza.

—Es que la playa es arenosa y seguramente tampoco pueden bajarlos al embarcadero de tablas —observó Marukawa.

En la cubierta de la barcaza comenzaron a apilarse las cajas de resina que iban sacando del primer contenedor. Marukawa se dio una palmada en la rodilla al reconocer cierto logotipo en las cajas que le resultaba muy familiar.

—Son cámaras de matriz, de las usadas para filmaciones de *queuechouvue*.

—¿Y en qué consiste eso? —preguntó Marsha.

—Pueden filmar decenas de planos a un tiempo, hacer un minucioso escaneado de profundidad o también registrar características físicas del brillo.

Tras oír la contestación de Marukawa a Marsha, An Ho enseguida practicó la correspondiente búsqueda e hizo flotar en el estudio una imagen tridimensional del aparato. Era un modelo donde, en el centro de un marco de titanio, se alineaban ciento noventa y dos lentes, dispuestas en doce filas y dieciséis columnas.

—Esa es una cámara del mismo tipo que la que ha llevado el *Chicago Bear*. Pero es para uso en interiores.

—Sí, esa debe de ser —corroboró Marukawa—. Es una cámara terriblemente delicada. Una vez programada, no se puede mover, porque no filmaría nada, ni siquiera en la oscuridad. Solamente se puede colocar en un estudio.

—Eso parece. Ah, del segundo contenedor están sacando unos focos.

—Ahora veo. Son estroboscopios de matrices. Gracias a que emiten destellos de luz a intervalos, cuando se usan en filmaciones con cámara de matriz, pueden recrearse a través del *queuechouvue* particularidades como la textura del brillo de objetos metálicos o los grados de transparencia de los objetos. Creo que también cosas como el vaporcillo que sale de los alimentos calientes.

—Pero eso tampoco sirve para exteriores, ¿no?

—Obviamente —asintió Marukawa.

—Entonces, solo existe una posibilidad de uso, ¿no? —concluyó Marsha—. Van a filmar a Cherry Ignacio.

—¡Caramba! —exclamó Marukawa dándose un palmetazo en la frente—. Entonces, armarán el conjunto allí mismo para proceder a la filmación. Ahora que lo dice, es el único motivo que pueden tener. Una entrevista exclusiva… Maldito sea.

—¿Quién? ¿Qué sucede?

Marsha ladeó la cabeza, extrañada ante los improperios de Marukawa.

—Ignacio nos rechazó una entrevista exclusiva a cargo de Sakoda. Y resulta que es que *Chicago Bear* la hace con una presentadora muy famosa, Becky Elliott.

—Ya veo, es una lástima…

—Sí que lo es —contestó Marukawa cambiando después a un tono de extrañeza—. Sin embargo, me parece un desperdicio usar una cámara de matriz. Es verdad que filmando a una persona con ese sistema, incluso en un entorno de red de baja velocidad como el *queuechouvue*, se obtiene un realismo tal que se diría que el propio interesado se encuentra delante de uno mismo, pero utilizarlo para la entrevista de un militar no parece justificar el engorro.

—Entiendo su punto de vista. Bueno, adelante.

—¿El qué? —preguntó Marukawa sin comprender.

Marsha señaló la lista de filmaciones pendientes de emitir.

—La grabación con la explicación de por qué pudieron esquivar las balas. Veo que todavía no la ha emitido.

Marukawa puso el dedo sobre el botón de emisión y, tras pensar un instante, lo apretó. El número de distribuciones comenzó a subir. Gracias a la conversación mantenida con Marsha y sus compañeros, sentía menos agobio. En cualquier caso, la emisión ya estaba en la red. Tras abrir el panel de contabilización de visualizaciones y reacciones, Marukawa se volvió hacia An Ho.

—¿Puede encargarse de analizar las reacciones? Yo voy a avisar a Sakoda de las intenciones del *Chicago Bear*.

26

Más allá del Maschief donde montaba Rachel, se veía una maraña de hojas de helechos arbóreos cada vez más próxima. Sobre la cabeza de Sakoda, que se apresuró a inclinar sobre la consola, pasaron las hojas a una tremenda velocidad. Respiró aliviado y entonces Rachel se volvió hacia él.

—Ha mejorado tu habilidad para esquivar el ramaje, ¿eh?

El siguiente helecho ya se hallaba peligrosamente cerca de Rachel.

—¡Cuidado! ¡Mira hacia delante!

—Ya estoy mirando —contestó Rachel con desparpajo.

Acorde con sus palabras, el Maschief varió ligeramente su camino, apartándose de las hojas con las que iba a chocar. El Maschief de Sakoda, que seguía sus pasos mediante el señalizador de rebaño, cambió la ruta con fluidez en el mismo sentido y unas hojas afiladas pasaron a escasa distancia de su rostro. Rachel era capaz de ver el camino que aguardaba mediante las imágenes que filmaba el Meganeura que los precedía. Una vez recuperada la calma, Sakoda volvió a hablar.

—Ya he comprendido que estás mirando por los dos. Pero estas cosas son malas para el corazón.

—Vale —contestó Rachel manteniendo la vista en el frente y desplegando un mapa ante Sakoda—. Pero tenemos que darnos prisa. Los destacamentos 2 y 3 de Goodfellows se han fundido en una sola formación.

En la costa sur del islote triangular que señalaba Rachel se veía una gran concentración de puntos luminosos naranjas que indicaban la presencia de efectivos de Goodfellows en formación militar dirigiéndose hacia la colina del centro, el enclave de Fortaleza Delta. Solo con ver la lentitud con que se movían aquellas señales, se intuía la cautela que mostraban.

Las imágenes de los efectivos de Terra Amazonas aproximándose al enemigo con toda calma mientras sorteaban la lluvia de balas disparada en modalidad cien por cien automática probablemente habían quedado registradas por los drones de reconocimiento de Goodfellows. Nada tenía de raro que se mostraran precavidos.

A Sakoda le cruzó una idea por la cabeza.

—Oye, Rachel. Eso que han hecho antes Camilo y los suyos, ¿podéis imitarlo los demás solo con haber visto las imágenes?

El rostro de Rachel al volverse hacia él denotaba que no entendía los motivos de la pregunta.

—Bueno, es que se me ocurrió que a lo mejor la gente de Goodfellows podría hacer lo mismo a partir de ahora.

—No lo sé. Pero creo que les sería imposible.

Los subordinados de Ignacio al mando de Camilo eran muy jóvenes. Los movimientos necesarios para apartarse de las balas quizá fueran una habilidad que solo aquellos más jóvenes que Rachel, los de la tercera generación, podían ejecutar.

—¿Hasta para los de la tercera generación?

—No es cuestión de eso. Me dices que si podrían solo por haber visto esas imágenes, ¿no? Yo he comprendido cómo se hace porque lo he visto de primera mano. Pero me da la impresión de que con una filmación no se transmite por completo.

Sakoda creyó entender. Él mismo, cuando vio a Camilo sortear las balas, tuvo la sensación de que su propio cuerpo se movía al unísono.

—Sakoda… —Sonó la voz de Toma.

El Meganeura que planeaba sobre sus cabezas descendió hasta situarse justo en el punto intermedio de los dos y se inclinó igual que una persona que ladease la cabeza. Sintieron como si más allá de la jungla que proyectaba la cámara principal se encontrase el propio Toma.

—Eso es. Y tú, Toma, ¿sí podrías?

—He comprendido cómo lo hacen. Creo que sí podría.

Sakoda miró el Meganeura con mayor atención. A diferencia de Rachel, que había visto la imagen con sus propios ojos, Toma la había visto a través de la cámara del dron. Toma hizo aparecer en el espacio de trabajo el corte filmado. Eran unas imágenes cuyo punto de vista era la mirada de Toma. Camilo salía del bosque para cruzar el claro en dirección a los efectivos de Goodfellows. Cuando Sakoda vio el rostro de aquel Camilo que avanzaba con su QBZ-100, se sintió palidecer.

—Camilo nos está mirando…

—Efectivamente —contestó Toma—. Camilo miraba hacia mí. Y yo, al ver eso, me sentí asaltado por la sensación de encontrarme en un lugar peligroso. Como si me estuvieran apuntando con un arma.

—¿Quieres decir que te sentías igual que Camilo?

—Sí. Entonces, vi la trayectoria prevista del proyectil y supe qué es lo que debería hacer.

Cuando, en la filmación, se vio cómo la trayectoria prevista se clavaba en el cuerpo de Camilo, durante una fracción de segundo la imagen tembló. Acto seguido, el resplandor amarillo del proyectil real pasó a un costado de Camilo.

—En aquel momento, yo también me moví al mismo tiempo para esquivar la bala.

Sakoda volvió a mirar el Meganeura.

—Entonces cabe pensar que los de Goodfellows, que también han visto la filmación, pueden imitar el mismo comportamiento…

—No —contestó la voz de Toma mientras el Meganeura se agitaba hacia los lados.

—Estoy de acuerdo —convino Rachel, que acababa de visionar una vez más la filmación—. Yo tampoco termino de comprenderlo. Puede que porque mi generación ya sea antigua.

—No es un problema generacional. Porque parece que An Ho tampoco lo entiende demasiado bien.

An Ho era de una generación «más avanzada» que la de Toma, la cuarta. Si aun así decía que no era capaz de hacerlo, probablemente es que faltaba algún elemento de importancia.

—Si averiguas dónde reside la diferencia, cuéntamelo —pidió Sakoda.

—De acuerdo. Todavía no has leído el mensaje del señor Marukawa, ¿no?

—¿Eh? —dijo Sakoda abriendo la bandeja de los mensajes. Me había olvidado de mirar.

Sakoda convirtió el mensaje grabado en un resumen escrito y, tras leerlo, chasqueó la lengua.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rachel.

—Pues que siento envidia de mis rivales, nada más. Al parecer el *Chicago Bear* se ha traído un instrumental adaptado para el *queuechouvue* de los que usan en los estudios.

Tras cerrar el mensaje, Sakoda agitó la mano como restándole importancia y pidió traer al espacio de trabajo un catálogo de cámaras y elementos accesorios.

—Se trata de una cámara de matriz y unos estroboscopios. Y es de las grandes. En total, todo el equipo pesará unas dos toneladas.

—¿Qué se puede filmar con eso?

A pesar de preguntar, el tono de Rachel sonaba a desinterés. De hecho, su voz ni siquiera parecía humana. Debía de estar preguntando con una consciencia desdoblada.

«Qué cómodo debe de ser actuar así», pensó Sakoda. Pero la respuesta no podía darse con el mismo desinterés.

—Se puede registrar el cabello pelo a pelo y hasta las partículas de las volutas de humo del tabaco y luego difundir en una transmisión toda esa información de modo tridimensional. En suma,

por más rudimentario que sea el visualizador *queuechouvue* usado, la sensación que se experimenta al ver la imagen es que uno tiene ante sus ojos las cosas reales. Puesto que en el campo de batalla a cielo abierto no se puede usar, sin duda traen todo eso para filmar una entrevista con Ignacio.

—Puagh —masculló Rachel sacando la lengua.

Por lo visto sí estaba escuchando.

—Tener delante al sujeto ese… Si lo vemos, ¿puedo darle una paliza?

Sakoda rio. El Meganeura de Toma levantó el morro, como si se hubiera sorprendido.

—¿No se pueden usar las cámaras de matriz en exteriores? —preguntó Toma.

—Si se trata de un estudio decorado al aire libre que cuente con un compartimento para filmación, sí; pero de todas maneras no se puede mover la cámara. ¿Para qué otra cosa crees que podían quererla?

—Pensé que igual querían hacer una transmisión en alta definición de cómo Camilo esquivaba las balas.

—¿Con qué finalidad?

Rachel también se volvió hacia Toma, esperando su respuesta.

—Como una forma de llamada a todos los nacidos del MHS. Tratándose de una cámara de matriz, los del MHS que vean la transmisión quizá comprendan la forma en que se esquivan las balas. Si es cierto que han nacido unas doscientas mil personas del MHS, significa que uno de cada tres mil estadounidenses es uno de ellos. Unas cien mil personas seguro que ven la transmisión. Eso significa treinta y tres del proyecto MHS.

Desde que Marukawa sacó a difusión las imágenes con la explicación donde se hablaba de «manipulación genética», el número de visualizaciones estaba aumentando de manera explosiva. Si aquello lo hubieran visto diez millones de personas, incluiría tres mil de los MHS. Y se darían cuenta de las capacidades que habían sido injertadas en su seno.

—Supongamos que al ver a Camilo esas personas «despierten». ¿Qué gana Ignacio con eso?

—Bueno, he dicho «pensé»; ahora veo que el objetivo debe de ser otro.

El Meganeura tembló como si se encogiera de hombros. Cierto. La cámara de matriz no se podía llevar al campo de batalla. Ignacio quería que lo filmasen a él.

Sakoda sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Mediante la entrevista a través de *queuechouvue*, donde Ignacio le habló de su propio nacimiento y de todo lo relativo al proyecto MHS, Sakoda había paladeado el remordimiento de aquel hombre por haber contribuido a dicho proyecto. Había dicho que «Ojalá no hubiera hecho semejante cosa». Rachel y Toma también habían hablado del remordimiento que sintieron al verse frente a frente con Ignacio. Mucho más que en el caso de Sakoda, aquel encuentro había marcado a ambos.

Ignacio poseía la capacidad de influir en aquellas personas con las que se veía. Y, ciertamente, ese era un efecto que se mantenía incluso a través del *queuechouvue*. En la entrevista, la calidad de la imagen incluso producía la ilusión sensorial de que uno podía captar el aroma de sus puros. Pensándolo ahora, posiblemente aquella entrevista también se había realizado con una cámara de matriz.

Sakoda verificó la dirección en que avanzaba el equipo de *Chicago Bear* con su instrumental de filmación. El personal destinado a la filmación en sí se movía de manera que quedasen en la retaguardia de los efectivos de Goodfellows que se agrupaban con la vista puesta en la colina central, mientras que los transportadores mecánicos que cargaban con los aparatos se dirigían a la pendiente situada en la parte trasera de la colina.

—Rachel, Toma —llamó Sakoda—. Vamos detrás del instrumental. Lo que Ignacio busca es una entrevista de alta resolución.

27

El olor del agua hizo que Ignacio recobrase la consciencia. Por lo visto, cuando alguien penetró en su tienda de campaña, entró también una ráfaga de viento.

—¿Eres tú, Camilo?

Tenía una voz tan débil que ni él mismo oía si había hecho vibrar sus cuerdas vocales, pero al parecer el micrófono de conducción ósea situado en la barbilla había recogido el sonido. Camilo, de pie junto a su cama, miraba la sonda de goteo, pero se detuvo al oír la voz y se sentó en la banqueta que había.

—Veo que ya se ha despertado…

—¿Qué hora es?

—Las 13:05. Han pasado dos horas y catorce minutos desde que acabé con los dos primeros destacamentos de Goodfellows.

Mientras contestaba, Camilo paseó la vista por el diverso instrumental médico dispuesto junto a la cama. Su joven e inexpresivo rostro no dejaba ver lo que pensaba, pero saltaba a la vista que comprendía que la situación de su jefe no era buena. Tras revisar una serie de cifras de los aparatos, Camilo escogió dos botellitas de medicamentos del carrito próximo a la cama.

Ignacio frunció el ceño.

—¿Qué son esas medicinas?

—Son vasopresores. Tiene la tensión sanguínea por debajo de cuarenta, así que las debe tomar.

—Ahora me explicó por qué no me puedo mover. Pensé que era falta de sueño.

Camilo se rio.

—¿Qué tal la experiencia de despertar tras un desmayo?

—De un tiempo a esta parte te has vuelto más insolente —observó Ignacio antes de dar instrucciones a la cama reclinable—. Jarvis, eleva la cama.

Se oyó un suave zumbido de motor y la parte superior de la cama se levantó poco a poco. No obstante, Ignacio fue incapaz de mantener el cuerpo recto y resbaló por la inclinación, quedando con el pecho oprimido bajo su propio cuerpo y emitiendo un sonido sibilante por la garganta. Entonces, sin dar muestras de preocupación, despacio pero con firmeza, Camilo alargó un brazo y, cariñosamente, abrazó a Ignacio para incorporarlo.

—Vaya con cuidado, por favor. Todavía queda tiempo hasta la grabación del *Chicago Bear*. El instrumental está a punto de llegar.

—Ya lo sé. Pero quiero conocer cómo están las cosas ahora. Devuélveme las gafas que escondiste.

Camilo suspiró y sacó las gafas para el *queuechouvue* de debajo del colchón.

—Aquí tiene, pero escuche una cosa. Solo quince minutos. Le hace daño a los ojos.

—Ni que fuera un niño con un videojuego. Déjame hacer lo que quiera.

—Los niños se recuperan, pero en su caso, comandante, esa fatiga ya no tiene remedio.

Ignacio se limitó a mirar con hostilidad a Camilo, que exhaló un suspiro cargado de teatralidad. Acto seguido, untó con la vaselina que había en la mesilla el puente y las patillas de las gafas y se las puso a Ignacio. Su piel se hallaba ya tan debilitada que el contacto directo con el plástico la resquebrajaba.

—Bien, voy a mostrarle el mapa de Fortaleza Delta.

Sobre las sábanas apareció el islote triangular entre los dos ríos. Solo quedaban siete puntos brillantes representando sendos combatientes voluntarios.

—¿Qué ha pasado con los voluntarios?

—Aparte de los seis caídos en el primer encuentro, no se han producido más muertes. Los quince heridos de gravedad ya están recibiendo tratamiento en el hospital de Leticia.

Ignacio hizo la señal de la cruz con la mano. Vidas perdidas sin necesidad.

—Dile a Goh que no se olvide de ayudar de alguna manera a los familiares. ¿Y el resto?

—He dejado a unos pocos protegiendo el campamento y a los demás les he pedido que se retiren a Leticia.

—Es una buena decisión. ¿Qué hay de la segunda batalla?

—Ha sido aquí y esta vez le he pedido al *Chicago Bear* la filmación de cómo esquivamos las balas.

Camilo señaló la ladera oeste de la colina donde se alzaba su tienda de campaña e hizo que el corte de la filmación se proyectase sobre aquel lugar. Por detrás del rostro de esa presentadora tan famosa que Ignacio también conocía, se repetía una escena similar a la de la playa del este.

—Así que con esto hemos acabado con dos destacamentos. ¿El resto están aquí?

Relajando la tensión de los labios, Ignacio clavó la vista en la falda de la colina, donde se veían los dos destacamentos restantes agrupados en dos filas contiguas.

—Nos viene bien que estén todos juntos. ¿Podemos ganar tiempo hasta la transmisión? Me gustaría también ganar cuantos espectadores sea posible.

—Déjelo de mi cuenta, por favor. Veinte millones, ¿verdad? Dedicaremos a ello veinte minutos, incapacitándolos uno por uno.

—Pero si les mostramos el método muchas veces, puede que ellos también «despierten».

—La posibilidad existe —admitió Camilo encogiéndose de hombros—. Pero no podrán compensar la diferencia en experiencia. Venceremos.

—Imagino que sí. Eh, Jarvis, voy a dormir un poco más.

Mientras hacía que el respaldo de la cama volviera a descender, Ignacio pensó en la entrevista. En pie frente a una cámara que registraba hasta los folículos pilosos, podría manejar a su gusto a todos los nacidos del MHS en territorio de los Estados Unidos.

Una vez con la cama en posición horizontal, Ignacio sintió cómo su consciencia se iba adormeciendo.

28

El Meganeura guiado por la consciencia troncal de Toma descendió hasta quedar frente al rostro de Sakoda y desplegó una imagen tridimensional de Fortaleza Delta.

—El equipo de filmación de *Chicago Bear* ha entrado en la tienda de campaña de en medio, en la cima de la colina.

En la imagen ampliada que proporcionaba Toma de la colina del centro del islote, se alineaban tres grandes tiendas de campaña disimuladas con camuflaje óptico. Delante de la tienda central aguardaba arrodillado el Maschief para uso civil que había transportado la cámara de matriz desde el embarcadero. Al parecer, la mayor parte del trabajo de meter el material en la tienda tocaba a su fin, y en su interior, con la lona de la entrada echada a un lado, dos miembros del equipo se encontraban realizando alguna tarea relativa a la fijación de los estroboscopios.

Al lado de Sakoda, Rachel movió la cabeza para asomarse a la imagen y señaló la tienda central.

—¿Ignacio está ahí dentro?

—Seguramente sí. Creo que la entrevista empezaba a las 16:00 horas.

—¿No es un poco tarde? —preguntó Rachel.

Sakoda señaló a la presentadora, que estaba tomándose una pausa junto a otros miembros del equipo.

—Todavía no han comenzado a maquillar a Elliott. Dado que va a exponer su rostro ante una cámara de matriz, el maquillaje les llevará como una hora.

Sakoda paseó la vista por los efectivos de Goodfellows que mostraba la imagen. Delante del Maschief del encañonador había dos filas de soldados a pie con la vista puesta en la colina donde se enclavaban las tiendas de campaña. El veterano teniente Mario García ostentaba el mando. La expresión que lucía en la filmación de Toma mostraba una gran rigidez, pero nada más lógico. De los treinta y cinco efectivos con que contaba Goodfellows, ya solo quedaban quince tras las dos batallas libradas. Por contra, los siete miembros ORGAN, incluido Camilo, seguían sin un rasguño. Conocían la posición de las tiendas, pero ahora que solo contaban con dos destacamentos resultaría bastante difícil tomar al enemigo por sorpresa o atraparlo entre dos fuegos.

Rachel señaló al teniente García.

—Una vez estuve bajo su mando. Es un oficial muy precavido. A lo mejor pretende esperar hasta el momento de la entrevista.

—No lo creo —opinó Sakoda con la mirada fija en las tiendas, de silueta borrosa debido al camuflaje óptico—. Goodfellows debe de tener interés en impedir la entrevista de Ignacio.

—Quizá quieran atacar coincidiendo con el comienzo de la entrevista.

La predicción de Rachel sonaba correcta. Sakoda asintió.

—Sí, seguro. Atacarán de repente, aprovechando que Camilo debe destinar a varios de los suyos a proteger la tienda.

—Es la única posibilidad que tienen. Calculo que tendrán que hacer frente a García solo con unos cinco.

Sakoda miró las dos filas de destacamentos ORGAN, dispuestas en horizontal.

—¿Qué posibilidades tienen de vencer?

—Esta vez creo que aguantarán más. Ya conocen el sistema del enemigo y creo que ahora alguno de ellos habrá aprendido también cómo esquivar las balas.

—Pero, aun así, Camilo terminará por vencer, ¿no?

Rachel asintió.

—Desde que Camilo y los suyos «despertaron», han contado con mucho tiempo para practicar y ya solo por eso su experiencia es muy diferente. Además, García no es el único que planea estrategias.

Rachel señaló la cima de la colina. Allí estaba Camilo, de pie junto a uno de los soldados que había traído consigo. Cuando filmó la escena, Toma añadió una etiqueta con el nombre: Amanda Nievola. Una soldado muy joven, veintiún años. Los dos iban con el visor del casco levantado y, desde las alturas, miraban los destacamentos ORGAN a sus pies. Sería más ajustado decir que se plantaban allí con toda naturalidad, exponiendo su figura a propósito, pero las balas no impactaron en ellos. Camilo dio un golpecito en el hombro de Nievola y ella alargó una mano hacia García en gesto desafiante.

—Ya veo —dijo Rachel—. Va a ir trayendo sus efectivos uno a uno.

—Si hacen eso, en cada ataque la proporción es de uno contra quince…

—Pero sirve para prolongar la situación. De por sí, la proporción de muertes ahora es de treinta frente a cero.

García parecía haberse dado cuenta de sus intenciones, porque se echó a temblar de rabia. No podía consentir quince bajas suyas frente a cero del contrario. Si cada uno de ellos iba acabando con tres en cada ataque, al final quien reiría mejor sería Camilo.

—Va a ser una lucha muy reñida. Estoy impaciente por ver el final.

—Eso parece —contestó Rachel mientras miraba las tiendas, dejando escapar un suspiro—. Ya no les quedará más remedio que atacar de frente.

García aulló con el FAR-15 en la mano.

—¡Atención todos! Hagan la revisión final de sus recursos, de los aparatos de comunicación y del equipo médico. ¡Vamos a acabar con ellos!

Los efectivos de ORGAN gritaron a un tiempo «¡A la orden!» y verificaron los cargadores y la recámara de sus FAR-15. Al oír el sonido de los chasquidos metálicos, Sakoda sintió que, a pesar de sus muchas experiencias en la materia, nunca se acostumbraría y, sin poder contenerse, se echó a temblar.

—Por más que sepa que las balas no van a acertar, sigue siendo desagradable…

Según terminaba de hablar Sakoda, Nievola echó a correr colina abajo mientras gritaba:

—¡Hermanos! ¡Yo me encargaré de frenarlos!

29

Cuando Camilo abrió la cortinilla de separación del interior de la tienda, vio a Ignacio ya incorporado sobre la cama.

—¿Ha podido dormir?

—Parece que perdí el conocimiento…

Ignacio miró a izquierda y derecha, en sustitución de una negativa moviendo la cabeza entera. En las comisuras de los labios, que no conseguía cerrar bien, se veían restos de saliva con sangre mezclada amenazando con gotear. No sabía si aquella sangre procedía de sus destrozados pulmones o de la úlcera de la pared interna de su estómago, pero lo que era seguro es que no podría moverse por su propio pie. Camilo envolvió el cuerpo de Ignacio con la manta e hizo que se sentara en el borde de la cama.

A continuación, cogió de la mesilla una pequeña palangana en forma de riñón y la puso frente a la boca de Ignacio.

—Escupa aquí toda la sangre que tiene en la boca. No le hará nada bueno el tragársela.

—Tienes razón —murmuró Ignacio mientras comenzaba a escupir. Si su aparato digestivo estuviera bien, quizá podría obtener algo de alimento a partir de la sangre, pero Ignacio se encontraba en un estado en el que prácticamente ni siquiera necesitaba líquidos. A duras penas, consiguió alzar un poco las comisuras de los labios para pergeñar una expresión irónica—. Hemos conseguido llegar a tiempo.

—Sí, ha dado tiempo —asintió Camilo—. Me sorprende que todavía le queden energías para descargar verbalmente su rencor.

Ignacio terminó de escupir la sangre que le quedaba en la boca y dijo:

—Ya solo queda ir hasta donde está la cámara, che.

—Sí, che —contestó Camilo en español.

Había comenzado a intercambiar con Ignacio esa clase de frases durante la guerra legítima por la liberación de El Salvador. Según contaba él mismo, Ignacio, una vez que se apartó de Faruqi, se dedicó a ir por todas partes buscando personas nacidas del MHS. Ya por aquel entonces se comportaba como la reencarnación del Che Guevara, pero tampoco Camilo conocía qué motivo lo impulsaba a ello. Ignacio no hablaba demasiado bien el español y, si se afeitaba, tampoco presentaba especial parecido con el Che.

Ignacio echó un vistazo al reloj junto a la cabecera de la cama y abrió un poco más los ojos, con cierto aire de sorpresa.

—¿Ya quedan solo diez minutos? ¿No vamos a hacer un ensayo antes?

—Las pruebas de cámara las hicieron con Hapachi Machule. Le pedí que actuara en lugar de usted.

Ignacio pareció a punto de preguntar algo, pero Camilo se le adelantó.

—Ella es quien tiene una complexión más parecida a la suya actual, comandante. Ahora mismo se encuentra en la falda de la colina, dando trabajo a los de Goodfellows.

—Estaba previsto que fuera en segundo lugar. ¿Has cambiado el orden?

—No. Nievola ha estado luchando con ellos durante cosa de una hora. Ya solo quedan cinco miembros de Goodfellows. Bueno, vamos yendo…

Camilo abrazó a Ignacio y lo incorporó junto con la manta.

—¿No peso demasiado?

—No, en absoluto. Le voy a adecentar un poco la cara.

Camilo vació el contenido de la palangana en el sumidero portátil. Acto seguido, extrajo unas gasas de una cajita y, tras

humedecerlas, limpió el rostro de Ignacio. Al contacto con las espinillas, unos hilillos rojos corrieron sobre la blanca gasa.

—¿Le aplico un poco de base de maquillaje? —inquirió Camilo mientras tiraba las gasas.

—No hace falta. En vez de eso, ¿podrías ayudarme a vestirme?

Camilo siguió la mirada de Ignacio hasta un rincón de la tienda, donde colgaban dos trajes.

—Veo que hay dos trajes, el uniforme de gala con las medallas y la chaqueta sahariana. ¿Cuál prefiere?

—Pensé que, si me encontrara bien, tampoco iría mal aparecer con el traje de gala, pero creo que va a ser mejor la sahariana.

—Sí, yo también creo que será lo mejor. Como además no aprieta la garganta, le resultará más fácil hablar. Entonces, con permiso.

Camilo cogió los pantalones de fatiga que colgaban debajo de la sahariana. No parecía existir gran necesidad de ponérselos, toda vez que ya no podía mover las piernas, pero tampoco era cuestión de que apareciese con pañales. La idea inicial consistía en aparecer de pie durante la entrevista. Su figura con ambas piernas pisando firmemente el suelo sería capaz de ejercer influencia no solo sobre los nacidos del MHS, sino también sobre las personas corrientes. No obstante, el cuerpo de Ignacio se debilitaba a un ritmo mucho mayor del previsto.

Camilo le movió el cuerpo hacia arriba de manera que la cintura quedase en el aire y verificó el contenido de los pañales.

—Veo que acaba de terminar la última deposición. Estupendo.

Cortó los pañales y se los quitó, procediendo a continuación a limpiarle toda la zona en cuestión. Después le puso una ropa interior suave y, para pasarle las piernas por el pantalón color caqui, tuvo que doblárselas, ya que no respondían. Ignacio suspiró al contemplar el proceso.

—Realmente llegamos a tiempo por los pelos.

—Ahora viene la parte más importante.

Ignacio asintió y miró hacia el fondo de la tienda.

—¿Dónde están el periodista Sakoda y sus compañeros?

—Se acercan poco a poco hacia aquí. Al paso que llevan ahora, creo que llegarán como a mitad de su intervención.

—¿Podrías retenerlos hasta que termine la emisión?

—Temo que resultará difícil —contestó Camilo mientras le ponía los calcetines—. Al periodista Sakoda, todavía; pero la sargento Chen «ha despertado». No creo que sea fácil enfrentarse a ella.

—Ella es de la segunda generación. Tú eres mejor.

—Pero ella es más veterana como soldado. Ha pisado más campos de batalla que cualquiera de nosotros. Y hay algo más. Me preocupa el dron para filmaciones que maneja uno de los empleados de COVFE.

Camilo recordó al joven que vio junto a Sakoda. De la tercera generación del MHS, con piel morena como los naturales del sudeste asiático, una nariz recta y alta y pelo rizado como el de los escandinavos.

—Ah, ese joven llamado Toma Knut —contestó Ignacio entrecerrando los ojos con expresión cariñosa—. Pero él no es un soldado.

Aquella observación relajó un poco la tensión de Camilo.

—Aun así, usa sus capacidades a pleno gas.

—¿Te da envidia?

—No puedo negarlo —admitió Camilo.

Poco después de que su madre, hija de inmigrantes ilegales, diese a luz tras concebirlo por fecundación *in vitro*, ella y Camilo fueron expulsados de los Estados Unidos. Así, Camilo se crio en El Salvador, donde vivía su abuela. Allí, en unas calles donde las palabras *mafia* y *gobierno* eran prácticamente sinónimas, Camilo trabajó llevando la contabilidad de una banda de delincuentes. En aquel entonces no era consciente de que se hallaba dotado para los cálculos matemáticos, pero fue porque las cifras que encerraban los golpes de aquella banda no constituían ningún misterio. Cuando comenzó la guerra civil y conoció a Ignacio, el mundo cambió para él.

Por eso, de vez en cuando le rondaba una idea por la cabeza. Si en lugar de pulir sus capacidades para dedicarlas a matar, lo hubiera hecho para progresar en las matemáticas, ¿qué vida llevaría ahora? Toma y sus compañeros de COVFE eran el ejemplo de lo que podía haber conllevado la experiencia.

—En cualquier caso —insistió Ignacio—, encárgate de que Sakoda y los suyos no se me acerquen durante la entrevista.

—Pero no debo matarlos, ¿verdad?

—No, nada de eso. Después de que todo acabe, él tiene que encargarse de contar la historia relativa a vosotros.

Resultaba bastante arriesgado confiar en él para pilotar el relato. Sakoda, que tanto se había acercado a la realidad de los MHS, era quien tenía más posibilidades de darse cuenta de las intenciones de Ignacio.

Camilo fijó la mirada en el techo de lona de la tienda, quizá con la imaginación volando hacia Sakoda.

—¿Cree que Sakoda habrá adivinado sus intenciones, comandante?

—Cualquiera sabe…

—Si las conoce, sin duda le remorderá la conciencia no haber podido impedirlo…

—Qué se le va a hacer.

—Cierto.

Camilo fue abrochando los botones de la sahariana desde abajo y dejó abierto el último, de manera que no apretase el cuello. A continuación, colocó un cenicero con un puro encendido en la mesilla junto a la cama. Lo más probable era que Ignacio no fumase, pero se trataba de un elemento de atrezo que sin duda el público esperaba. Después retiró la cubierta que tapaba el techo transparente y dejó que la blanca luz inundase la cama y sus alrededores.

—Creo que con esto ya estamos preparados. Voy a decir que traigan la cámara y a la presentadora.

Ignacio asintió.

Camilo dobló hacia un lado la puerta de lona del espacio que habían acotado dentro de la tienda. La cámara de matriz y los estroboscopios se hallaban montados sobre un armazón de aleación de titanio de unos dos metros de alto por dos de ancho. Unos gruesos cables para la corriente eléctrica y para la transmisión de alta velocidad salían de la cámara y los estroboscopios hacia el exterior de la tienda. Los aparatos estaban al igual que media hora antes, cuando se habían hecho las pruebas de cámara. No se encontró ninguna anormalidad.

Camilo abrió la puerta que daba al exterior y llamó a los periodistas.

—Estamos preparados. Entren, por favor.

El equipo fue entrando mientras saludaban con frases tipo «Muchas gracias» o «Encantado de trabajar juntos», pero al ver la demacrada figura de Ignacio sentado en la cama, quedaron demudados por la sorpresa.

—Oigan, pero esto…

—Che, gracias por venir, encantado de trabajar con ustedes —saludó Ignacio con el puro en la mano mientras dedicaba al equipo de filmación una sonrisa que imitaba las del Che Guevara.

30

Marsha Yoshino, que tenía un codo apoyado en la barra, proyectó la transmisión del *Chicago Bear* en la pantalla principal del estudio ampliado por el *queuechouvue* en el fondo de la oficina. En la parte trasera del estudio, cuyo color de base era el blanco, había una gran pantalla. En esos momentos se veían unas imágenes de la zona central de Chicago, donde se concentraban rascacielos con forma de aguja de más de tres kilómetros de altura.

Frente a la mesa que ocupaba la parte delantera de la izquierda de la imagen se sentaba un presentador joven ordenando unos papeles. Frente a la mesa de la parte delantera de la derecha, se sentaba una mujer del comité de análisis vestida de traje oscuro, que estaba ordenando su espacio de trabajo. El asiento contiguo al de la mujer se hallaba vacío y frente a él habían puesto una placa vertical con el nombre tallado de la presentadora principal, Becky Elliot.

El presentador masculino verificó sus notas y giró el rostro hacia la cámara.

—Tenemos un aviso de última hora.

Tras moverse un poco hacia un lado en el asiento, prosiguió.

—En unos cinco minutos podremos ofrecerles una entrevista exclusiva con el comandante Cherry Ignacio, quien lleva el mando del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas.

—¿Entrevista exclusiva? —preguntó extrañada la analista del comité ladeando la cabeza—. Eso es algo muy raro. Me parece muy inusual que el comandante haya accedido.

—¿Raro, dice usted? Mi impresión es que el comandante Ignacio aparece bastante en los medios de comunicación.

La analista asintió.

—Ciertamente, el comandante Ignacio es un célebre asesor de guerras legítimas. Debido a que en sus actos imita el comportamiento del líder de la revolución cubana de mediados del siglo pasado apodado Che Guevara, existe la percepción de que se deja ver con frecuencia en los medios de comunicación. Pero es muy raro en él que conceda entrevistas.

—Vaya, pues no lo sabía…

Por pura casualidad, el presentador dijo la misma cosa al mismo tiempo que Wu Lin-wen, que veía la retransmisión en la pantalla junto a Marsha.

—Efectivamente —asintió Marukawa—. Se le ve con frecuencia, pero apenas existen grabaciones donde el tipo esté contestando alguna pregunta. Que alguien como él se encuentre haciendo una entrevista en mitad de una guerra, resulta algo impensable.

En la pantalla, la analista explicaba con un tono mucho más formal lo mismo que estaba diciendo Marukawa. Después, comenzó a desgranar los éxitos militares de Ignacio. Mientras miraba el mapamundi que acababa de desplegarse en la pantalla del estudio, Marukawa dejó caer el siguiente comentario:

—Pero veo que el *Chicago Bear* ya no es lo que era…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Wu Lin-wen.

En adelante, ella iba a ser la encargada de lidiar con todo lo relativo al personal de COVFE nacido del MHS. Nada más lógico que le interesara la postura de los medios.

—Hablan como si hubieran conseguido hacerle una entrevista, pero esa no es la realidad. Lo que sucede es que se han dejado utilizar por Ignacio para difundir todo lo que le venga en gana, ¿no?

—Pues sí, así es —coincidió Marsha con una risita.

El presentador y la analista se pusieron en pie y miraron hacia un extremo de la pantalla.

—¿Quién vendrá ahora?

—Elliott, digo yo —contestó Marukawa.

Sin duda iba a entrar en escena un avatar de la presentadora que ahora se encontraba en el lugar de los hechos.

Marukawa inclinó el cuerpo hacia delante.

—Vamos a ver algo espectacular. Una entrevista filmada con cámara de matriz.

Tal y como preveía Marukawa, por el extremo del estudio hacia donde miraban presentador y analista, entró una mujer de cuarenta y tantos años vestida con un traje de color oscuro.

—Impresionante presencia —murmuró Marukawa admirado.

Desde el instante en que entró Elliott en cuadro, los ojos del espectador ya no se fijaban en otra cosa.

Todo resultaba tan real como si la propia presentadora se encontrase allí mismo. La manera en que se movían sus finos y entrelazados cabellos bajo las luces del estudio, la textura de su vestimenta que reproducía hasta los hilos con que fue tejida…

Sin duda, los otros dos participantes presentes en el estudio eran también avatares de alta precisión, objeto de un gran desembolso, pero después de ver aquella Elliott filmada con una cámara de matriz, por comparación ellos solo parecían unos maniquíes bien hechos.

Unos instantes después, Elliott se hallaba situada junto a la silla que le tenían preparada delante de la mesa y, poniéndose una mano en el pecho, hizo una ligera reverencia.

—En adelante, vamos a ofrecerles una entrevista en exclusiva con el comandante Cherry Ignacio desde la base de operaciones del Cuerpo de Defensa de Terra Amazonas. La entrevistadora seré yo, Becky Elliott, a quien ustedes ya conocen por ser la presentadora de las noticias de las nueve.

Elliott alargó una mano hacia el lado contrario.

—Aquí tenemos al comandante Cherry Ignacio, que ha conseguido repeler a grandes potencias en su calidad de mando en guerras legítimas.

Marukawa contuvo el aliento. Lo que apareció de pronto frente a Elliott era una cama articulada para ancianos en la que se sentaba un hombre que estaba en los huesos. Los muslos que se dibujaban bajo la manta con que se cubría de cintura para abajo carecían de carne y uno casi adivinaría la forma de los fémures. Había oído que padecía cáncer, pero su estado era mucho peor del que imaginaba. Incluso si le dijeran que estaba en las últimas, podría creerlo.

Sakoda había informado también de que el hombre se encontraba bastante mal de salud, pero nunca pensó que llegara a este extremo. Las zonas de piel que dejaba entrever la sahariana estaban llenas de espinillas; por todas partes se distinguían rasgos de congestión sanguínea y, de hecho, no daba en absoluto la sensación de que la sangre circulase por su cuerpo. Los ojos inyectados en sangre parecían moverse con vivacidad, pero era como si el mero hecho de moverlos ya le supusiera un gran esfuerzo. Después de recorrer el estudio con la vista, Ignacio entrecerró los párpados y comenzó a hablar.

—Soy Cherry Ignacio. Muchas gracias por ofrecerme este espacio.

Ignacio movió los ojos en un gesto que sugería a Elliott que se sentara. Ella forzó una sonrisa y, tras sentarse, miró a Ignacio cara a cara.

—Nunca imaginé que haría la entrevista desde la cama…

—Siento mucho no haber podido responder a sus expectativas. Si lo prefiere, puedo ponerme el puro entre los labios…

Cuando Ignacio cogió el puro de la mesilla adyacente, una fuerte sensación de anormalidad sacudió a Marukawa.

Ignacio debía de padecer alguna clase de inflamación bucal, ya que hablaba sin mover apenas los labios y costaba entender sus palabras, sin transmitir energía en absoluto. Sin embargo, Marukawa sí percibió que Ignacio se permitía una nada velada ironía frente a las expectativas que Elliott se había hecho sin mayor fundamento. Pero además, Marukawa sintió aquello no como un tercero, sino

como si fuera él mismo quien dirigiese de todo corazón la ironía hacia la presentadora.

«Siento decepcionarle al no lucir como un intrépido revolucionario…».

Marukawa sacudió la cabeza intentando librarse de la idea que se le cruzaba en relación con la presentadora. Ciertamente, Elliott a veces pecaba de frivolidad. Pero, con todo, sentía también un gran respeto por ella y la veteranía que le confería el llevar casi diez años al cargo de las noticias de la noche. Y sin embargo, ahora se veía incapaz de apartar de su mente la imagen de ella como alguien que se había dejado llevar por las ideas preconcebidas.

Elliott señaló con torpeza el borde de la cama.

—¿No le resulta incómodo estar tan lejos? ¿Le importaría que colocásemos mi silla cerca de usted y hacer la entrevista desde ahí, comandante?

Ignacio, como si tuviera la mente en otra parte, ladeó la cabeza sin hacer nada por mirar a Elliot. Lo mismo podía tomarse por un sí o por un no, pero Elliott le dio las gracias y, tras acercar la silla, volvió a sentarse.

—Bien, me gustaría empezar ya con nuestro tema. En primer lugar, querría hacerle unas preguntas sobre la guerra legítima actual.

El comandante dedicó un simple vistazo a la presentadora y, tras alzar un poco la comisura de los labios del lado en que destacaba una espinilla, levantó el dedo índice. Probablemente quería pedir la palabra. Así lo interpretó también Elliott, que cedió la palabra a Ignacio con un «Adelante».

—Gracias. Bien, entonces me gustaría empezar por aquí.

Ignacio miró fijamente a la cámara y apareció flotando en el aire una especie de gel espumoso y semitransparente. Elliott ladeó la cabeza extrañada, pero alguien del equipo del programa hizo que junto a la imagen apareciese un letrero explicativo: «Óvulo».

—¿Un óvulo humano?

Ignacio se limitó a dirigir un nuevo vistazo a la presentadora y, sin asentir, continuó hablando.

—En el año 2015, un investigador de genética de la Universidad de Clarksville, el doctor Geppetto Faruqi, se enfrascó en cierto experimento.

—¿Comandante…?

Al ver que la ignoraba y comenzaba a hablar de algo que no parecía guardar relación, Elliott intentó llamar la atención de Ignacio, pero, curiosamente, enseguida se calló y miró la imagen de aquel óvulo con aire ausente.

En torno a aquella célula flotante surgieron varios espermatozoides y uno de ellos, sacudiéndose enérgicamente, se adhirió a la capa externa del óvulo.

—El doctor Faruqi introdujo en sus veintiocho mil cuatrocientos treinta y cinco locus genéticos de los cromosomas de sus propios espermatozoides unos marcadores de la Cas9 asociada al CRISPR. Con ellos fecundó el óvulo extraído de una madre de alquiler.

En la imagen, el óvulo fecundado se iba dividiendo, dando nacimiento a nuevas células, una tras otra, que emitían una luz fosforescente. Eran unas imágenes tridimensionales de un realismo tal que se diría que uno las tenía delante de sus propios ojos.

Marukawa corrigió su postura en el taburete pensando que aquello iba para largo. Entonces se dio cuenta de que algo extraño sucedía en la oficina de COVFE.

Todos los miembros del personal estaban inmóviles, con la vista clavada en la consola de la pantalla. An Ho, Raspberry y todos los avatares de aquellos que antes se encontraban trabajando más allá de la ventana, en la prolongación virtual de la oficina, estaban como paralizados, con la vista fija en la pantalla.

No es que, simplemente, estuvieran viendo la grabación con los brazos y piernas inmóviles. Los apéndices manipuladores, que se supone que se movían mediante consciencias desdobladas, también aparecían inmóviles e incluso sus expresiones estaban como congeladas.

—… kawa, señor Marukawa…

El periodista se giró hacia la voz y vio que, detrás de Marsha, que al igual que los demás estaba absorta en la imagen con los ojos muy abiertos, Wu Lin-wen le estaba llamando.

—¿Qué sucede?

—Algo le pasa a Marsha…

Cuando Wu sacudió suavemente por un hombro a la paralizada Martha, ella le agarró la mano y volvió a mirar el soliloquio de Ignacio. Por lo visto no es que estuviera inconsciente. Sin embargo, no parecía escuchar lo que le decían.

—¿Marsha no oye lo que le dicen? —preguntó Marukawa mientras intentaba a su vez sacudirla por un hombro.

Entonces, en la pantalla, Ignacio comenzó a toser violentamente. Sin poder evitarlo, Marukawa devolvió la mirada a la grabación y, ante sus propios ojos, sucedió algo que resultaba difícil de creer.

Todos los miembros de COVFE comenzaron a toser a un tiempo.

—Pero… ¿pero qué demonios está sucediendo aquí?

El propio Marukawa notó que algo extraño sucedía con su cuerpo. Algo se le atascaba en la garganta. Tosió para intentar aliviar la sensación. Entonces se dio cuenta de que Wu Lin-wen se ponía la mano delante de la boca intentando acallar la tos.

31

Sakoda, que estaba viendo la retransmisión de *Chicago Bear* sentado a lomos de su Maschief, comenzó a toser como si se viera arrastrado por la violenta tos de Ignacio.

Pese a que había tosido con energía, no había conseguido eliminar la extraña sensación de la garganta. Aspiró ostentosamente con objeto de toser de nuevo, pero entonces notó una serie de extraños dolores por toda su boca. Era igual que si de pronto se le hubiera inflamado de un modo horrible la cavidad bucal.

Sakoda volvió a toser pensando en lo extraño que resultaba todo aquello y acto seguido se volvió al oír otra violenta tos que había sonado a su lado.

—¿Toma?

Toma, la consciencia troncal de Toma alojada en el Meganeura, sufría un acceso de tos. Por supuesto que un dron carecía de pulmones, bronquios y amígdalas. Sin embargo, el aspecto que ofrecía el aparato con cámara incorporada suspendido en el aire y sacudiéndose hacia delante y hacia detrás, sugería de modo inevitable la idea de alguien estornudando.

—Toma, ¿te encuentras bien?

No hubo respuesta. Probablemente el fuerte acceso de tos le impedía oír la voz de Sakoda.

—Rachel, Toma está…

Mientras hablaba, Sakoda se giró hacia delante y entonces vio, como a unos treinta metros de distancia, el Maschief de Rachel, con la joven presa de un violento acceso de tos. La visión le hizo

enmudecer. En el caso de Rachel, el motivo de que no le oyera debía de ser que tenía desconectado el micrófono. Delante de ella, que continuaba inclinada sobre la consola del Maschief sin poder detener la tos, el Meganeura de Toma seguía sacudiéndose como si tosiera también.

Sakoda experimentó un escalofrío como si se le abrieran todos los poros de la piel. Rachel y el Meganeura de Toma se habían echado a toser de la misma manera y al mismo tiempo. Simultáneamente con el Ignacio que tosía en pantalla.

—Así que era esto… —murmuró Sakoda estupefacto.

Ignacio, cuando se hallaba frente a alguien, o cuando se trataba de una imagen suya de realidad virtual de alta resolución, podía contagiar a los demás su propio estado.

Su intención consistía en usar dicho poder para producir alguna clase de llamamiento a los nacidos del MHS. De ahí el motivo de la cámara de matriz.

Sakoda alargó un brazo y, tras agarrar el fuselaje del Meganeura que tosía, lo acercó hacia sí. El aparato, con un torque mayor del esperado, intentó huir de su mano, pero Sakoda lo sujetó con más fuerza e introduciendo un dedo en el protector de rotor activó el dispositivo de seguridad para detener los motores. Acto seguido, tapó la cámara con la mano y, sacudiendo un poco el aparato, gritó hacia donde estaba el micrófono:

—¡Toma! ¡Escúchame, Toma!

Después de sacudir un par de veces más el aparato, por fin, con voz de fastidio, llegó la respuesta.

—¿Pero qué haces, Sakoda? Has hecho que baje la calidad del *queuechouvue*. Aparta la mano de la antena, por favor.

—¿La antena? —repitió Sakoda advirtiendo la presencia de una pieza de plástico curvándose bajo su mano.

Era la antena para conectarse al sistema de internet de la estratosfera.

—Ah, lo siento —se disculpó.

Iba a apartar la mano cuando de pronto se le ocurrió algo.

—¿Puedes ver la retransmisión de Ignacio?

—Ahora solamente el sonido.

—Voy a liberar la antena solo cinco segundos.

El Meganeura ladeó la cámara del morro expresando extrañeza. Sakoda apartó la mano de la antena. Al momento, el aparato volvió a toser violentamente. Sakoda se apresuró a tapar la antena y el movimiento se detuvo. La lente de la cámara que enfocaba hacia Sakoda parecía un ojo muy abierto.

—¿Recuerdas haber tosido?

La cámara asintió.

—Ignacio ha hecho que tú, al ver la emisión, entres en sintonía con él.

Sakoda agarró el Meganeura de manera que acercó más la cámara a su rostro.

—Ignacio intenta que vosotros sintáis alguna emoción especial. ¿Para qué? ¿Qué sentiste cuando estabas sintonizado con él?

—Furia —contestó Toma devolviendo la mirada a Sakoda a través de la cámara del Meganeura—. La sensación de que mi cuerpo se vaciaba, el deseo de hacerme daño a mí mismo… No, no exactamente. Sentí un deseo salvaje de borrar mi existencia.

—En cualquier caso, no sigas viendo esa retransmisión.

—De acuerdo.

—¿Puedes parar la retransmisión que ve Rachel? —preguntó el periodista señalando a la joven.

—Sí, puedo hacerlo.

El Meganeura cambió al instante a la modalidad de alas fijas y voló hacia el Maschief en el que Rachel parecía como desfallecida. Sakoda, a su vez, condujo su Maschief hacia el de Rachel.

—¡Rachel! ¡No mires la transmisión de Ignacio! Te arrastrará a sentir las mismas emociones que él.

Sakoda agarró el casco de Rachel con las dos manos y comenzó a sacudir la cabeza con energía. Bastaba con que el *queuechouvue* se interrumpiera un momento. Rachel giró lentamente la vista hacia

Sakoda y, de pronto, descargó el puño sobre la cubierta del Maschief.

—¡Mierda! Conque ese era su plan…

—Efectivamente. El tipo puede usar poderes de sintonización para implantar en vosotros el anhelo de suicidio. Deja de ver la transmisión.

Rachel cerró los ojos para después abrirlos de nuevo lentamente y respiró hondo enderezando la espalda.

—Ya estoy bien, Jake. ¿Y Toma?

Sakoda se dio media vuelta y vio que bajo el Meganeura de Toma flotaba la retransmisión de Ignacio en una imagen plana.

—He cambiado a una imagen bidimensional. De esta manera no hay peligro.

—Sí, es completamente diferente de la anterior —convino ella.

Rachel volvió a respirar hondo y, tras girar un par de veces el cuello, miró hacia Sakoda.

—Te voy a contar lo que experimenté mientras veía la transmisión del tipo ese.

Sakoda tragó saliva mirando cómo Rachel se palpaba ambos costados.

—Sentí que estaba recostada sobre el duro respaldo de una cama articulada e intentaba con todas mis fuerzas mover los brazos, pero me resultaban tan pesados que no podía. Sobre las sábanas había un mando de control remoto. Las solapas de una chaqueta sahariana me rozaban el cuello y me reventaban una espinilla. Después, por todos los rincones del cuerpo, comenzaba a brotar un dolor inexplicable. Así es como me sentía. Me torturaban los remordimientos, la rabia y la soledad… Y todas aquellas emociones apuntaban en una única dirección.

—¿Y así es como se sentía el propio Ignacio?

—Probablemente sí —contestó Rachel.

El Meganeura asintió.

—Yo experimenté lo mismo. Aunque, quizá, con un poco más de realismo e intensidad.

—Claro, es que tú eres una «versión nueva» —ironizó Rachel con una sonrisa.

—No es por mi gusto, ¿eh?

Rachel y el Meganeura, como si quisieran comprobar mutuamente algo, se miraron cara a cara, es decir, ojo a cámara. Sakoda estaba a punto de preguntar qué sucedía, cuando Rachel expulsó de golpe el aliento que había contenido.

—El muy maldito…

Entonces recordó aquello que Ignacio murmuró en un par de ocasiones. Al referirse a los niños del MHS, siempre decía que «no deberían haber existido».

—¿Ignacio tiene intención de morir? ¿Llevándose a todos vosotros con él?

El Meganeura y Rachel asintieron a un tiempo.

—Cuando experimentaba la sensación de yacer en aquella cama, sentí un irrefrenable deseo de desaparecer de este mundo.

—Yo igual —afirmó Toma—. Sentí que no éramos necesarios en este mundo. Que deberíamos desaparecer.

—Ignacio… —Comenzó Sakoda.

Sin embargo, se vio incapaz de continuar. Esto explicaba la extraña y desagradable sensación que lo había invadido antes. No sabía cómo lo hacía ni por qué, pero Ignacio podía contagiar sus emociones y sensaciones a los demás. El motivo por el que en lugar de un avatar había escogido una filmación real suya mediante una cámara de matriz para usar en el visualizador *queuechouvue* era también, sin duda, porque deseaba hacer un llamamiento o, mejor dicho, producir una sintonización con el espectador.

—Ignacio pretende suicidarse en mitad de la entrevista. Y, de manera similar al hipnotismo, ese acto se transmitirá a los nacidos del MHS que estén viendo la emisión, provocando que todos mueran al mismo tiempo.

Sakoda bajó la mirada hacia el mapa tridimensional que representaba la Fortaleza Delta y amplió la parte de la tienda de campaña central, donde habían metido el equipo de filmación.

El máximo de personas que podía acusar aquella influencia eran las doscientas mil nacidas del MHS. Pensándolo fríamente, de esos habría unos ciento cincuenta mil menores de edad y, dentro de esos, cerca de cien mil serían todavía niños de escuela primaria. Si adultos como Toma o Rachel no habían podido resistirse a ese impulso de suicidarse, no cabía pensar que los niños sí se mostraran capaces.

—Hay que detener esa emisión —dijo Sakoda.

Rachel asintió y dio una palmadita en el FAR-15 colgado en el soporte del Maschief.

—Hacen falta armas. Me gustaría contar con balas guiadas.

—Si hay alguna caída por ahí, la recogeré —dijo Toma haciendo que su Meganeura volase hacia atrás.

No hacía falta ni preguntar a dónde se dirigía. El campo de batalla del que acababan de marcharse. El Meganeura voló hacia la zona de la colina donde un único combatiente de Camilo se encontraba plantando batalla a los cinco únicos supervivientes de Goodfellows,

—Rachel, vamos nosotros dos hacia las tiendas.

—No, quiero contar con más compañeros.

Hizo dar media vuelta a su Maschief y logró que corriese a la máxima velocidad posible hacia los soldados de Goodfellows que se esforzaban por dar batalla.

32

Rachel encuadró en el retículo de encañonamiento del sistema ORGAN a la combatiente enviada por Camilo. El programa incluido en la máquina era el de uso de la Unión Europea, pero los principios básicos de funcionamiento coincidían. El blanco era Hapati Machule, diecinueve años, cuarta generación.

Machule había bajado corriendo de la cima de la colina hacía unos veinte minutos y ya había dejado fuera de combate a los cinco miembros de Goodfellows, incluyendo a su jefe, Mario García. En todos los casos se les había acercado hasta disparar a quemarropa contra brazos y piernas, que eran lo más difícil de proteger con los escudos.

Aparentemente, los datos de observación recogidos por los drones Yunfen solo se habían usado para determinar su posición.

Rachel comenzó a seguir con el Maschief a Machule, que se movía ocultándose entre la maleza y las concavidades del terreno. Los humanos del MHS que habían «despertado» podían desplazarse en momentos concretos incluso a cincuenta kilómetros por hora, pero ni por su agilidad ni por su capacidad de maniobra podían superar los Maschief.

En cuanto el Maschief comenzó la persecución, la consola se tiñó de rojo y emitió un mensaje de alerta que detuvo los pasos del ingenio.

> *Violación del Tratado de Guerras Legítimas. Las personas que han entrado en la zona como acreditados de prensa no pueden intervenir en el combate. Apártese del lugar inmediatamente*.

—¡Eso ya lo sé!

Rachel intentó apagar el aviso, pero tocase donde tocase lo único que conseguía era que volviese a aparecer la alerta de «Violación del Tratado de Guerras Legítimas».

Se encontraba pensando que la única opción sería bajarse del Maschief para enfrentarse con Machule cuando el Meganeura de Toma, que venía volando detrás, alargó un manipulador y comenzó a introducir unas instrucciones en la consola. Entonces, la pantalla de la alerta se contrajo y cambió a un punto rojo intermitente.

—¿Qué has hecho?

—Presentar una objeción —contestó Toma girando la cámara para hacer un barrido alrededor—. He alegado ante el sistema de observancia del tratado que Ignacio está realizando una maniobra impropia de cara a los espectadores con su entrevista. Creo que servirá para ganar tiempo. Sakoda viene también hacia aquí.

—Me bastarán con diez segundos.

Rachel se concentró en los controles del Maschief y, tras localizar la posición de Machule, lanzó la máquina en pos de ella.

Machule salía de una depresión del terreno para cruzar por detrás de unos arbustos cuando su vista se clavó en el Maschief de intenso rosa violáceo que se acercaba a la carrera y entonces se aprestó a saltar sobre un montón de hojas secas.

Rachel, de pie en el Maschief con la consola sujeta entre los muslos, apuntaba a su objetivo con el sistema ORGAN, pero en vez de valerse de dicho encañonamiento, disparó con su FAR-15 una ráfaga de tres disparos.

Machule, que había visto la trayectoria del disparo marcada por el sistema de encañonamiento de ORGAN, se revolcó por el suelo para apartarse de ella. Sin embargo, eso era precisamente lo que buscaba Rachel. El punto hacia el que se movió Machule coincidía con el lugar al que Rachel dirigió su ráfaga de tres disparos. A través del sistema ORGAN, Rachel vio cómo Machule daba un tumbo en el aire para caer en una hondonada. Uno de los tiros le había

alcanzado en el brazo derecho y los otros dos habían sido detenidos por la coraza corporal.

Machule se incorporó agarrándose el brazo derecho.

—Has sufrido una herida de grado intermedio —dijo Rachel—. Márchate a la retaguardia.

Machule negó con la cabeza y sacó una pistola de la funda de la cadera. Rachel se agachó buscando la protección del armazón del Maschief y, al mismo tiempo que sonaba un disparo, la garganta de Machule reventó.

Rachel se volvió en busca del origen de aquel disparo y se encontró con un rostro familiar que la estaba mirando. Era la sargento Jo Persimmon, que ingresó en Goodfellows en su misma promoción.

—¿Rachel? ¿Qué haces en ese Maschief de color tan chillón?

Rachel señaló a Sakoda, que se acercaba por su espalda.

—Protejo a un periodista. Pero más que eso, lo importante es verte con vida, Jo.

Jo señaló con un movimiento de los ojos hacia dos compañeros que se incorporaban a su espalda. Por lo visto habían permanecido ocultos para escapar de Machule.

—Por pura casualidad. Nosotros tres nos separamos para buscar una ruta por la que acercarnos hacia las tiendas y en ese tiempo machacaron el grupo principal. Pero, dejando eso aparte, ¿has visto lo de antes?

Rachel asintió. Resultaba evidente a qué se estaba refiriendo Jo.

—Superhumanos creados por manipulación genética —asintió ella.

—Se refiere a esa gente, ¿no? —dijo Jo señalando a Machule con el cañón de su arma—. Pueden esquivar las balas y moverse con increíble velocidad.

—No. Se refiere también a todos nosotros.

Rachel compartió la pantalla del sistema de encañonamiento de ORGAN. Mientras utilizaba un tercer brazo para encañonar una rata detectada por el sensor de cuerpos en movimiento, la mató con un

disparo de su FAR-15. Joe miraba boquiabierta. Los otros que le seguían tenían también la mirada clavada en Rachel.

—Te acaba de crecer un brazo más…

—Es de un avatar. Tú y yo, Jo, podemos usar hasta uno o dos brazos adicionales. Los más jóvenes pueden incluso introducir su consciencia en una máquina.

De pronto apareció el Meganeura frente al rostro de Rachel. O, al menos, así pareció a ojos de Jo. Entonces, Toma descendió a una velocidad mayor que la de caída libre y se mantuvo suspendido frente al rostro de Jo.

—Este es Toma —explicó Rachel señalando el aparato poseído por la consciencia del joven.

Toma, mediante un manipulador de *queuechouvue*, se puso una mano en el pecho y se movió imitando una reverencia.

—Mi nombre es Toma Knut, empleado de COVFE. Estoy ayudando al periodista Sakoda.

El Maschief de Sakoda por fin había llegado junto a ellos. Al ver el cadáver de Machule caído en el suelo, Sakoda hizo un gesto de disgusto.

—Rachel, esto es una violación del Tratado de Guerras Legítimas.

—No la maté yo —contestó ella señalando a Jo.

Había cometido de todas maneras una violación del tratado, pero la cuestión era la manera en que se la había abatido.

—Me salvó cuando ella me iba a matar.

Sakoda se volvió hacia Jo y esta asintió.

—He sido yo. Rachel se limitó a evitar que huyera.

Sakoda continuaba con rostro severo, pero optó por no pedir más detalles y paseó la vista por Jo y sus dos compañeros.

—¿Has terminado de explicarles el asunto?

—No, apenas he empezado —contestó Rachel volviendo a mirar el rostro de Jo—. Nos dirigimos a la tienda de campaña de Ignacio. ¿Podríais venir con nosotros?

Jo, sorprendida, abrió mucho los ojos, pero después asintió.

—Por supuesto. ¿Vosotros también queréis detener al comandante?

—No —repuso Sakoda negando con la cabeza—. Queremos interrumpir la entrevista. Nos bastaría incluso con estropear la cámara.

Jo entrecerró los ojos.

—No parece que sea por entorpecer el trabajo de la competencia…

—Efectivamente. Hay que detener como sea la alocución que está haciendo Ignacio. Su intención es aprovechar las capacidades que os insertaron mediante manipulación genética para provocar una sintonía con vosotros que genere una especie de trabajo de equipo y ordenaros que os suicidéis.

Rachel alzó las cejas con sorpresa. Toma también ladeó el Meganeura bruscamente. Todavía no sabían de qué manera funcionaba aquel particular hipnotismo de Ignacio. Sin embargo, les pareció que la intuición de Sakoda no andaba muy desencaminada y por el momento supondría una explicación más que suficiente para Jo y sus compañeros.

—¿Te refieres a esto? —preguntó Jo mientras los dos compañeros que estaban detrás de ella usaban los dedos y los puños para hacer complicados gestos de saludo—. No sabía por qué los soldados ORGAN de Goodfellows éramos los únicos capaces de hacer esto. Así que era porque nos alteraron los genes…

Sakoda asintió.

—Eso es. Si no interrumpimos la entrevista, todos aquellos cuyos genes se modificaron morirán.

—¿Qué quiere eso de todos? —preguntó Jo.

—En los EE. UU. hay más de doscientas mil de esas personas. Vosotros sois lo que podríamos llamar *man-kind*.

Los tres miembros de Goodfellows se cruzaron una mirada y asintieron. Jo alargó un brazo hacia Sakoda en muda propuesta de darse un apretón de manos.

—De acuerdo. ¿Qué tenemos que hacer? Lamento decir que no podemos esquivar las balas como hacen ellos y que nos hemos quedado también sin encañonador.

Dado que Sakoda la miraba pidiendo ayuda, Rachel señaló el enclave de las tiendas, en el centro de la colina.

—De la irrupción en el campamento me encargo yo y también de hacer frente a los *man-kind* de allí. Lo que queremos es protección mientras subimos la colina.

—Entendido.

Jo se giró hacia sus compañeros para impartir las órdenes.

—Fuerzas de choque ORGAN, destacamento 3, acorde con el punto 1618 de nuestro protocolo, procedemos a apoyar al periodista Sakoda en su irrupción en el campamento. Traed el Maschief que está inactivo.

—A la orden, señora.

Los hombres abrieron un espacio de trabajo y llamaron al Maschief. Mientras, Jo señaló a Sakoda.

—Nuestra misión es hacer de escudo de Sakoda. Todavía quedan cinco soldados ORGAN en Terra Amazonas. No os descuidéis.

Rachel dio un suave codazo a Sakoda, que asistía desconcertado a la evolución de los hechos.

—Nos vamos.

—Pero es que eso de escudo… Me sabe mal.

Jo, con el FAR-15 descansando en un hombro, se encogió de hombros.

—Lo llaman «despertar», ¿no? El caso es que no tenemos tiempo de practicar. Tenemos que ir antes de que baje el próximo *man-kind*.

Al llegar el nuevo Maschief, el grupo se repartió entre los tres ingenios transportadores y comenzó a subir la colina por la ruta trazada por el Meganeura de Toma. El Maschief de cabeza llevaba a Jo y sus subordinados. Iban ascendiendo en la modalidad de alta velocidad, sorteando los troncos caídos, rocas o barrizales que Toma

había cartografiado previamente. En el instante en que el grupo llegó a un punto desde el que se divisaban las tiendas, el soldado que conducía el Maschief de Jo cayó con la garganta desgarrada por un disparo.

—¡Balas guiadas! —gritó Jo bajando de un salto del Maschief.

Casi al mismo tiempo, Rachel descubrió el punto desde el que les disparaban y a dos de los efectivos de Camilo moviéndose alrededor.

—Haz una ráfaga de dos tiros a doce grados a la derecha —indicó Rachel a Jo mientras se dejaba caer resbalando del Maschief.

Había apuntado con el sistema de ORGAN trazando una trayectoria para las balas guiadas que buscaba el punto de los disparos anteriores, aunque ya no había nadie allí. Los dos soldados, al no comprender la intención de aquel disparo que tenía que fallar, se pararon en seco y fue entonces cuando se vieron atravesados por los disparos de Jo.

—Ya solo quedan tres —observó Rachel.

—Pero nosotros también hemos sufrido bajas. Estamos igual, solo tres.

La amargura del tono de Jo hizo comprender a Rachel que en el tiroteo había perecido también el otro soldado de Jo.

—A Jake no lo incluyas en la cuenta.

Rachel se asomó entre la maleza para escrutar la situación en torno a las tiendas. La distancia era de unos treinta metros. Desde una distancia tan corta, el camuflaje óptico se distinguía con el aspecto de una pantalla de fondo borroso.

De la tienda del centro, en un trozo borroso de jungla, salió la imagen de un pedazo de tela blanca ondeando.

—Sargento Rachel y periodista Sakoda. Les proponemos una tregua de quince minutos.

Rachel, tras cruzar una mirada con Sakoda, gritó:

—¿Por qué motivo?

—Queremos dar tiempo a los periodistas para que se marchen. Son cinco.

Rachel asintió y Sakoda contestó con un nuevo grito.

—De acuerdo. Durante ese tiempo, que tampoco Ignacio haga nada. ¿Entendido?

—Entendido. Cinco minutos a partir de ahora.

Según se extinguía la voz de Camilo, los dos Maschief de uso civil que permanecían arrodillados junto a la tienda del fondo comenzaron a moverse.

Los técnicos y la presentadora salieron de la tienda central y se montaron a horcajadas en los Maschief, tras lo cual las cabalgaduras mecánicas caminaron a buen paso para apartarse del claro donde estaban las tiendas.

—Quedan tres minutos —anunció Camilo.

Al verificar la retransmisión, Sakoda gritó furioso.

—¡Ignacio sigue hablando! ¡Haz que se calle!

—¿Cree que el comandante me haría caso?

Rachel dio un empujoncito a Sakoda y señaló la dirección en que se habían marchado los periodistas del *Chicago Bear*. Ya estaban a salvo. Sakoda volvió a gritar.

—¡En ese caso, se acaba la tregua!

El camuflaje de la tienda volvió a mostrar únicamente un trozo de jungla. Rachel habló hacia el Meganeura.

—Toma, ¿puedes detectar la situación precisa del enemigo?

—Uno está delante de la tienda central. Probablemente es Camilo. Ocultos por la tienda de delante, hay dos. Casi seguro que nos están viendo.

Puesto que ambas partes usaban drones de reconocimiento, se hallaban en las mismas condiciones. Rachel se encontraba pensando cómo eliminar a los dos más próximos cuando Jo le dio un golpecito en el hombro.

—Enséñame el truco para correr deprisa.

—¿Qué?

—Voy a hacer de cebo.

—Espera un poco, no quiero que hagas eso —terció Sakoda.

Sin embargo, Jo lo ignoró y, quitándose sus pertrechos, recogió una rama caída de dimensiones similares a las de un FAR-15.

—Acabo de quitarme veinte kilos de encima. Lo único que falta es ver cómo correr. ¿Qué tengo que hacer para correr tan deprisa como esos tipos?

Rachel se relamió los labios. La reverberación neuronal… Si se usaba la capacidad de replicación de un movimiento aprendido, se podía mover el cuerpo de la manera imaginada. Si se trataba de recorrer el espacio entre la espesura donde se hallaban y el claro de las tiendas, se podrían alcanzar los cuarenta kilómetros por hora, más rápido que el récord mundial de los velocistas. Los subordinados de Camilo nacidos del MHS nunca se habían enfrentado a enemigos de su misma condición que hubieran «despertado». Eso también era un punto a favor.

Aun así, el asunto se dirimiría en cinco minutos. Los reflejos que poseían los hijos «despiertos» del MHS sobrepasaban los límites de cualquier otro ser vivo. Rachel seguía dudando cuando Jo le dio un golpe en la espalda.

—No pienses más y enséñame a hacerlo.

—De acuerdo —contestó Rachel señalando hacia la espesura—. Primero, recrea mentalmente cómo vas a mover el cuerpo. Puedes correr más deprisa que un deportista olímpico. Pisa sobre estas hierbas y da el primer paso hasta ponerte al lado de esa piedra rojiza. Levanta el codo moviéndolo hacia atrás. El segundo paso, hasta la sombra de esas hojas de helecho.

Cuando Rachel indicó los puntos a donde debía llegar con los cinco primeros pasos, se vio cómo, una vez libre de su coraza protectora, los músculos bajo el uniforme de Jo comenzaban a ondular.

—Eso es. Recuerda esa sensación.

—Entendido —contestó Jo.

Toma hizo una seña con el morro del Meganeura hacia Rachel.

—¿Tú también puedes hacer eso?

Rachel se encogió de hombros, pero, por probar, probó a superponer su consciencia sobre la interfaz del Maschief y tuvo la sensación de que al menos sí que podría hacer avanzar y retroceder el robot.

—Pero no llego al nivel de que pueda ser de utilidad.

—Vaya —dijo Jo—. Bueno, en cualquier caso, dame la señal.

Semioculta entre la maleza, Jo adoptó la postura de salida agachada. Rachel comprobó la munición restante en el FAR-15 y la recámara y después verificó la ruta del lado trasero de la tienda que ocultaba a dos combatientes.

—¡Adelante!

Jo salió disparada como una flecha. Casi al mismo tiempo, reverberó el eco de un disparo y, como si fuera en pos de la sargento, un proyectil dejó su huella en la tierra. Cuando el segundo enemigo intervino en el tiroteo, Rachel echó a correr también, escogiendo el camino que llevaba a la parte posterior de la tienda y abatió desde allí a los dos combatientes que disparaban contra Jo.

Jo, que había conseguido recorrer el tramo planeado sin un rasguño, giró el rostro hacia Rachel. En ese momento, algo se movió en la tienda central.

—¡Jo, agáchate!

Jo se lanzó cuerpo a tierra. Junto con el sonido de un disparo y un chorro de sangre. Obra de Camilo, el último que quedaba.

Rachel disparó en modo cien por cien automático su FAR-15 contra el punto de la tienda desde donde había provenido el sonido de la detonación anterior. Sabía que de todas formas no iba a dar en el blanco. Rachel cambió el cargador una vez que quedó vacío el otro y mostró intención de abalanzarse sobre la tienda central donde estaba Ignacio, lo que más deseaba evitar Camilo. Sin embargo, en el último momento, se paró en seco. Justo delante de la punta de sus pies impactó una bala. Si llega a avanzar un paso más, le habría perforado el pie. La puntería de Camilo era perfecta. Pero ahora Rachel ya sabía dónde estaba. Justo en la entrada de la tienda central.

Rachel se exhibió despreocupadamente de forma que Camilo la viese.

Pasado apenas un instante, Camilo dio señales de reaccionar. Acto seguido, se oyó un disparo y el ruido de algo rompiéndose. Lo siguiente que se oyó fue a Camilo chasqueando la lengua.

—Conque era un dron…

A los pies de Camilo estaban los restos humeantes de un Meganeura. Toma se había lanzado contra Camilo de frente al ver que iba a disparar a Rachel.

Rachel disparó una ráfaga lateral con su FAR-15 contra Camilo. De las tres balas, una acertó en la pierna derecha, otra en el vientre y otra en el lado izquierdo del pecho; estos dos últimos, protegidos por la coraza corporal. Camilo perdió el equilibrio aparatosamente y cayó de rodillas, pero empuñó con mayor firmeza su QBZ-100. Ya estaba apretando el gatillo cuando, por un costado, se abalanzó sobre él un Maschief color morado corriendo a ochenta kilómetros por hora, que lo hizo saltar por los aires.

Rachel siguió con la vista el Maschief que seguía corriendo hacia la jungla.

—Por lo visto, todo es cosa de intentarlo —dijo mirando la cabeza de Camilo, con el cuello retorcido en una posición inverosímil.

Comprobada su muerte, penetró a la carrera en la tienda central.

33

Rachel abrió la lona de la entrada disimulada con el camuflaje óptico y se precipitó en el umbrío interior de la tienda de campaña. Sakoda entró corriendo tras ella, pero se tiró al suelo tras oír el disparo. Al levantar el rostro, vio que Rachel tenía toda la parte derecha del cuerpo envuelta en una nube roja.

—¡Rachel!

Sakoda miró alrededor buscando al autor del disparo. Enseguida había comprendido que el disparo no provenía desde fuera de la tienda. Se oyó mucho más cercano.

Rachel, sangrando por el pecho, fue cayendo hacia la cama donde se sentaba Ignacio. Sakoda se puso en pie apresurándose a tender una mano hacia la joven y, para su sorpresa, Rachel se la agarró y, apoyándose en él, consiguió frenar la caída.

—Maldito desgraciado, así que tenías un arma…

—Rachel, no hables.

Sakoda alejó de una patada el QBZ-100 caído a sus pies. No obstante, no había sido aquella arma. Si hubieran disparado a Rachel con un fusil de esos en modalidad cien por cien automática, ahora mismo su cuerpo debería estar hecho pedazos. Aun así, a causa de la bala que había impactado, se le había revuelto medio cuerpo, haciéndole perder la silueta habitual de un ser humano. Su brazo derecho colgaba solamente de la carne y se notaba el hueso partido sobresaliendo. La mano izquierda que se aferraba a Sakoda terminó por perder sus energías y Rachel cayó boca abajo sobre las rodillas de Ignacio.

—Rachel, vuélvete bocarriba. Respira hondo. Ignacio, ¿no puede llamar a un médico militar?

—Ya no se puede hacer nada —contestó Ignacio señalando con el mentón hacia Rachel.

La manta sobre la que había caído Rachel se había convertido ya en un estanque de sangre. Alrededor del boquete abierto en su pecho, la sangre fresca brotaba en espumosos borbotones. Por lo visto, el tiro le había perforado también un pulmón. Rachel, a pesar de tener la cabeza pegajosa por la sangre, consiguió girar el cuello y levantar la vista hacia Ignacio con una mirada cargada de rencor. Echando espumarajos de sangre por la boca, todavía consiguió hablar.

—Maldito seas, cerdo inmundo.

Ignacio bajó la vista hacia aquella Rachel caída sobre sus rodillas y meneó la cabeza en gesto negativo con expresión dolorida.

—Sakoda, acaba con su sufrimiento.

—¿Dónde está el arma?

—Se cayó a mis pies. Se paró con un cartucho defectuoso que no detonó. Tienes que tirar de la corredera para que se cargue la siguiente bala y después disparar.

Sakoda rebuscó bajo la manta y, tras tocar un objeto metálico, lo sacó. El *queuechouvue* le indicó que se trataba de una pistola automática APS. Una del mismo tipo que aquella a la que Camilo disparó tiempo atrás parapetado tras la pared, esa pistola automática de fabricación soviética que tanto le gustaba al Che Guevara. Por lo visto, Ignacio se había comprado otra del mismo modelo.

Ignacio hizo una seña con el mentón hacia el arma.

—Te regalo la pistola. Y, de paso, llévate ese maletín que hay ahí.

Junto a la cama, había un maletín verde oliva.

—Ya no voy a hacer más de recadero tuyo. Avisa a un médico…

—Es inútil. Lo sabes de sobra, ¿no?

Sakoda apretó los dientes. La sangre que antes manaba con aquel ímpetu casi había dejado de brotar.

—Dentro del maletín hay documentos. El diario de Faruqi y mío, y también un listado de los instrumentos usados en nuestros experimentos y la lista de las personas y entidades con que tratamos. Son todos los registros de aquel proyecto para crear una nueva especie humana, una *man-kind*.

El periodista tiró hacia sí del maletín mientras apuntaba a Ignacio con la pistola.

—Entendido lo de los documentos, me los llevo.

Sakoda palpó el arma buscando el seguro, pero no consiguió encontrarlo. Dándose por vencido, volvió a encañonar a Ignacio con ella. Probablemente, como el arma se le cayó, no tuvo tiempo de ponerle el seguro. Sakoda, por fin, comprendió el estado en que se encontraba Ignacio. Parecía ahora más locuaz que cuando realizaba su diatriba a través del *queuechouvue*, pero se trataba solo de una pose forzada, fruto de un último esfuerzo de sus energías.

—Parece que se encuentra usted bastante mal…

—Aunque no me pongan la mano encima, antes del anochecer habré muerto.

Sakoda señaló con la pistola la cámara que enfocaba a Ignacio.

—¿Le importaría deshacer el deseo de suicidio que ha enviado a los nacidos del MHS? Ahora, frente a la cámara.

—No sé ni cómo lo descubriste…

—Por favor, Ignacio. No puedo creer que esos doscientos mil MHS estén llevando una vida desgraciada.

—Pero, desde un primer momento, son criaturas que no debieron existir.

—¡Déjate de bromas! —gritó Sakoda poniendo el cañón del arma sobre la frente de Ignacio—. ¿Qué derecho tienes tú a decir eso?

—El de ser el padre que los generó.

—De eso nada —repuso Sakoda señalando a Rachel—. Quienes les dieron la vida fueron sus padres. Lo único que hiciste tú fue dejar

caer unas gotas de tinta en mitad del proceso.

Ignacio se echó de pronto a reír. Y después, congeló su expresión. Su mirada se dirigió hacia Rachel, que debería estar muerta, pero que, en un último esfuerzo, volvió a levantar la cabeza.

—Jake, no hables con él —avisó Rachel señalando a Ignacio con la mano izquierda, la única que todavía podía mover—. Lo único que conseguirás es incrementar el poder de este hombre para provocar una sintonía con tus emociones.

—Así que todavía puedes moverte —contestó Ignacio—. Pues tienes razón. Antes se les daba el nombre general de neuronas espejo y permiten la sintonización de emociones. Gracias a la acumulación de efectos recíprocos, ejercen influencia sobre el sistema nervioso.

Ignacio miró hacia Rachel.

—Al parecer, mi padre quería convertirme en el líder de una raza de superhumanos, que pudieran dar una respuesta concertada mediante un trabajo de equipo de sus genes. Pero es un poder que también actúa en buena medida sobre las personas corrientes.

—Por favor, Jake. Quiero morir cuanto antes.

Rachel alargó la mano izquierda y la cerró en torno al agarre de la pistola APS que tenía Sakoda.

—Jake, voy a expulsar el cartucho que no detonó; tú agarra la corredera.

—No sigas. No debes hacer esfuerzos.

La mirada de Rachel vagó como perdida.

—Yo ya estoy muerta —dijo con voz estrangulada—. Lo que ves moverse ahora es el efecto de la insensibilidad al dolor y el bucle de retroalimentación de la consciencia troncal que este sujeto me implantó. La consciencia de la Rachel que tú conoces ya se paralizó. Jake, agarra la corredera.

Jake agarró la corredera cerrando los ojos y Rachel apretó la pistola para enviar la siguiente bala a la recámara.

—Ahora, gira hacia aquí el sonriente rostro de ese tipo.

—Ya lo hago yo —comenzó Ignacio.

—Jake, hazlo tú —cortó Rachel dirigiendo una fiera mirada a Ignacio.

—Pero… es que…

—Entonces, lo haré yo misma.

Rachel clavó en la garganta de Ignacio la punta que asomaba del cúbito partido de su brazo derecho y, retorciéndolo como un destornillador, giró la cabeza de Ignacio hacia la pistola. Un chorro de sangre brotó de la garganta junto con una bocanada de aliento similar a un silbido, seguido de unos espumarajos de sangre por la boca.

—¿Tienes algo más que decir, pedazo de hipócrita?

Bajo la furiosa mirada de Rachel, Ignacio levantó la comisura de los labios en lo que pretendía ser una sonrisa irónica.

—La verdad es que…

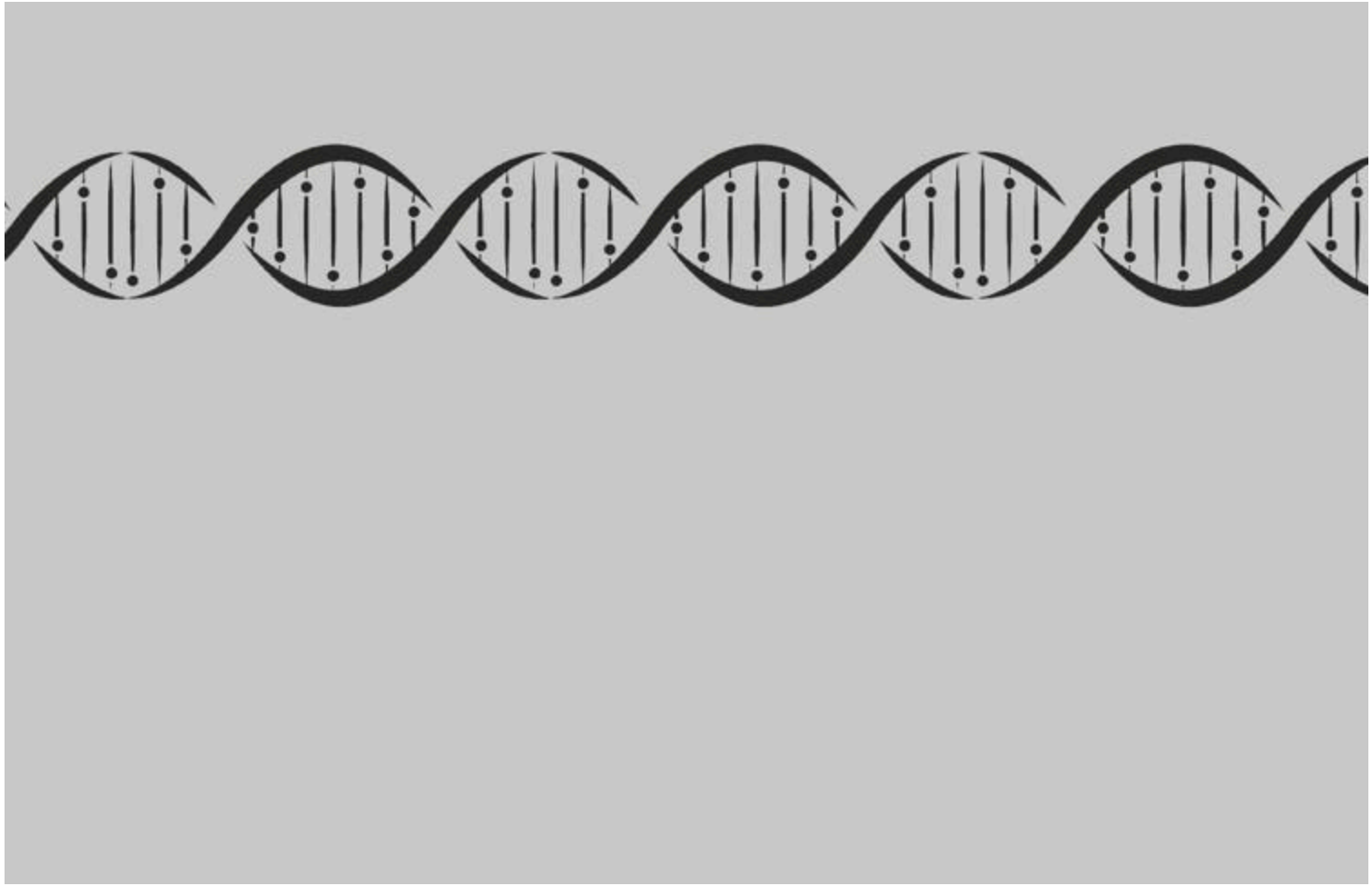
—No quiero oírlo. Arrepiéntete y muere.

Rachel apretó el gatillo con mano temblorosa. La bala que salió por el humeante cañón atravesó la garganta de Ignacio salpicando de roja sangre el interior de la tienda.

Dejando caer la pistola, la joven volvió a desplomarse sobre la manta. El arma rodó por el suelo y acto seguido Rachel cayó sobre ella con el cuerpo doblado.

Sakoda recogió el QBZ-100 que antes había lanzado de una patada hacia un rincón de la tienda y disparó contra la cámara de matriz que continuaba filmando.

EPÍLOGO



El número de *man-kind* que oyó la alocución de Ignacio alcanzó una cifra en torno a los veinte mil. En otras palabras, cerca de un diez por ciento del total.

Sin embargo, no se produjo un suicidio masivo.

Según Marsha Yoshino, que se sumergió de cabeza en la retransmisión, aquel «hipócrita» espetado por Rachel dejó una profunda huella en su cerebro. Después, cuando Ignacio se encontraba a punto de rebatirlo, su consciencia se cortó de golpe.

Al parecer, el anhelo de suicidio de Ignacio se debilitó ante las palabras de Rachel. El suicidio de los nacidos del MHS pudo frenarse.

Sin embargo, los problemas pendientes se apilaban cual montaña. El mundo entero se había dado cuenta de que convivía con «una especie de seres humanos». Por supuesto que P&Z vio revocadas todas sus licencias de fármacos y en adelante no se produjeron más nacimientos de *man-kind*.

La mayoría de los padres con hijos menores de veintiocho años fruto de la fecundación *in vitro* se obsesionaron hasta el punto de sospechar de cualquier detalle, preguntándose si su descendencia era o no de un tipo diferente que los humanos corrientes. Así, los equipos caseros de análisis genético que permitían diferenciar los *man-kind* mediante la saliva se convirtieron en un artículo con ventas estratosféricas. Según dicen, se superó el millón de unidades vendidas y no se conseguía cubrir toda la demanda.

Marsha dedicó incluso su propio capital a un proyecto de investigación del MHS, reuniendo a una serie de investigadores descollantes en las correspondientes áreas, apoyándose también en la documentación legada por Ignacio. Su primer objetivo era encontrar un tratamiento genético que solucionara la esterilidad de esa nueva especie.

Enseguida se difundió el hecho de que tanto la empresa COVFE de Marsha Yoshino, que había cambiado la faz del mundo, como los destacamentos ORGAN de Goodfellows, que habían obtenido abrumadores éxitos bélicos, se hallaban constituidos a base de *man-kind*. Puede decirse que gracias a estas dos entidades vino determinada la primera impresión que el mundo se llevó de los *man-kind*.

Por una parte, estaban los soldados ORGAN, humanos que desplegaban en las guerras legítimas una apabullante rapidez de reflejos, una capacidad inigualable de trabajo en equipo y una afinidad con toda clase de máquinas y aparatos; por otra parte, había un personal altamente cualificado, con un talento genial para las matemáticas, capaces de dividir su consciencia para utilizar como si se tratara de sus propios brazos y piernas dispositivos del visualizador *queuechouvue*, drones o máquinas como los Maschief. Pero, tras esa idea general, enseguida se descubrió un punto débil de los *man-kind*.

El hecho de que hubieran sido diseñados para ser estériles se ganó la compasión del mundo, y cuando se descubrió que, además, probablemente por algún defecto de sus utilidades, apenas podían nadar, se produjo una corriente de simpatía hacia ellos. Por lo visto, con objeto de aumentar la velocidad de su BAN (red de área corporal), se había cambiado la configuración de sus líquidos corporales y debido a eso presentaban un peso específico mayor que el del agua.

Dado que la mayoría de la información sobre los *man-kind* se basa en la que yo, Johei Sakoda, obtuve de Ignacio, por el momento apenas circulan bulos ni tergiversaciones acerca de ellos. En la medida de lo posible, haré pública la información de que dispongo y creo que eso contribuirá a paliar los prejuicios que puedan surgir frente a ellos. Ahora mismo, COVFE ya ha creado un modelo de verificación de hechos específico para todo lo relativo a los *man-kind* que frena con carácter previo los rumores malintencionados y los bulos que intentan acceder a la red.

Pero, con todo, existe también una parte de la información que no he divulgado.

Los sorprendentes efectos secundarios de los desdoblamientos de consciencia.

Sigo dudando acerca de cómo tratar este asunto.

Está el caso de Rachel, que, ya muerta, pudo mover su cuerpo para matar a Ignacio.

Rachel, si no me equivoco, murió una vez poco después de recibir el disparo de Ignacio. Sin embargo, en alguna parte de su cuerpo, probablemente mediante alguna clase de impulsos eléctricos o por sus implantes, conservaba la consciencia troncal, que fue capaz de mover sus músculos.

En cuanto a las consciencias ramificadas, realmente hay muchas cosas que desconozco. Toma, que se ha entrenado intensivamente durante cuatro meses, asegura haber trasladado con completo éxito su consciencia troncal al Meganeura. Según él, ahora utiliza una consciencia ramal para guiar su cuerpo físico cuando va con su bicicleta de carretera a trabajar a COVFE; puede seguir trabajando con ella allí e incluso le da para haber conseguido una novia.

El mes pasado, cuando fui en viaje de trabajo a San Francisco, me pasé por su oficina de Tenderloin y el Toma que me recibió entonces se mostraba cauteloso, pero, a la vez, hizo una afirmación con un tono que revelaba pleno convencimiento.

—Las consciencias que separamos van desarrollándose por su propia cuenta y creo que no hay problema en dejarlas separadas de nosotros permanentemente. Si es que la sociedad nos lo consiente.

Marsha, que estaba escuchando a su lado, expuso a su vez una opinión todavía más radical.

—Los *man-kind*, que no podemos tener hijos, podemos aumentar el número de nuestras consciencias, dividiéndolas sucesivamente en dos, como las amebas.

Y a continuación añadió algo más con el mismo tono jocoso:

—¿Y usted qué opina, señor Sakoda? ¿Le parece bien que dejemos vivir esas nuevas consciencias que vamos creando?

Asentí a la pregunta de Marsha.

Para empezar, yo mismo he dejado seguir viviendo una consciencia ramal.

Después del revuelo acaecido en Terra Amazonas, regresé a los Estados Unidos junto con uno de los Maschief y reanudé mi interrumpido periplo de visita a los deudos del destacamento de Jones.

Alquilé un Ford del mismo tipo que la vez anterior y, utilizando el señalizador de rebaño, hice que el Maschief de color violáceo me siguiera para visitar con él una tras otra las viviendas de aquella gente que habitaba en el centro y el sur del país.

Dediqué horas y horas a escuchar las historias de aquellos parientes y, mientras les contaba todo lo que yo sabía acerca de los *man-kind*, tenía cerca de mí aquel Maschief. Los deudos miraban hacia el ingenio con cara de sospecha, pero cuando les contaba que aquella máquina que hacía aparecer y desaparecer intermitentemente su camuflaje óptico era como la que usaba la compañera de sus hijos muertos, parecían quedarse conformes.

Mientras yo escuchaba las historias de la niñez de los soldados muertos, el Maschief de color violáceo no dejaba de hacer parpadear su camuflaje óptico. Pero yo no les conté que aquel Maschief era mucho más de lo que parecía.

En ese Maschief se aloja la consciencia ramal de Rachel que abatió a Camilo.

La consciencia ramal creada por Rachel, que pertenecía a la segunda generación, solo era capaz de cosas como hacer parpadear intermitentemente el panel, pero yo, que he estado viajando todo el tiempo con ella, tengo la impresión de que poco a poco se va desarrollando cada vez más.

Estoy convencido de que, en un tiempo no muy lejano, me responderá cuando le hable.

Notas

1 Unidad ficticia de tiempo de procesamiento cuántico.
2 No se trata de una persona, sino de una aplicación de inteligencia artificial.
3 *Naturales*, en idioma japonés.
4 Una enzima endonucleasa de ADN. Las siglas del sistema asociado significan «Repeticiones palindrómicas cortas agrupadas y regularmente interespaciadas».
5 Las cuatro bases que componen el alfabeto del ADN: adenina, guanina, citosina y timina.
6 Secuencia de nucleótidos que es la unidad básica del código genético.
7 Por analogía con un árbol, está ordenando las consciencias como troncal, ramal y foliácea.

Man-kind

MAN-KIND © 2024, Taiyo Fujii
Este libro se publica por acuerdo con Hayakawa Publishing Corporation.

Traducción: © Daniel Aguilar, 2026
Diseño de cubierta: Branca Studio
Desarrollo de cubierta: Book & Look
Imagen interior: © top dog / Shutterstock
Realización: Balloon

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-2205-4 (epub)

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros